

Revista de Educación

(ENERO - MARZO 1959)

REVISTA DE EDUCACIÓN

ROMUALDO ARDISSONE

Fuentes geográficas americanas del idioma.

PEDRO E. CORIA

El fenómeno de la erosión

JUAN JOSÉ DICHIO

En torno a la "Verba sordida".

E. FRANZINI MENDIONDO

El seibo y su eco toponímico

F. KAHN

La Atlántida sumergida

E. SIMOES DE PAULA

Universidades medievales

DANIEL ZATTERA

Sobre la condición del actor

ESTUDIOS Y TRADUCCIONES

MIGUEL SOLÁ, *América es nombre americano*. PAUL FRAISSE, *El tiempo*.

LUIS A. DOZO, *Filosofía del espíritu*. CH. PERELMANN, *La prueba en*

filosofía. F. LARROYO, *Comienzos de la historiografía americana*.

R. HUYGHE, *El arte y el secreto interior*. J. DE BIANCHETTI, *Flora de*
Corrientes.

ACTUALIDAD PEDAGÓGICA

KARL JASPERS, *Los límites del plan pedagógico*. ADELA TRAVAGLIA, *Guía*
y consejo. UNESCO, *Métodos audiovisuales*. MARÍA L. MADUEÑO, *Delin-*
cuencia infantil. G. NOSENGO, *La profesión docente*. J. GRINBERG, *In-*
tegración social del adolescente.

LECTURAS

PALMERÍN DE INGLATERRA, *La librería de Urganda*. A. BERTRAND, *El bi-*
bliófilo, *Scarbó*. INCA GARCILASO, *El nombre de la isla Serrana*. F.
AMEGHINO, *La Pampa*.

LENGUAJE Y ESTILO

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, *Nuevas normas de prosodia y ortografía*.
ARTURO MARASSO, *Las flores y el reino de Saturno*. LUIS ALFONSO,
Sentir y oír. A. MASSERON, *La ley de los números en la Divina Co-*
media. HÉCTOR CIOCCHINI, *Estructura de un ejemplo de don Juan*
Manuel.

LIBROS Y REVISTAS

P. GRIÉGER, *Compendio de caracterología*. M. DEL C. ROVIRA, *Ecléticos*
portugueses del siglo XVIII. DICK E. IBARRA GRASSO, *Lenguas indíge-*
nas americanas. J. A. SOARES DE SOUZA, *Un diplomático del imperio*.
R. D. MARTIENSSEN, *La idea del espacio en la arquitectura griega*.
REVISTAS: *La sucesión de Atenas y de Florencia*; *La educación*
artística.

IDEAS CONTEMPORÁNEAS

E. W. SINNOTT, *La forma*. A. FOREST, *La metafísica*. R. MON-
DOLFO, *Seminarios de investigación*. J. P. WEBER, *La estética*
natural.

CRÓNICA

MARTHA B. DE BUN, *Pueblos canoeros de Tierra del Fuego*.
P. SONDEREGUER, *Formas del transcurrir*. E. RAGAZZO, *La fi-*
losofía inglesa y el círculo de Viena. F. J. HERRERA, *Las*
ficciones literarias. A. L. LEROY, *El análisis del lenguaje*
en Royaumont, M. T. MAIORANA, *Santores*.



GOBERNADOR DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES

Don OSCAR E. ALENDE

VICEGOBERNADOR DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES

Don ARTURO A. CROSETTI

MINISTRO DE EDUCACIÓN DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES

Don ATAÚLFO PÉREZ AZNAR

DIRECTOR DE LA REVISTA DE EDUCACIÓN

Don ARTURO MARASSO

SECRETARIA DE LA REVISTA DE EDUCACIÓN

HAYDEE C. BLOTTO

La REVISTA DE EDUCACIÓN se publica mensualmente y forma volumen con numeración corrida cada tres números. La correspondencia y las colaboraciones deben enviarse a la calle 57-777, La Plata, República Argentina.

Revista fundada por SARMIENTO en 1853

Esta Revista se envía gratuitamente a las escuelas, instituciones y bibliotecas. Se vende en librerías a doce pesos.

CENDIE

Enero de 1959

Año IV, Nº 1 (Nueva Serie)

REVISTA DE EDUCACIÓN

Fuentes geográficas americanas del idioma

Comparación de ambos mundos. — Desde los pasos iniciales del Descubrimiento, América se vio sometida a un proceso comparativo con otras partes del mundo, tomándose en cuenta la realidad plurifacetaria en una sola operación total o en operaciones parciales de variada amplitud. El proceso fue largo, pues dura desde hace varios siglos y no llegó aún a su punto final, por cuanto caben nuevos cotejos o por lo menos nuevos enfoques de los asuntos estudiados.

En aquellos primeros momentos, una vez resuelto el problema de que el cruce del Atlántico por las carabelas colombinas, pese a la limitada proporción de territorio americano que se había logrado descubrir, no significaba la llegada a las tierras asiáticas, la observación señaló inmediatamente la existencia de una realidad natural y humana que difería de manera asaz sensible frente a la realidad acusada por partes del mundo situadas en el hemisferio oriental. Lo descubierto era algo nuevo para el europeo, algo que asomaba en el campo del conocimiento, mientras que el hemisferio de origen registraba la gravitación de un período histórico cuya duración significaba muchos siglos y, en algunas partes, varios milenios. Era lo nuevo confrontado con lo viejo. De la comparación nacieron dos macrotopónimos de máxima magnitud que vienen dividiéndose la mayor extensión de la superficie terráquea: *Nuevo Mundo* y *Viejo Mundo*.

En el transcurso de más de cuatro siglos los platillos de la balanza trabajaron muchas veces. Las cosas comparadas fueron de muy variada índole. Los resultados exhuman el eco del influjo ejercido por circunstancias de tiempo y por capacidad de los autores. Lógicamente, abunda la bibliografía que se exploya o que sólo sumi-

nistra noticias más o menos limitadas. Pese a esa abundancia, en estas líneas intento presentar una comparación inusual, una confrontación que muy probablemente no se tuvo en cuenta. Pensé que pueden existir diferencias algo notables en el aporte respectivo que el Viejo y el Nuevo Mundo han dado al léxico teniendo presente el influjo ejercido por una serie de topónimos y de nombres gentilicios.

Léxico de origen geográfico del Viejo Mundo. Ejemplificación variada. — En primer lugar, corresponde dar unos ejemplos a fin de conocer mejor el tema a exponer en las líneas siguientes. Tales ejemplos serán variados, es decir, pertenecientes a unas cuantas categorías y, en lo posible, serán de uso frecuente y de fácil comprensión, ya de cultura general, ya de índole científica más o menos especializada. Tales ejemplos los elijo entre los que pueblan el dilatadísimo campo del hemisferio oriental donde tuvo origen nuestro modo de hablar.

Así como la ejemplificación permitirá darnos una idea del aporte a través del espacio, de igual manera, nos podrá hacer entender que el fenómeno estudiado ofrece una latitud temporal muy grande, pues hubo formación de términos en tiempos remotos, en la antigüedad, muy anteriormente a la existencia del idioma español, mientras que, por otro lado, estaré en condiciones de presentar testimonios de los años recientes. Por lo visto, las diferencias temporales pueden alcanzar una magnitud que se mide por milenios o por un lapso insignificante, si comparamos la fecha de origen con nuestros días. Pero el fenómeno lingüístico, pese a las distinciones ora espaciales, ora temporales, en esencia es siempre el mismo: el nombre propio de un hecho geográfico o topónimo o bien el nombre de un pueblo pasa a la categoría de nombre común.

De la antigüedad nos vienen expresiones como las siguientes: Si *Mesenia* llora, *Esparta* no rie; valor *espartano*; llevar mochuelos a *Atenas*; caballo de *Troya*; tirus y *troyanos*; fe *púnica*; obra de *romanos*; es la *Beocia* de...; entre *Escia* y *Caribdis*; la última *Thule*; *sibaritis-mo*; los ocios de *Capua*; del *Capitolio* a la *Roca Tarpeya*; pasar el *Rubicón*; la flecha de los *partos*; *vandalismo*; ser una *Carlota*, etc. Los tiempos posteriores, a su vez, permitieron una cosecha abundante que no es menester examinar.

Bien lógico nos parece que el *Sahara*, el nombre del máximo desierto mundial, del desierto por antonomasia, sea la expresión algo corriente para señalar la existencia de intensas condiciones de aridez en tal o cual comarca. Así también, el topónimo *Siberia* se asocia con la idea de región fría, inhospitalaria, como residencia de deportados políticos; a veces, se oye la expresión en boca de empleados públicos que se consideran confinados, olvidados, en lugares incómodos y apartados.

La reseña ejemplificatoria podría ser amplísima, si dirigiésemos la mirada hacia el sector de las cosas que llevan la denominación del lugar de origen o de localidad de tránsito o del pueblo que se caracteriza por alguna costumbre. De esta manera, tenemos que es suficiente decir *Mureno* y *Séres* para caracterizar esas obras de arte. Los topónimos: *Gaza*, *Mosul*, *Cochemira*, *Cheviot* e *Irlanda* dieron nacimiento al nombre de la *gasa*, la *muselina*, el *cochemir*, el *cheviot* y el punto de *Irlanda*. En la serie de manjares y bebidas, se impone echar mano al freno para no exceder fácilmente; así tenemos: *mayonesa* derivada de *Mahón*; *oportó*, *jeréz*, *mélag*, *medoc*, *borgoña*, *chianti*, *marisala*, *champaña*, *coñac*, *corinto*, queso *parmesano*, etc., cuya claridad meridiana exime de cualquier intento de explicación.

Antes de cerrar la serie se pueden añadir unos ejemplos más, referidos a costumbres de pueblos. Vienen a cuento los nombres de *dalmática* referida a *Dalmacia*; *corbata* derivada de *croata*, *Croacia*; *tarantela* que se vincula con *Taranto*; *juriana*, danza cuya designación es la forma dialectal de *Jrulan*, correspondiente a *Friuli*, antiguo *Forum Julii*; *polonesa*, baile de *Polonia*.

Asimismo, aparecen los términos confeccionados por los científicos para usar en cronología geológica, como ser *pérmico* que trae a la memoria *Perm*, *Rusia*, y *devónico* que deriva del *Devonshire*, Inglaterra. Los dos nombres individualizan dos períodos de la era paleozoica, aunque, en verdad, el primero ahora está algo en desuso, pues, con el *carbanífero* o *carbónico* y el *pérmico* se ha dado en constituir el período *antracético* que es el último de los tiempos primarios.

La similitud del proceso orogénico entre sistemas de montañas situadas en comarcas aún muy alejadas entre

si determinó que el nombre de un sistema sirviese para caracterizar a todos los demás. Es el caso del proceso orogénico *caledónico*, así llamado por las montañas de *Caledonia*, nombre antiguo de Escocia. Este ejemplo corresponde a la paleogeografía de la era primaria, mientras que corresponde a la paleogeografía del cenozoico o de los tiempos geológicos modernos el caso similar del proceso orogénico *alpino* para designar los sistemas montañosos modernos, por acusar rasgos de similitud con el característico sistema europeo de los *Alpes*.

Tampoco las enfermedades se escapan a lo que podría llamar la norma. Ellas también están expuestas a recibir el influjo toponímico. Recuerdo, a los efectos, que una epidemia de gripe que asoló países europeos y llegó a tierras americanas, al finalizar la primera guerra mundial, bien o mal se llamó la *española*. En fecha aún más reciente, otra epidemia de gripe que del Viejo Mundo pasó a tener manifestaciones en la Argentina durante el año 1957, se conoció como gripe *asiática* o simplemente la *asiática*.

Los ejemplos traídos a colación son bien pocos, comparados con las posibilidades de una mención completa, exhaustiva. Están ausentes varias series o facetas del problema y de cada una de ellas lo suministrado se hizo a simple título de ejemplificación. Lo importante era esparcir aquí y allí en el inmenso campo delimitado por las coordenadas del tiempo y del espacio, con el simple propósito de acercarnos a la idea de que del manantial geográfico también manan abundantes y fecundas aguas que con otras han de formar el río caudaloso de nuestro lenguaje.

Por tal motivo, hasta aquí no intenté una clasificación de los factores ni me propuse demostrar la influencia proporcional que hayan ejercido tales o cuales comarcas extensas y qué puesto haya que asignar a países como España que, sin lugar a dudas, para nuestro idioma no podrá ser insignificante. En general, creo que está suficientemente esbozada la demostración de que el Viejo Mundo es de notable aporte lingüístico de origen geográfico.

América es campo geográfico propicio para formar vocablos.—Lo expuesto reviste los caracteres de una

FUENTES GEOGRÁFICAS DEL IDIOMA

primera parte y lo que sigue será algo así como la segunda en la cual trataré de exponer la existencia del mismo fenómeno en el Nuevo Mundo, pero dedicándole un poco más de atención de lo que hice para las tierras de allende el Atlántico.

De antemano, cabe expresar que también en América ha de darse el fenómeno lingüístico estudiado y que ello ha de revestir una variedad y una intensidad en nada despreciable. Me mueve a formular semejante juicio previo a la exposición de los elementos testimoniales, la existencia de un cúmulo de condiciones propicias ofrecidas por las comarcas situadas a quende el Atlántico. En efecto, éstas constituyen una entidad geográfica de magnitud enorme —aunque inferior a la extensión del Viejo Mundo—; además, su manifestación a través del tiempo ya se extiende por varios siglos, período durante el cual pudo nacer y desarrollarse el influjo sobre el lenguaje que me empeño en bosquejar en estas líneas.

La extensión de América, que alcanza a medir nada menos que 42.200.000 Km², constituye un factor de primer orden, pues resulta lícito sospechar que cuanto mayor sea la superficie de esta parte del mundo, mayor será la plétora de cosas que sus límites encerrarán, sea cuantitativa como cualitativamente.

La simple mención de unos hechos hace acudir a la mente la existencia de una serie riquísima de facetas americanas que giran alrededor de la configuración horizontal y de la vertical, que se refieren a las formas del terreno y a la constitución petrográfica, que reúnen las peculiaridades hidrográficas, como nos dan la multitud de manifestaciones climáticas. A ello se añaden las características fito y zoogeográficas y asimismo las antropogeográficas, con todo lo cual el cuadro geográfico americano se enriquece sobremanera.

Algunos hechos son diminutos, otros medianos y otros, en cambio, cobran magnitud tal que los hace pasar al primer puesto en el mundo: la enorme longitud de las montañas occidentales, el caudal del Amazonas, la superficie abarcada por la selva ecuatorial amazónica, la producción anual de petróleo, etc. En la fabulosa sucesión de los tiempos geológicos las tierras americanas recibieron y conservaron numerosísimos sellos de las vicisitudes de que fue teatro la superficie terrestre.

Por otra parte, la población humana de los tiempos pre y postcolombinos reviste peculiaridades de muy variada índole, no siempre ignoradas, no siempre despreciables o insignificantes, sino que, en más de una circunstancia, trascienden los límites lugareños o aun los regionales y, a veces, hasta los del hemisferio. A este respecto, no olvidemos el influjo ejercido por América sobre el Viejo Mundo, diré más, sobre la historia de la humanidad por una serie de factores.

Hecha esta fugacísima cuan tosca presentación, reformulo lo ya expresado: que de la riquísima realidad geográfica americana es de esperar que mane un abundante caudal de términos.

América refleja influencias del Viejo Mundo en varios aspectos lingüísticos.—Sin embargo, algunas manifestaciones parecieron desmentir lo expresado en estas últimas palabras. Precisamente, nada menos que la denominación global —antes de afirmarse y aun en proceso paralelo a la aplicación del nombre de América que, en definitiva, triunfó— dio muestras inequívocas de que estas comarcas se conocían en función de otras. Bien se nota esto en lo escrito por un cronista:

"A todo el mundo es notorio como los españoles, ayudados por Dios, con tanta felicidad han ganado y señoreado este *Nuevo Mundo que Indias se llama*".¹

Hay referencia clarísima al *Viejo Mundo* así como a una de sus partes (la *Indias*). *Indias occidentales* o *Indias* tout court se solía llamar a América. *Indio* fue y sigue siendo el habitante autóctono; *indiano* se denominó al español que regresare rico de las Indias; *indiano* se consideró al derecho que de ninguna manera tenía que ver con las *Indias asiáticas* o *Indias propiamente dichas*; además, la famosa institución española vinculada en un todo con la historia de América fue llamada *Archivo General de Indias*.

De modo similar, los europeos o sus descendientes, movidos por tal o cual homenaje o cariño filial, fueron proyectando en tierras americanas los nombres de países, comarcas o poblaciones propios del hemisferio del nacimiento. Así, aparecieron *Granada*, *Medellín*, *Valencia*.

La Francia, La Caledonia, La Italia, La Bélgica, Antioquia, Cartagena, Londres, Belén, La Liguria, Villa Lugano, etc. Bien numerosa es también la serie de los topónimos americanos formados con la aplicación del topónimo del Viejo Mundo añadiéndole una especificación que arraigó plenamente o en mayor o menor grado cayó en desuso, cuando no quedó en su totalidad como simple recuerdo histórico. Los que meclono valen en su condición de ejemplos corroborantes: *Nueva Amsterdam, Nueva York, Nueva Inglaterra, Nueva Orleans, Nueva España, Nueva Granada, Nueva Castilla, Nueva Andalucía, Nueva Roma, Todos Santos de la Nueva Rioja, Córdoba del Tucumán, San Ramón Nonato de la Nueva Orán*, etc.

El parentesco entre las dos partes del mundo se estableció aun en otros órdenes de cosas y ello fue muy lógico. Es cuestión de pensar un poco en el problema que se creaba al europeo frente a la realidad americana. No faltaban facetas extrañas, cosas sorprendentes, como igualmente se ofrecían aspectos similares. Estos últimos eran reales y a veces ficticios, pues la observación adolecía de defectos derivados de un procedimiento harto fugaz o superficial, cuando no era directamente el fruto de la ignorancia. De cualquier modo que fuese, el hecho es que cosas americanas recibieron igual nombre que las del Viejo Mundo, por la sencilla razón de que puede registrarse alguna analogía. Pero la similitud no es igualdad completa, de manera que la comunidad de nombre engendra, a menudo, confusiones. Menos mal que el defecto de emplearse igual nombre vulgar para plantas o animales, halla un correctivo en el uso del correspondiente nombre científico que resulta exponente de un proceso cognoscitivo de seguros recaudos.

Así, acude a la mente el caso de la *llama* (*Lama glama*) a la que se encontró un parecido con el ganado ovino y por ello se solía llamar *carnero de la tierra* y el ya citado Cieza de León da la variante de *oreja del Perú*, muy interesante, pues se toma como característica el nombre de este país sudamericano donde se criaba este animal. Otro ejemplo es el del *león* o *león americano* como se conoce al representante de la fauna que en los países sudamericanos quitehuizados se conoce por *puma* (*Puma concolor*).

1. PRADO DE CERA DE LEÓN, *La crónica del Perú*, vol. III, p. 58. Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, Colección Austral, N° 507.

La similitud es muy remota, pese a la aplicación de igual nombre vulgar, en el caso del *algarrobo* del Viejo Mundo (*Ceratonia siliqua*) y de las dos especies de *algarrobo* americano, blanco y negro (*Prosopis alba*, *Prosopis nigra*) que en la zona de influencia quichua se llama *laco*.

Pero, enfrentamos un influjo parcial, pues únicamente América lo recibe, por lo menos, en cantidad. Es una influencia unilateral, diría que es un amor no correspondido, que no despierta igual pasión en el Viejo Mundo, desmintiendo el contenido del verso dantesco *Amor che a nullo amato amar perdona*.

Casos notables de origen toponímico. — Lo expresado en las líneas precedentes no debe tomarse en el sentido de que América sea incapaz de originar nombres inspirados en sus toponimos. Sólo deseo manifestar que incide sobre América un factor negativo, producto de un período histórico que favoreció indudablemente la influencia del Viejo Mundo. Pero por importante que esto haya sido —y lo fue en alto grado— no debe hacernos olvidar que el manantial geográfico estudiado tiene afluente el Atlántico abultada representación.

No podía ser de otro modo. Tal o cual aspecto debía influir para enriquecer el lenguaje, aun en el caso de añadirse una expresión igual o un tanto similar a lo que ya era acostumbrado. Así, la idea de comarca fértil, de vida fácil, cómoda o regalada, encontró las condiciones propicias para individualizarse en *Jauja*, localidad peruana que dio nacimiento al dicho muy común de *ser una Jauja*, encontrarse en *Jauja*.

En los primeros años del descubrimiento de América, aun con la creencia de que el viaje transoceánico había llevado a las orillas del Asia, lo encontrado no significaba, por cierto, estar en contacto con las maravillas, con los tesoros del Catay y de la India. Aun en el caso de opinar que lo descubierto no fuese asiático sino realmente una porción de Mundo Nuevo, por más que muchas facetas de la realidad geográfica debían sorprender a justo título, por más que varias manifestaciones de la naturaleza señalasen una gran fertilidad, todavía no se habían alcanzado fabulosas riquezas sino sólo indicios de ellas, noticias vagas, espejismos que, a menudo, terminaban en desencantos, cuando no en tragedias.

Pese a ello, la esperanza de encontrar la fortuna representada por países muy poblados, dotados de alta cultura, con riquezas amasadas y disponiendo de productivas minas de metales preciosos, fue uno de los incentivos de mayor impulso para los descubridores y conquistadores. Si más de un esfuerzo se resolvió en un *Eldorado* fantástico o en quimeras similares, antes de promediar el Quinientos, el español ya era dueño de México y del Perú, las dos máximas expresiones americanas donde la fantasía se había concretado en realidad, donde los tesoros estaban al alcance de la mano. El Perú —tanto en la porción del Alto como en la del Bajo— colmó los anhelos de riqueza. El rescate de Atahualpa, la expoliación si no la profanación de templos y sepulturas y el trabajo extractivo de minas suministraron tesoros. El nombre de este país sudamericano se expandió inmediatamente por el mundo, en aquellos años de su conquista, como sinónimo de comarca muy rica. Este aspecto se arraigó bien pronto y persistió justificadamente en los siglos siguientes. Por tal causa cundió la conocida expresión *vale un Perú*.

Una localidad contribuyó extraordinariamente a la génesis de esa fama hasta poderse considerar su exponente más adecuado. Fue *Potosí*. Los célebres yacimientos de metal precioso se descubrieron unos años antes de completarse la primera mitad del Quinientos. Su explotación no se hizo esperar y dio una cosecha que superó lo conocido hasta entonces y determinó un rápido, casi repentino, fenómeno antropogeográfico de afluencia demográfica, de instalación urbana y de actividad económica. Un cronista del período que incluye esos años potosinos iniciales nos dejó estas frases testimoniales: 'se pobló la falda deste cerro y se hicieron casas grandes y muchas... y fue tan sonada esta riqueza, que de todas las comarcas venían indios a sacar plata a este cerro, el sitio del cual es frío, porque junto a él no hay ningún poblado... Por donde con gran verdad se podrá tener que en ninguna parte del mundo se halló cerro tan rico'. No es de extrañar que la riqueza extraída en el curso de varios siglos, sirva a tal o cual minero para bautizar con el nombre de *Potosí* a una mina, abrigando la esperanza

de que se repita, por lo menos en parte, la riqueza del cerro que no fue leyenda o pura fantasía, sino caso bien concreto, realidad histórica.

Guarda similitud con esto *California*, aunque se trate de una historia menos lata. En efecto, como bien sabemos, cuando estaba por cumplirse la primera mitad del Ochocientos, el descubrimiento del oro originó uno de los ejemplos más notables de la fiebre del áureo metal precioso. Si bien tal manifestación de riqueza decayó luego, en *California* se desarrolló otra gran fuente de recursos con la explotación agraria. El hecho es que el nombre de *California* pudo sugerir la idea de abundancia, de riqueza. Por ello, entre las minas y las colonias agrícolas del país argentino se encuentra repetido el topónimo *California*.

Con estos ejemplos, estamos en presencia del optimismo, de la noción de riqueza, representada por sectores más o menos amplios de las tierras americanas. Pero, en la misma línea de las partes se halla el conjunto. En efecto, pese a que no todas las cosas encerradas dentro de las fronteras de América sean deliciosas, no obstante que existan materiales de sobra para constituir una bien nutrida geografía de las calamidades, a pesar de ser larguísima la lista de los fracasos y de los crueles desengaños, el balance americano es decididamente positivo, por una serie de factores físicos y humanos. A través de un sin número de manifestaciones espaciales y temporales, el mundo de Colón va dibujando de modo definido una entidad simpática, atrayente, y que despierta la idea de progreso, de bienestar, cuando no de fortuna accesible y rápida. Esto explica tantos hechos del pasado más o menos remoto y aún del presente; esto explica la atracción ejercida sobre hombres de todos los puntos del horizonte que acudieron al ambiente americano movidos por el anhelo de mejorar su vida, de hacer la América de algún modo, como suele decirse. Es claro ejemplo que el nombre de América no es la simple, la fría designación de una parte del mundo, sino que pasó a ser sinónimo de cosa agradable, de antitesia de penurias.

Esta no es la única derivación de la palabra América. En efecto, se registra otra acepción vinculada no ya con manifestaciones de una parte de este hemisferio. Como bien sabemos, suele llamarse América y por consiguiente

americanos —aunque muy erróneamente— a los Estados Unidos de América del Norte y a sus nativos. Pasa bien, ciertas modalidades de vida de esa América que difieren de las europeas, modalidades que lindan con la excentricidad o caen decididamente en ella, han engendrado la expresión *americanata* que, a menudo, se emplea en Italia.

El mismo Estado de América septentrional dio nacimiento a un curioso vocablo, como lo atestigua Malaret³. Se trata de una que en Santo Domingo significa *sudadero de lujo*. La etimología es la siguiente: 'Proviene el nombre de las iniciales U. S. of A. (United States of America) que traían en la marca de fábrica los primeros sudaderos de lujo que se importaron en la isla'.

Salpición de ejemplos. Diccionario de Malaret. A esto puedo hacer seguir una lista de ejemplos sacados de nombres de comarcas o sitios sea del Norte como del Sur y asimismo de tales o cuales gentilicios cuyo conocimiento ha de ilustrar facetas del tema.

Un caso notable es el de *Palm Beach*, nombre de un conocido balneario del Estado yanqui de Florida. Según Malaret, este topónimo se transformó en *pambiche*, voz con la cual en Colombia, México, Perú y Puerto Rico se designa una "tela ligera para trajes de hombre, en el verano. Más correctamente se dice *pámbich*, de acuerdo con la pronunciación inglesa".

Otras prendas de vestir, como el sombrero, suministran ejemplos corroborantes. Ello se registra —con la guía de Malaret— en *chilapeño*, *jalisco*, *suaza*, *maulino* y *jipilapa*. *Chilapeño* es sombrero de paja ordinario, así llamado por *Chilapa* que es el lugar de México donde se fabrica. *Jalisco*, a su vez, se emparenta con el homónimo Estado mexicano. Sucede lo mismo con *suaza* que es sombrero que se hace en *Suaza*, pueblo de la provincia de Tolima, Colombia. Respecto de *maulino* dice Malaret: "(Del nombre *Mauile*, prov. de Chile). adj. Chile. Dicese de una especie de gorro, de fieltro o tejido de lana, rematado en punta. Ha predominado esta forma sobre la de *maules*, empleada por Ercilla". El Ecuador, con la localidad de

3. AUGUSTO MALARET, *Diccionario de americanismos*. Tercera edición. 1 vol. 870 p. Buenos Aires, El Financiero, 1945.

Jipijapa, nos da el conocido sombrero de paja llamado precisamente *jipijapa*, con las abreviaturas de *jipa*, *jipe* y *jipi*.

Con esto pasamos a recordar al famoso sombrero de Panamá, llamado en general *panamá*, simplemente. En este caso, la denominación no significa vínculo directo de la cosa y del lugar de ubicación, sino que se recuerda al Istmo por la sencilla razón de que por allí ese sombrero pasa, por lo cual mucha gente cree erróneamente que allí se encuentra la comarca originaria.

Ahora bien, ese nombre del Istmo se vincula con la expresión escándalo de Panamá, aplicado para caracterizar a empresas irregulares, de procedimientos tortuosos, que terminan en el escándalo financiero y político. La denominación fue originada por el ruidoso fracaso que suele llamarse escándalo de Panamá y que envió a la primera compañía francesa que, en el último cuarto del siglo XIX, se organizó bajo la dirección del célebre ingeniero Lesseps con el fin de construir el canal interoceánico en el istmo americano.

Reinicio la adopción de la guía de Malarét para ofrecer algunos otros ejemplos tomados al azar. Así, tenemos que *cordillero*, en Chiloé (Chile) es "el labrador que trabaja en la preparación de la madera en las Cordilleras". *Chichimeca* y la variante *Chuchimeca* recuerdan a los indios chichimecas y, entre otras acepciones, se ligan con las de chocho, lelo, necio. De manera análoga, *ser de Lagos*, se toma en el sentido de *ser tonto*, "por alusión a un alcalde que hubo en Lagos, del Estado de Jalisco". *Valdiviano* es en Chile un guiso. *Ligano* se relaciona acaso con la localidad chilena de *Ligua* y es el nombre de cierto carnero. El dicho peninsular *a la luna de Valencia* tiene su edición sudamericana (Ecuador, Perú y Chile) en *quedarse a la luna de Paíta* y la explicación que de ésta se da es la siguiente: "Paíta es nombre de un puerto en el Dept. de Piura, norte del Perú. El cielo de *Paíta* es de una claridad absoluta, de ahí el origen de la frase".

En cuanto a manifestaciones minerales, Malarét cita la *piedra de huamanga* y la *piedra lipe*. La primera es una variedad de alabastro y toma el nombre de la localidad peruana de *Huamanga*, antigua denominación de

Ayacucho; la primera es caparrosa existente en Ilopes, departamento boliviano de Potosí. Termino de recurrir a Malarét con la referencia a tres bebidas: *Cuba libre*, *tequila* y *pisco*. *Cuba libre* tiene esta explicación: "Bebida que, a falta de café, se preparaba en el campo durante las guerras de la Independencia, hirviendo miel de abejas hasta que tuviese consistencia o punto de caramelo, adicionándole luego agua para disolverla". *Tequila* toma el nombre de un pueblo del Estado mexicano de Jalisco; es "bebida semejante a la ginebra; se destila de una especie de *maguey* (*Agave*) llamado *tequila*". *Pisco* se llama un aguardiente de uva fabricado en Pisco, Perú.

Tratándose de un diccionario general de americanismos el libro de Malarét suministra un caudal algo limitado de voces correspondientes a la serie que estamos considerando. En efecto, aunque yo haya dejado de mencionar unos cuantos casos, lo citado no es abundante, por cierto; constituye una proporción, en verdad, muy baja del total. Si el juicio acerca del origen geográfico americano del lenguaje tuviese que fundarse sobre este libro, llegaríamos a una conclusión indudablemente errónea por deficiencia. El hecho es que faltaría buen número de otros ejemplos más o menos aislados, sin hacer palabra ahora de algunas series especiales de gran riqueza de vocablos que Malarét ni siquiera menciona para tal o cual ejemplificación. Por tal motivo, juzgo oportuno seguir con la demostración del problema planteado recurriendo a otros casos y así se podrá alcanzar pruebas más abundantes y variadas que completen, en mayor grado, la explicación buscada.

Otro variado conjunto de ejemplos.—Habíamos quedado con los vocablos relacionados con las bebidas. Añado a esa serie un caso más, extraído del habla popular argentina. En efecto, entre el número verdaderamente extraordinario de voces que señalan exacta sinonimia o variadísimas gradaciones del estado de ebriedad se oye decir, con frecuencia, *estú entre San Juan y Mendoza*. El dicho es muy atinado. Bien sabemos que las dos provincias cuyanas ocupan el primer lugar en la Argentina desde el punto de vista de la extensión de los viñedos y de la cantidad y variedad de vinos elaborados. Así, pues, no es de extrañar que la idea de *beber* se quiera ma-

nifestar de modo muy expresivo con el enunciado de los dos topónimos provinciales más vinícolas.

Otras bebidas forman parte de nuestra categoría. Cito el *curaguo*, denominado así por la isla homónima del archipiélago de las pequeñas Antillas, serie de Sotavento. Por el estilo son las expresiones *caña cubana*, *caña paraguaya*, *guindado uruguayo u oriental*, *aguardiente de Chilicito*, etc., cuya explicación no considero necesaria en esta oportunidad. A esto puede agregarse *soconusco* que es sinónimo de *chocolate* y su nombre repite el de la localidad Soconusco.

El examen de lo relativo al café da una cosecha importante, pues, pese al hecho de que el café sea originario del Viejo Mundo, encontró en tierras americanas, durante el período postcolombino, condiciones de cultivo tan propicias hasta el punto de que un solo país, el Brasil, haya alcanzado una posición de predominio en el mercado mundial. Además, muchas otras comarcas americanas se destacaron por la producción del café, si no desde el punto de vista cuantitativo, por la presentación de tal o cual peculiaridad cualitativa. El hecho es que en algunos casos se caracteriza al café de producción americana mencionando el nombre del país o del lugar de origen.

La extensión alcanzada por los cultivos del tabaco en América —es planta autóctona de esta parte del mundo— y la variedad de tipos regionales o locales que se consiguieron, engendraron denominaciones en que el topónimo suele estar presente, como sucede con: *Maryland*, *Kentucky*, *Virginia*, *Bahía*, *criollo misionero*, *criollo corriente* y *criollo salteño*. Famoso mundialmente es el *cigarro habano* o llamado lisa y llanamente *habano* que rememora a La Habana.

La industria de los quesos en la Argentina popularizó nombres que son la repetición de topónimos: *Chubut*, *Mar del Plata*, *Goya*, *Tafi* y *Amblayo*. Si la zootecnia de Holanda nos dio la renombrada vaca holandesa, la zootecnia de nuestro país mejoró el tipo y así, a menudo, se oye hablar de *tambo holand-argentino*.

Dada la singular importancia que tuvo la extracción de la plata en el Alto Perú o Bolivia —como hice referencia en páginas anteriores— es lógico que allí se desarrollase una característica industria cuyos productos

se dice que son de *plata boliviana*. Por otra parte, esa misma riqueza minera facilitó la acuñación de moneda que, dada la estrecha vinculación del Altiplano con la Argentina, entre nosotros corrió durante buena parte del Ochocientos la llamada *moneda boliviana*.

La unidad monetaria paraguaya es el *guaraní* que toma el nombre del pueblo aborigen *guaraní* que tan peculiares relaciones tiene con el Paraguay. A propósito de nombres gentilicios americanos que pasaron a designar tales o cuales costumbres, en nuestro siglo, se nos presenta el caso del pueblo indígena norteamericano *apache* cuya denominación se aplicó para caracterizar a elementos del bajo fondo parisense.

Por su apariencia, el topónimo centroamericano *Guatemala* engendró el conocido dicho: salir de *Guatemala* y caer en *Guatepeor*, como variante de la expresión tan conocida: *ir de mal en peor*. Por cierto que *Guatepeor* es topónimo aparente, pues en ninguna parte cobra realidad.

El topónimo indígena, *Cuzco*, nos suministra otro buen ejemplo para designar algo más que la célebre ciudad peruana que fue capital del imperio incaico y que el XXV Congreso Internacional de Americanistas, que en 1932 tuvo sus sesiones en La Plata y Buenos Aires, propuso solicitar del gobierno del Perú que proclamase dicha ciudad *capital arqueológica de Sud América*. Ahora bien, el Cuzco, centro de irradiación del poder incaico, lo fue asimismo de la lengua quechua o lengua general de ese imperio. Por lo tanto, lógicamente, se realizó la aproximación entre el topónimo correspondiente al núcleo inicial y la denominación del idioma. Por lo menos, eso sucedió en alguna comarca incorporada al imperio incaico o que de algún modo llegó a *quechuarizarse*. Lafone Quevedo, extraordinario conector del ambiente catamarqueño de la segunda mitad del Ochocientos y comienzos del Novecientos, escribió lo que sigue:

"A la *Quechua* aun hoy la gente del país la llama *lengua del Cuzco* y a los que la hablan, *Cusqueros*. lo que importa decir que es lengua introducida". Más adelante,

4. SAMUEL A. LAFONE QUEVEDO, *Tratado de etimología y etimología de los nombres de lugares y apellidos indios con etimología y etimología de la lengua quechua*. Tercera edición, complementada con palabras y nombres nuevos en Cuzco, por F. F. A. Arce, p. 25, Buenos Aires, 1927.

el mismo autor usa una y otra vez las expresiones: *la Tradición del Cuzco*, *el Cuzco de Cajamarca*, *nuestro Cuzco*, *la lengua del Cuzco*, *el Cuzco*, *origen Cuzqueño*, *Cuzqueruwa*, *Idiomma Cuzco*, siempre en el sentido de *quichua* y *quichuista*.

El territorio de Estados Unidos bautiza otras cosas, además de las ya mencionadas. Sirva de ejemplo el nombre de *Chicago* que con su vertiginoso progreso urbano e industrial sirve para dar expresión a la esperanza de habitantes de ciertos lugares de América. Así sucedió precisamente con el barrio de *Nueva Chicago* que fue formándose en la zona de los *Nuevos Mataderos* o *Mataderos*, es decir, en el lugar porteño donde se ubicó la industria de la carne.

De ese país es también el topónimo *Middle West* que, alguna vez, se adoptó para denominar el *Medio Oeste* de la Argentina. Pero, la mayor trascendencia correspondió, sin ninguna duda al *Far West*, esa característica región de los Estados Unidos con peculiares elementos históricos y geográficos, ese fecundo campo donde se desarrolla la trama de tantas novelas de aventuras, ese ambiente favorable para la trama de un sin número de cintas cinematográficas proyectadas en todo el mundo en lo que va del siglo. El término de *Far West* acude inmediatamente a los labios cuando algo participa de tal o cual aspecto de esa región yanqui. En ella pensó Juan Monticelli cuando, hace unos decenios, al publicar un pequeño libro sobre la Pampa occidental, adoptó el título de *Far West*.

Casi todos los ejemplos tienen un pasado apreciable. Los hay cuyo comienzo se remonta a los primeros tiempos postcolombinos, es decir que su historia se mide por varios siglos. Otros son menos remotos y se dan algunos que no pasan de decenios. También se cuenta con casos más recientes y hasta se presentan muestras que se acunaban en nuestros días. Así, la tragedia que sufrió la ciudad de Bogotá el 9 de abril de 1948 originó el vocablo *bogolazo* que "significa ruina, incendio, destrucción, pillaje, asesinato", según Toboñ Belancourt.⁶

3. ENRIQUE LARRABIN IDIAZ, *Tramontanales*, Bogotá y Los Andes, en *La Prensa*, Buenos Aires, 28 de octubre de 1958, sección 4ª, p. 2.

De lo más reciente es el nombre de la *enfermedad de O'Higgins* o *mal de los rastrojos* que, en el curso de este año, tuvo manifestaciones graves y hasta fatales en una porción de la pampa bonaerense. La denominación responde a una localidad del partido de Chacabuco.

Léxico Americano de las Ciencias del Hombre. — Ahora, antes de terminar el escrito, deseo ceñirme exclusivamente a dos órdenes de vocablos que tienen ejemplificación abundante. En primer lugar desfilarán unas cuantas demostraciones referidas a las llamadas Ciencias del Hombre que estudian las manifestaciones preteritas como las presentes.

Así, la clasificación de los tipos raciales aborígenes que ocuparon u ocupan el territorio americano se inspiró en el topónimo o en peculiaridades geográficas de una localidad o del conjunto del área correspondiente al hábitat. El asunto fue resuelto por varios especialistas que fueron modificando en algo la obra del colega o agregando nuevos tipos. En esta simple referencia al tema, que de ningún modo puede significar una intervención en la solución del problema, que no admite la emisión de ningún juicio de embanderamiento, voy a seguir la huella de Canals Frau quien nos dice:

"Nosotros vamos algo más allá, pues reconocemos doce: seis en Norteamérica y seis en Sudamérica. Los nombres de los primeros son: *Silvidos*, *Pacífidos*, *Califórvidos*, *Sonórvidos*, *Sudéstidos* y *Centrávidos*. Los de los segundos: *Fuéguidos*, *Patagónidos*, *Láguidos*, *Hudripidos*, *Brasilidos* y *Andidos*". "La terminación de los nombres, es siempre *ido*, que como se sabe, alude al carácter biológico de esas unidades"⁶. Comprobamos el nexo entre esta terminología y la repartición geográfica de los tipos raciales.

Unas palabras aclaratorias confirmarán aún más lo dicho. En efecto, los *Silvidos*, recibieron tal denominación por ocupar la amplia zona del NE del continente norteamericano caracterizada por la presencia del bosque de ambiente templado. Se extendía desde las yermas tierras heladas hasta el Tennessee y la Carolina del Norte, y desde el Atlántico hasta el Mississippi.

6. SALVADOR CANALS FRAU, *Prehistoria de América*, p. 178, 277, Buenos Aires, 1950.

hallado en *Punín* —localidad cercana a Río Bamba, rep. del Ecuador— dio calce a Von Eickstedt para llamar *puninoídes* “todos los restos humanos americanos de pretendida gran antigüedad”⁹.

En el ámbito argentino, el especialista que tomé como guía es autor de la designación de cultura de *Agrelo* al conjunto de material arqueológico encontrado en el hábitat huarpe. La localidad epónima de *Agrelo* está situada en el valle mendocino de Uco, al sur del río Mendoza.

Más adelante, se ocupa de la cultura *chaco-santiagueña* como los descubridores y divulgadores, los hermanos Duncan y Emilio Wagner, denominaron al conjunto de material arqueológico, constituido especialmente por alfarería polícora. Por los visto, el nombre elegido es también de índole geográfico. En 1939, la Sociedad Argentina de Antropología estudió el asunto en varias sesiones y llegó a la conclusión de que la llamada civilización *chaco-santiagueña* no es otra cosa que una cultura *amazónica andinizada o andina amazónica*¹⁰. Como se ve, aun en la corrección, se recurre a la denominación geográfica, pues se deriva del *Amazonas* y de los *Andes*.

Siempre dentro del ambiente argentino, otro especialista, al hablar de los diaguitas, enumera los tipos de alfarería denominados: *santamariano*, *barreal*, *angualasto*, *Belén*, *chaco-santiagueño* y *Condorhuasi*¹¹. Se trata de nombres cuyo origen resulta transparente, pues derivan de topónimos llevados por sitios o comarcas del hábitat diaguita que, en general, corresponde al Noroeste del país: *Santa María* (valle departamento y población), *Los Barreales*, *Belén* (departamento y población), *Angualasto* (localidad de la porción norte del valle longitudinal sanjuanino), *Chaco-santiagueño* y *Condorhuasi*.

Este mismo estudioso se ocupó especialmente de determinar los tipos de cerámica y, por ende, de la solución del problema de su bautismo. A nuestros efectos es valiosísimo el criterio adoptado, pues:

9. SALVADORE CANALS FRAD, *Prehistoria etc.*, 208, 214, 216, 218, 223, 225, 226, 240, 242, 244.

9. SALVADORE CANALS FRAD, *Las poblaciones indígenas de la Argentina. Su origen, su pasado, su presente*, 385, 446, 447, Buenos Aires, 1950.

10. ANTONIO SERRANO, *Los aborígenes argentinos. Síntesis etnográfica*, 21, 22, Buenos Aires, 1947.

FUENTES GEOGRÁFICAS DEL IDIOMA

21

“Para designar a un tipo se elige un nombre geográfico al que se agrega otro descriptivo. Por ejemplo *Condorhuasi negro grabado*, *Santa María policroma*, *Yocavil rojo sobre blanco*”.

“Para designar a las *cerámicas* debe preferirse el nombre de un área o zona donde preferentemente aparezcan los tipos más característicos de cada *cerámica*”. En la clasificación el *sitio tipo* ocupa el primer puesto entre las varias peculiaridades que deben especificarse. Vale la pena transcribir las palabras acelatorias:

“1. *Sitio tipo*: Debe tomarse como *sitio tipo* el lugar de donde proviene el material sobre el cual se hace la descripción. Por ejemplo el *sitio tipo* para *San Pedro bicolor* es San Pedro, en el Ambato (Catamarca) de donde proviene el material sobre el cual hacemos la diagnosis de este tipo”¹¹.

La inspiración geográfica aparece también en la clasificación general de las culturas indígenas sudamericanas presentada por John M. Cooper y que comenzo a través de una publicación de Serrano¹². La clasificación es tripartita, pues los habitantes del territorio sudamericano se hacen corresponder a la cultura *sierral*, *selval* y *marginal*, es decir, la que ocupa la zona andina, la selva del Amazonas y del Orinoco y la oriental o de los campos y mesetas. Son grupos muy generales, susceptibles de facetas particulares, que permiten subdivisiones. De esta manera, en la cultura *marginal* caben cuatro que se llaman: *meridional costal*, *campestral* o *campestrina*, *abanol* e *intraselval*.

Léxico americano geográfico y geológico. — Abandono este campo de las llamadas Ciencias del Hombre juzgando que lo expuesto es suficiente muestra de la cosecha abundante que recogería quien dedicase mucho tiempo al te-

11. ANTONIO SERRANO, *Normas para la descripción de la cerámica arqueológica*, 4, 5, Córdoba, 1952. Universidad Nacional de Córdoba, Instituto de Arqueología, Lingüística y Folklore. “Dr. Pablo Cabrera”, XXIV.

12. ANTONIO SERRANO, *Arqueología del conuco Los Molinos en el noroeste de Entre Ríos. Con una introducción al estudio de la arqueología del Estero*, 6, 7, Córdoba, 1946. Universidad Nacional de Córdoba, Instituto de Arqueología, Lingüística y Folklore. “Dr. Pablo Cabrera”, XXII.

ma. Paso ahora a otro campo también fecundo, el de las manifestaciones geográficas y geológicas, para dar con ellas por terminada la demostración del asunto, aunque sea en simple bosquejo.

Es conocido en todo el mundo el vocablo *alpinismo*. Que no significa exclusivamente lo referido a las ascensiones en los Alpes sino que pasó a aplicarse a las ascensiones en cualquier sistema de montañas. Es uno de los tantos, de los infinitos casos en que la denominación especial o singular pasó a la aplicación general de que suministré varios ejemplos. Pero, he aquí que el término nacido en el Viejo Mundo, al transponer el Atlántico, efectúa una edición americana con su correspondiente adaptación. Efectivamente, pareció más oportuno abandonar el *alpinismo* que tan estrechamente huele a cosa europea y se substituyó por el americano *andinismo*, puesto que el gran sistema montañoso de aquí es el de los Andes. De manera análoga, en vez de Club Alpino, tenemos Club Andino.

El hecho no deja de ser plausible, por cuanto el *andinismo* implica hacer particularmente *alpinismo* en los Andes. Sin embargo, no todo es perfección, pues, procediendo de igual modo, destruiríamos la posibilidad de las acepciones genéricas. Si hoy es lícito decir *andinismo* en vez de *alpinismo*, mañana será también lícito hablar de *precordillerismo*, *aconquijismo*, *jahuatínismo*, *ambatismo*, *ventanismo*, *piepeditismo*, *belasquismo*, etc.

Contrapongo a este defecto el acierto de la denominación recibida por una roca que, precisamente, abunda en los Andes. Por tal causa, se llama *andesita*. Es una roca ígnea, neovolcánica, correspondiente a los llamados cenozoicos y presenta una serie de variantes.¹⁴

La influencia andina aparece asimismo para denominar un tipo de repartición geográfica de los volcanes. En efecto, se habla de una disposición *andina* que se caracteriza por tener "un eje volcánico principal, cuaternario, dirigido como los anteriores pliegues orogénicos y correspondiendo a áreas anticlinales en vez de sinclinales". En este orden de fenómenos, América nos suministra otro tipo de disposición volcánica. Es la llamada disposición *mediterránea americana* en la cual "los centros volcánicos se presentan

alineados según arcos que, probablemente, representan el borde de grandes hundimientos".¹⁵

Hablando de vulcanismo en América y particularmente en las Antillas, no puedo pasar por alto lo que sucede con la *montagne Pelée* o *mont Pelé* o monte *Pelado*, situado en la isla Martinica. Es un volcán característico por su forma y por las manifestaciones eruptivas, que se tomó como modelo de los aparatos volcánicos que emiten lava ácida, muy viscosa, caso opuesto a lo que sucede con el Kilauwea de las islas Hawai. Se adopta el topónimo francés o el término derivado de tipo *peleano*.

En nuestro campo, no faltan otros hechos geográficos americanos que sirvieron para bautizar manifestaciones genéricas. El ejemplo que tomo ahora pertenece a los glaciares que, dada la multitud de individuos ofrecidos por el hemisferio occidental, no es de extrañar que la comparación permita descubrir la existencia de un tipo, como sucede, en efecto, en Alaska que, por tal razón, recibe el nombre de glaciar *alaskiano* o *piepmontglacier* o *pedemontano*. Este tipo consiste en un enorme glaciar que desciende de altiplanos y valles desciende hasta el pie de la montaña donde forma conos de expansión o grandes masas de hielo.¹⁶

En cuanto a la terminología geológica, aunque en América se usan numerosos vocablos originados en el hemisferio oriental, también es cierto que otras muchas voces son de factura americana y ello es muy natural que suceda, tratándose de hechos tan vinculados o completamente inherentes a la realidad de esta parte del mundo. Es lógico que tantas vicisitudes que caracterizaron el largo proceso geológico americano tengan su propio léxico.

Así, en América del Norte, donde el glaciario del pleistoceno tuvo una portentosa presencia, se habla de una glaciación —la última— denominada *Wisconsin* que corresponde a la de *Würm* en Europa. Asimismo, el primer avance del *Wisconsin* recibe el nombre de estadio glacial de *Iowa*.¹⁷

14. HASTARD, ROBERTO. *Forme de la Terre. Traité de géologie morphologique (geomorphologie)*. Volume II. Type continental. 704. Mâcon, France. Hachette, 1935.

15. GARDNER, ROBERTO. *Forme de la Terre*. II. 241, 250.

16. SALVADORE, CARLOS FRAY. *Problemas de glaciología*. 190. 170.

17. E. ARISTAR. *La zona, Concepto y evolución de la geología*, 357/64. México. Univ. Hesp., 1949.

En el polo temporal opuesto al glaciario cuaternario, en tiempos sumamente remotos, encontramos para el continente norteamericano el período *laurentino*, es decir, marca del río *San Lorenzo*; el *algonquino*, así llamado por el pueblo indio homónimo; el *hurónico*, conforme a la denominación de los indígenas *hurones*. Este nombre aplicóse a la parte superior del precámbrico y también a un antiquísimo sistema de montañas de proceso anterior al sistema paleozoico caledónico.

A continuación, voy a realizar una incursión por la geología de la Argentina siguiendo el orden cronológico, desde el último período del mesozoico —el cretáceo— hasta los tiempos más recientes. Cada período comprende una edad o edades y cada una de éstas tiene una formación o formaciones. En todos los casos, menos uno, los bautismos deben atribuirse a topónimos. Adopto parcialmente como guía un tomito de divulgación¹⁷ en el que a la lista se añaden unas escuetas explicaciones que no alcanzan a todas las entidades, pues, para un buen número, sólo se presenta la denominación.

Considerando que la ejemplificación total sería inoficiosa a mis fines y que significaría una amplitud francamente frondosa y excesiva dentro de las peculiaridades asignadas a este escrito, aquí me limito a elegir únicamente varias muestras. Por lo demás, la lista incluida en el tomito citado, no responde tampoco a la totalidad del panorama geológico argentino sino sólo a una parte.

De esta manera, resulta que el período eoceno tiene dos edades: la *casamayorana* y la *mustersiana*. La primera toma su nombre de *Casamayor*, punta situada en la costa del golfo San Jorge, provincia de Santa Cruz. Esta edad comprende la formación *Casamayor*, y la *Koluel-kaike*, cuyo nombre corresponde a una localidad santacruzina situada al Norte del río Deseado. La edad *mustersiana* recibió esta denominación por el lago *Musters* y comprende las formaciones *Musters* y *Telquino*, nombre este último de una sierra del departamento Sarmiento, en el Chubut.

La edad *arucana*, así denominada por la población indígena homónima, comprende cinco formaciones: *Río*

FUENTES GEOGRÁFICAS DEL IDIOMA

Negro, *Santa María*, *Huayquerías*, *Monte Hermoso* y *Chapadmalal*. Como se ve, el origen de los nombres es transparente, pues corresponde a topónimos conocidos.

El período pleistoceno tiene una edad *pampeana* así bautizada por referirse a la *Pampa*. Sus formaciones son cuatro: *Ugúa* (nombre de una localidad de la quebrada de Humahuaca), *Ensenada* (por la ensenada de Barragán), *Belgrano* (barrio de Buenos Aires) y *Buenos Aires*. Comúnmente se usan los adjetivos: *uguiense*, *ensenadense*, *belgranense* y *bonaerense*.

Cierro la serie. Ya no ejemplifico más ni en geología ni en cualquier otra manifestación de la Argentina y asimismo pongo punto final para toda América. Me parece que la demostración fue suficiente por variedad de aspectos traídos a colación como también por el número de muestras documentales alegadas.

El desarrollo histórico favoreció al Viejo Mundo. — Pero, antes de dar por finalizado el artículo, conviene que nuevamente eche mano a la comparación entre el Viejo y el Nuevo Mundo que plantee en la primera parte del escrito. Renuevo aquí la pregunta: ¿Cuál de los dos hemisferios se lleva la palma? ¿Cuál de los dos ha dado al léxico mayor contribución de fuente geográfica? Si nos atenemos al número de testimonios ofrecidos en este artículo hay evidencia de triunfo en favor de América. Pero tal juicio es aparente y forzado. Recuérdese que hubo intención de abundar con los casos americanos para demostrar, precisamente, que en esta parte del mundo se da también y abundantemente el hecho estudiado. En el plan del escrito había, en cambio, el propósito de limitar la ejemplificación del Viejo Mundo a lo estrictamente necesario para entender el asunto en general.

En realidad, si se pidiese un pronunciamiento comparativo, diría que, en contraposición con la mencionada apariencia, la balanza se ha de inclinar hacia el Viejo Mundo. El juicio definitivo, bien calibrado, habrá de fundarse en una investigación amplia, metódica, exhaustiva, de la que, por el momento, carecemos. Sin embargo, cabe emitir un juicio previo que, en esencia, poco diferirá del definitivo. Para formular esta suposición no recurriré a la fácil comparación de áreas y de habitantes entre el Viejo y el Nuevo Mundo, ni trataré de establecer la relación cuan-

17. A. F. BORDABE, R. CATTAL, *Archivos del mapa argentino*, tom. III, *Mapa sobre la cartografía de nuestro suelo*, p. 17-21, Buenos Aires, 1946. Colección Nado, serie D, Minicursos, N° 1.

titativa, más complicada, existente entre los variadísimos hechos geográficos. Ignoro hasta qué punto estas cosas pueden tener vínculo con el léxico. Seguramente no ha de existir un nexo de exactitud matemática.

El argumento esgrimido en favor del hemisferio oriental es de otra naturaleza. Responde simplemente al proceso histórico. En efecto, el idioma que usamos es de origen europeo y se trasplantó a tierras americanas, donde se realizaron injertos y recibieron los beneficios de la savia aportada por tantos hechos geográficos. Cuando comenzó la historia americana, esos idiomas ya estaban formados y en ellos ya se había incorporado el léxico de manantial geográfico que naturalmente era íntegro del hemisferio oriental.

Por cierto que tales idiomas, aunque formados, desde la época de Colón no permanecieron cristalizados sino que experimentaron cambios, en modo particular, de crecimiento. Así hubo el aporte americano y ya entrevimos la magnitud del fenómeno. Pero, tampoco se agotó el manantial del Viejo Mundo que siguió suministrando más caudal moderno de índole geográfico y enriqueciendo el capital anterior.

Con lo dicho, no se tiene el planteo completo del problema derivado del nexo entre geografía y léxico. Es sólo un aspecto, pues el estudio del asunto permite descubrir otro enfoque llamado a establecer la existencia del lenguaje traslático inspirado en las expresiones geográficas, como ser: *volcán* de pasiones, *ola* de pereza, *rios* de sangre, *clima* de libertad, *atmósfera* de entendimiento, *lluvia* de protestas, aplausos *huracanados*, etc. Se trata de otra faceta que no entra en el programa de estas líneas.

ROMUALDO ARDISONE.

EL FENÓMENO DE LA EROSIÓN

EL FENÓMENO DE LA EROSIÓN, al ser un fenómeno geológico, se relaciona con el estudio de la geografía física. El fenómeno de la erosión es un proceso geológico que actúa sobre la superficie terrestre, modificando su relieve y su forma.

Existen diversos agentes geológicos que, al actuar sobre la costra rocosa del planeta que habitamos, causan en ella —en el transcurso de siglos— importantes variaciones de forma, estructura y composición que, observadas en un corto lapso, son casi imperceptibles.

Podrían clasificarse tales agentes, en internos unos y externos otros. Los primeros son debidos a la manifestación de la energía que aun conserva el planeta de acuerdo a su origen cósmico y de su natural tendencia a adquirir su equilibrio "isostático" de forma, como cuerpo aislado que gira en el espacio, originando de continuo en su superficie, accidentes y relieves de las más variadas formas. Los segundos son de acción opuesta a los anteriores y derivan de la gravedad. Estos principian por modelar los relieves, desgastándolos gradualmente, arrastrando luego el material detrítico hacia niveles inferiores siguiendo las líneas de mayor pendiente, para depositarlos en las depresiones y conseguir de esa manera la nivelación de la superficie terrestre, terminando así con la destrucción total del edificio creado por los agentes geológicos internos.

Estas poderosas fuerzas contrarias y encadenadas que trabajan a toda hora, año tras año, siglo tras siglo, sin darse tregua ni descanso, y que viven empeñadas en llevar la superficie del planeta a un estado de equilibrio al parecer inalcanzable, han existido siempre y acaso perduren como signos fatales de creación y destrucción.

El conjunto de los fenómenos telúricos producidos por los agentes a que me vengo refiriendo, se repiten siempre en idéntica forma y con los mismos caracteres de un modo sucesivo, por lo que se les da el nombre de "ciclos geológicos". Cada ciclo comprende a su vez tres etapas o fases diferentes, que son: la fase de "orogénesis", creadora del relieve; la fase de "gliptogénesis", engendradora del modelado que a la vez transporta a otros lugares los productos de destrucción; y la fase de "litogénesis", forma-

dora de nuevos elementos geológicos. Terminado el ciclo de este modo, se produce otro y otros más y así sucesivamente a lo largo del tiempo geológico, siendo la superficie terrestre su escenario. Repitiendo, diremos pues, que la fase de "litogénesis" suministra o aporta el material; la fase de "orogénesis", lo emplea para construir el edificio y la fase de "gliptogénesis" lo retoca al principio, lo derriba luego, para terminar con el acarreo de sus escombros.

Ahora bien, entre los agentes de la dinámica externa del planeta capaces de modificar su aspecto periférico, están, entre otros: la atmósfera, el viento, el agua de lluvia, el agua subterránea, las aguas salvajes, los ríos, el mar, los animales, los vegetales y hasta el mismo hombre con el poder de su potencia creadora. El trabajo que realizan tales agentes se denomina "erosión", tomado el vocablo en el más amplio significado; o sea de todas aquellas variaciones o cambios producidos en la superficie de la tierra, capaces de alterar transitoriamente su fisonomía. Pero para que tal cosa ocurra en el menor tiempo posible, es menester que las rocas estén en condiciones adecuadas, a fin de que los agentes trabajen en circunstancias favorables. Tales condiciones son de que ellas estén suficientemente alteradas, al menos en la superficie, y de que hayan experimentado una fragmentación previa más o menos profunda. Lo primero comprende la "descomposición química" y lo segundo la "disgregación mecánica".

La "descomposición química" de las rocas superficiales es un fenómeno de efecto amplio y general debido a los componentes activos del aire, como el oxígeno, el vapor de agua y sobre todo el anhídrido carbónico. El oxígeno reacciona químicamente con diversas especies mineralógicas, oxidándolas; el vapor de agua, hidratándolas y el bióxido de carbono, en presencia del anterior, actúa a la larga como ácido, modificando la composición aun de los minerales más duros como ocurre con los silicatos, estando relacionado a ello el importante fenómeno de caolinización de los feldespatos así como la formación de algunas rocas sedimentarias de agua dulce como las estalactitas, estalagmitas, tobas calcáreas y travertino. Tanto los óxidos como los hidratos y carbonatos resultantes de la transformación química a que acabo de referirme, son materiales por lo común solubles y disgregables que los agentes

de erosión fácilmente transportan por disolución o mera acción mecánica. Otro caso, y vinculado a lo mismo, donde se observa con claridad y tiene particular importancia en geología, es la alteración que experimentan los granitos —rocas eruptivas ácidas— que pierden poco a poco la compactibilidad y dureza convirtiéndose al final en una masa terrosa, mezcla de granos sueltos en la que predominan el cuarzo y la mica, formando más tarde, con la ayuda de los vegetales, tierras o suelos laborables.

La "disgregación mecánica", es menos general que la "descomposición química" y se manifiesta en menor tiempo que ésta. Se hace ostensible en zonas esencialmente montañosas, desérticas y esteparias donde el clima acusa variaciones extremas de temperatura. En tales circunstancias las bruscas dilataciones y contracciones que experimentan las rocas, por lo general malas conductoras del calor, concluyen por cuartearse en todas direcciones y sentidos desarrollando fuerzas que hacen saltar trozos de la misma de formas irregulares, angulosos y de infinitos tamaños, convirtiendo el roquedo coherente en un verdadero pedregal y que, en lugares fríos, completa el agua infiltrada en sus grietas haciendo las veces de cuña al dilatarse.

En lo que se refiere al aspecto del paisaje es bien distinto según predomine la "descomposición química" o la "disgregación mecánica". En el primer caso, los accidentes topográficos tienden a adquirir en general formas suaves y onduladas, en tanto que en el segundo ofrecen aspectos irregulares y accidentados donde los picachos y agudas aristas se mezclan a desfiladeros y gargantas profundas.

Tomado en sentido lato el fenómeno de "erosión", comprende tres etapas con sus respectivas modalidades peculiares: 1º La fase de alteración química y disgregación mecánica preparatoria a la que nos acabamos de referir; 2º El arranque y transporte del material soluble o detritico, lo que los geólogos denominan "denudación"; 3º La sedimentación realizada en valles, deltas y cuencas oceánicas lacustres o continentales.

En regiones secas o de bajo grado higrométrico en las que escasea la vegetación, el viento hace sentir su potente acción erosiva a condición de que las rocas se pre-

senten en granos sueltos y pequeños. Su influencia es debida a la energía de movimiento que posee y al material que arrastra consigo cuyas partículas, cuando el viento es fuerte, bombardean, desgastando y brillando la superficie de la tierra. Principia por arrancar el material de su lugar, fenómeno denominado "deflación", lo transporta después a distancias variables según sea su fuerza y la fragmentación del material, sedimentándolo por fin en regiones resguardadas o de relativa calma originando ora extensos mantos como en el caso del "loess", ora en montículos como en los médanos o dunas, que son las dos más importantes formaciones geológicas de origen eólico. Como se comprende fácilmente los efectos producidos son tanto mayores cuanto más blandas y disgregables son las rocas que abundan en las llanuras extensas donde el viento sin mayores obstáculos adquiere mucha velocidad, y sopla persistentemente en un mismo sentido. Tales condiciones se llenan cumplidamente en regiones de muy escasa precipitación pluviométrica y en las costas arenosas dotadas de gran permeabilidad.

Las dunas, como todos saben, son montículos de arena, formados por elementos sueltos y de granos de tamaño uniforme. Formanse particularmente en las playas vecinas a los mares y océanos y en las regiones esteparias, por sucesivos oleajes eólicos. Su material detritico impulsado por el viento es precipitado primero frente a un obstáculo cualquiera, crece luego por gradual aporte de arena voladora hasta adquirir la forma de una pequeña colina de perfil disimétrico. Se encuentran de preferencia en las costas marinas y en el interior de los continentes, como llevamos dicho, y pueden ser fijas o móviles, estar aisladas o formando barreras. Las móviles, llamadas también dunas vivas, se desplazan grado a grado invadiendo zonas extensas con los consiguientes perjuicios para los centros poblados y campos cultivados, peligro que se conjura en parte mediante el empleo de alguna manera, como por ejemplo con vegetación adecuada.

El "loess", polvo arcilloso-calcareo de grano fino e impalpable tiene una grandísima significación geológica sobre todo en China, Alemania, Méjico, Estados Unidos de Norte América y en la República Argentina. En esta última cubre casi toda la Pampa extendiéndose desde Bolivia hasta la Patagonia. Caracterízase por ser una tona

sedimentaria sin estratificación, de cuyo origen eólico algunos geólogos disienten; suponen en cambio que bien puede haberse formado por el lento derrubio de las aguas salvajes.

El agua es sin duda el agente geológico más importante de erosión por la intensidad de su efecto y por su acción más general y continua. La llamada agua mecánica que se precipita como lluvia sobre la tierra, corre en parte sobre su superficie siguiendo las líneas de máxima pendiente, sin cauce determinado, constituyendo las aguas salvajes. Ellas cavan surcos y arrastran el material terrígeno suelto, acumulándolo al pie de las pendientes. Por estas circunstancias origina abarrancamientos en los terrenos arcillosos y da un aspecto ruiniforme a los que contienen muchos conglomerados. En otros casos forma torrentes y rios en los que la fuerza viva es tan grande que arrastra todo material que encuentra en su camino desde la cuenca de recepción hasta el cono de deyección siguiendo invariablemente las leyes de la erosión ascendente. Como se comprenderá sus efectos generales dependen del caudal hídrico, así como de la naturaleza de las rocas por donde se desplaza el líquido elemento, el cual trabaja en el derrubio bien como sierra en el sentido longitudinal, bien como máquina perforadora en sus remolinos. Gran parte del material terrígeno—llamado en conjunto aluvión— es transportado disuuelto en parte y, sobre todo, en suspensión, originando en muchos casos por la acción combinada del mar los deltas o terrenos aluvionales, elevando el nivel y suavizando por lo tanto su pendiente a medida que el río se aproxima a su perfil de equilibrio, convirtiéndose al final en penillanura, lo que representa la última etapa de la erosión fluvial.

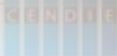
Tratándose ahora de lugares de mucha altitud como las regiones de las nieves perpetuas, o de zonas circumpolares la nieve y el hielo substituyen al agua en los fenómenos erosivos, bien como aludes o avalanchas de escasa significación geológica, bien como glaciares de grandes efectos en el mismo fenómeno.

Los glaciares son verdaderos rios de hielo cuya masa denominada lengua se desplaza con suma lentitud desde la región donde se deposita la nieve, o sea el ventisquero, hacia los valles o regiones de ablación situadas a menor

altura en donde se funde gradualmente después de realzar un trabajo erosivo considerable en sucesivos avanzar y retrocesos según predomine el aporte de hielo o la ces y retrocesos según predominen los nacimientos en las fusión del mismo. Estos glaciares dan nacimiento en las comarcas por donde pasan a una topografía bien característica al arrancar, transportar y depositar cantidades considerables de material rocoso detrítico y hasta enormes bloques conocidos por "rocas erráticas". Todo el material pétreo es llevado por el glaciar en su superficie, en su interior y aún en el fondo de su cauce donde se halla sembrado a su masa plástica, causando un gradual desgaste en las rocas que se patentiza por estrías longitudinales en las mismas, las cuales adquieren un aspecto "aborregado" que se nota sobre todo si se observa a distancia. Tal acúmulo de piedras sueltas transportadas en largas filas y convoyes constituyen las "morrenas", que pueden ser superficiales, internas o de fondo. Cuando ellas son depositadas en la parte terminal del glaciar formando como a modo de un anfiteatro, se les llama "morrenas frontales", que sin duda son las más importantes.

Sostienen muchos hombres versados en geología histórica que la humanidad actual vive en un período de interglaciación y que en períodos anteriores, pero dentro de la misma Era Cuaternaria, el glaciario fue tan intenso que cubrió la mayor parte de la superficie terrestre causando efectos considerables en la distribución de la fauna y de la flora así como en su modelado, cuyos efectos todavía perduran.

El mar con sus corrientes, mareas y especialmente con su oleaje que sin cesar golpea la costa abatiendo los más duros acantilados, es otro agente de activa erosión que transporta y remueve el derrubio de los ríos que desembocan en él, junto con el material arrancado de la costa y plataforma continental, destruyendo las partes altas y salientes y edificando en las regiones bajas y arenosas. Como consecuencia de lo primero la costa retrocede frente al ariete marino y en el segundo, donde la ola rompe sin mayor esfuerzo, la costa avanza con formación casi siempre de arena y grava. En cambio la arcilla suspendida coloidalmente se sedimenta a mayores profundidades cuando la quietud de la masa acuosa lo permite.



LA EROSIÓN

La actividad vital de animales en los mares y de vegetales en los continentes es otro factor de erosión no menos significativo. Las raíces de las plantas, si bien protegen el suelo del influjo del viento y de las aguas salvajes aglutinando las partes incoherentes, ejercen también acción química y disgregadora que dan nacimiento a suelos de labranza y de forestación. Los animales marinos por su parte alteran con sus despojos esqueléticos el relieve submarino, formando potentes depósitos particularmente en las zonas litorales. Grandes formaciones geológicas sedimentarias silíceas y calcáreas son de origen animal, como en el caso de los bancos conchíferos y de los arrecifes e islas madreporicas, formaciones todas ellas de verdadera transcendencia en la historia de la tierra por estar vinculadas a procesos de plegamientos orogénicos.

Diremos por fin que el hombre, con la invención de la máquina y el poder de su inteligencia, representa hoy día otro factor aunque limitado capaz de influir en el sentido de modificar las condiciones y el aspecto topográfico, excavando la tierra en busca de rocas y minerales útiles, haciendo variar el curso de los ríos, desagotando lagos, perforando montañas, quitándole al mar parte de su dominio, aunque también y con imperdonable imprevisión tala bosques y aniquila despiadadamente la vegetación trastornando el bello equilibrio de las cosas naturales con el consiguiente retroceso al régimen torrencial y a la formación de desiertos.

PEDRO EDUARDO CORIA.

En torno a la «verba sordida»

Típica expresión del pueblo bajo es su lenguaje. Manifestación peculiar acentuada casi siempre en la amorfa y desplazada geografía del suburbio y del arrabal, tiene su razón de ser y existir merced a intrincados mecanismos no siempre claros y comprensibles. A manera de tarjeta de visita ya su uso, intuitivo, nos impone de la arquitectura del portador. Oímos tal hablar e individualizamos detrás de la fachada una estructura psíquica y una subestructura gestadora. La policía lingüística, en pro de puros y previniendo lesiones al buen decir, prohíbe y persigue tal lenguaje. Pero ignorar no es sinónimo de inexistir. Y si por lógicas razones de buena formación ciudadana resulta necesario no emplearlo, no podemos negar su vida y la del grupo social que lo impulsa. A veces, algunos de sus términos, mimados por la popularidad, llegan a ser aprehendidos por las clases superiores, e ignorando su árbol genealógico —oscuro y delincuente— es aceptado por los cánones que regimentan el buen idioma. Resulta de seguro interés tratar de hallar las razones que hacen al nacimiento y la vida de un lenguaje, un tanto bastardo, dentro del idioma y seducenos en especial desmadejar el confuso ovillo de sus formaciones. La más inferior, la más distanciada de la lengua culta es la que mayor atracción ofrece, tal la que representa el lenguaje de los delincuentes.

La criminalidad, como todo subgrupo social, tiene sus particularidades y una de ellas es su típica manera de expresarse. Así como los que realizan determinados oficios y labores dan especial significado a palabras o giros, relacionándolos, en ese juego idiomático, con menesteres propios de sus labores, los malhechores —y valga la comparación— emplean una variada colección de términos cuyos sentidos adquieren vigencia sólo para ellos. Los emplean con soltura y, por lo común, sus deficientes integraciones culturales les permiten mejor hablarlos que escribirlos. Quienes estudiamos este original fenómeno

debemos reconocer que llegan a formar un verdadero lenguaje. De esa lengua del bajo fondo, último peldaño de las clases inferiores, han nacido una considerable cantidad de palabras que en la actualidad consideramos populares, de existencia inofensiva y que falsamente creemos que fueron creadas por deseos caprichosos del pueblo. La travesura lingüística que imaginamos en estos términos no está en sus orígenes genéticos sino en el deseo popular de atrápearlos, empleándolos con cierta audacia y olvidando su turbio nacimiento.

El origen de estas palabras no obedece en ningún caso a caprichos, aunque sea esto creencia general. El uso amplio que pueden darle otros grupos sociales hace que la abandonen los malhechores, y el dinamismo lingüístico es cualidad de esta habla. El lenguaje de la delincuencia, mal llamado en nuestro país *lenguaje* (este término señala sólo un tipo de asociación: el ladrón), tiene sus razones de existencia como la misma agrupación que lo nutre. La antigüedad y universalidad de él, son también dos hechos comprobados. No podemos menos que sorprendernos cuando Constanza Bernaldo de Quirós nos señala la «verba sordida» de la antigua Roma, y como documentos indiscutibles se han conservado hasta nuestros días muros de locales policíacos, casas públicas y tabernas vinerías en los que se observan inscripciones y gráficos de significados peculiares y obscenos. Sobre su universalidad tampoco nos cabe duda. Es denominado por los franceses con el término *argot*, por los italianos *gergo*, por los alemanes *kokamloschen* o *rathwelsch* y por los ingleses *elang*, *cant* o *thieves latin*. En Oriente la palabra *balabalan* señala genéricamente su existencia en diversos lenguajes y dialectos. España denomina alternativamente el lenguaje de la criminalidad con los términos *germania* o *caló presidial*, en este último caso para diferenciarlo del viejo *caló* o lengua gitanesca.

Es muy antigua la nominación de *germania*. En su primera acepción nos define qué es jerga o modo de hablar propio de los gitanos, o de ladrones y rufianes, que usan ellos solos; se compone de palabras de la lengua española a las que dan una significación diferente de la genuina y verdadera, y de otras muchas voces de orígenes diversos. En otra acepción, tal vez la más antigua, nos habla de hermandad, vínculo fraterno que expresa origen

común, recordando así que la palabra proviene del latín *germanus* (hermano). En la literatura española se usaron términos germanescos a partir de fines del siglo XVI. Cervantes, Quevedo y Mateo Alemán, los emplearon en sus obras picarescas. Suponemos que con anterioridad, por lo menos a partir del siglo XIII en adelante, los escritores las han evitado por razones forzadas de estilística, aunque colocaran en boca de personajes inferiores, tales como malhechores y bandidos, un lenguaje que en la realidad nunca hubiesen empleado. No obstante la falta de noticias concretas, nos imaginamos la existencia de tal jerga con anterioridad a la aparición de la novela picaresca. Juan Hidalgo, compilador de *Romances de Germania* de varios autores, con su vocabulario al cabo por orden de a, b, c., para declaración de los términos de la lengua (Barcelona, 1609) presenta una "colección de romances artísticos imitando el lenguaje que los facinerosos han inventado para entenderse unos a otros sin ser comprendidos por la gente honrada" (Agustín Durán, *Romancero General*, tomo II, página 685).

Hemos dicho que el lenguaje de la criminalidad tiene su razón de existir como la misma criminalidad. Su formación responde a una compleja estructura formada por elementos biopsicológicos y sociales, de tal manera que la razón existencial hay que hallarla en la conjunción de esos factores considerados indivisibles. Debemos reconocer que las expresiones de los delincuentes forman un lenguaje especial, empleado por un subgrupo social y que en manera alguna debe ser considerado como una forma extraviada o monstruosa. Debemos considerarlo como una elaboración natural de una comunidad desgraciada, por razones también naturales, de la sociedad. Proviene de ella a manera de rama secundaria. Su lenguaje resulta más inteligible en tanto mayor sea la distancia que la separa de ella. En el trasfondo psicológico del grupo separado, existe un perpetuo antagonismo hacia la sociedad, creando así mecanismos psíquicos agresivos —aunque por vía inconsciente— en los miembros que la componen. En general, los delincuentes no inventan modos de expresión sino que los hurtan —¡qué otra cosa podrían hacer!— destigurando el lenguaje de la comunidad o dándoles a ciertos vocablos un sentido más conveniente para los fines que los emplean. Usan indistin-

tamente y como materia prima, términos del propio idioma o aquellos extranjeros que más intimidad tienen con el lugar geográfico que habitan, o que más ascendencia étnica tienen sobre sus personas. Debemos reconocer también, que sin inventar, innovan. La innovación lingüística surge como respuesta a una intrincada trama de necesidades individuales y colectivas, entre las que se destacan los afanes más o menos conscientes de la agrupación, de afianzarse o definirse por medio de elementos típicos y personalísimos.

Este lenguaje no tiende a desaparecer aunque si a modificarse, inquieto, sufre constantes transformaciones. Existen diferencias en este aspecto, por ejemplo en nuestro país, con los tiempos pretéritos. Por vía explicativa debemos reconocer que el tango, su más genuino difusor fuera de la agrupación, ha perdido ubicación como motivo popular y social, o, por lo menos, rectifico su glosario. Un estudio exhaustivo sobre nuestro tema tendríamos que hacerlo llegando hasta las inferiores estratificaciones que forman el subsuelo psíquico del grupo que lo emplea, sin olvidar que el lenguaje de un subgrupo social refleja la afectividad y el pensamiento de los sujetos que lo componen.

Para hallar las verdaderas razones que mueven a la delincuencia a expresarse en tal forma, debe hacerse un análisis de la organización de su mundo físico, biológico y social, por lo menos en todos aquellos factores que hacen que las actitudes de ese comportamiento se reflejen en la lengua.

Entre la cantidad de argumentos que se han dado para explicar la razón de tal jerga se destacan teorías que aunque parezcan opuestas, creemos que se complementan. La una justifica tal habla por la necesidad que tiene la criminalidad de aparecer como incomprensible para los individuos que no la componen, con lo que se facilitarían sus maniobras. Otra, porque prefiere sencillamente esa forma singular de expresarse. Con ello revelaría sus representaciones y asociaciones de ideas, típicos productos de mecanismos peculiares en sus elaboraciones psicológicas. De nuestras observaciones podemos extraer algunos datos que señalamos como características y que coinciden, en general, con los apuntados por Alfredo Ni-

céfero en su trabajo *Il gergo* (Dizionario di Criminologia, Milano, 1943).

- 1º La materialización de las imágenes.
- 2º La degradación de los hombres y de las cosas sobre las que se habla. De acuerdo con esto tal hombre o tal cosa, es siempre sustituido por una cosa, objeto o animal (sustitución por simbolismo, según nuestras observaciones).
- 3º Deformación y "trituration" de las palabras. De acuerdo con esto nacen automáticamente, de la materialización de ideas, de la degradación, de la deformación o de la "trituration" frases y palabras de imágenes pintorescas, que el pueblo cree que obedecen a la voluntariedad y fantasía y no que es verdaderamente un producto automático y voluntario.
- 4º Agresividad. Tal carácter es la esencia impulsora en la innovación de muchos vocablos. Agresividad inconsciente que trasunta el estado íntimo y adverso del individuo y del subgrupo social que integra.
- 5º Mimetismo por sugestión, mecanismo que genera su difusión entre débiles mentales o torpes intelectuales, categorías en las que se pueden encasillar una importante mayoría de la criminalidad.

Respecto a los caracteres que presenta tal jerga, el autor citado afirma en su obra *L' "Io" profondo e le sue maschere* (Milano, 1949) que: "El disfraz de las palabras, el rebajamiento y la denigración, la materialización de los conceptos, expresa principalmente, es el espíritu de oposición, de envidia y de agresión (escondido en el Yo profundo y que ha de manifestarse a toda costa no ya con el gesto o la conducta, sino con la "descarga verbal"), cuando no expresa la dificultad de elevarse a ideas abstractas, lo que es señal perspicaz de pobreza mental".

En resumen, el lenguaje de los asociales es una manifestación de la psicología no tan sólo de los delincuentes sino también de otros grupos de individuos que consideramos en estado de peligrosidad sin delito. A su vez, el estudio profundo de él desentraña la oscuridad que presenta en muchos casos el origen e historia de palabras que empleamos comúnmente.

JUAN JOSÉ DICHIO.

El seibo tiene un eco toponímico notable en la Argentina

Caracteres de la planta, área, utilidad, flor. — Existe en nuestro país una planta que, al llegar el verano, cubre su desalineado ramaje de brillantes flores rojas. Esa planta es el seibo, árbol de leyenda, encarnación del pueblo guaraní.

Pertenece a la familia de las Leguminosas, siendo su género el de las Erythrinas, que en la Argentina ofrece tres especies nativas (*Erythrina crista-galli*; *Erythrina falcata* y *Erythrina dominguezii*), según la autorizada palabra de Burkart: ya que las Erythrinas habitan las regiones tropicales y subtropicales de todo el mundo.

El seibo es originario de Sud América, posee una zona de difusión extensa; en realidad existe en casi todos los países de nuestro continente. En la Argentina crece espontáneamente, dibujando un arco que toma la parte Norte de la provincia de Buenos Aires, Santa Fe, Entre Ríos, Corrientes, Misiones, Formosa, Chaco y porción de Jujuy, Salta, Tucumán y Santiago del Estero.

Es un vegetal rústico que prospera en las condiciones más diversas, vale decir que sus exigencias son limitadas: lo comprobamos observando los ejemplares plantados en nuestros jardines, a los cuales el frío del invierno deja aparentemente muertos, para revivir con nuevo vigor en la primavera.

Pero donde crece en cantidad y alcanza su mayor esplendor es allí donde la temperatura es más elevada y donde existe humedad. Lo confirma el hecho de que su máxima densidad corresponde a las orillas de los ríos, siendo el Paraná, sus afluentes, y los riachos del Delta, los ejemplos más convincentes de esta aseveración. Es un árbol dúctil que se adapta a diversos terrenos, etc.

1. BURKART, ARTURO. *Las leguminosas argentinas, silvestres y cultivadas*. Bs. As., 1943.

vándose frondoso en lugares pantanosos, donde forma bosques casi puros. Así, en nuestro hermoso Delta, la presencia del seibo es abundantísima y forma asociaciones llamadas seibales, que en época de estío se denuncian mediante el púrpura de sus flores.

En la región del Noroeste (Tucumán, Salta, Jujuy), alcanza gran esplendor, encontrándose árboles de alto porte en lugares abrigados, en las quebradas o a la vera de los arroyos.

La mayoría de los autores dan la distribución del seibo, así como de otras plantas, por provincias. En primer lugar, Burkart indica la siguiente área geográfica: Chaco, Formosa, Jujuy, Salta, Tucumán, Santiago del Estero, Misiones, Corrientes, Entre Ríos, Santa Fe, Norte de Buenos Aires, y a lo largo de los ríos Paraná y de la Plata. Ilse von Rentzell²: Chaco, Salta, Tucumán, Corrientes, Entre Ríos y costas del río Paraná y afluentes. Latzina³: Chaco, Salta, Tucumán, Corrientes, Entre Ríos, Santa Fe, Buenos Aires, y costas del río Paraná y afluentes. Lillo⁴: Formosa, Jujuy, Salta, Tucumán, Misiones, Corrientes, Entre Ríos, Santa Fe, Buenos Aires. Solá⁵: Jujuy, Salta, Tucumán, Mesopotamia.

El seibo es un árbol de tallo aéreo, perenne, de consistencia leñosa, que alcanza una altura de 4 a 12 metros, según su especie e individuos. Su copa es irregular, con ramas delgadas y espinosas; su corteza es rugosa y de color castaño. Existen diferencias marcadas de porte, y leves de conformación entre las distintas especies. Una de sus características más notorias es la de presentar simultáneamente ramas secas y lozanas; aún cuando ostenta flores aparecen esas puntas sobresaliendo entre las hojas y los racimos florales. Es esa una de las razones que lo hacen dueño de una copa de aspecto desaliñado. Nunca encontraremos un seibo con la totalidad de su follaje verde.

2. RENTZEL ILSE VON, *Macrófitas de nuestras plantas indígenas y algunas exóticas*. Bs. As., 1925.

3. LATZINA FRANCISCO, *Geografía de la República Argentina*. Bs. As., 1938.

4. LILLO MARCELO, *Argentina contribuyendo al conocimiento de los árboles de la Argentina. Notas sobre el herbario Yerburí*, Museo de Ciencias Naturales, Universidad de Tucumán. Bs. As., 1924.

5. SOLÁ WILFRED, *Estadística con un álbum de nuestra flora y una parte pictórica*. Bs. As., 1939.

Las hojas tienen la particularidad de disponerse horizontal o verticalmente, según la intensidad de la radiación solar. Las flores se presentan en forma de racimo colgante y son de gran perfeccionamiento morfológico. El fruto es propio de las leguminosas, es decir una vaina dehiscente, que aloja de 6 a 10 semillas. La polinización es ornitófila y su dispersión hidrófila, lo cual explica la preferencia que tiene el seibo por lugares donde hay cursos de agua.

El seibo tiene aplicaciones industriales, medicinales y ornamentales, no siendo ninguna de ellas de excepcional importancia para la economía humana; aunque es de notar que, en cierta forma, sus mil pequeños usos compensan tal desequilibrio. Como este árbol posee una madera liviana y porosa, desde muy antiguo se lo utilizó en la confección de balsas, rodela, broqueles y tambores. Más recientemente se han multiplicado sus servicios y así se lo emplea en armazones de monturas, aparatos ortopédicos, marcos para colmenas, pisos para caballerizas, suecos, horcones para secaderos de tabaco, adqueines para depósito de cereales, obras de aislamiento y tonelería. También con su madera pueden hacerse cajones y armazones para embalaje de objetos livianos. En el Museo de La Plata se esculpen cabezas y caras de mamíferos despojados del cráneo en troncos de seibo, aprovechando su condición de madera blanda. Encima se coloca la piel⁶.

En cuanto a las flores, que son el orgullo del seibo, han sido muy usadas para teñir telas de lana y lenceros, pues dan a los tejidos un hermoso tono púrpuro.

Las noticias referentes a sus aplicaciones medicinales abundan y la mayoría de los informantes coinciden en sus datos, lo cual pareciera indicar la veracidad de sus afirmaciones. Es indudable que el seibo ha sido muy usado como elemento terapéutico; aparecen así multitud de recetas basadas en conocimientos o emplastos recomendados para el tratamiento de llagas, ulceraciones, heridas desgarrantes, etc. Unos autores propenden al uso de la corteza, otros al de la flor y algunos son partidarios de emplear las hojas. La madera posee en realidad notables

6. SASTRE MARCELO, *El Trópico argentino*. Bs. As., 1934.

propiedades astringentes, debido a que contiene alta proporción de tanino, de ahí que, usado medicinalmente, tienda a cerrar llagas y heridas. Las hojas y flores son narcóticas y calmantes y con su fruto disuelto en alcohol se obtiene un poderoso desinfectante⁷.

Su tercera aplicación, y sin duda la más importante, es la ornamental; indudablemente la naturaleza ha hecho al seibo decorativo como pocos árboles; se diría que éste, consciente de su noble misión de embellecer, cumple sobradamente, a tal punto que contemplar un seibal en flor, es dejar los ojos prendidos hasta el hartazgo, en ese vivísimo púrpura con que se engalana.

Desde lejanos tiempos en la historia, los viajeros se han ocupado de este arbolillo, mencionando su colorido vivaz, carácter que lo destaca. Puede decirse que nadie que lo haya visto en flor, ha dejado de emitir siquiera dos palabras acerca de su aspecto encantador; ya sea un escritor, un viajero o un botánico, y, aún en el campo musical, hallamos al seibo inspirando distintas melodías.

Estos antecedentes de popularidad, propaladores de su belleza, han sido decisivos en la encuesta que consagró la flor nacional argentina. En 1910 ya se había comenzado a estudiar la posibilidad de adoptar una flor nacional; en 1914 las opiniones se inclinaban hacia la flor del mbarucuyá, pero no hubo resolución al respecto. En 1928 se hizo una nueva encuesta que dio este orden de preferencias: magnolia, seibo, estrella federal y mbarucuyá o pasionaria.

La elección definitiva quedó a cargo del director del Museo de Historia Natural, Dr. Martín Doreilo Jurada, quien indicó que la magnolia no era ni siquiera sudamericana. El seibo pasó a ocupar el primer lugar.

En 1930 el diario "La Razón", realizó un concurso de preguntas mediante el cual consagró al ombú como Árbol de la Patria; al hornero como Pájaro de la Tierra y al seibo como Flor Simbólica Argentina.

En 1936, durante la celebración del cincuentenario de la fundación de La Plata, el ingeniero Oltavén⁸, reunió en el Jardín de la Paz, los emblemas florales de todo el

mundo, poniendo como símbolo argentino al seibo. Finalmente, en 1942, por decreto del 23 de diciembre, se lo consagró definitivamente flor nacional. De esta manera triunfó el seibo.

Ahora bien, para consagrar una flor nacional, habría que hacerlo, esencialmente, basándose en un criterio geográfico, es decir, buscando un vegetal que habitara en todo el país. Claro que sería más que difícil encontrar una planta que creciera espontáneamente desde los 22° de latitud norte, donde comienzan los dominios de nuestro suelo, hasta Tierra del Fuego, y no digamos por cierto la Antártida. De ahí que este criterio sea difícil de aplicar para escoger un digno representante de flor nacional.

Es indudable que el área de crecimiento del seibo es restringida, pues se vuelve en una escasa tercera parte de nuestro suelo. Considerando que es utópico presentar una planta que se desarrolle en toda la República, por lo menos debiera buscárla, quizá, dominando el centro del país. Por otra parte, si atendemos a las manifestaciones ornamentales del pueblo, vemos que, si bien encontramos muchos ejemplares de seibos en jardines privados, no son éstos tan abundantes como fuera de esperar, tratándose de la flor nacional. Como quiera que sea, es nuestra flor nacional y la observación profunda nos muestra la influencia ejercida por este árbol sobre el espíritu del hombre, influencia de carácter místico, ya que el seibo también tuvo un papel importante como elemento religioso. Fue objeto de culto entre los guaraníes, para quienes crecía a la entrada del paraíso⁹.

Así mismo no es posible pasar por alto las leyendas que en torno a su figura han tejido diversos autores y que se han popularizado día a día, tales como la de Anahí.

El panorama obtenido, a través de los hechos mencionados, permite entrever la repercusión que este árbol ha tenido y tiene en el alma humana, ya que siempre es el hombre el que consagra o relega un ser según sus preferencias o antipatías naturales.

Influencia toponímica. — El espíritu humano está siempre presto a recordar lo que le es grato, útil o desagra-

7. ARANIMONTI, *Leyendas y supersticiones*. B. A., 1926.

8. OLTAVÉN, *El seibo, flor nacional*. La Plata, 1942.

9. GRANADA DANIEL, *Supersticiones del Río de la Plata*. Montevideo, 1907.

dable. Por eso encontramos a cada paso, muestras de esta aserción, ya que los nombres de los hechos geográficos responden siempre a una disposición anímica. Las razones que impulsan al hombre a designar lugares con un determinado nombre, son variadísimas. A veces prima el sentido utilitario, otras la emoción del momento, las circunstancias o el sentido de lo bello que llevamos dentro. La función toponímica no está sujeta a ninguna regla, a veces sorprende una denominación inesperada que parece fruto del capricho, pero indagando en su nacimiento, se suele hallar que responde a una razón valedera. Los topónimos representan una reacción del hombre frente a algo, indican que a un lugar se lo ha mirado, conocido y juzgado. Todos los topónimos son dignos de estudio, pero algunos despiertan más la atención que otros por su significación geográfica o humana.

La toponimia del seibo corresponde a la rama de la toponimia de la flora, y es bastante rica en nuestro territorio. Este árbol ha designado muchos sitios demostrando, en primera instancia, la existencia de la planta en el país. Pero como los nombres registrados son de número crecido, es dable pensar que su popularidad se basa en su característica más notoria. ¿Cuál es ella? Pues su vistosidad, ya que la función específica del seibo es la de adornar. Indudablemente es un árbol llamativo, sus flores rojas, sinfonia punzó, según Lola Tapia de Lesquerre, se destacan sobre el fondo verdoso, no sólo de sus propias hojas sino de la vegetación circundante.

La toponimia del seibo presenta un área bastante extensa, ubicada en la región del NE, N. y NO., es decir que hay plena coincidencia con la zona donde este árbol prospera. Observando el mapa que resulta de la ubicación de los noribes, se nota una mayor densidad en la Mesopotamia, particularmente en Entre Ríos y Corrientes, así como en las Islas del Delta. Hay superposición de áreas geográficas y toponímicas.

La dispersión del seibo se desvía hacia el oeste a través de Formosa, Chaco y Santiago del Estero, pero aquí advertimos una enorme pobreza de nombres. La razón habrá que buscarla en la población raía de esos lugares y por ende de bautizos de los accidentes. Así mismo la cartografía es escasa, sobre todo a gran escala, de modo

EL SEIBO Y LA TOPONIMIA

45

que no se puede afirmar ni negar la existencia de topónimos seibicos, por deficiencia de documentación cartográfica.

El arpo que dibujan los nombres se vuelve más denso en Salta, Jujuy y Tucumán, más denso en relación con la zona chaqueña, pero no comparado con la mesopotamia donde este árbol alcanza su apogeo en cuanto a cantidad, aunque en las provincias de Salta, Jujuy y Tucumán, la especie llamada falcata presenta ejemplares descolantes en cuanto al porte arborecente. Hauman¹⁰ nos habla del gran seibo de Salta (*Erythrina falcata*) diciendo que es un árbol elevado y espléndido.

En la zona deltaica y a lo largo de ríos y arroyos de Entre Ríos y Corrientes las noticias demuestran la existencia de bosquecillos de seibos (*Erythrina crista-galli*). Burkart menciona seibales en la selva en galería del parque mesopotámico, en los bosques hidrófilos, en las riberas del Paraná y Uruguay y en el delta del río Paraná. En el ambiente deltaico juega un papel importante en la consolidación de las islas, a tal punto que la existencia de seibales es índice de madurez de las islas. Aparece así el seibal como formación típica de la región, reflejándose abundantemente en la toponimia.

Hallamos variedad de hechos geográficos y humanos con nombres referentes al árbol que nos ocupa, tales como: arroyos, islas, estancias, quintas, granjas, puestos. Las variantes residen en que a veces el nombre está en singular, otras en plural, o en femenino, masculino o en diminutivo. Se advierte también una fluctuación en la grafía que aparece con e y con s en cartas y libros. Al respecto, Martiniano Leguizamón¹¹ dedica un capítulo íntegro a desentrañar el significado del término seibo así como su grafía.

La Academia Argentina de Letras recomienda escribir seibo con s.

El seibo presenta, así mismo, varios sinónimos con la característica de que éstos no aparecen nunca en las cartas. Se le llama zuinana, cuinandi, suinandi, suinandy,

10. HAUMAN-MERK, *Estadística Dicotómica* edición.

11. LEGUIZAMÓN MARTINIANO, *Humores y cosas que pasan*. Bs. As., 1926.

zulfardy, chopo, natnic, iberá iputeçú, ceibo macho y ceiba. Y según Duque Jaramillo¹² en Brasil tomaría la forma saibo.

Vitredo Solá¹⁷ indica que *zuinandi* es voz guaraní y significa "árbol que se abre junto al agua" y aludiría tanto a su modo preferencial de vida junto a los cursos de agua, como a la lluvia que vierten sus ramas en verano. Según Storni¹⁸, *iberá iputeçú*, también voz guaraní, quería decir "árbol que revienta, que se lastima, abriéndose en verrugas o tolandras junto al agua". Para *zuinandi* da la siguiente explicación: "árbol amigo del



* Como ya hemos visto la distribución geográfica de los topónimos del ceibo en la Argentina. Cada punto señala la ubicación de un topónimo vinculado con el ceibo.

12. DUQUE JARAMILLO, *Mundo de losques y maderas tropicales. Botánica general y especial*. Torno I y II. Bogotá, 1931.

13. EDUARD JORDA, *Barros gommados. Flora*. Universidad Nacional de Tucumán, Tucumán, 1944.

agua o que junto a ella, muestra su corteza excesivamente rugosa". Anselmo Jover Peralta¹⁴ informa que *ceiba* o *seibo* significaría "fruta de loros o aceite de loros".

A través de todos estos datos ya se puede vislumbrar, cuál es el resultado del análisis cartográfico, basado en las cartas del Instituto Geográfico Militar. Como la escala 1/500.000 es la única que abarca el país entero pero no da muchos detalles, para efectuar un trabajo más o menos minucioso es necesario recurrir a escalas mayores. Las cartas 1/100.000 desdichadamente no cubren la totalidad del territorio argentino, pero en el caso que nos ocupa pudieron cumplir su función dado que las hay para la región que ya habían dibujado como área toponímica las hojas al 1/500.000.

Un mapa escolar de Entre Ríos brindó topónimos diferenciales y a otros los confirmó. También aparecieron topónimos diferenciales en el *Diccionario Geográfico Argentino* de Latzina¹⁵ y en el *Diccionario Geográfico del Instituto Geográfico Militar*, tomo II¹⁶.

El total de nombres obtenido fue de 81 repartidos así: cartográficos 62, bibliográficos 19.

La escala 1/500.000 dio 26 nombres, la escala 1/100.000, 33, el mapa escolar de Entre Ríos escala 1/400.000, 2, el *Diccionario Geog. del I. G. Militar*, 4 y el *Diccionario Geog. de Latzina*, 16.

El análisis de la forma que presentan los topónimos proporciona la siguiente estadística: *Escala 1/500.000*: ceibo 6, ceibos 2, ceiba 1, ceibas 4, ceibal 4, ceibalito 3. *Escala 1/400.000*: ceibo 1, ceibas 1. *Escala 1/100.000*: ceibo 18, ceibos 3, ceiba 1, ceibas 1, ceibal 6, ceibalito 2, ceibita 1, ceibitas 2.

Diccionario Geog. Arg. del I. G. M.: ceibo 1, ceibal 1, ceibas 1, ceibitos 1. *Diccionario Geog. de Latzina*: ceibo 4, ceibas 3, ceibal 6, ceibo gaucha 1. Las cifras demuestran un absoluto predominio de la forma ceibo (con e y en

14. JOVER PERALTA ANSELMO, *El guaraní en la geografía de América*. Bs. As., 1950.

15. LATZINA FRANCISCO, *Diccionario geográfico argentino con apéndice de onomástica rioplatense*. Tercera edición. Bs. As., 1949.

16. LATZINA FRANCISCO, *Diccionario geográfico argentino*. Bahía Blanca. Bs. As., 1908.

16. INSTITUTO GEOGRÁFICO MILITAR, *Diccionario geográfico argentino*, tomo I. Bs. As., 1954.

masculino), pues aparecen 24 ante una sola ceiba. Aquí cabría preguntarse: ¿Habría acaso que reservar el nombre de ceiba para *Erythrina jaicota*? Y en ese caso, ¿qué grafía se le daría a la *Erythrina dominguesii*?

La voz ceibal que aparece repetida 13 veces nos indica que hay abundancia de este nombre colectivo, lo cual podría ser indicio de que el seibo crece más bien acompañado que solitario.

De todo lo expuesto surgen las siguientes conclusiones: 1º Las áreas geográficas y toponímicas del seibo son coincidentes; 2º Hay preponderancia del toponimo ceibo y corresponde aquí preguntarse si el nombre se aplica a una determinada especie o se trata simplemente de una forma popular general. Si correspondiera a una especie determinada habría que pensar que, como entre las *Erythrin*as abunda más la especie *crista-galli*, ésta ocuparía indudablemente el primer lugar como epónima; 3º Casi la totalidad de los nombres registran la grafía ceibo; 4º La mayoría de los accidentes que bautiza este árbol, son cursos de agua. Y esto se explica por ser el seibo amigo de los lugares húmedos; 5º Hay abundancia de toponimos colectivos y diminutivos, lo cual bien pudiera indicar la existencia de asociaciones puras siendo así como se presenta el seibo en muchos lugares de su medio natural. Hasta aquí el panorama obtenido; con la compulsa de una cartografía más completa y de otras fuentes de conocimiento, el resultado podría ofrecer variantes, aunque no fundamentales, desde luego. Posiblemente se reforzaría el caudal de nombres en algunas zonas, pero la esencia del trabajo no se modificaría.

ELSA FRANZINI MENDIONDO.

17. *Bot. Wimmero. La flora del Granit fluvial, ex Guía de viaje, Zon*
Nordosto, año 1946. Automovil Club Argentina.

La Atlántida sumergida

El valor documental de las descripciones literarias de la naturaleza es fácil de comprobar. En la Biblia, los paisajes, los vegetales, los animales, el clima, están presentados de manera tan exacta que no se puede poner en duda la veracidad de las descripciones. Solo Ezequiel, San Lucas y algunos autores tardíos de salmos, han podido ser descubiertos como extranjeros que han poblado el país sin conocerlo; es a un error de San Lucas que debemos el Domingo de Ramos (o de Palmas) pues, en las montañas de Judea no creen las palmas. A pesar de las simplificaciones del poeta, las descripciones de la naturaleza hechas por Homero son tan verídicas que permiten reconstituir el viaje de Ulises. La lectura de la *Ilíada* convenció a Schliemann de que Troya había existido. El antiguo marchante de arenques, basándose en la *Ilíada*, hizo hacer excavaciones a despecho de los sarcasmos de los especialistas, y encontró a Troya sepultada en los escombros, conforme a la descripción de Homero, aun en los detalles como la bañera de Helena.

Quien lee las traducciones que los antiguos, sobre todo Platón, nos han transmitido sobre la Atlántida, no duda un instante que esto no es un mito, sino un hecho real. Se pueden inventar las mentiras pero no las verdades.

En su *Timeo*, Platón cuenta que Solón, el primer legislador de Atenas (600 a.C.), hizo un viaje al Egipto para estudiar las instituciones del viejo Estado de las orillas del Nilo. Los sacerdotes lo recibieron con muchos miramientos, pues ellos conocían perfectamente los antepasados de Solón. Sin embargo él, Solón, declararon, no podía conocerlos, pues el antiguo Imperio Griego había sido destruido por un terremoto, y todos los testimonios habían desaparecido. Los egipcios, por el contrario, habitaban la región tranquila del Nilo y, al contrario de los griegos, interesándose mucho por la historia, recordaban todavía ese imperio y le debían reconocimiento. Pues los

antepasados de Solón habían conducido los pueblos oprimidos del Mediterráneo a la lucha contra la tiranía de la Atlántida. Los griegos aparecían, pues, desde el comienzo de la historia, a la vanguardia de los campeones de la libertad y ellos permanecieron así hasta nuestros días. Este hecho es significativo y testimonio en favor de la verdad del relato. A pesar de las deformaciones que ha sufrido al transmitirse de Solón a Platón, la descripción que los egipcios le ofrecieron de las Islas de la Atlántida se aplica perfectamente a lo que nosotros llamamos "Islas de surco". A cinco jornadas de navegación a vela, se encontraría al oeste de Gibraltar un rosario —notad bien esto: un rosario— de islas. El rey de la más grande tenía las riendas del gobierno. Estas islas poseían montañas elevadas (rasgo característico) eran abundantemente boscosas (clima marítimo), y tenían numerosas fuentes termules (esto también caracteriza las islas de surco). El agua era conducida a las casas y los edificios de las ciudades. Los habitantes de la Atlántida daban también a los pueblos antiguos el ejemplo de las instalaciones de termas que admiramos tanto en las ruinas de la antigüedad. Admiración mezclada de envidia pues nuestra civilización no sabe sacar tan buen partido del agua como los hombres que han vivido milenios antes que nosotros. Como todos los imperios insulares y marítimos de la historia, la Atlántida había adquirido su poder por el comercio marítimo y había fundado un imperio colonial como lo hicieron más tarde los fenicios, los cartagineses, los griegos, los romanos, los normandos, los venecianos, los portugueses, los holandeses, los españoles, los ingleses, los japoneses. Esta absurdidad política que quiere que un pequeño país insular domine temporalmente el mundo es un rasgo característico confirmado por la historia.

En el año 9600 a. C., grandes terremotos arruinaron las islas, y los pueblos dominados se sublevaron bajo la dirección de los griegos. Por tanto, "guerras contra los persas", nueve mil años antes de las guerras contra Jerjes y Darío. Poco después, las islas habrían desaparecido bajo el mar.

Desde el punto de vista científico, este relato tiene todos los caracteres de la verdad. Reemplazad Atlántida por Japón y tendréis el "retrato pacífico" de la "hermana



L'Atlantide, selon l'interprétation traditionnelle, de F. Rabelais. Le monde est un vaste pays de la mer.

atlántica". Islas, montañas, volcanes, fuentes termales, instalaciones hidráulicas, regiones fértiles, grandes ciudades, industrias florecientes, una marina desarrollada, la dirección del comercio mundial y... temblores de tierra; nada falta a este equivalente moderno de la antigua Atlántida.

Las generaciones futuras no sabrán quizá nada de nuestra civilización actual. Pero un buen día un sabio presentará un informe del descubrimiento de los vestigios de una civilización mundial, que se había extendido por toda la tierra. Mostrará las imágenes del "estilo jesuita" de las misiones españolas, cuyas huellas había descubierto en España, en China y en América del Sur; exhibirá una serie de inscripciones inglesas encontradas en Inglaterra, en África del Sur y en Australia. ¡En todas partes la misma escritura! De la misma manera nosotros comprobamos hoy que mucho antes de la antigüedad clásica existían de cada lado del Atlántico civilizaciones que tenían un origen común. A esta civilización se relacionaban del lado americano, los mayas, los incas, los aztecas, y, del lado euroasiático: las civilizaciones prebabilónicas del Asia Occidental, los etruscos, precursores de los romanos, los aqueos de Homero, los micénicos, los cretenses y los antiguos pueblos de la Mauritania.

Todos estos pueblos oraban en templos consagrados al sol, poseían instalaciones astronómicas, utilizaban calendarios similares, embalsamaban sus muertos, llevaban emblemas idénticos, como las alas de buitre y, de cada lado del Atlántico, se encuentra la imagen de Atlas sosteniendo el universo esférico sobre sus espaldas. Escuchad bien: conocimiento del universo esférico; 3.000 años antes de Moisés. ¡Qué retrogradación magnífica, por consecuencia! En Europa occidental se quemaba todavía hace 300 años a los que profesaban ideas cuya representación simbólica decoraba las bibliotecas 5.000 años antes de Jesucristo.

En el centro de estas naciones geográficamente dispersas, pero ligadas por una civilización común, se encontraba la Atlántida.

Estaba allí como una araña en el centro de su tela, y se está bien tentado de creer que es ella la que había extendido los hilos de su civilización en todos sus alrededores.

LA ATLÁNTIDA SUMERGIDA

Naturalmente, no es necesario buscar los orígenes de estas civilizaciones en estas pequeñas islas. Como toda civilización insular, la de la Atlántida no era más que un brote de una civilización continental más antigua.

Es así como Inglaterra es una rama del Imperio Romano, y el Japón, de la China. No es necesario buscar más lejos.

En las costas occidentales de Europa, en las cavernas de los Pirineos y en la pendiente de la Rivière, se han encontrado las huellas de una civilización proveniente de razas que la era glacial ha debido destruir. La última generación se ha refugiado probablemente en las cavernas para huir del hielo. Estos documentos son de una seguridad de gusto y ejecución que no puede ser más que el final de una larga civilización anterior. Una de estas cavernas ha sido llamada la Capilla Sixtina de la época glacial. Los artistas que han cubierto sus paredes con dibujos de animales, no eran "primitivos", pertenecían a una escuela impresionista del siglo XXX antes de Cristo. Eran brotes tardíos de su civilización. La nieve que ha cubierto Francia, al venir del norte, ha debido cubrir una civilización muchas veces milenaria y empujar a sus últimos representantes a las costas del Mediterráneo. ¿Qué nos impide pensar que las razas que huían del hielo se habrían dispersado no solamente en las cavernas meridionales de las montañas, sino también sobre las islas de la Atlántida, que la vieja civilización del continente ha sobrevivido aquí, y que los atlantes fueron los descendientes de la era glacial? El problema de la Atlántida no quedará sin solución mucho tiempo. Ya se ha comenzado a poner en acción los medios modernos, avión, fotografía submarina, radar, para buscar los restos de las islas. Se puede estar tranquilo; un porvenir no muy alejado nos dirá si la Atlántida ha sido una realidad o un mito.

F. KAHN.

*Le livre de la science,
Planétaires.*

Las universidades medievales

Se acostumbra decir erróneamente entre nosotros que la Edad Media fue un período de tinieblas. No hay mayor error que ése. Hubo, en efecto, invasión de bárbaros, hubo influxo de los bárbaros, pero recuérdese que mientras el Imperio Romano zozobró, permaneció la Iglesia. La Iglesia Católica recibió la herencia del Imperio Romano: he ahí su organización propia. Las palabras obispo, convento, diócesis, tienen su origen en las estructuras administrativas del Imperio Romano. La Iglesia Católica mantuvo la cultura y transmitió a la época carolingia, y de ella al siglo XII, la antorcha cultural que venía de la Antigüedad.

Por lo tanto, cuando se dice que la Edad Media fue una época de tinieblas se está contra la verdad. Además, acaso somos un poco presuntuosos al pensar únicamente en el Occidente olvidando el Imperio Romano de Oriente —Bizancio— que durante toda la Edad Media conservó importantes elementos culturales que después puso a disposición del Occidente, como todos saben, el llamado Renacimiento.

La palabra *Universidad* se refiere a algo típicamente medieval. En el sentido que la usamos hoy fue empleada sólo en el siglo XIII, por ejemplo en París en 1261. Aparece con el sentido de comunidad —*Universitas magistrorum et scholarium*, o también *discipulorum*— y en tales condiciones es una comunidad, una corporación de profesores y alumnos. En ese sentido solamente en la Edad Media existieron Universidades. Esa denominación de Universidad, que es medieval, se refería evidentemente a cosas que venían desde mucho antes, con otros nombres, por ejemplo *studium* o *studium generale*, palabras que designaban escuelas que no tenían sin embargo el pleno sentido medieval de Universidades, es decir comunidad de profesores y alumnos.

FORMACIÓN DE LAS UNIVERSIDADES

a) *Orígenes remotos de la universidad.* — En la Antigüedad hubo escuelas, por ejemplo en Atenas, donde la enseñanza superior era suministrada por los filósofos griegos. Sin embargo, era una enseñanza superior de hombres y para hombres; enseñanza individual en la que no había de ninguna manera clases, como en la universidad medieval, ni comunidad de alumnos y profesores. También en Alejandría, en el famoso Museo, se daban cursos filosóficos y científicos. Lo mismo se puede decir de Pérgamo. Pero no hubo nada con el sentido actual de universidad. La educación en el mundo antiguo era una educación para minorías selectas. Con el cristianismo, la educación antigua se modifica. Por ejemplo, en Antioquia encontramos ya un sistema de enseñanza mucho más evolucionado que en Atenas o en Pérgamo. Desde entonces la Iglesia comienza a interesarse por la enseñanza. Pero en ese período las organizaciones precursoras de las universidades se limitaban aún a la enseñanza de la gramática en el grado primario y de la retórica en un segundo grado.

Con el emperador Adriano hubo una tentativa de establecer un curso escolar mejor organizado. Casiodoro retomó la misma idea, que por ser prematura en ese momento no pudo llevarse a cabo. En la Galia, hizo también una tentativa Ausonio y existieron escuelas dignas de atención en Burdeos, Narbona, Tolosa, aunque no hubo nada que se pudiese llamar una universidad. Gregorio de Tours, en el siglo VI, llegó hasta el intento de organizar un curso en la forma de una comunidad de estudiantes y profesores. En Bizancio se fue un poco más lejos. Justiniano, por ejemplo, que tuvo mucho interés en desarrollar la enseñanza del derecho, procuró organizar cursos; pero, como en la Antigüedad, siempre para minorías selectas, con la intención de formar administradores técnicos, etc. Bardas fundó una escuela: Manaura, con igual propósito. Y un ejemplo de esta educación lo tenemos en el propio emperador Constantino Porfirogeneta que fue un gran erudito, pero con una formación que no puede ser comparada de ningún modo con la de un universitario medieval y mucho menos con la de un universitario de nuestros días.

Durante el Renacimiento carolingio hay algo que se aproxima más a la universidad medieval del siglo XIII. Vemos reunidos por Carlomagno a Pablo Diacono, Pedro de Pisa, Teodulfo, Clemente de Escocia, Eginardo; acudían profesores de diversas regiones y, principalmente, el gran monje Alcuino. Pero se trataba de una escuela de palacio, fundada por Carlomagno para formar sus pajes, condes y clérigos. Junto a la escuela estaba el famoso *scriptorium*, donde los monjes copiaban los textos antiguos. A propósito de este ejemplo, no debe olvidarse cuánto debemos hoy a la Iglesia por la transmisión de la cultura antigua. En esa época, el monje copiaba los textos antiguos, pues no había imprenta.

También encontramos centros culturales en Inglaterra; Lindisfarne, Wearmouth y York son valiosas experiencias de organización escolar. Lo mismo podemos observar en el Continente, en Bec, Corbie, Fleury, Fulda y Saint Gall.

Todas esas escuelas son escuelas capitulares. Nacieron en las sacristías, junto a las catedrales y a los conventos, y fueron escuelas para la formación de eclesiásticos, y también para legos. En el siglo X florece en Reims una escuela más perfecta, en la que se destaca Gerbert D' Aurillac. En Chartres aparece Fulbert; en París se destacan, Guillermo de Champeaux y Abelardo. Pero la primera universidad que puede llamarse propiamente tal, aparece en la primera mitad del siglo XI, en Salerno, ciudad del Sur de Italia, próxima a Nápoles. Era una escuela de medicina en la que se estudiaban textos árabes que eran traducidos al latín y, a veces, al griego. Estaba compuesta por benedictinos y legos. Junto con la medicina árabe se enseñaba la medicina griega de Galeno. El nacimiento de esa universalidad fue posible gracias a la dinastía de los Hohenstaufen que se preocupó mucho por el problema de la enseñanza, principalmente Federico II que, a pesar de su vida irregular, es una de las figuras más curiosas de toda la Edad Media.

b) *Las universidades en la primera mitad del siglo XIII.* — En la primera mitad del siglo XIII las universidades se multiplican. Antes habían sido ya fundadas las siguientes: Bolonia en 1088; Palma en 1100; París en 1120; Oxford en 1130. En el siglo XIII se fundan: Padua, en

1222; Nápoles, en 1224; Tolosa, en 1229; Montpellier, en 1259. No debemos olvidar que esas universidades anteriores a la enseñanza en latín, pero que muchas materias provenían del mundo griego a través de las traducciones de los árabes, quienes en esa época dominaban gran parte de España. La ciudad de Toledo era el centro donde se traducían del griego al árabe y del árabe al latín los textos de Aristóteles, Platón y otros autores griegos. No es pues ajeno a esta eclosión de las universalidades la ciencia grieco-árabe.

Comienzan también las universidades a preocuparse por el derecho romano. Con la invasión germánica y de las costumbres de los bárbaros, se introdujo el derecho germánico, pero todavía quedaba un residuo del derecho romano, especialmente a través del derecho canónico. De tal modo, en ese momento se presenta algo muy interesante: la acomodación del derecho romano al derecho germánico; y de esa unión habrá de salir un nuevo derecho que refleja el cruzamiento entre los invasores y las poblaciones romanizadas.

Como hemos visto, las universidades nacen bajo los auspicios de la Iglesia. En París y en las ciudades que antes se enumeraron, por ejemplo, la Iglesia es la que inicia el movimiento. Poco a poco, en las escuelas y universalidades se comienzan a enseñar las artes, los decretos —lo que hoy se haría en la Facultad de Derecho—, la medicina y la teología, todo englobado en el título: *Universitas Magistrorum et Scholarium*.

En París observamos que el Gran Canciller orienta la Universidad, desde la propia iglesia de Notre Dame, y comienza una reacción contra ese monopolio capitular. El Papa Inocencio III oficializa la Universidad de París concediéndole título, y más tarde Gregorio IX le otorga el sello. Poco a poco esa universidad fue creciendo hasta que en un momento dado trató de liberarse totalmente de la tutela de la Iglesia; para ello pasó a la margen izquierda del Sena, donde aún hoy existe el *Quartier Latin*, barrio de los estudiantes y artistas.

Para mostrar hasta qué punto la universalidad medieval es obra de la Iglesia, bastará lo siguiente: hasta el año 1400, de las 44 universidades existentes, 31 fueron fundadas por la Iglesia mediante bulas, especialmente

después que los dominicos y los franciscanos se consagraron a las cátedras y a la enseñanza. Esos monjes dejaron a un lado las traducciones árabes de la filosofía griega y comenzaron a ir por sí mismos a las fuentes. Así fue como, en la Universidad de París, se trabaron disputas entre varios profesores alrededor de un texto, de una palabra; disputas que tuvieron enorme trascendencia en la cultura medieval. Hubo disputas famosas sobre textos de Aristóteles y Platón.

El derecho canónico entró en conflicto con el nuevo derecho civil que renacía del viejo derecho romano.

Los monarcas también protegieron a la universidad. Luis XI, por ejemplo, fue un gran protector de la Universidad de París, y reconoció y favoreció las huelgas que en ella se producían, las cuales poco a poco llegaron a ser reconocidas también hasta por la misma Iglesia. El Papa Inocencio IV, reconoció el derecho de los estudiantes y de los maestros a declararse en huelga en el caso de ser maltratados por las autoridades civiles o eclesiásticas. Parecerá extraño que las huelgas universitarias tuvieran la bendición de la Iglesia, cosa que actualmente no ocurre.

En 1215 el famoso Estatuto de Robert Courçon delimita perfectamente el bachillerato en la Universidad de París: la duración de los estudios, la edad en que el joven debía ingresar, la edad necesaria para doctorarse. El Estatuto se aplica también en las facultades de Teología —donde, por otra parte, era necesario tener más edad—. Podemos decir que con ese Estatuto de 1215, la Universidad de París tiene ya una estructura. En el bachillerato se estudiaba la *Introducción (Isagoge)* de Porfirio, la *Síntesis* de Prisciano, los *Tópicos*, la *Metafísica* y la *Física* de Aristóteles. La primera lección de un maestro de artes, debía basarse en el *Libro de las Sentencias* de Pedro Lombardo. Un teólogo con tres bachilleratos y una licenciatura obtenía el codiciado grado de doctor en Teología.

c) *Las universidades en la segunda mitad del siglo XIII.* —La segunda mitad del siglo XIII es el período de culminación de la universidad medieval. No debe olvidarse que es la época en que actuó Santo Tomás de Aquino. La famosa *Summa* de Santo Tomás la compuso él en ese

período en que también se da la universidad medieval más característica. La Universidad de París creció de tal manera que en la segunda mitad del siglo XIII, la población estudiantil de París alcanzaba a cerca de treinta mil estudiantes (Bolonia, en Italia, tenía veinte mil) y el mayor número de estudiantes estaba matriculado en la Facultad de Artes, que es justamente la antepasada de nuestra Facultad de Filosofía, Ciencias y Letras. Ahí se daban lecciones del *Trivium*: Gramática, Dialéctica, Retórica, y del *Quadrivium*: Música, Aritmética, Geometría y Astronomía, divisiones que, por lo demás, venían del mundo antiguo. Esa universidad es internacional. En esa época había allí lo que se llamaba "las naciones": naciones de estudiantes. Los *gallicani* ("la honrada nación de los galicanos", se la nombraba en los documentos) eran individuos oriundos de París, de Burdeos, de España y de Italia. Otra nación, la de los *Normandi* ("venerable nación de los Normandi") comprendía a los estudiantes oriundos de Normandía. Los *Picardi* (también designados como "la muy fiel nación de los Picardi") comprendía a los alumnos llegados de Flandes; finalmente, en la nación de los *Angli* o *Alemanni* ("la muy constante") se matriculaban los estudiantes de Inglaterra, Alemania, Escocia, Irlanda, Escandinavia, Polonia, Hungría y Bohemia. Los profesores provenían de los sitios más distintos. Alberto Magno, por ejemplo, era alemán de Colonia; Alberto de Bohemia, provenía de la Checoslovaquia actual; Sigerio de Brabante de la región de Flandes; San Buenaventura y Santo Tomás de Aquino eran italianos. Ya en aquella época se beneficiaba la universidad con la llegada de profesores extranjeros que aportaban la cultura de sus pueblos para que sus nuevos alumnos pudieran aprovecharla.

La universidad estaba regida por un Consejo de Procuradores elegidos por las diversas "naciones", y ese consejo elegía al Rector, que entonces era quien convocaba al consejo de maestros. Estaba también el Gran Canciller, acerca del cual hay una diferencia entre París y Bolonia, pues en la Universidad de París, el Gran Canciller fue durante mucho tiempo la figura más importante, mientras que en la de Bolonia ocurría lo contrario. En Bolonia la universidad se especializó en el Derecho,

y podía leerse en las monedas de la época la divisa: *Bononia mater studiorum, Bononia docet*. Esta universidad de Bolonia recibió gran impulso gracias a Federico Barbarroja que tenía un gran interés en que el Derecho Romano fuese restaurado, por ser justamente un apoyo para la política imperial que sostenía.

En 1250 hay en la Universidad de Bolonia dos "naciones": la *Universitas citramontanorum* (en la que se agrupaban los italianos) y la *Universitas ultramontanorum* (en la que se reunían especialmente los estudiantes alemanes; *theofrincis*); los extranjeros eran todos ultramontanos. Estudiábase allí el Derecho, principalmente el Derecho Romano; y había numerosos alemanes, hombres de mayor edad, generalmente clérigos, que iban a estudiar allí con becas de los gobernantes alemanes.

Otra de las universidades típicas de ese período es la Universidad de Oxford, en la que tuvieron gran predominio los franciscanos. Se levantó a doscientos kilómetros de Lincoln, en Inglaterra, bajo la jurisdicción del obispado. Como el obispo se hallaba muy lejos de la universidad, ésta adquirió una cierta independencia. En ella enseñó el famoso monje Robert Grossetête que conocía el hebreo y el griego; era algo verdaderamente asombroso en esa época que un hombre conociese y hablara el griego o el hebreo. Robert Grossetête no se dedicaba exclusivamente a los estudios filosóficos, procuraba también desarrollar las ciencias naturales. Otro gran nombre de la Universidad de Oxford fue Roger Bacon. Como lo prueba el *De secretis opibus artis et naturae*, se introdujo allí la enseñanza de la mecánica. Por una división producida en esta universidad debido a una lucha de estudiantes y profesores contra las autoridades civiles, salieron de allí los que fundaron la Universidad de Cambridge.

En España, Salamanca es una gran universidad de ese período, así como Sahagún (fundada por Alfonso VI) y Palencia creada por Alfonso VIII. Salamanca fue fundada por Alfonso IX y transformada más tarde por Fernando III. Salamanca es, sin duda, el centro más importante; en ella se enseñaban idiomas, retórica, medicina, música, derecho, teología. Había en ella estudiantes de diversas procedencias. Los estados ibéricos trataban de

fundar universidades para evitar que los estudiantes provenientes de ellos fueran a París o a Bolonia, y retenerlos así en la propia casa. Al hablar de la Península Ibérica no podemos dejar de hablar de nuestra *Ceula Mater*, Coimbra.

En los siglos XII y XIII, aunque hubo en Portugal escuelas en los monasterios, como en Alcobaca, Santa Cruz de Coimbra, etc., los jóvenes portugueses iban, en busca de enseñanza superior, a Salamanca, Bolonia o Montpellier. Por ello, el Rey D. Diniz, habiendo recibido el pedido de clérigos interesados en ello, trató de fundar una universidad para retener a esos jóvenes en Portugal.

La universidad fue fundada el 1º de marzo de 1290, mediante bula de Nicolás IV, en Lisboa. En 1308, D. Diniz la hizo trasladar a Coimbra. En esa universidad se instituyeron estudios de Derecho canónico, Derecho civil, medicina, gramática y dialéctica. La teología la dictaban franciscanos y dominicos. En 1338 volvió a Lisboa durante el reinado de Alfonso IV; en 1354 retornó a Coimbra; en 1377 volvió nuevamente a Lisboa. Finalmente se estableció en Coimbra, donde se encuentra hoy. En esa universidad, en lo relativo al Derecho, se acostumbraba a estudiar principalmente las obras de Bartolo, y en la época de D. Juan I, había también un libro en la Biblioteca de Lisboa que estaba prendido a una cadena, tal vez para que los estudiantes no se lo llevaran a la casa. Esa universidad progresó mucho con la protección del Infante D. Enrique, el Navegante, que sostuvo cátedras de matemáticas y de astronomía, evidentemente con el propósito de preparar mejor a los pilotos, de los que tanto necesitaba para sus empresas náuticas.

LA VIDA UNIVERSITARIA

La vida universitaria se desenvolvía del siguiente modo: La enseñanza se dividía en la *lectio* y la *disputatio*. La *lectio* era una lección expositiva previa, y la *disputatio* el debate universitario entre maestros y alumnos o, aún, entre los mismos alumnos. De la lección se derivaban conclusiones y *allogismos*, etc. La enseñanza era exclusivamente oral. La *disputatio* se realizaba una vez por semana, es el origen de nuestra sabatina, y el nom-

bre proviene de gntences. El *magister* daba una conferencia, y proponía un cierto número de principios (*testis*) ante otros profesores (*oponentes*). En ese debate se argüía y se respondía (*arguere e respondere*).

Existía también el problema del salario. Los alumnos sostenían a los profesores, quienes vivían de las tasas que cobraban por la enseñanza. Se prohibía que un profesor recibiese a un alumno deudor de otro maestro de estudio. Algunos hidalgos e instituciones diversas mantenían las becas. Por lo tanto, no constituye una novedad la concesión de becas de estudio, tan comunes hoy entre nosotros.

Las ropas eran generalmente talares, por lo que el estudiante se conocía en la Francia medieval como el *clere*, es decir el clérigo. Profesores y estudiantes usaban ropas muy parecidas y ambos hacían una vida totalmente eclesiástica. Unos y otros no podían casarse, y si lo hacían eran expulsados de la Universidad. Eso ocurrió al principio, naturalmente, luego la costumbre cambió. El alumno usaba un capuchón y el profesor un birrete.

Existía en la universidad, como era costumbre en la Edad Media, una organización eminentemente corporativa. En la organización se daba una jerarquía: escolares (pajes, escuderos, caballeros), bachilleres, maestros, divididos en las *chevalier* (*baccalarius*) y *chevalier*. Tal organización se asemeja mucho a la de la nobleza.

Comenzaron a aparecer también alojamientos comunes en los que los estudiantes se congregaban. En 1257, Roberto de Sorbón donó un predio para alojamiento de estudiantes y en él se fundó el *Collegium Sorbonnicum* que es la Sorbona de nuestros días, en Francia. Desde esa fecha hasta 1500 hay cerca de cincuenta colegios semejantes a la Sorbona en París. Hay un hecho interesante y es que mientras la Universidad de París absorbe a los colegios, en Inglaterra los colegios absorben a la universidad. Hasta hoy la enseñanza en Inglaterra la imparten los colegios —*college*— por ejemplo el College of Trinity. En nuestra Facultad de Filosofía tuvimos un profesor inglés que se enorgullecía de pertenecer a uno de los tradicionales *colleges* de la Universidad de Oxford. Como se ve, perdura hasta hoy esa organización.

Existía también la farándula estudiantil, con las características bien conocidas por todos nosotros. En la

Edad Media, en París, la famosa diversión se llamaba el *beau*, el *bee jaune* o plico amarillo. La recepción de los alumnos novicios se festejaba con una especie de carnaval, con fantasías hechas de cuernos, dientes, cabellos barbas postizas.

No podemos dejar de mencionar a los *goliardos*, estudiantes que ambulaban y eran llamados *roganti*, que iban de escuela en escuela y tenían costumbres deplorables. Criticaban al Papa y al clero, hacían versos satíricos en latín y formaron una orden, la orden del obispo Gollas que fue una verdadera parodia de las órdenes monásticas. Hasta Abelardo, el famoso Abelardo, mantuvo contacto con esos elementos y fue acusado por San Bernardo de ser también un goliardo y hasta lo llamaba Gollas. En la segunda mitad del siglo XIII los goliardos empezaron a decaer. Dejaron una obra poética interesante por ser espontánea, nacida del vino, del amor; pero sus costumbres dejaron mucho que desear. La más célebre de sus poesías era: *Neum est propositum in taverna mori* y el más famoso goliardo fue Tomás Plattier. Pero el poder real reprimió esos abusos y los goliardos empezaron a desaparecer poco a poco.

Los universitarios constituían una corporación aparte y poseían innumerables privilegios, entre los cuales los más importantes eran: excepción del servicio militar; dispensa de tasas, impuestos y contribuciones; derecho de conceder la autorización para enseñar, es decir que la universidad era la que concedía a otra persona el derecho de dar lecciones.

DECADENCIA DE LAS UNIVERSIDADES MEDIEVALES

Tras el crecimiento, esas universidades tuvieron su momento de plenitud en el siglo XIII, y luego, como acontece con todas las cosas, siguió para ellas un período de decadencia. Esa decadencia se origina principalmente con la Guerra de los Cien Años. Fue una guerra difícil en la que Francia e Inglaterra se debilitaron terriblemente; trajo hambres y pestes por todas partes y, en consecuencia, la educación misma se tornó deficiente. No faltó la voluntad de instruir, había muchas escuelas y universidades y otras se fundaron en ese período; pero cambió,

la enseñanza, el contenido. La Antigüedad, mal conocida hasta entonces, entra de rondón en la vida cotidiana debido a la huida de los maestros de Bizancio hacia Occidente, motivada por la ocupación de la mencionada ciudad por los turcos.

La escolástica entró en un período no tanto de decadencia como de grandes cambios. Falto la voluntad de luchar y se perdieron fuerzas en discusiones estériles en torno de pequeñas cosas. Una prueba de la degradación de esa universidad la tenemos en la ejecución de Juana de Arco, condenada por la Universidad de París, acusada de hechicería.

El Renacimiento hace que la universidad medieval muera y que nazca otra muy diferente. Un factor muy importante de decadencia fue el hecho de que el Estado fundara universidades nuevas e interviniera en las viejas. Estas dejaron así de ser una corporación de maestros y alumnos. Muere, pues, la universidad medieval con la misma Edad Media. Con los nuevos métodos, las cosas nuevas y los nuevos ideales del Renacimiento, no podía subsistir evidentemente aquella universidad. Aparecen nuevos métodos de enseñanza y nuevas ideas; el propio espíritu universitario cambió y los estudiantes también buscaron cosas nuevas, ciencias nuevas, que la universidad medieval no podía darles. Por todo ello la universidad medieval murió.

E. SIMOES DE PAULA

Profesor de la Cátedra de Historia de la Civilización Antigua y Medieval en la Facultad de Filosofía, Ciencias y Letras de la Universidad de San Paulo.

Traducción de Manuel B. Tryba.

Sobre la condición del actor

Se ha elogiado recientemente el estreno de una obra de ambiente popular por parte de un conjunto independiente que actúa en Buenos Aires, y junto a las desahagadas alabanzas se ha dejado caer una salvagedad harto discutible: la de que era escaso el mérito de los actores, pues todos ellos eran "muchachos de barrio" y habían encarnado en la ficción a seres de naturaleza semejante a la suya. El juicio, vertido por un renombrado cotidiano, equivalía a suponer que los teatros populares (entendiendo por tales, al sólo efecto de este trabajo, a aquellos que pueden llamarse así por su composición, vale decir por el origen de quienes los integran) pueden suprimir toda labor de educación teatral, todo esfuerzo de desarrollo, toda tarea creadora, con sólo elegir obras de ambiente popular, ya que los jóvenes que pasan por la calle se pueden convertir de inmediato en actores apropiados para las representaciones. Otro tanto ocurriría, por supuesto, en cada uno de los conjuntos teatrales constituidos en los diversos —y múltiples— ambientes de la vida social.

El concepto —queremos demostrarlo— implica una grave confusión. Quizás el cine, cuyos materiales se extraen tan directamente de la realidad, pueda prestarse al experimento de utilizar actores que no son tales, sino "seres de todos los días" puestos en el ambiente y en las circunstancias que les son habituales. Pero es en este terreno donde menos pueden compararse ambas manifestaciones artísticas: el cine expresa por intermedio de una cámara que aproxima, aleja, corta, selecciona los materiales expuestos a su ojo; en el teatro, el actor, epicentro de la acción, tiene en sus manos elementos ficticios que son, cuando mucho, apenas una síntesis escueta de los datos reales y, por añadidura, está presente siempre en integridad en la escena, no puede darse el lujo de un primer plano por el cual un simple gesto le permita sustituir la enorme tensión de decir algo con todo el cuerpo, de transmitir una cosa con toda su persona.

Es más fácil ser "uno mismo" frente a la cámara que en el escenario. Se diría que la naturalidad con que una persona se desenvuelve en la vida corriente desapareciera de pronto cuando una multitud de miradas cae sobre ella desde la oscuridad de la sala silenciosa; que por arte de encantamiento, quien se propusiera realizar la experiencia extraordinaria de aparecer de improvisto en escena sin haberlo hecho nunca con anterioridad, perdería su don de movimiento y expresividad habitual, como si una terrible fuerza inhibitoria lo paralizase.

La experiencia indica que, puesto en la "tierra de nadie", en ese mágico mundo que media entre los decorados y el proscenio, el principiante se ve más inclinado a la transfiguración que a la sinceridad. Al trasponer la abertura por donde le ha tocado penetrar en la escena, el actor pierde virtualmente su propia individualidad; el tablado que pisa no es otra cosa que el mundo inmensurable y lo que ha dejado atrás constituye un ámbito en el que se halla inscripto "su" pasado, vale decir: los hechos y las pasiones de la criatura que representa.

Ea "ese mundo desconocido de donde viene y en el que nadie más que él tiene el derecho de penetrar", según lo caracteriza André Barsaq ("Leyes escénicas", Cuadernos de Arte Dramático de Fray Mocho, tomo II, pág. 170). Claro que semejante estado de ánimo no es privativo de los principiantes, y constituye una prueba cotidiana aún para los más grandes actores. Cuéntase que Sara Bernhardt sufría una impresionante metamorfosis al penetrar en el escenario. Ya anciana, esperaba en un rincón, encorvada y silenciosa, el instante de aparecer, y resultaba increíble el torso erguido y la voz plena con que encarnaba, poco después, los vicisitudes de su personaje.

Transformarse es esencial para el actor. Galina Tolmacheva dice que el teatro vivirá "mientras exista en el hombre el afán de transfigurarse" (*Creadores del teatro moderno*, Buenos Aires, 1946). El gran trágico italiano Salvini afirmaba en sus memorias: "Yo tenía que fusionarme con el personaje que estaba representando para provocar en los espectadores la ilusión de que ante ellos se hallaba un hombre auténtico y no una copia del mismo". Y agregaba: "Yo procuro sencillamente ser el personaje representado, pensar con su cerebro, sentir sus

sentimientos, reír y llorar junto con él, amar con su amor y odiar con su odio". El mismo apasionamiento de esta confesión demuestra el sentido profundo de la tarea del comediante.

Aun los menos cultivados integrantes de un conjunto, suelen crear rápidamente esa nueva entidad que es el personaje confiado a su cuidado. Puede ocurrir que su concepción del mismo sea limitada, que no alcance a cubrir los extremos previstos por el autor al delinearlo, pero con seguridad habrá una distancia mayor entre su concepción del personaje y la propia individualidad, que entre su concepción del personaje y la del autor. Es tarea del director orientar su captación del tipo.

No podemos evitar la tentación de decir que, muchas veces, ni el propio actor alcanza a percibir todas las resonancias de sus personajes, y son los actores quienes se las revelan.

En todo caso, lo que más cuesta es insuflar al actor de origen humilde y "falto de cultura" el concepto de la diferencia entre su manera de hablar y moverse, y la manera que como regla general se necesita en el teatro, para cualquier tipo de personaje. Recuérdese que, según Stanislavsky, "un actor, lo mismo que una criatura, tiene que aprender todo desde el principio: a mirar, a caminar, a hablar, etc. Todos sabemos cómo hacer esto en la vida diaria, pero desgraciadamente la vasta mayoría de nosotros lo hace mal, y estos defectos siempre son más visibles a la luz de las candelitas, además de obrar el escenario como una influencia negativa para el estado general del actor".

Por más que se busque la naturalidad de la representación, desde la escena los actores deben hablar con claridad absoluta y moverse con expresividad, aunque esa manera de comportarse resultara chocante fuera del medio teatral. Nuestro hablar de todos los días es tan defectuoso que resultaría poco menos que incomprensible desde la platea.

Estas exigencias acentúan la necesidad de transfiguración, que, según vemos, debe sujetarse a estrictas normas técnicas. Por otra parte, si uno mismo tuviera que llevarse a escena, mala figura haría. No se concibe, en el orden teatral, la simultánea condición de actor y pec-

sonaje. De intentarse, ese personaje carecería de profundidad y de intimidad; el espectador jamás lo comprendería. Los actores, transfigurados, hablan, se mueven y sufren entre cuatro paredes: tres son visibles y concretas; la cuarta, que da a la sala, sólo supuesta, trasparente. El ser que actúa en escena representándose a sí mismo, jamás podría olvidar la inexistencia de la cuarta pared y el fantasma del pudor y de los prejuicios le impediría ser sincero y mostrar el fondo de su alma como a menudo lo hacen los personajes, ante una masa de espectadores.

"La lucha del escultor con la arcilla a la que modela, no es nada si se la compara con la resistencia que ofrecen al comediante su cuerpo, su sangre, sus extremidades, su boca y todos sus órganos", dice el inolvidable Jacques Copeau (*Reflexiones de un Comediante sobre "La Paradoja" de Diderot*, Buenos Aires, 1957, página 19). Es que el actor, por semejante que sea su personaje a sí mismo, no puede dejar de operar sobre la totalidad de su cuerpo y de su alma, porque así se lo exige la disciplina teatral. "Ahí reside el misterio —expresa también Copeau— el que un ser humano pueda considerarse y tratarse a sí mismo como a la materia de su arte, actuar sobre sí como sobre un instrumento al cual está obligado a identificar-se sin dejar por eso de distinguirse de él; actuar sobre sí mismo y ser el actuante, hombre común y marioneta" (id., id., id., página 12).

La transmisión al público de los matices propios de la psicología de los personajes, por "comunes" que estos sean (y a veces los tipos más comunes son los más llenos de facetas), no puede realizarse si el actor no se ha penetrado previamente de ellos.

En tal sentido, los principales de extracción popular, tan numerosos en los conjuntos independientes, suelen asombrarse ante la sistematización de sentimientos, actitudes y reacciones que en su vida corriente ejercitan en forma intuitiva, pero que serían incapaces de reproducir cabalmente en escena porque nunca se han detenido a pensar en ellos. Al volver conscientemente sobre los propios componentes de su personalidad, el actor cumple un proceso que en la vida diaria lo convertiría en un afectado, en un ser falto de naturalidad y espontaneidad.

Por lo común, cuando los gestos y las actitudes de un comediante parecen espontáneos, es cuando más amorosamente los ha depurado, en paciente perfeccionamiento. La espontaneidad directa y virgen es chocante en la escena, no puede ser fiscalizada, desarticula la armonía de la pieza. Dice Charles Antonetti, refiriéndose al problema de la sinceridad y la espontaneidad: "Sólo un ser particularmente sensible es capaz de proporcionar esa sinceridad inmediatamente, sin ninguna dificultad. Pero es presa de ese sentimiento. Su juego se parece demasiado a una crisis de nervios; presenta su involuntaria indecencia, y todo el cortejo de choques psíquicos cuya resonancia es difícil valorar".

Si por representar un ambiente común con actores venidos de ese ambiente, todo se dejara librado a la fácil identificación de los actores con sus personajes, sería inevitable el caos derivado de las inesperadas reacciones de los comediantes y de su natural propensión a destacarse del conjunto.

Todo ello ocurriría a expensas de la obra y de la representación. Y estamos en tiempos en que han quedado muy atrás las malas prácticas por las cuales una figura acaparaba para sí el espectáculo. Más: puede afirmarse que han quedado en el olvido todas las exageraciones que tendían a acentuar la importancia de alguno o algunos de los elementos constitutivos de la función teatral, en detrimento de los demás. El caos ha sido superado por la armonía creadora. Ahora, "los diferentes colaboradores: escritor, intérpretes, escenógrafo, trabajan en un plano de igualdad, en la medida en que su respectivo trabajo puede servir a la obra común. Ninguno de ellos usurpa el primer lugar; cada uno lo va tomando a su vez, en el momento en que la expresión reclama el instrumento de que dispone" (Baty y Chavance, *El arte teatral*, México, 1951, pág. 269).

La existencia de un texto al que debe circunscribirse la palabra es el obstáculo más serio que debe salvar la espontaneidad. El texto obliga al actor a abandonar su personalidad y comprometerse del personaje.

El actor novicio tiende a identificar la acción de su personaje con la letra que el autor le ha destinado. Sólo después de una elaboración es capaz de entender que

a más de esa letra hay una vida interior, un contenido implícito que dicta el rumbo de toda la vida de la criatura representada. Todo director ha enfrentado el problema de "hacer vivir" los personajes aún en los momentos en que no tienen letra a su cargo, ya que en ellos la transfiguración se debilita cada vez que el actor afloja la tensión de su esfuerzo.

Un juego dramático muy útil consiste en hacer representar a los actores escenas "no contenidas en la obra", vale decir momentos de la vida de los personajes que no han sido expresamente relatados por el autor, y que se desprenden de la trama misma. La primera dificultad es "situar" la acción; la segunda, muy grave, estriba en lograr que los actores no se limiten a actuar como lo haría el personaje en esa situación, sino que también "hablen" adecuadamente, es decir, se expresen con palabras que esos personajes podrían haber dicho. Poner en práctica este juego demuestra hasta qué punto es profundo y difícil de franquear el abismo entre la individualidad del actor y la del ente ficticio, sobre todo cuando el comediante, enajenado ya su propio "yo", avanza en el vacío sin disponer de los puntos de apoyo que le permitan dar vida al nuevo ser que encarna.

Este abismo es análogo para todos los casos, y sólo pueden reconocerse variantes de vocabulario, de contextura física, etcétera. Lo que en la jerga teatral se conoce como "estar en tipo".

El caso de la "Commedia dell'Arte", pese a la influencia que se le reconoce en todo el teatro moderno, no puede traerse a colación por analogía, ya que constituye un hecho singular cuyas condiciones no han vuelto a repetirse. Además, sin ella los actores improvisaban y no tenían necesidad de ajustarse a texto determinado, lo cierto es que actuaban bajo la máscara definitoria de un "tipo" (de un prototipo, mejor), de cuya concepción no podían apartarse sin perder la comprensión y la solidez del público.

La ventaja que para la representación escénica significa haber vivido la situación que se lleva a la escena, es insignificante, si no contraproducente. No queremos decir que el actor deba circunscribirse a la función de "supermarioneta" que auguraba Edward Gordon Craig

como cima de la evolución de su oficio. Tampoco suscribimos la hipótesis del genial Diderot, que pedía del actor "mucho discernimiento, que sea un espectador frío y sereno...", mucha penetración y ninguna sensibilidad, esto es, el arte de imitarlo todo, "...una aptitud semejante para todo género de caracteres y para toda clase de papeles". (*La Paradoja del Comediante*, Buenos Aires, 1957 pág. 30).

Un actor debe representar su papel con intensidad emocional, pero esto no quiere decir que para verter una determinada situación necesite haberla vivido. Esta exigencia dejaría vacantes muchos papeles.

Una reflexión final: la exactitud es, en el trabajo del comediante, fruto de una elaboración prolija, cualquiera sea el carácter del personaje que le haya tocado animar. A veces es tan veraz su actuación que hasta el más experimentado crítico cree enfrentarse a criaturas de carne y hueso, y no a personajes encarnados por actores...

DANIEL ZÁTTERA

ESTUDIOS Y TRADUCCIONES

AMÉRICA ES NOMBRE AMERICANO

Pocos historiadores del Nuevo Mundo han dejado de sentir la sugestión del origen del nombre de América, no obstante tenerse como indudable el patronímico del Piloto Mayor de Indias, que murió sin sospechar la peligrosa gloria que se le preparaba en Saint-Dié, según la expresión de Humboldt.

"La historia de los viajes de Vespucio —dice Charles F. Lummis— no tiene mas fundamento que su propio pelato, que no merece entero crédito. El nombre de "América" lo inventó y aplicó por primera vez en 1507 un mal informado impresor alemán llamado Waldeemüller a cuyo poder llegaron los documentos de Vespucio. La historia está llena de injusticias; pero nunca se ha cometido otra mayor que ese bautismo de América. Con igual razón —añade el historiador norteamericano— hubiera podido llamarse "Walzeemüllera".

Veamos la historia de esa injusticia. En la ciudad de Saint-Dié, región de los Vosgos, antiguo ducado de Lorena, se había fundado en la época de Renato II el "Gymnasium Vosgianum", uno de cuyos fines era la divulgación de los conocimientos geográficos. Entre los miembros de dicho instituto figuraba el impresor Gauthier Lud, quien, deseando publicar una obra de ese género, contó con la colaboración del joven cartógrafo Martin Waldzeemüller, llamado también Hylacomylus. Dicha obra fue la *Cosmographiae* de Ptolomeo, acompañada con los cuatro viajes de Amerigo Vesputio, que vio la luz pública en 1507 con el título de *Cosmographiae Introductio*.

Un ejemplar original de la *Cosmographiae* fue encontrado en 1901 por el P. Joseph Fischer en la biblioteca del Principe de Waldburg en Wolfegg (Wütemberg) y editado facsimilarmente en Estrasburgo en 1908 con un prólogo de Wieser.

El texto de la *Cosmographiae* está escrito en latin vulgar. El párrafo en que Wadzeemüller se refiere al nombre del Nuevo Mundo, lleva el título marginal de "América" y dice así: "Ahora bien, también estas partes están exploradas extensamente y la otra cuarta parte por Amerigo Vesputiu (como se dirá más adelante); y no veo por qué haya de privarse a Amerigo, descubridor sagaz, del derecho de llamarla Amerigen, como si dijéramos tierra de Amerigo o América, dado que también a Europa y Asia se les puso nombres de mujeres. Su ubicación y las costumbres de sus habitantes pueden conocerse claramente por los cuatro viajes que siguen de Amerigo". Estas palabras encierran la confesión tácita de que el nombre que daba al Nuevo Mundo podía no ser el que le correspondía y que el cartógrafo de los Vosgos lo aceptaba y usaba como un acto de justicia a Amerigo Vesputio.

"Colón en su *Lettera maritima* —decía J. Marceau en el siglo pasado— describe en compendio su cuarto viaje (1502-1504) y aun cuando no menciona el nombre de América, es más que probable que lo hayan transmitido verbalmente él y sus compañeros, tomándolo como el del país del oro o como que el oro provenía de la región llamada América, es decir, país interior y elevado. Es probable que este hombre fue esparciéndose poco a poco, hasta penetrar en el interior de Europa; y que Hylacomylus de Saint-Dié, en los Vosgos, habiéndolo oído, y no conociendo otra relación impresa de esas regiones que la de "Albericus Espucius", publicada en latin en 1505 y en alemán en 1506, creyó ver en el pronombre "Albericus" el origen del nombre ya corrompido y alterado de "América". Mas, para esa corrupción, hubiera sido necesario modificar o torturar el pronombre "Albericus", "Alberio", "Almerigo" y "Morigo", que son las diversas maneras de deletrear (pronunciar) el nombre de Vespucio o Vespuchi. Este error, sin embargo, se mantuvo por la publicación de Hylacomylus, por la fecha en Estrasburgo en 1509 y por la primera carta publicada en 1522 con el nombre de "América Provincia".

Si el cartógrafo de los Vosgos hubiera querido por iniciativa propia honrar al Piloto Mayor dando su nombre al Nuevo Mundo, lo hubiera hecho con su apellido y no con su pronombre, como ya lo advirtió J. Marceau sin conocer el documento que comentamos. "Ese error de Hila-

comilus —dice dicho historiador— fue tanto más garrafal, cuanto se alejaba de las reglas generalmente seguidas para bautizar un país, pues derivó el nombre de una región del nombre y no del apellido de su héroe, debiendo haberla llamado, no "América" sino "Vespucio" o "Vespuchia". Sólo las fiestas coronadas dan el primer nombre, que propiamente es el nombre, para tales casos: Lusitania, Carolina, Georgia, Maryland, mientras que los descubridores han dado Magallanes, Vancouver, Diemen, Cook. Colón mismo no ha dado Cristofonío o Cristofía (Cristoforo como se decía antiguamente a Cristóbal), sino "Colombia", "Columbia", "Columbus" y "Colón". Pero hay más: Hila-comilus al tomar el nombre de Vespucio para bautizar al Nuevo Mundo, debió haberlo llamado "Albericia", "Amerigia", "Amerigonia" o "Morigia" y no "America".

Colón en su cuarto viaje recorrió la mayor parte de la América Central, explorando algunos lugares, en los que encontró gran cantidad de oro, habiendo los indígenas dándole noticias de un país rico en ese metal, de donde ellos lo obtenían. Entre los nombres toponímicos de la América Central, mencionados por J. Marceau, figura "Amerida", "Americia" o "Americ", que en Nicaragua designa las tierras altas o montañas entre Juigalpa y Libertad, provincia de Chontales, que se prolongan por un extremo hacia el país de los Caracs y por el otro hacia el de las Ramas. La terminación "ic" (Ica, igeo, ico, castellanizada) se encuentra en nombres de lugares indígenas de la América Central y aun en las Antillas.

Pero, ¿fue realmente el cartógrafo de los Vosgos el que bautizó al Nuevo Mundo con el nombre de "America"? Sugiere este interrogante el hallazgo de un mapa que lleva el nombre de "America" y al que se le asignó fecha de 1506. Dicha carta fue descubierta en Londres, en un Ptolomeo de 1513, por Henry S. Stevens. Y no menos importante es el hecho de que cuando Waldzeemüller publica en 1516 un nuevo mapa del Nuevo Mundo ya no figura el nombre de "America". De todo lo expuesto y sin insistir más en el tema, se desprende que el cartógrafo lorenés oyó o leyó el nombre de "America" y lo identificó con el de Vespucio, error que sirvió para consagrarlo en la cartografía del Nuevo Mundo, dando a éste su nombre toponímico. Podemos decir, sin duda alguna, que "America" es nombre americano.

MIGUEL SOLÁ

EL VALOR DEL TIEMPO

Así "¡el tiempo me hace y yo hago el tiempo!".

Del nacimiento a la muerte, nuestro cuerpo evoluciona bajo la acción continua del tiempo. Además las condiciones de nuestra existencia varían sin cesar y somos modelados por ellas de mil maneras. Vivimos al ritmo de los días y de las noches. Nuestros centros nerviosos inscriben la duración que ha transcurrido entre una satisfacción y la señal que la precedió. Todo acontecimiento vivido recibe como un signo temporal de su concomitancia con algún cambio habitual.

La vida social es el medio por excelencia de nuestra adaptación al cambio, mediatiza de alguna manera las transformaciones del mundo que nos rodea. ¿Por la educación, los niños no aprenden esencialmente a ritmar el ciclo de sus ocupaciones y de sus deseos, según el ritmo de los adultos? Los primeros, los padres, fijan el tiempo de levantarse, de acostarse, de las comidas, de los juegos y del trabajo. Más tarde la escuela, la profesión, la ciudad agregan sus exigencias propias. Viviendo con los otros, sufrimos las demoras impuestas a la satisfacción de nuestros deseos. Esperas y precipitaciones, estas dos formas de la adaptación, son multiplicadas, exacerbadas por la vida social. Someterse al tiempo significa prácticamente aceptar el tiempo de los otros.

Esta presión temporal de la sociedad comporta toda una variedad de grados (Stoetzel, 1953). Es en general tanto más fuerte cuando estamos insertados en una red de relaciones sociales más complejas. Un ejemplo grosero, pero significativo, saca a luz estas diferencias: la proporción de gente que lleva reloj crece a medida que la población de la ciudad a la cual pertenecen es más grande. Los cultivadores están evidentemente menos sujetos a un horario preciso que los empleados o los obreros. Cada uno de nosotros, por otra parte, sufre de manera variable la presión temporal que el cuadro general de su vida hace pesar sobre él: ella se modifica según los medios que atravesamos, el día de la semana o la época del año. Hay así un tiempo de oficina, un tiempo de la calle, un tiempo de la casa (Halbwachs, 1947), y también

un tiempo de la semana y un tiempo del domingo, un tiempo del trabajo y un tiempo de las vacaciones. Multiplicidad benéfica, puesto que hace sucederse tensiones y relajamientos, pues por la alternancia de las presiones y de los aligeramientos, favorece el nacimiento de un ritmo de la vida individual. Todos sabemos las conquistas que representan el reposo hebdomadario, las vacaciones, esas rupturas de cadencias infernales de las que está hecha la vida urbana.

Por preciosas que sean esas pausas, hay momentos en que buscamos escapar completamente de la presión temporal. El sueño es la situación límite que nos defiende en nuestra individualidad biológica. En menor grado, el ensueño nos libra de las constricciones de lo real y en particular del tiempo social. Nuestros deseos se realizan allí al ritmo de su tensión. Liberación peligrosa puesto que deviene habitual y llega a la alienación, es decir precisamente a una ruptura entre el individuo y la sociedad. Las embriagueces tóxicas y —en otro plano— los éxtasis místicos, son también medios de libertarse del tiempo: introducen en la euforia de las eternidades (Marie Bonaparte).

Estas experiencias excepcionales no deben engañarnos. La seguridad del hombre normal no es librarse del tiempo. La presión temporal es una sujeción, pero también el marco en donde nuestra personalidad se ha organizado. Cuando ese marco nos falta, estamos como desorientados. Nada sostiene más las secuencias de nuestras actividades: estamos solos frente a nosotros mismos. De tal desorden surge no sólo un sentimiento de vacío, sino también un temor confuso: se teme estar desarmado ante los impulsos que la socialización de las conductas inhibe de ordinario u obliga a rechazar. Que unos busquen avidamente nuevas ocupaciones para "divertirse" de su ansiedad. Que otros se forjen empleos del tiempo rigurosos, esas iniciativas proceden de la misma necesidad. El equilibrio humano es muy frágil para privarse de las posiciones fijas del espacio y de las señales regulares del tiempo.

La armonización de los tiempos de los individuos resulta de interacciones múltiples, a través de las cuales tienden poco a poco a la cooperación que necesita la

vida social. En este juego de adaptaciones mutuas, cada una interviene con todo el dinamismo de su personalidad. La manera misma con que sufre o sacude la presión temporal revela lo que es y lo que quiere ser.

Someterse al tiempo de su grupo, es en general elegir la seguridad; librarse de ello, afirmar su independencia, es una forma de agresividad. Así por la puntualidad, uno se asegura la estima de aquellos de los cuales depende el horario y, al menos uno evita las aventuras. Sucede a menudo que las personas muy exactas sufren de cierto sentimiento de inseguridad. Otras al contrario se sirven de la puntualidad como de un arma: propuesta como modelo a los iguales o a los inferiores, ofrece una ocasión de ponerlos en falta (Adler, *El temperamento nervioso*, 1949, página 292). Sin considerar estos comportamientos un poco neuróticos, Halbwachs (1947) hace notar que, no siendo la misma la exactitud exigida en todos los grupos, "uno descansa y toma su desquite en ciertos medios de la exactitud a la cual se está obligado en los otros".

La falta de exactitud tiene las mismas significaciones ambiguas. Uno puede retrasarse por indiferencia a las exigencias sociales, por deseo de independencia algún poco agresivo, por irritar a los que os aguardan, para tener la ocasión, excusándose, de valorizar su propia persona.

Estas implicaciones complejas de nuestra adaptación al cambio muestran hasta qué punto el tiempo ejerce una influencia profunda sobre todos los aspectos de nuestra vida. Puntuado por los ritmos de la tierra, nuestro devenir es modelado por los de la sociedad.

De las tentativas formadas por el hombre para desembarazarse de esta empresa no existen más que formas de evasión. Una liberación más alta consiste menos en libertarse del tiempo que en dominarlo: adelanto que no es posible más que con la condición del escapar al devenir. Eso es para lo que han sido empleados los esfuerzos del pensamiento constructivo. Pierre Janet hacía notar que los filósofos tienen un horror particular al tiempo y se han aplicado a suprimirlo (*Ibid.*, página 498). Sin llegar hasta allí, basta observar el comportamiento humano al nivel de las primeras adaptaciones intelectuales revela desde el comienzo, una empresa de dominación del cambio.

Para defenderse contra el tiempo, el hombre tiene desde luego su memoria: presentifica los cambios pasados, recompone el orden, extrae la significación. El hombre crea la unidad de su personalidad dándose una historia. A su imagen la humanidad reivindica un pasado y un porvenir. Las sociedades multiplican los testimonios de épocas desaparecidas acumulando archivos, bibliotecas, museos. Pacientemente, se immortalizan escribiendo su historia.

El movimiento para atraer sobre sí todo el pasado e inmovilizar lo que fue cambio, se completa en el de las civilizaciones con una ambivalencia esencial (Marrou, *La ambivalencia del tiempo de la historia en San Agustín*, 1950). El dios griego del tiempo, Cronos, engendra y devora a sus hijos. Jano, cuya sagacidad abarca a la vez el porvenir y el pasado, está dotado de una doble cara, una siniestra y la otra riante.

Tal ambivalencia explicaría algunas de nuestras elecciones. Llevado por su temperamento, su situación, su historia, cada uno de nosotros vuelve los ojos hacia lo que ofrece el tiempo o hacia lo que él destruye. De allí nacen actitudes que se inscriben en la conducta de cada día. Hemos ya mostrado los valores diferentes que prestan los individuos a los dos grandes ejes del horizonte temporal, el pasado y el porvenir.

Esas actitudes no guían solamente nuestra acción, inspiran nuestras filosofías. En efecto cada metafísica se hace una concepción propia del papel de las fuerzas contrarias que el tiempo ejerce sobre nosotros: según la importancia dialéctica que acuerda, en el devenir, a la creación o a la destrucción, el yo, el mundo, y aun Dios, no tienen el mismo sentido. Sin duda hay pocas filosofías que rehúsan dar crédito al tiempo, como hay pocos hombres para cerrarse completamente al porvenir. Para aquellos, sin embargo, que admiten que todo es dado al principio, el tiempo puede a lo menos explicitar una realidad implícita. Por el contrario, para los evolucionistas, es el generador de todo progreso. Mientras una filosofía los justifica así ontológicamente, los aspectos del tiempo se ven conferir el supremo valor.

Nacidas de nuestras actitudes al respecto del tiempo, las filosofías, en retorno, las racionalizan y las valorizan.

Más o menos explícitamente, definen las maneras auténticas de vivir el tiempo y desconsideran las otras. El destino del hombre y el de las civilizaciones llevan la marca del precio que filosofías y religiones han atribuido al tiempo.

El psicólogo comprueba esta sublimación de la experiencia temporal, busca comprender los resortes y el alcance. En el plan científico, se guarda de pronunciarse sobre el valor del tiempo. Si, en su vida por un esfuerzo simétrico que anticipa el porvenir y se emplea por anticipado al acordarlo con nuestros deseos. Las previsiones humanas rebasan el cuadro de un simple empleo del tiempo: emplean sabios, ingenieros, políticos en la persecución de objetivos lejanos.

Este aspecto que se prolonga de este lado y del otro del presente, no agota nuestra capacidad de organizar el cambio. El pensamiento perfecciona la obra de la memoria por la puesta en relación de todas las secuencias de acontecimientos: aprendemos así a pasar sin pena del orden a la duración, de lo anterior a lo posterior y de lo posterior a lo anterior. Al término de esta construcción, el hombre está en posesión de lo que él llama el tiempo, es decir, de la ley de los cambios. Hecho paradójico, esta ley está como hacia fuera del cambio mismo. Resultante de la experiencia del tiempo vivido, el tiempo pensado no conserva los caracteres más sensibles. No es una abstracción del devenir, pero, coordinando series múltiples de cambios, les confiere una inteligibilidad.

La heterogeneidad de nuestras representaciones del tiempo por relación a la realidad vivida aparece cuando, con la ayuda de metáforas, pretendemos instalarnos en el centro del devenir. Nosotros lo hemos notado con Merleau-Ponty: cuando evocamos el curso del tiempo, no somos nunca más que espectadores que, de lo alto de una ribera, miran correr un río que permanece ajeno. El devenir se transforma en objeto.

Esta transformación es el signo mismo por donde afirmamos nuestra dominación sobre el tiempo. El lenguaje del que nos servimos todos los días es revelador. Hablamos del tiempo como de una cosa que se encuentra a nuestra disposición: "Tener tiempo"; le damos al tiempo un valor parecido al del dinero: "Ganar o perder

tiempo"; lo hacemos aun un instrumento de cambios o la manifestación de nuestra generosidad: "Dar su tiempo".

Tan perfecto como sea este dominio, tan desasido de la realidad sensible, no puede hacernos olvidar el carácter irreducible de la experiencia del cambio. A cada instante el tiempo nos es dado para sernos arrancado al instante. Es factor de todas las edificaciones y de todos los progresos, es también quien degrada y aniquila. El hombre nace y muere, progresa y regresa, las sociedades se desarrollan y desaparecen: doble faz de la historia, que marca el tiempo personal como personal, la opción es inevitable, no desconoce las determinaciones. La psicología, que se rehusa a dirigir su elección, le enseña solamente que hay más grandeza en asumirlo conscientemente.

PAUL FRAISSE.

Psychologie du Temps.

Presses Universitaires de France, 1937.

Traducción de Luis E. A. Prieto.

1. Tomamos esta fórmula a M. Bonaparte (1939) quien la ha utilizado para su tesis *Bergson a Descartes*.

UNA FILOSOFÍA DEL ESPÍRITU

En una lenta y profunda penetración en el Ser como "secreto y manifestación", resultado de una laboriosa tarea de esclarecimiento en los difíciles y no siempre bien hollados dominios de la Ontología, Lavelle pensó para la eternidad una filosofía que la construye, desde un tiempo histórico que condicionó su trayectoria intelectual; encuadrado en una circunstancia histórica que en la perspectiva temporal nos permite valorar mejor cuánto y cómo su pensamiento la desborda y sostiene, al tiempo que la ilumina. Pensó desde el tiempo para la eternidad, consciente de la precariedad de su existencia, pero también de los destellos de inmortalidad que refleja. Y pensó con la serena convicción de las evidencias descubiertas. Es así como su filosofía se construye con amor de creador

y segura de sí, sin que le importe demasiado discutir las propias posiciones sustentadas, puesto que esa misma filosofía afirma el acercamiento al ser a través de distintas perspectivas particulares que darían por resultado, tanto en el objeto como en el sujeto, el hallazgo de la totalidad del ser. Es la filosofía del ser y del destino del hombre en el ser, porque compromete su existencia en la propia posición y la determina al resolverla en la libertad que se realiza por la participación; filosofía del yo y de su inserción en el ser por medio del "espectáculo del mundo", filosofía del espíritu porque éste es la suprema instancia que permite concebir el ser como interior a sí mismo, y filosofía de la participación porque ella funda nuestra relación con las cosas, con las ideas y con los seres, que hace que unos a otros nos comuniquemos y tengamos acceso a una intersubjetividad universal.

La Dialéctica del Eterno Presente contiene los temas centrales: el ser, el acto, el tiempo, la eternidad, el alma humana; *Introducción a la Ontología y el Tratado de los Valores* representan un material inapreciable para penetrar en muchas de sus preocupaciones esenciales y con *Las potencias del yo*, *El Mal* y el *Sufrimiento*, *El yo* y su destino muestran el curso de un pensamiento en constante desarrollo.

La Filosofía del Espíritu, de la cual Lavelle junto a Le Senne fue el defensor en su país, cobra en él matices bien hondos, pero no desdén la vigencia de la materia, vista como aquello sobre lo cual el espíritu podrá realizarse en el mundo. Nos permite comprender que el Ser es interior a sí mismo, que todas sus manifestaciones nos dan acceso a la totalidad y que todo lo abarca: la existencia y la esencia, lo posible y lo necesario, lo subjetivo y lo objetivo. El Ser posee los caracteres de universalidad y univocidad, que determinan su Unidad, pero es múltiple también, porque en él se opera el cambio de las distintas formas que asume. Al hacerse presente la pluralidad, el Ser se manifiesta en el mundo a través del fenómeno, de lo dado que posibilita la inserción del yo en el mundo. Este limita al Yo, obstaculiza su desenvolvimiento, coarta su libertad, pero al mismo tiempo permite el desarrollo de sus potencias, lo actualiza.

El Ser se identifica con el Acto, porque es el mismo acto de ser y como tal eficacia pura. Cada ser particular, por

su propia inserción en el mundo participa de ese "acto de ser" y lo hace de acuerdo a la propia potencialidad de su yo. Por el acto de participación con el Acto puro puedo realizar mi persona y mostrar la figura de mi ser en el mundo, inscribirme en éste al decir "Yo". El ser que soy, para ser, tiene necesidad de los otros seres, que a su vez también pueden decir "Yo". Vivo y conozco en un mundo de otros seres semejantes a mí, puestos en evidencia por la materia, por el cuerpo que es principio de individuación. Sin él, nuestro espíritu no podría manifestarse ni realizarse. La materia es el obstáculo que debo vencer para mostrar la hegemonía del espíritu, que pondrá en el mundo el sello de lo eterno.

Cada ser particular posee una determinada perspectiva merced a la cual aborda el *Todo del ser*, que se revela en cada uno de los objetos de su aprehensión cognoscitiva. A través de la representación, por la categoría de Relación, conozco los aspectos del ser que no entran en mi perspectiva. Aclaremos, por mi perspectiva particular descubro un estrato —digamos así— del ser y al ponerlo en relación con todos los demás que no se me dan —aunque se den a otros sujetos individuales como Yo —por el conocimiento reconstruyo el *Todo del ser*. La limitación con respecto al haber cualitativo que aprehendemos en cada objeto, está dada también por la situación que ellos ocupan en el espacio con referencia a nosotros. De ahí los "puntos de vista particulares", las perspectivas del mundo que poseen los distintos sujetos; si fuera posible contemplarlas todas, contemplaríamos el *Todo del ser* sin necesidad de reconstruirlo por la categoría de Relación. Toda esta implicación ontológico-gnoseológica —que el carácter mismo de este trabajo nos impide analizar en detalle— se explicita bien en la afirmación que Lavelle hace en su libro sobre el Ser: "el mismo todo que cada conciencia trata de alcanzar a través de la multiplicidad de objetos diferentes se encontraría representado en el interior de cada objeto por la multiplicidad de las diferentes conciencias".

Por ser un filósofo que trabajó en constante profundización de los mismos temas y por estar éstos en solidaria interpenetración, el estudio a fondo de alguno de ellos puede ubicarnos siempre en el corazón de su filo-

sófia. Todos nos hacen necesaria la profundización de la obra entera, porque Lavelle trabaja —al ir encauzando su meditación— con voluntad de sistema. Así, nos va iluminando los distintos planos que estudia, sea el del alma humana, el del yo y el espectáculo del mundo, el del ser y el acto, el del tiempo y la eternidad, el de Dios. No pretendo describir demasiado lo que conjuga esos temas y sus implicaciones intrínsecas, sino mostrar en un bosquejo preliminar los resortes que estructuran su filosofar y mueven desde un foco permanente activo —el Yo de Lavelle— las respuestas claves que el filósofo da a sus graves interrogaciones.

Una de las distinciones que, tanto como la de objeto-sujeto nos permiten penetrar su filosofía— cuando se la capta en su intimidad —es la de esencia y existencia. La esencia es una posibilidad que se determina por el ejercicio mismo de esa libertad que es en definitiva la existencia, en el juego de la *participación*, cuya doctrina es el eje del pensamiento lavelliano. El espectáculo del mundo es un resultado de la participación y éste se nos muestra allí como *dado*, oponiendo resistencia a la actividad de mi Yo, forzándolo para que se actualice o sucumba, determinándolo. Ese mundo del que hablamos posee un aspecto *no-dado*, que aunque abierto a la participación es "no participado" y está por detrás del espectáculo mismo. El acto participado se presenta como intermediario entre el Acto puro —indeterminado y fuente de determinación— y la materia, que no posee ninguna determinación y recibe todas. La materia goza de un doble privilegio, separa y une. Separa porque individualiza, al distinguirla unos a otros por el cuerpo y une porque a través de nuestra envoltura corporal podemos comunicarnos espiritualmente, porque a través del cuerpo el espíritu accede al espectáculo del mundo y nos permite reconocer en nuestros semejantes una *intimidad espiritual* única y radicalmente distinta. Podría decirse que el cuerpo individualiza y el espíritu personaliza, pero, a través del cuerpo.

La participación nos relaciona con las cosas, las ideas y los seres, puesto que pone al Yo frente a lo *dado*, me permite recobrar la totalidad del ser por la *representación* y mediante ambos me franquea el Yo de los demás

y al penetrar en su espiritualidad, comulgo también —quiera decir partícipo— con la espiritualidad infinita. Lavelle alude —y lo hace repetidas veces— al verdadero encuentro de los seres, a la justificación de la separación y de la unión por la realización de una *sociedad espiritual* en la cual reconozco al otro como semejante y distinto a mí, porque si bien el Yo del otro recibe su eficacia de la misma fuente que el mío —de la soberana eficacia del Acto puro— es siempre otro que el mío y por eso distinto. Cuando Lavelle estudia el Amor —lo analiza bien en *El Yo y su destino*— lo considera como el punto más alto de la relación espiritual entre dos seres que se reconocen en su alteridad, en su ser único, pero en una relación que hace posible el descubrimiento de la personalidad de cada uno. El Amor muestra aquí —como no podía dejar de hacerlo en una filosofía del espíritu— su dimensión personal y fundamenta la reciprocidad. El Amor es siempre recíproco... dice Lavelle. Nos descubrió un ser único en todo el universo, del cual todas sus manifestaciones sensibles —gestos, palabras— nos revelan una realidad espiritual única también, cuyo conocimiento nos enriquece y vivifica.

La consideración del Tiempo, al que Lavelle dedica un libro de *La Dialéctica del Eterno Presente*, titulado "Del tiempo y de la eternidad", contribuye a esclarecer mucho más su doctrina de la participación. El tiempo es el intervalo que separa el ser absoluto del ser participado, aunque permite a éste realizarse en el Todo del ser. Implica el tránsito de lo posible a lo actual y en el estudio de la *presencia* y de la *ausencia* Lavelle descubre su sentido. La ausencia es la negación de una presencia sobre la cual no puedo ejercer ninguna acción y que es sustituida en mi conciencia por una presencia imaginaria. Un objeto que se sustrae a mi acción, que niega su presencia sensible, sólo puedo hacerlo presente por la imagen; esta ausencia puede referirse a un objeto que hayamos percibido o a uno todavía no percibido, al pasado o al porvenir. El pasado que se hace presente por el recuerdo alude a una presencia que ya no es y el porvenir que aliento en el deseo (esperanza) a una presencia que todavía no es. Tanto el recuerdo como el deseo, muestran que la ausencia no es más que una forma de presencia, la presencia espiritual.

Así, el tiempo se constituye en base a los momentos del pasado, el presente y el porvenir, aunque se comprende e intelligence desde el presente, porque el pasado —que es objeto de mi conocimiento— y el porvenir —que es en mi anhelo y puede ser pensado aunque no conocido— son solamente por el presente, en el que transcurre mi vida y que organiza todos los demás momentos del tiempo. Lavelle distingue el porvenir (*L'avenir*) del futuro (*Le Futur*), ya que aquél expresa la posibilidad de ser, lo que nos puede acontecer y éste nada más que "...lo que será". El pasado aparece como "el lugar de la necesidad" porque lo que fue no puede cambiar y no puede ser alterado por mi acción de hoy. Puedo si, darle otra forma de existencia, de presencia en mí, por el recuerdo, asumir el pasado en el conocimiento. Por último, la relación del tiempo con la eternidad, permite concebir el instante de la eternidad como un tiempo donde lo idéntico no dejaría de renovarse. Es el instante, entonces, el que liga el tiempo con la eternidad, a través del presente.

De *La Dialéctica del Eterno Presente* faltaría mencionar la última parte, que lleva por título *Del alma humana*, para tener un esbozo esquemático de los problemas que dicha obra trata. Creada por Dios, el alma conquista su esencia actualizando la posibilidad que es y al representar el foco íntimo del yo, permite a éste lograr su espiritualización, por la cual se realiza luchando contra el obstáculo de la materia —la mediación del cuerpo— a fin de inscribirse en el mundo. Hay en Lavelle la afirmación de la inmortalidad a través de una fe que nace en la vida misma y en los momentos más intensos y profundos nos hace gravitar en lo eterno, al interiorizarnos, enriquecer nuestras potencias espirituales y liberarnos de las cadenas materiales.

Sustentando toda su meditación, centrando su pensamiento como alrededor de un foco de irradiación, estructurando su ontología desde una fuente enriquecedora, aparece el Yo. Su descubrimiento pone a la filosofía de Lavelle en su cauce propio y va condicionando los íntimos recodos de su pensamiento. El Yo, para el cual todo lo que es exterior a él no es más que "fenómeno", "no es el fenómeno de nada", porque él nos permite reconocernos en nuestra mismidad intransferible y nos da la

medida de nuestro ser en el mundo. Cuando digo Yo, tengo conciencia de mi intimidad espiritual, de aquello que al tiempo que me pone en contacto con otros seres semejantes a mí, muestra mi singularidad y con ello la interioridad de mi ser. Reconozco el universo en el que me es dado vivir y tengo acceso desde mi intimidad espiritual al espectáculo del mundo, en el cual despliego las potencias de mi voluntad y de mi intelecto. El descubrimiento del yo libera a la conciencia de toda relación con cualquier objeto, que pudiera establecerse merced a las potencias mencionadas, para identificarla con el acto mismo que la hace nacer, con la fuente de toda eficacia y donde se confunde con el yo mismo. Descubro la intimidad espiritual de mi ser hombre, a través de ella el Ser, que es interior a sí mismo y la posibilidad de comunicarme con otros seres por la toma de conciencia de mi existencia en el mundo. Como ser sensible que soy, como ser que vive en un mundo de cosas y de seres semejantes a mí, soy afectado por el mundo ya que éste ofrece resistencia a la realización de mi persona y me enfrento a cada paso con el obstáculo de la materia, que debo vencer para actualizar las potencias del yo: de imaginar, de sentir, de pensar, de sufrir y gozar que me permiten ampliar indefinidamente mi relación con el mundo. Laveille distingue el sufrimiento del dolor propiamente dicho, considerando a éste meramente como dolor físico, que no interesa la profundidad de mi ser sino su superficie, y a aquél como el dolor que hiere la intimidad de mi ser y hace más intensa la conciencia que poseemos de nuestro yo, reforzando todas sus potencias. El sufrimiento no determina al yo, ni expresa su esencia, ya que ésta se manifiesta en el acto mismo de ser. El yo se determina desde el reducto mismo donde coexiste con el ser, al participar de su eficacia pura, se determina desde sí y al actualizar sus potencias accede a lo otro que sí, al mundo, y realiza mi ser para los otros por la realización de algunos de los posibles que en la conciencia moran. Es la libertad, en definitiva, la que decidirá de los posibles que se realicen, por la utilización de las potencias del intelecto y de la voluntad. El juego de las distintas libertades hará factible también la relación entre las distintas conciencias, el intercambio intersubjetivo, la comunicación espiritual por la cual, ir-

guiéndose sobre la materia que los limita y coarta los seres puedan transformar el espectáculo del mundo, enriqueciéndolo en base a la creación de nuevos objetos.

LUIS ADOLFO DOZO.

DE LA PRUEBA EN FILOSOFÍA

En las concepciones clásicas, tanto en la de los racionalistas como en la de los empiristas, la prueba es una operación que debe conducir a todo espíritu normalmente constituido sea a reconocer la verdad de una proposición (punto de vista racionalista) sea a conformar su creencia al hecho (punto de vista empirio). En una y otra de estas concepciones toda prueba supone la existencia de un elemento objetivo y de una facultad —la razón o la sensibilidad— común a todos los hombres y que les permitiría reconocer, de manera indudable, las verdades y los hechos, plantear todos los problemas de tal manera que fueran susceptibles de una prueba universalmente valedera, no admitir más que proposiciones así fundadas, tal era el ideal reconocido de los racionalistas y empiricos, de todos aquellos que podría llamarse cientistas, porque las ciencias matemáticas y naturales constituían para ellos el único modelo del saber.

La crítica filosófica de fines del siglo XIX, los progresos de la lógica en el siglo XX, han obligado a los herederos contemporáneos de la corriente cientista, a los partidarios del empirismo lógico, a limitar sus pretensiones. El imperialismo metodológico de sus predecesores lo sustituyen con la técnica del renunciamento: no afirman que todos los problemas que los hombres se plantean sean susceptibles, en principio, de una prueba universalmente valedera, sino que proclaman que los dominios que escapan a la prueba por cálculo o por experiencia no son susceptibles de un estudio serio. Sólo resta librarlos a las fuerzas irracionales que dirigen a los hombres, a la ensañación poética, metafísica o religiosa.

¿Podemos compartir este pesimismo que abandona a lo irracional y a la sugestión, no solamente el conjunto

de las ciencias humanas, sino también todo lo que concierne a nuestra acción, los problemas morales y políticos, en la medida en que ellos traspasan el plano puramente técnico, es decir, cuando ellos atañen a la filosofía? ¿Podemos reducir la prueba a esas solas operaciones del espíritu que unas máquinas —registradoras y calculadoras— podrían controlar y a las cuales, en muchos casos, ellas podrían substituir ventajosamente? Parece que, si la concepción clásica de la prueba, rigurosamente aplicada, debe conducirnos a semejantes consecuencias, es urgente preguntarse cómo remediar este estado de cosas. Mi hipótesis es ésta: ¿No será que el impedimento es el resultado de querer aplicar a todos los dominios de nuestro pensamiento una concepción y una técnica de la prueba que han sido experimentadas en el campo de las ciencias matemáticas y naturales; haciendo esto se ha considerado a la prueba científica, valedera en un dominio muy particular del saber, como al único modelo que tendría que seguirse en todos los casos de elaboración de un conocimiento valedero?

Si esta extrapolación no es fundada, si existen dominios del saber en que las pruebas deductivas y experimentales no pueden bastar y nos dejan desamparados ante los problemas a resolver, ¿debemos renunciar a tratarlos racionalmente o debemos, mejor, extender el significado del término "prueba" de modo que englobe a todos los procedimientos dialécticos, argumentativos, que nos permitan establecer nuestra convicción? Cuando preguntamos a alguien que nos presenta una tesis que no admitimos de primera intención: "¿Cuáles son sus pruebas?" estamos prestos para aceptar otros argumentos fuera de aquellos de los que se ocupa la lógica tradicional, deductiva o inductiva. En tal caso, consideraríamos como prueba todo argumento que disminuyera nuestras dudas, que suprimiera nuestras vacilaciones. Esta extensión de la noción de prueba nos permite estudiar, junto a la prueba clásica, que podríamos calificar de lógica, las numerosas especies de pruebas dialécticas o retóricas, que difieren de la prueba lógica, por regla general, puesto que conciernen a no importa qué tesis —y no solamente la verdad de las proposiciones o su conformidad con los hechos— y que no son apremiantes ni necesarias. Estas

pruebas son más o menos eficaces, es decir, determinan una adhesión de los espíritus de una intensidad variable y se podría esperar estudiar dicha eficacia de manera experimental, teniendo en cuenta la diversidad de los espíritus, su formación, su acondicionamiento fisiológico o social.

La previa distinción de estas dos especies de pruebas, permitiría examinar sus relaciones recíprocas en tanto que su confusión no puede sino oscurecer los problemas que ellas plantean. Se sabe que toda la epistemología clásica, centrada alrededor de la noción de evidencia, racional o sensible, está fundada en dicha confusión y en el rechazo de todos los elementos que dificultan su coincidencia. La evidencia es, a la vez, la fuerza a la cual todo espíritu normal no puede sino ceder y signo de verdad de lo que se impone como evidente. Toda prueba sería reducción a la evidencia y lo que es evidente no tendría necesidad de prueba. Pero esta identificación de la prueba lógica con ciertos estados psicológicos presenta inconvenientes, tanto cuando se trata de examinar la estructura de la prueba lógica como la de las pruebas retóricas. Contrariamente a la opinión de Pascal, ya Leibniz ha visto que, en lógica, uno debería esforzarse por reducir al mínimo el número de axiomas "sin distinguir la opinión que los hombres tuvieran al respecto y sin preocuparse de que ellos dieran o no su consentimiento".¹ El había previsto que hacer depender de condiciones psicológicas del conocimiento el estudio de estructuras formales que intervienen en la demostración, sería un obstáculo para los progresos de la lógica. Por otra parte, esta identificación ha tenido efectos desastrosos en el estudio de la prueba retórica, porque obliga a abandonar, como carente de valor, todo el enorme campo de nuestras reflexiones, de nuestras deliberaciones, y de nuestras discusiones donde la evidencia no consigue imponerse a todos los interlocutores. Y no sirve de nada querer presentar todo este dominio del conocimiento como resultado del cálculo de las probabilidades, porque éste supondría, al menos, en esta perspectiva, un conocimiento evidente de los elementos que permiten

1. Leibniz, "Nouveaux essais: sobre el entendimiento", Opusc. vol. V, p. 67. Edición Gerhardt, Berlín 1842.

la aplicación de probabilidades matemáticas, caso que es muy raro que suceda. Por otra parte, cuando se trata de la intensidad de adhesión de los espíritus, hasta la creencia en la veracidad de una proposición puede no bastar: es lo que hace notar Bossuet cuando, predicando las palabras del Evangelio a un auditorio de cristianos, les dice claramente que su discurso (sobre la predicación evangélica) quedará sin efecto, si los corazones y los espíritus no están dispuestos a recibirlo favorablemente.

¿Cómo, por qué medios argumentativos obtiene una suficiente intensidad de adhesión de los espíritus? El estudio filosófico de este problema ha sido completamente descuidado por los modernos. El siglo pasado tuvo algunos predicadores de gran reputación y admirable perspicacia, como el arzobispo de Whately y el cardenal Newman, que se han ocupado de nuestro tema, a consecuencia de los problemas expuestos por la prédica. También, aunque en un terreno completamente diferente, este tema ha atraído la atención, particularmente en los Estados Unidos de Norte América, de los especialistas de la publicidad y de la propaganda. Pero es a los pensadores de la Antigüedad greco-romana, al Aristóteles de los *Tópicos* y de la *Retórica* y al Quintiliano de la *Institución Oratoria*, que es preciso volver si se desea hallar a los precursores de nuestro modo de encarar el problema de la argumentación. En efecto, el dominio cuyo estudio teórico queríamos hacer revivir es el de las pruebas que Aristóteles llamaba *dialécticas* y que, a causa de su sentido particular, que uno asocia al término "dialéctica" en el pensamiento contemporáneo, preferimos calificar como *retóricas*. La retórica, tal como nosotros la concebimos, consistirá en un estudio de los medios de argumentación que permitan obtener o aumentar la adhesión de los espíritus a las tesis que se presentan para su asentimiento. Veremos que sólo la retórica, tal como la concebimos, permite comprender la naturaleza de la prueba en filosofía.

El objeto de la retórica de los antiguos era el arte de hablar en público de manera persuasiva. Pero, si uno se coloca en el punto de vista de la naturaleza de la prueba, la manera en que se efectúa la comunicación con el auditorio no es evidentemente esencial; el uso de la palabra

no constituye sino uno de sus casos particulares. De igual modo el hecho de dirigirse al público, a una muchedumbre reunida en una plaza o en una gran sala, lejos de caracterizar el objeto de nuestro estudio, no define sino un aspecto muy particular de él por la determinación de una especie de auditorio entre infinidad de otros.

La retórica, tal como la encaramos, examina tanto los argumentos de los que uno se vale en una deliberación íntima, como los que se utilizan en un tratado dirigido a toda la humanidad; precisamente estos dos últimos casos son los que presentan el mayor interés para la filosofía. La retórica de los Antiguos no constituye, en esta nueva concepción, más que una especie particular del género que comprende el estudio del conjunto de los desarrollos argumentativos que intenta persuadir.

Toda persuasión, ya se ejerza mediante la palabra o por escrito, supone un auditorio al que se trata de persuadir, por donde se introduce en la prueba un elemento social que ninguna retórica debe descuidar. La argumentación filosófica se diferencia de las otras argumentaciones retóricas justamente porque el esfuerzo del filósofo se dirige a una especie particular de auditorio.

El descrédito que Platón arroja sobre la retórica en su *Gorgias* se debe al hecho de tratarse de una técnica de lo verosímil para el uso del vulgo. Siendo la preocupación del orador actuar de manera eficaz sobre un auditorio de ignorantes, debía, necesariamente, adaptar su discurso al nivel de los que lo escuchaban. Las pruebas más sólidas, a los ojos de los hombres competentes, no eran siempre las que conseguían la convicción y se comprende que Platón condenara los subterfugios de los oradores por considerarlos indignos de un filósofo. Pero en el *Fedro*, Platón sueña con una retórica que sea digna de él, con una retórica cuyos argumentos pudieran convencer hasta a los propios dioses. Si toda retórica tiende a la acción eficaz sobre los espíritus, es la calidad de estos espíritus quien distinguirá, entonces, una retórica depreciable de una retórica digna de elogios.

Es verdad que, para Platón, la retórica que satisfaría a los dioses estaría fundada en un conocimiento objetivamente valedero. Pero ¿cómo reconocer el carácter objetivo de un conocimiento, su conformidad con los he-

chos, la veracidad de una proposición que se enuncia? Parece que el desarrollo de la teoría del conocimiento intenta determinar lo que es objetivo, real o racional, ganaría en claridad y precisión al ser concebido en función de los espíritus cuya cierta adhesión afectiva o presumida permitiría el pasaje del hecho al derecho, de lo que es admitido a lo que debería serlo.²

Ya hemos hecho notar el papel que ha desempeñado la idea de evidencia en el pasaje del aspecto psicológico al aspecto lógico de la prueba. La adhesión de un espíritu sincero y honrado, que se inclina ante la evidencia racional o sensible, constituye el punto de partida de toda certidumbre, sobre todo de aquella que no exige ninguna prueba para afirmarse. Hasta nueva orden ella será considerada como suficiente para garantizar la objetividad de su contenido que no deberá siquiera ser explicado para servir de punto de apoyo a la acción. Lo que Pascal llama "el consentimiento vuestro para vos mismo y la voz constante de vuestra razón" constituye, hasta que se demuestre lo contrario, el fundamento de la objetividad. No es sino con motivo de un desacuerdo, de una oposición, de una contradicción, que la vacilación, la duda y la deliberación nos incitarán a preocuparnos por pruebas discursivas. No es, pues, sino en el segundo estadio, que, como báculo de una creencia vacilante se plantea el problema de la prueba, en el que interviene la argumentación.

Se sobreentiende que, en ese momento, la evidencia subjetiva no puede más ante un interlocutor recalcitrante, ser considerada como una garantía suficiente de la verdad o de la necesidad de la proposición discutida. Ya en sus *Tópicos*, Aristóteles acertadamente vio que, cuando se trata de dilucidar los primeros principios, los que, en otro contexto, él considera necesarios pero cuyos argumentos no son admitidos por el adversario, uno está obligado a servirse de las pruebas dialécticas. Sin ellas, ninguna discusión filosófica concerniente a los principios es posible: se debería renunciar a convencer al que rehúsa inclinarse ante lo que se considera como una evidencia. Hacer caso de esta evidencia, que el interlocutor recusa, es recurrir a una petición de principio. Notemos, a propósito, que la propia idea de petición de principio es correlativa del uso de pruebas dialécticas o retóricas, sin las cuales se hace incomprensible. La petición de princi-

pios no es una falta de lógica como lo han pretendido, durante siglos, quienes han olvidado la existencia de la retórica: la lógica no ha prohibido jamás el uso del principio de identidad que, al afirmar que toda proposición se contiene a sí misma, habría debido constituir la petición de principio puesta en forma, si esta última hubiera sido una falta puramente formal. En efecto, cometer una petición de principio, es suponer admitida una premisa que el interlocutor pone en duda porque ella postula de una manera más o menos implícita, una proposición que se trata de probar. La verdad de la premisa no está en tela de juicio, sino únicamente la adhesión del interlocutor, lo que muestra bien que todo debate en el que uno comete una petición de principio atañe a la retórica cuya finalidad es, justamente, ganar la adhesión del auditorio.

Cuando la evidencia subjetiva ya no basta para proveer ese pasaje de la adhesión de hecho a una validez de derecho, uno puede servirse, para asegurar ese pasaje, de la adhesión de un auditorio determinado. En sus diálogos, Platón se ha servido, a sabiendas, del acuerdo como signo de veracidad; se lo ve bien claramente por este pequeño discurso que, en el *Gorgias*, dirige Sócrates a Calicles:

"He aquí pues una cuestión reglamentada; cada vez que estemos de acuerdo sobre un punto, este punto será considerado como suficientemente probado por una y otra parte, sin que haya necesidad de examinarlo de nuevo. Tú no podías en efecto acordármelo, faltar de ciencia ni por exceso de timidez, y no sabrías al hacerlo, querer engañarme; porque tú eres mi amigo, dices. Nuestro acuerdo, por consiguiente, probará realmente, que hemos alcanzado la verdad".

Parece se place en burlarse del procedimiento, y parece que no hay que creer demasiado en la ingenuidad de Platón. Si se puede parodiar el método dialéctico diciendo lo que acaba de afirmar: "Estamos de acuerdo, por lo tanto es cierto", se podría caricaturizar el criterio de la evidencia refiriéndolo al esquema: "Lo creo, luego es verdad". En efecto, si Platón prefiere a los aplausos de una muchedumbre ignorante, la adhesión de un solo interlo-

² V. Pavia, *Formas de pensamiento general*, vol. I, cap. IV.

cutor, libre para hacer valer su espíritu de crítico, es que la tesis que triunfa, así como aquella cuya evidencia se impone al pensador solitario, se considera que tiene una validez objetiva y que su verdad no puede más que ser reconocida por todos los demás hombres. El empleo de la evidencia o el de un acuerdo particular para probar la veracidad de una tesis, valedera para todo el mundo, manifiesta las preocupaciones características del filósofo. Este, de manera explícita o implícita, se dirige, en principio, a un auditorio universal; sus escritos apuntan a la adhesión de todos los espíritus.

Pero nunca puede asegurarse la adhesión efectiva de este auditorio, porque él no constituye sino una creación de nuestro pensamiento, una extrapolación a partir de lo que nos es efectivamente dado. Lo objetivo, lo valedero, lo racional, no puede más que *pretender* la adhesión de ese auditorio universal. Pero en la misma medida en que esta adhesión no puede ser jamás presumida, se plantea el problema de las adhesiones efectivas que pueden servir de base a la extrapolación, y de las que, por otra parte, se sabe cuántas de ellas han variado, en el transcurso de la historia. El estudio de las creencias que se han considerado como objetivamente fundadas, sobre verdades eternas y universales, ofrece los elementos de una ciencia nueva que ha recibido el nombre de sociología del conocimiento. La misma idea de razón, concebida en el pensamiento clásico como basada en estructuras invariables, independientes de todo desarrollo histórico y social, no es más que una abstracción; la única razón real, concreta, es una razón encarnada.

Pero ¿qué hacer cuando, adelantando una proposición que parece objetivamente valedera, a la cual todos los seres razonables deberían adherirse, se encuentra uno o varios espíritus reacios que se obstinan en rechazarla? Por esto se puede ser llevado a modificar su concepción del auditorio universal, pero se puede también excluir a los recalcitrantes del conjunto de seres razonables. ¿Hay —se pregunta La Bruyère—, hombres que niegan la existencia de Dios? Y a esto responde: "Es una grave cuestión que los haya; y cuando así suceda, será la prueba de que existen monstruos".

Pero se ve cómo, gracias a parecido procedimiento, el auditorio universal puede dar lugar a lo que yo calificaría

de auditorio de "élite", la cualidad reemplazando a la cantidad. Sería el auditorio que no comprendería más que seres normales, buenos, sensatos, competentes, los poseedores de la gracia, a los cuales han sido reveladas las verdades inaccesibles al conjunto de los hombres. Puede también considerarse a esos auditorios desde el exterior, como los que adhieren a un conjunto de reglas, de convenciones, de creencias, y preguntarse cuáles son las conclusiones a las cuales, con ayuda de pruebas formales o retóricas, ellos llegan, a partir de sus premisas. Se elaborarán así desarrollos jurídicos, teológicos o puramente formales, según la naturaleza de las premisas y de las pruebas admitidas. La ventaja de semejante proceder, es, en muchos casos, el siempre delicado pasaje del hecho al derecho: en lugar de preguntarse qué es lo objetivamente valedero para un auditorio universal cuyo acuerdo es siempre aleatorio y sujeto a discusión, uno se conforma con premisas efectivamente admitidas por los miembros de tal grupo particular. El estudio de lo normativo se substituye con el de lo positivo, lo que permite acuerdos menos precarios, aunque de alcance más limitado.

Podría caracterizarse la reflexión filosófica por el hecho de que ella no se satisface jamás con acuerdos de esa naturaleza, lo que la distinguiría de las ciencias particulares, del derecho positivo, de teologías ligadas por textos y de todos los enunciados normativos fundados sobre lo que se hace, lo que está admitido por tal grupo determinado de hombres. La filosofía apunta a lo universal, a lo que excede las contingencias particulares, las técnicas particulares. Esto le impone una doble obligación, la de preocuparse por las situaciones concretas que ella se propone trascender y la de examinar las técnicas de las que se vale para realizar dicha transcendencia. El examen de la prueba en materia filosófica, de las condiciones psíquicas y sociales que ella se esfuerza por superar, nos permite comprender cómo un pensamiento preocupado por lo concreto, puede, sin embargo, apuntar a lo racional.

CH. PERELMANN.

Éthiques et philosophie.
P. U. F. Paris.

Traducción de Laura B. Gots de Varela.

COMIENZOS DE LA HISTORIOGRAFÍA AMERICANA

Colón murió en 1506, creyendo que su empeño de llegar al Lejano Oriente habíase realizado. Su *Carta sobre el descubrimiento*, de 1493, que habla con lenguaje ingenioso y pintoresco de las islas del Archipiélago Caribe, constituye, empero, el primer testimonio de la historiografía de América. De ella provienen dos ideas que, a poco, se convirtieron en lugares comunes: América como tierra de exuberancia, y el hombre autóctono como un ser sencillo, feliz y virtuoso.

Américo Vespucio fue el primero que lanzó la idea, entonces audaz y atrevida, de que las regiones descubiertas por Colón y los posteriores navegantes y exploradores no formaban parte de Asia, sino que constituían otra parte de la Tierra (en su celebrada epístola llamada *Mundus Novus*, 1503, y en la *Lettera di Américo Vesputi delle isole nuovamente trovate in quattro suoi viaggi*, 1504), idea que llevó como de la mano a Martin Waldseemüller a escribir su famosa *Cosmographie Introductio* (1507), donde se da el nombre de América a este Continente.

Estos sucesos, dice certeramente O'Gorman (*La Intención de América*, Fondo de Cultura Económica, México, 1958) son la culminación de un proceso histórico por obra del cual América es inventada como entidad geográfica. Con ello, además, se resquebrajó para el futuro la concepción ecuménica que, acorde con el símbolo geográfico de la Trinidad Divina (tres personas y un solo Dios, tres partes del mundo: Europa, Asia y África), tenía su formulación escolástica: *Quicquid praeter Africam et Europam, Asia est*.

Las descripciones de Américo Vespucio en la traducción latina de su *Lettera* (*Quatuor Americi Vesputi navigationes*, 1507), confirman y estimulan hasta un extremo la idea del descubrimiento de un cielo y mundo nuevos. A partir de Vespucio, se difunde en Europa la conciencia del Nuevo Mundo. La noticia anda en la pluma de muchos autores, Pedro Mártir de Angleria (1457-1526) en sus ocho décadas *De Orbe Novo*, ya por su estilo ágil y acicalado, ya por sus informaciones, amplias y obtenidas directamente de los primeros navegantes y conquistadores, era el más leído.

Al hablar de la Hispaniola, refiere con asombro: "Tiene, pues, esta dichosa isla perpetua primavera y perpetuo otoño. Allí todo el año tienen hojas los árboles y están verdes los prados; todas las cosas prosperan allí admirablemente... Dicen además, que es saludable el aire y saludable las aguas de los ríos, como que corren siempre sobre oro..."

"Me parece que nuestros isleños de la Hispaniola son más felices que lo fueron los latinos... porque viviendo en la edad de oro, desnudos, sin pesos ni medidas, sin esa fuente de toda desventura, el dinero, sin leyes, sin jueces calumniosos, sin libros, contentándose con la naturaleza, viven sin solicitud ninguna acerca del porvenir..."

"Tienen por cierto que la tierra, como el sol y el agua, es común y que no debe haber entre ellos *Meum y tuum*, semillas de todos los males, pues se contentan con poco... Para ellos, es la edad de oro..."

Ciertamente que el europeo común no creyó en la existencia de este arcádico cuadro. Tampoco lo creyeron pensadores y críticos, para quienes, al contrario, los indios eran inferiores intermedios entre el hombre y los animales irracionales.

De todas suertes, vino a replantearse una cuestión de viejo abolengo, pero que inquietaba grandemente a los espíritus más señeros de la época, el problema de la naturaleza del hombre y de su lugar ontológico en el cosmos. ¿Qué era por naturaleza lo más digno en el hombre? ¿Era el indio el "hombre natural"? ¿Era la suya una vida dichosa?

Al paso que en Europa, con ocasión del hallazgo del Nuevo Mundo, renació el ideal utópico, una de las grandes invenciones del genio griego (Tomás Moro, escribe la *Utopía*, en 1516), españoles y portugueses iniciaban la conquista de las nuevas tierras y se enfrentaban al problema práctico del trato de los indios. El relato de estos sucesos, unido al descubrimiento del Nuevo Continente, vino a dar nacimiento a la primera etapa de la historiografía de América.

FRANCISCO LARROYO.

La idea americana.

Universidad Nacional Autónoma de México, 1958.

EL ARTE Y EL SECRETO INTERIOR

"Cada uno, según Musset, lleva en sí un mundo ignorado que nace y muere en silencio". A medida que quiere experimentarlo y vivir en él, le es necesario descender más profundamente en una absorción que lo aísla de otros y lo vuelve incommunicable. Jamás este problema, esta angustia fueron mejor sentidos que en el siglo XIX en que la cultura del alma individual y su conciencia fueron llevadas a su apogeo por el romanticismo. A los 26 años, Delacroix exclamaba: "La naturaleza ha puesto una barrera entre mi alma y la de mi amigo más íntimo" (*Journal*, T. I, p. 86, 26 de abril de 1824).

Arte y poesía no son solamente indispensables para romper el sello del secreto que encierra la vida profunda y particular de cada uno, "la parte real e incommunicable de nosotros mismos", como la llama Proust, esta manera distinta de vibrar frente a hechos o nociones en apariencia idénticos. Lo indecible no es solamente individual como lo ha creído sobre todo el romanticismo; puede ser experimentado también por todo un grupo humano, una colectividad social y religiosa, y sin embargo exceder la capacidad del lenguaje. Es suficiente, en efecto, que dependa de otro dominio que el de lo inteligible, que sea del resorte de la pura sensibilidad o de este inconsciente, que se ha descubierto solamente desde hace un siglo. Dominio inferior al de las ideas, dirán algunos, y que no tiene más que elevarse hasta ellas.

Pero hay en él algo que la sobrepasa y no podría ser reducido sin perder su valor profundo: el de la espiritualidad. Si el espíritu demasiado racionalista de nuestros padres ha desconocido lo inconsciente y sus derechos a la expresión, el nuestro, todavía demasiado imbuido de una civilización positiva, concibe con dificultad que lo espiritual no se confunda con lo intelectual y sea aún a veces irreducible tanto como le es superior. A él pertenecen las cumbres de nuestra vida interior, aquellas en las que entrevemos espacios en los que el pensamiento desfallece, a la manera en que el avión, armado de su mecánica, no puede ya ser llevado por el aire demasiado sutil de las elevadas alturas.

ESTUDIOS Y TRADUCCIONES

Pues, inconsciente y espiritualidad, de los que se nutre la vida interior de los individuos tanto como la de las colectividades, son condenados al mismo por la carencia del lenguaje usual, si no se liberan y no se manifiestan por el arte y sus imágenes.

El solo —o su hermana, la poesía— puede extraerlos de lo vivido en bruto y darle el signo, la traducción exterior. Porque el arte ha sido siempre el lenguaje elegido de las revelaciones religiosas, tanto como de las confesiones particulares, de todo lo que desborda las evidencias sensoriales o las evidencias racionales que sólo pertenecen normalmente a la palabra. Malraux lo observa: "Un museo de las religiones —título extraño— sería, a lo mejor, una colección de textos sagrados, mientras que nosotros no podemos conocer una fe, como no podemos conocer el amor, más que experimentándolo". Es que, nota, la religión "se funda en estados de alma... y el hecho capital reside en que las estatuas sumerias nos hablan, aunque la resonancia tomada por el universo en el alma de un sacerdote sumerio haya desaparecido sin retorno, bien que una exposición de las religiones de Sumer y del Egipto no nos hablan ya". Una religión, una fe, son "hímnos cuyas únicas grandes obras, a través de la metamorfosis, han mantenido la música" (André Malraux, *Musée Imaginaire de la Sculpture*, pág. 58).

HENÉ HUYCHÉ

Dialogue avec la vieillesse.
Flammarion.

Traducción de Belkacem Rajet Enriquez.

LA FLORA DE LA PROVINCIA DE CORRIENTES

En la descripción geográfica del territorio argentino, las llanuras Chaco-pampeanas terminan en el río Paraná, que las separa de las provincias de Corrientes y Entre Ríos, que forman, junto con la actual provincia de Misiones, lo que se denomina Mesopotamia argentina, aunque dentro de estos límites las tierras ofrecen marcadas diferencias, no sólo en su composición sino también en

la conformación de su superficie. Dentro de la región mesopotámica, la región misionera ofrece diferencias, que determinan una flora especial; en ella nos encontramos con numerosas especies, algunas diferentes, muchas iguales, sobre todo a las de la provincia de Corrientes.

En cuanto a la producción agrícola, la provincia del Chaco ofrece algunas similitudes con la correntina; el algodón produce en Corrientes tanto como en Chaco, naturalmente no en cantidad, pero sí en calidad, porque la provincia del Chaco ha extremado equivocadamente el monocultivo del algodón, exceptuando Las Palmas, donde se planta caña de azúcar. En agricultura la provincia de Corrientes, aunque no a la altura de Entre Ríos, practica diversos cultivos como veremos más adelante.

La Flora de la provincia de Corrientes, en la actualidad, muestra algunas especies o familias de árboles, extinguidas ya o próximas a extinguirse, debido más que nada a la sistemática destrucción por la explotación intensiva, sin un plan ni limitaciones; próximo a la ciudad Capital, por ejemplo, quedan hoy restos de lo que otrora fueron inmensos bosques de quebracho colorado (*schinopsis* Lorentzi), el *Urundei* de los guaraní; toda la costa del río Paraná, hasta bien al norte, pasando por frente a la isla de Meza (los campos conocidos con el nombre de Perichón) nos presenta todavía, como manchones, bosques muy talados, donde los troncos secos de plantas de quebracho colorado aparecen por millares. Y también nos dicen de la exuberancia de antaño, nuevas plantas jóvenes que han brotado, así como la composición de las tierras, gredosa y parduzca, semejante a la chaqueña, característica de la zona de los quebrachales.

En las márgenes de los ríos San Lorenzo, Empedrado, Santa Lucía y otras regiones, quedan todavía algunos hermosos quebrachales, que no tardarán en desaparecer, por las mismas causas: la explotación y tala a toda máquina, ante la indiferencia culpable de los encargados de proteger los bosques, estableciendo una explotación racional. Jamás en Corrientes se ha intentado una reglamentación; ignoramos que exista y si la hay, se ha hecho caso omiso de ella. Así han ido desapareciendo de

ESTUDIOS Y TRADUCCIONES

todas las zonas de la Provincia los extensos bosques de maderas variadas y de valor. Sin remontarnos demasiado en el tiempo, cuarenta o cincuenta años atrás, los pueblos y ciudades, incluso la Capital, emergían en medio de frondosos bosques; hoy, el campo llano se extiende por todos lados, presentando solamente manchones de árboles sin continuidad, de madera de refugio, que apenas sirve para leña blanca o carbón vegetal de poca calidad.

La gradual desaparición de los bosques ha tenido grande influencia en muchos aspectos; la precipitación pluvial en el Norte alcanza actualmente a sólo 1200 mm anuales; antes el término medio era de 1500 mm. La isoterma hoy es de 17 a 20° y la provincia sufre periódicamente prolongadas sequías, que perjudican a la agricultura, en la época de las siembras, y a la ganadería, en el invierno, por la carencia de pastos.

Otro árbol que todavía sobrevive en la flora correntina es el *Urunday* (*Astronium balansae*), de madera dura, excelente para construcciones; el palo borracho (*Chorisia insignis*), *samu-ú* en guaraní. Su fruto es un capullo sedoso, de fibras muy cortas, impermeable e imputrescible. Las hacendosas mujeres guaraní (los *kaijá*, del Brasil) poseen el secreto de tejer hermosas telas de su finísima seda; el lapacho (*Tabebuia Avellanida Lorentzi*), *Tayí*, en guaraní, proporciona una madera muy dura y resistente, difícil de quebrarse por ser muy fibrosa; especial para ejes de carros y carretas, así como varas, pértigas y ruedas de los mismos. Es un árbol muy común en la zona del norte y centro de Corrientes; produce una hermosa flor de un rosado especial, que ha popularizado nuestro consagrado pintor, el artista José Negro. En los meses de agosto y setiembre, los alrededores de nuestra ciudad ofrecen hermosas perspectivas con las románticas pinceladas de los lapachos en flor.

El mata ojos, madera dura que al arder produce una espesa humareda, muy irritante para los ojos, de ahí su nombre; el sarandi (*cephalanthus* sp.), muy abundante en las costas de los grandes ríos; tenemos también nuestra "flor nacional", el seibo (*erythrina crista-galli*).

Corrientes ofrece variedades de plantas textiles; un cardo, el karaguatá (*bromelia longifolia*) cuyas raíces se extienden varios metros a flor de tierra y constituyen

hermosos manojos de fibras; los paisanos construyen resistentes piolas. El karaguatá, por su falta de industrialización, constituye hoy una verdadera plaga en los campos correntinos, pues cuando invade es incontenible, desvalorizando las tierras.

Otro árbol de prodigiosa abundancia en el pasado, que tiende a desaparecer y solamente se cultiva en las huertas y chacras, en contadas plantas, es el guayabo (*Psidium guajaba* Raddi) que brinda sabrosas frutas de las que se fabrica exquisito dulce. Se ha comprobado que, hasta hace poco, desde la fundación de la ciudad, existían extensos bosques, los *arasa-ti*, que hoy pertenecen al pasado.

Los bosques chaqueños surten hoy a Corrientes de palmeras para la provisión de los altos postes de las líneas telefónicas y telegráficas. Sin embargo Corrientes nada tuvo que envidiarle en la cantidad y variedad de palmeras; hoy solamente quedan restos, en los departamentos de Goya, San Roque, Santa Lucía, Concepción, en los límites de los departamentos de Mburucuyá y General Paz se encuentra todavía el Palmar Grande, donde en muchas partes es imposible penetrar; hoy, debido al alto precio obtenido por las palmas, se está explotando a tambor batiente, con resultados que muy pronto tendremos a la vista: su total extinción.

Entre las especies principales de palmeras, tenemos el *Kerandái* (*Copernicia cerifera*), el *Mbokayá* (*Acanthia totay*); el *Yatái* (*Coccus yatay*) que alcanza escasamente dos metros de altura, carece de tronco y sus hojas nacen desde la superficie de la tierra, largas de más de dos metros; es en sus "ramas" donde Guido y Spano hace llorar al *Urutaí*. Produce un fruto muy sabroso, útil para dulce y licores. Del carozo o pepita del *Mbokayá*, ya mencionado, los paisanos fabrican anillos bien trabajados y artísticos.

Otro árbol muy castigado por la irracional explotación es el Espinillo (*Acacia cavenia*) madera especial para leña y carbón. Los restos que se encuentran diseminados por diversas zonas, nos dicen de inmensos bosques ya desaparecidos.

Resumiendo, la breve reseña que hemos hecho nos demuestra dos cosas: la inagotable riqueza forestal de Co-

rrientes, con su variada flora, y la sistemática e irracional destrucción de la misma. Los restos que superviven constituyen prósperas industrias en potencia. En cuanto a sus tierras son las más fértiles que se conocen; la provincia va pasando del período pastoril al agrícola; y produce de todo: arroz, caña de azúcar, tung, yute, yerba mate (*Ilex paraguariensis*) y hoy el té de la mejor calidad del mundo, en los departamentos de Ituzingó y Santo Tomé.

¿Qué le falta, entonces, para que ocupe uno de los primeros puestos entre sus hermanas? Dos cosas: buenos gobiernos y caminos.

El mentido federalismo que hemos vivido hasta la fecha, la ilegal absorción de las rentas de las provincias por el rapaz centralismo, le quita a Corrientes, con los llamados Impuestos Internos, más de mil millones de pesos anuales, que por la Constitución de 1853, las provincias se han reservado expresamente. Corrientes carece de caminos pavimentados y por su topografía y extensión es la que más los necesita; sin buenos caminos y buenos gobiernos el capital no se arriesga ni se arriesgará.

Los productos deben ser manufacturados en los lugares de producción; Corrientes produce el 65 por ciento del total de la producción tabacalera y tiene una sola fábrica de cigarrillos en Goya, la prestigiosa firma de los progresistas hermanos Pando; también produce arroz, en la misma proporción que el tabaco; aquí se planta, se elabora, se envasa o empaqueta y luego va a Buenos Aires, de donde nuestros comerciantes deben proveer, con doble gasto de flete. Parece mentira, pero es así. Y ello se debe a que la producción total está acaparada por varias fuertes firmas porteñas.

Sabemos hoy que la forestación de la zona tiene influencia preponderante en el clima y en la precipitación pluviométrica; de ahí la necesidad reconocida de reglamentar la explotación forestal. En Corrientes es de urgencia que las autoridades se preocupen por este candente problema, con miras al futuro, en defensa de algo fundamental que tiene relación directa con las fuentes de producción y la riqueza de la Provincia.

JUAN DE BIANCHETTI.

ACTUALIDAD PEDAGÓGICA

LOS LÍMITES DEL PLAN PEDAGÓGICO

Desde hace más de un siglo ha venido madurando la intuición (Einsicht) de que estamos al final de una historia de milenios. En un ritmo ascendente, el curso de la historia desemboca en un futuro que coloca a todos los hombres —chinos, hindúes y occidentales— ante un problema que colma la medida de sus fuerzas. En esta situación, la educación de las generaciones venideras es de la mayor importancia. En ella se encuentran las posibilidades de despertar nuestra alma desde su fondo histórico, conservar los contenidos de la tradición, como también una probabilidad muy distinta: separar radicalmente la tradición, tratarla como montones de escombros, de los cuales se elijan piedras útiles para colocarias ordenadamente en la "nueva construcción", que es erigida, por decirlo así, de la nada, en virtud de un supuesto saber —hecho con psicología y sociología— acerca de la esencia y destino del hombre.

De allí que en todo el mundo la educación ha llegado a ser un asunto de consciente consideración y constante reforma. Por todas partes se reflexiona y se planea cómo hacer las cosas mejor o, por el contrario, cómo encarar el asunto sobre bases totalmente nuevas. No sólo la salvación de los niños que, corporalmente, el maestro tiene ante sí, sino también con ellos el futuro del hombre en general, depende de lo que ocurra en la educación que silenciosa e imperceptible, se realiza en todo lugar: en el más pequeño recinto de la familia, en la escuela y en el mundo propio de los niños; de lo que allí es escuchado y visto por ellos y de lo que ellos mismos han procurado hacer.

En el mundo totalitario la educación es también planeada totalmente; por lo tanto, regulada hasta en lo más pequeño, nivelada e impuesta por la fuerza. Aquí la cuestión es de por sí cierta, clara y unívoca. Los totalitarios saben cómo quieren encararla. Ellos organizan la educación a manera de un aparato mecánico, de acuerdo con puntos de vista técnico-científicos, y, en par-

ticular, psicológicos. La reducción de la educación a la preparación del hombre como una herramienta útil de trabajo y para una función obediente, produce, en suma, un impulso vital de participación en un poder que promete conducir a un futuro grandioso. Hay un afán perseguido por las masas de precipitarse en la corriente, de entregarse por sí mismas al "funcionalismo", convertirse en "material" y transformar en "material" a los demás. Se trata aquí, solamente, de una planeada y fuerte "construcción" humana (Menschebau), no de formación de individuos o personalidades. Ellos son sustituibles a discreción. Ellos son valorados según la fuerza vital de su talento intelectual, según su habilidad técnica y su disponibilidad para la función (Funktionalisierbarkeit). Ellos pueden ser sacrificados en el trabajo y eliminados si son incapaces. Pues este "material" se renueva, a pesar de todo "desperdicio", en la mayor cantidad que se pueda utilizar.

Es totalmente diferente en el mundo aún libre. Los occidentales, los hindúes y chinos, en cuanto ellos aún arraigan en sus tradiciones de tres milenios, se resisten al aniquilamiento espiritual. Muchos pierden el ánimo; ven solo el desaliento ante la marcha de la historia del mundo. Más de uno llega a un nihilismo, primero desesperado, luego cotidiano: todo es indiferente, "no tiene remedio". Muchos desearían velar la cuestión radical y su alternativa, ante la cual está colocada la humanidad. Otros encuentran consuelo en las muchas artes de magia que hoy en día son ofrecidas. Todos ellos se transforman, transformando a su vez a aquellos sobre los que actúan, según una propensión (Bereitschaft) interior. En momento crítico, sin oposición, el totalitarismo se apodera de ellos. Y donde él llega a hacerse señor y dueño, deben callar todos los que no quieran morir en forma inmediata.

Aunque en el mundo libre la educación deba ser estructurada, hay una diferencia esencial con respecto al mundo totalitario, también por el modo de planear. El mundo libre vive —en tanto él viva— por fundamento (Grund) del cual procede la guía conductora de todos sus planes. Este fundamento fue vivido históricamente y, a través del presente, "resucitado" (erweckt) en los niños, pero como "totalidad" no fue ni planeado ni realizado. No ha sido para el mundo libre un problema fácilmente soluciona-

bie poner en claro la cuestión sobre lo que podía o no ser planeado y luego vivir con la conciencia de la fuerza de lo no planeable (Unplanbaren), pero también vivir, sin limitaciones, en lo "esclarecido" (Erhellende). Por un modo erróneo de planear, por olvido de todo fundamento sustentador (tragender Grund) se puede, imperceptiblemente, desembocar en el camino que termina en "lo totalitario". Planear, incesantemente planear, es para nosotros, hombres, necesario. No es contra el planear que es menester protegerse, sino contra el falso espíritu del mismo y contra un planear que quiere incluir lo inconcebible. Trataré de aclarar esto con algunos ejemplos.

19 Los niños deben adquirir habilidades y ganar en saber. El saber será puesto a su disposición en forma pura, por medio de las ciencias. Planear significará poner en las manos de la juventud el contenido y métodos de las ciencias, en cuanto ellas aparezcan útiles para la vida. La historia, acaso, no tiene que ser expuesta por el maestro sólo como conocimiento crítico del acontecer histórico, sino que será presentada como ciencia. La enseñanza de las lenguas antiguas y la adquisición del contenido del propio idioma será entremezclado con el saber lingüístico. — la enseñanza bíblica será historia de la religión. Sin embargo no es importante para los niños, en ninguna parte, esta ciencia, sino la satisfacción del espíritu juvenil con intuiciones profundas, con imágenes y figuras. Importante es por eso la concreción en la transmisión de estos contenidos, la claridad de su estructura ideológica; importante, también, la ejercitación de la comprensión precisa y la superación de "lo aproximado" (Ungefähren). Pero esto debe ser primariamente un proceso espiritual y sólo más adelante se convertirá, en parte, también en un proceso científico. En la ciencia como profesión no hay nada que no sea o pudiera ser digno de saberse. En cambio, para la educación las ciencias están llenas de cosas no dignas de saberse (Nichtwissenswertem).

En el curso de la educación se convierte más tarde el propio modo de pensar científico (wissenschaftliche Denkungsweise) en experiencia consciente del poder saber (Wissenkönnen) con razones imperiosas. Luego, el modo de pensar científico es impuesto como el fundamento indispensable de nuestra humanidad, pero con el saber (científico) estableciendo límites. La planificación de la

enseñanza científica no puede, terminantemente, ser precluida por la ciencia misma; no puede ser determinada por la erudición de las ciencias especializadas (Fachwissenschaft), sino que está, originariamente, bajo la instancia de una erudición totalmente diferente, esto es, el saber en torno a la esencialidad (Wesentlichkeit). Ella descansa sobre otra responsabilidad que la de la exactitud científica. Bajo esta instancia, la elección del material digno de saberse, se tiene que examinar de nuevo, en todo tiempo, por el espíritu de la escuela. En cambio, el modo de pensar científico, como elemento de la razón (Vernunft) debería constituirse en una actitud digna de confianza.

20 Los niños deben ser educados según sus aptitudes y capacidades. La psicología como ciencia de la estructuración esencial (Artung) humana, de las funciones psicofísicas, de los grados del desarrollo y de las anomalías, debe ser la base del plan y de las soluciones pedagógicas. La educación, así, se convierte en una organización psicológica. Surge la creencia de que el hombre como investigador puede "penetrar" al hombre como realidad; de que lo que el hombre podrá y deberá hacer, será una consecuencia del conocimiento psicológico. Esto es un funesto error moderno. Es por cierto razonable cultivar la psicología. En cuestiones de fatiga, memoria, peculiaridades de las fases del desarrollo, entre otras, se han hecho muchos progresos que se pueden emplear convenientemente. El conocimiento de lo psicopatológico puede impedir muchos e innecesarios martirios; corregir muchos juicios hechos a la ligera; por un lado, hacer guardar esperanzas, por otro lado, aprender a admitir lo inexorable. La psicología, generalmente sólo por imperfecciones, se convierte en consejero. Ella ha conseguido hoy, por medio de tests y otros exámenes, disminuir los rozamientos (Reibungen), en establecimientos y escuelas, elevar los rendimientos exteriores — me atrevo a asegurarlo: a menudo a costa de una real degradación del hombre, bajo la pretensión de un saber que va mucho más allá en el juicio que corresponde sólo a un caso particular. La Psicología y sobre todo la Psicopatología, consultadas con la conciencia de los límites de sus posibilidades, son útiles dentro de un radio de acción mo-

derado. El psicólogo como instancia es un fenómeno monstruoso (unheimliches Phänomen). Un examen a fondo del psicoanálisis, que a pesar de los elementos científicos con que cuenta, en general no constituye más que un movimiento de creencias con vestiduras científicas —y en América un fenómeno que ya ha llegado a lo grotesco—, me conduce a la opinión de que, junto con la transformación del hombre por medio del modo de pensar marxista, representa una especie de aniquilamiento de la dignidad humana. Sobre ello puede verse mi libro *Allgemeinen Psychopathologie* (Psicopatología general), 5ª edición 1948, y un pequeño artículo "Kritik der Psychoanalyse" (Crítica del Psicoanálisis) en: "Rechenschaft und Ausblick" (Rendición de cuentas y perspectivas), 1951.

Contra una planificación de la educación en razón de un supuesto conocimiento psicológico, hay que señalar la limitada esfera de la real comprensión psicológica. Se puede decir: La psicología como ciencia no es decisiva para la educación; sin ella queda aún retenido lo esencial en la educación, aunque puede ser útil su concurso ocasional, bajo la instancia directriz del educador.

3º La pretensión de educar a los niños en la escuela para hacerlos miembros útiles de la comunidad, significa dos cosas diferentes: en primer lugar, la evocación del espíritu histórico de la comunidad, de la vida en sus símbolos. Los niños deben ser "llenados" con estos contenidos en cotidiana naturalidad, por medio de la vida pasada de tal comunidad, en el modo de trato, la lengua y por la presencia (Gegenwärtigkeit) de la realidad (Wirklichkeit) humana del educador. En segundo lugar, enseñar y ejercitar aquello que es condición previa para el trabajo y la profesión. Los dos modos de educar son indispensables. Lo primero es asunto del espíritu de la escuela, nunca de escuela determinada; no se trata de quererlo de una forma intelectualmente intencionada allí, en la tradición personal —irreemplazable en cada particularidad (Einmaligkeit)— sino sólo de protegerlo y cuidarlo y llegar a aumentarlo donde se lo encuentre siempre, al menos como germen. Lo señalado en segundo término es asunto de la intención y del planear. En este aspecto, mucho ha alcanzado un siglo con extraordinarias

mejoras didácticas, manuales cada vez mejores, existentes métodos de ejercitación y una mayor claridad intuitiva (Anschaulichkeit).

Pero estos grandes éxitos tienen sus sombras. La función de ejecutar planes ha sido puesta de tal modo en primer término, que la responsabilidad por el espíritu de la "totalidad" se ha debilitado. Desde este punto de vista, antes que nada se fue aceptando cada vez más como materia de enseñanza, todo lo que fuese necesario saber para la vida futura y como preparación para las profesiones; las disciplinas se multiplicaron hasta que la escuela se fluró en muchas escuelas que, en vista ya de las profesiones futuras, se impusieron nuevas tareas. El espíritu de totalidad de una tradición, la creencia en la comunidad de formación (Bildungsgemeinschaft), ha venido perdiendo valor. Por todas partes se estableció la lucha de los especialistas por el número de horas, la disminución de las exigencias antiguas de contentarse con la multiplicidad. La enseñanza escolar fue constantemente dispersada con planes. Antigüamente, para el Gimnasio¹, estaba establecido que los niños, hasta la finalización del período escolar, tenían estas materias de enseñanza: griego, latín, enseñanza bíblica, matemáticas, historia y geografía. Esto era suficiente. Creaba realmente una base espiritual. Todo otro saber era adquirido fuera de la escuela o posteriormente. La escuela creaba los fundamentos intelectuales y espirituales que capacitaban la apropiación (Aneignung) de todo lo demás. Hoy en día, hasta en las universidades y escuelas superiores técnicas, se ha llegado a formar el siguiente cuadro de cosas: horarios interminables, clases y ejercicios más necesarios, cierre de la ruta libre y espiritual de los estudiantes, distracción de muchas disciplinas y conocimientos; después, gran erudición en los exámenes, pero "tullimiento" (Erlahmen) de la vida original y espiritual; pérdida de la capacidad para la meditación, para la soledad y para el "siempre-pensar-en-ello" (Immer-daran-Denken), que sólo se puede dirigir hacia una sola, no

1. En refiere, sin duda, al método intuitivo, dirigido a los sentidos más que al intelecto (N. del T.).

2. Escuela superior a base de lenguas clásicas. Equivale aproximadamente a nuestro colegio nacional (N. del T.).

hacia un número infinito de cosas. ¿Tiene el pesimismo razón al sostener que el imperio del "término medio" reclama el adiestramiento en lugar de la vida libre y espiritual? ¿Qué desea el modo de vivir en la división del "vacío" establecimiento de trabajo y en el placer también "vacío"? ¿O es posible dar de nuevo su "chance" a la libertad de una vida "intensivada" espiritualmente (geistig intensivem Lebens), en lugar de la mera vida "extensivada" instructivamente (lernhaft extensivem Lebens)? Si esto no fuera posible, entonces, tarde o temprano, el camino nos conduciría, en todo el mundo, hacia las formas de "lo totalitario", a pesar de cualquier oposición contra tal consecuencia.

Suministrar conocimientos científicos, la psicología como medio del trato adecuado de los niños, la educación para la formación del miembro útil de la sociedad. — Estos tres ejemplos deben mostrar cómo de proyectos legítimos pueden surgir errores, por la independización del planear y por el carácter absoluto que se da a sus medios. ¿Qué hacer? Hay que hacer consciente el límite, de donde no pueda surgir nuevamente, a través de una indicación racional, la respuesta a esta pregunta. Más bien, se tiene que hablar con claridad, lo que paradójicamente se designa como "planear el no-planear" (als Planen des Nichtplanens).

Lo pasado no se deja reedificar. Lo que es verdadero y real, tiene que proceder de un impulso presente. Pero en vista del inmenso pasado, la tarea puede llegar a ser más claramente consciente, esto es, la fundación de la escuela sobre el contenido espiritual del hombre histórico, en la transformación hacia el espíritu presentemente vivo y la conducción por este espíritu de todo mero saber y de toda necesidad absoluta de carácter técnico (aller technischen Unentbehrlichkeit).

Sin embargo, tal tarea no se puede cumplir sólo por un plan racional. Precisamente, éste, convirtiéndose en soberano, ha producido la dispersión¹. Los medios que se ofrecían al plan, se transformaron en fines propios. Los conocimientos científicos y el aumento del rendimiento se convirtieron en causa final y la psicología llegó a ser

el método del plan pedagógico. Así, las ciencias, que sólo constituyen un elemento de la educación, fueron estudiadas, a veces, casi en carácter de enseñanza previa a lizó la elevación del rendimiento de la memoria y de las mo en lo que, como mecanismo psicofísico y móvil comprensible (verstehbare Motivation), es una herramienta que a faltar la ciencia, la didáctica y la psicología, es posible una sobresaliente educación. En cambio, donde es lesionado el espíritu histórico del "todo" directriz, entonces está en peligro el germen de la educación. Un maestro de historia, por ejemplo, que, en actitud nada crítica, narra la historia de Heródoto a su modo, con agregados de su invención, puede grabar en el recuerdo imágenes que contengan verdad y queden imborrables, aún cuando él, de ningún modo sea ideal (de Historiador), de acuerdo con un punto de vista de poco peso científico. El maestro de escuela poco diestro, que solemnemente enseña a escribir las letras misteriosas, produce la repercusión de un sentimiento de profundo respeto, aunque quizá quede la exigencia de que él debe hacer el ejercicio didácticamente más hábil. El maestro poco psicólogo, que piensa completamente en lo supremo, valeroso y solidario, educando a los niños por el camino de la seriedad y de la modestia, vive en "lo esencial", aunque cause quizá mucho daño en particular, debido a la ceguera psicológica, dado que él nada sabe de psicopatología; — por otra parte, no es ningún modelo y, por tanto, posible de mejorar—. Esto significa que él no piensa primero en los niños, sino que piensa en la "cosa" (Sache) con los niños. Sólo por la "cosa" puede venir la rigurosidad, la cual debe ser reconocida y asida libremente. La rigurosidad por medio de la psicología, es, o coacción, como ocurre con los métodos militares, que no pertenecen a la escuela, o la psicología reblandece y da lugar a la arbitrariedad, con el límite de las decisiones brutales de la "máquina", en selecciones, exámenes y juicios psicológicos.

Por cierto que, en materia de educación, se puede reflexionar y planear por doquier, pero más importante es ver bien los límites de este planear y fijarlos con

1. Se refiere a la dispersión de la enseñanza de que habla más arriba (N. del T.).

exactitud. La instancia, que está por encima del plan, no puede llegar a ser objeto de plan. Ella está o no ahí. De que ella aún hoy esté presente, proceden nuestras esperanzas. Pero ella no está ahí, exteriormente, en "estado de a la mano" (Greifbarkeit), en rendimientos, números y planes didácticos. Lo decisivo corre por cuenta del maestro individual, encerrado entre las cuatro paredes de su clase, en donde él es libre por su propia responsabilidad. Entonces, ahí tiene lugar aquella vida auténtica (Wirklich) que, muchas veces, es el horror para los planes burocráticos, reglamentaciones y "pricipes" escolares. Ahí hay camaradería humana de común acuerdo, con la responsabilidad por el contenido espiritual. Permanece, a pesar de todos los planes, un sector de auténtica realidad. Si el proyectista la tiene ante sus ojos, entonces, puede nomás pensar que ella, a lo sumo, le estorbará poco. Si esta realidad está presente, lo saben los niños en la conciencia irreflexiva; lo sabe el maestro en la claridad del cumplimiento consciente de su deber, donde siempre "el genio bueno" viene en ayuda. Él puede tener la tranquilidad de que ya por la lectura de los textos maravillosos y con su discreta ayuda didáctica habrá puesto en los niños los gérmenes que podrán crecer a lo largo de la vida.

De la instancia directriz en la personalidad del maestro, poderosamente elevada por la comunidad de sentimientos de una escuela, proceden todos los impulsos, la fuerza y la alegría. La instancia "habla" en cada hombre particular, rebasando el círculo de la escuela. Su lenguaje está en la historicidad de los pueblos, que, en virtud de su fundamento moral y de su destino, conservan la auténtica realidad de su vida, en las situaciones de fuerza de la historia. Se puede alcanzar esta instancia, estimularla, allí donde su lenguaje sea apenas perceptible; luego, ponerla en claro, en el "ser uno con otro" (im Miteinander). Donde ella habla entonces, lo cotidiano deja de serlo; entonces, el mínimo "obrar" (Tun) es percibido; entonces, el enseñar a leer, escribir y contar, ya no es sólo una adquisición de habilidades técnicas,

1. Der gute Geist, alusión al personaje mitológico, al "daimon", griego (N. del T.).

sino participación, desde un principio, en el Espíritu, en la solicitud (Sorgfalt), que abarca en ella la belleza y que no acepta —sólo por su manifestación externa— ningún movimiento de la mano, ni ninguna operación del intelecto.

Donde sólo hay planes y saber, en lugar de medios subordinados a una conducción (espiritual) de miras amplias, y cuando los medios maginamente se transforman en fines, entonces, la educación se convierte en adiestramiento y el hombre en función, precipitando el impulso potencial del mismo hacia un estado de mera energía vital; un proceso que adquiere sentido y acaba en "lo totalitario".

KARL JASPER.

Traducción de Federico M. Salter.

NOTAS: El presente artículo "Von den Grenzen Pädagogischen Planens", apareció por primera vez en el "Schubblatt" (periódico escolar) de Badhoe, en 1952. Nuestra traducción no completa. La traducción exacta del título debería ser "De los límites del planear pedagógico".

El término alemán entre paréntesis, alude al concepto en el que de no equivalencia de términos que reflejan totalmente la idea del texto alemán. El artículo, según mis noticias, no ha sido publicado aún en español, al menos en Argentina (N. del T.).

GUÍA Y CONSEJO

Durante mi estadía en Dallas, Texas, adonde fui becado por la Universidad Metodista del Sur (Southern Methodist University) para especializarme en Educación, uno de los cursos que más me interesó fue *Guía y consejo* (Guidance and Counseling).

Originariamente se guiaba al alumno después que había terminado sus estudios primarios, con el objeto de conseguirle no sólo una ocupación, sino de que la misma fuera la más apropiada para el individuo. En esa forma era necesario tratar de encontrar un trabajo adecuado a la habilidad propia de cada uno, y además, qué oportunidades ofrecían en materia de trabajos. Los estadounidenses consideran muy importante tratar de descubrir esa habilidad propia de cada persona. ¿Por qué? Porque

conociendo la verdadera vocación de cada uno se evita que pierda tiempo realizando trabajos en los cuales no es competente. Es así como los encargados de guiar y aconsejar a los alumnos, dieron preferente importancia a la selección de ocupaciones en las cuales cada uno pudiera encontrar satisfacción y éxito. En esa forma los consejeros (Counselors or Guidance Workers) se dedicaron al estudio del individuo. Hicieron investigaciones sobre los problemas sociales de la juventud, del medio ambiente en el cual viven, y gradualmente esa guía vocacional se transformó en guía individual. Por consiguiente el *guiar* y *aconsejar* está relacionado con el alumno en su niñez, su juventud, y como adulto que está desarrollando intereses y habilidades, que tiene problemas personales y sociales, y que sale de la escuela como ciudadano y trabajador. El propósito principal de *guiar al estudiante* es darle toda ayuda que necesite en cualquier etapa de su desarrollo. Dunsmoor y Miller definen a la guía y consejo "como un medio de ayudar a los individuos a entender y usar sabiamente las oportunidades educacionales, vocacionales y personales que ellos posean o puedan desarrollar" y como "una forma de ayuda sistemática por la cual los estudiantes son ayudados a adquirir una adaptación satisfactoria en la escuela y en la vida". De acuerdo a Lefever "la guía es esa faz sistemática y organizada del proceso educacional que ayuda al joven a ser capaz de dar dirección y destino a su propia vida, con el objeto de que pueda hacer su sola contribución a la sociedad democrática en la cual vive con el aporte de sus experiencias personales".

De acuerdo con estas definiciones vemos que desde el punto de vista estadounidense, el propósito principal de la educación es ayudar al individuo para que pueda ser capaz de estudiarse y comprenderse a sí mismo, puesto que es una persona que crece, cambia y se desarrolla de acuerdo con las presiones y estímulos del lugar y tiempo en que vive. Por lo tanto, el conocimiento de sí mismo puede ayudar a la persona a tener más confianza, a ser capaz de planear y tomar iniciativa por sí solo para adaptarse mejor al medio ambiente en que vive.

Otro de los aspectos de la guía y consejo comprende: descubrir las necesidades individuales del estudiante y hacer que no solo él conozca esas necesidades, sino tam-

bien los maestros que son los que preparan el programa escolar. Dentro de los servicios de guía y consejo se encuentran las siguientes actividades:

- a) *Orientación*. Los consejeros organizan una serie de actividades para que los estudiantes nuevos se familiaricen con la escuela, las costumbres, actividades, personal que trabaja en ella y con los demás compañeros;
- b) *Ficha individual*. Se usan fichas acumulativas, programa de tests, etc.;
- c) *Información educativa y de ocupación*. La escuela provee al estudiante de una información amplia y al día, para que pueda hacer una elección inteligente de un programa educacional, de una ocupación o de una actividad social;
- d) *Consejo*. La escuela provee de tiempo, lugar y personal adecuado para ayudar a los estudiantes a encontrar soluciones a sus problemas personales. Aconsejar es un proceso individual que emplea técnicas y relaciones diferentes de las que se pueden usar en la sala de clase;
- e) *Colocación*. La escuela ayuda a los estudiantes a encontrar trabajo adecuado o práctica posterior;
- f) *Actividades estudiantiles*. Muchas actividades escolares, dentro o fuera de la escuela —clubes, asambleas, fiestas, deportes— tienen el objeto de guiar y ayudar al estudiante a encontrar oportunidades para que pueda explorar y desarrollar sus intereses, habilidades y encontrar relaciones satisfactorias.

Además los consejeros desarrollan un plan sistemático para mantenerse en contacto con los estudiantes, una vez finalizados sus estudios, para poder, en esa forma, evaluar la efectividad del programa. El consejero es, por lo tanto, parte integral del programa educativo y tiene que estar familiarizado con la filosofía, propósito y métodos de la escuela. Debe comprender el programa escolar y los problemas educativos. Debe tener un conocimiento amplio en áreas tales como psicología, sociología, biología, economía, antropología y educación. Además debe observar, llevar un registro de esas observaciones, analizar y evaluar. Un consejero nunca está lo suficientemente preparado, porque el proceso de preparación continúa más

allá de los límites del título académico. Con cada nuevo caso adquiere más habilidad para poder entender las relaciones humanas.

Es indudable que la guía y consejo es importante no sólo en la escuela primaria, sino también en la escuela secundaria y aun en la universitaria.

Guía y consejo en la escuela primaria. — Cuando un niño asiste a la escuela por primera vez, se encuentra en un mundo, hasta ese momento, desconocido para él. Es lógico que estando en ese nuevo escenario, tenga problemas, por lo tanto es aquí que la intervención del maestro debe ser eficaz. Para ello es necesario que conozca al alumno.

El maestro de escuela primaria está en contacto directo con sus alumnos durante más tiempo que un profesor de escuela secundaria. Ello le permite observar con más detenimiento el comportamiento de sus alumnos o puede analizar cuál es la causa que los llevó a cometer tal o cual falta, y aquí es donde comienza la tarea de guiar y aconsejar. No sólo el maestro, sino también el director de la escuela, la enfermera y el médico, todos deben participar en esta tarea, puesto que todo individuo necesita ayuda y consejo para poder adaptarse mejor a sus cambios biológicos y a las demandas culturales con que tropieza en las distintas etapas de su desarrollo.

Los métodos por medio de los cuales los niños realizan sus tareas y resuelven sus problemas, constituyen el proceso del desarrollo de la personalidad y a la larga determinan el tipo de comportamiento en la vida adulta.

Entre los servicios ofrecidos por un programa de guía y consejo de una escuela primaria se encuentran: ficha individual del alumno, un procedimiento de tests y evaluación, un período de aprendizaje para maestros y directores, y un plan de cooperación entre la escuela y las agencias de la comunidad para estudiar los problemas del niño.

Guía y consejo en la escuela secundaria. — Considerando que la guía y consejo del alumno es un proceso educativo, sus servicios constituyen una parte integral del programa educacional de los Estados Unidos. Como tal, proporciona oportunidades no sólo a una parte de la población, sino a toda la juventud.

Hay gran diferencia entre el programa de guía y consejo de la escuela primaria y el de la escuela secundaria:

- a) El alumno es un adolescente;
- b) La organización de la escuela es distinta;
- c) El alumno no se encuentra con un solo maestro, sino con distintos profesores a cargo de la enseñanza de las diferentes materias.

Todos participan con su esfuerzo, dentro de su propia área de responsabilidad, para el mejor éxito de estos servicios. El director es el encargado de seleccionar el plantel de profesores y asignarle funciones a cada uno de ellos, y de coordinar todas las actividades para poder llegar a la meta soñada. Los profesores son responsables de la instrucción. Ellos deben determinar qué enseñar, cómo enseñar y cómo evaluar el progreso de los alumnos.

La responsabilidad esencial del consejero es la de proporcionar al maestro la información necesaria acerca del medio-ambiente de los alumnos en el hogar y la comunidad, y además las necesidades, intereses y habilidades de los mismos.

¿Qué problemas se le pueden presentar al alumno? El cambio de persona dependiente a persona responsable e independiente; la necesidad de orientar su vida hacia el futuro y por lo tanto de desarrollar planes vocacionales y educacionales apropiados; la necesidad de llegar a ser un ciudadano responsable, capaz de entender y respetar la autoridad y de desarrollar una conciencia individual; la necesidad de adoptar una filosofía constructiva, que le permita aceptarse a sí mismo, a otros y, también, las críticas que le formulen.

En todas las escuelas tendría que existir este sistema de *Guía y Consejo*, para evitar que un joven que podría destacarse como experto en televisión, malgastase su tiempo estudiando química o que una joven estudie música, cuando podría ser una buena dactilógrafa. En esa forma se evitaría que los padres exijan a sus hijos que estudien tal o cual carrera cuando carecen de habilidad y talento necesarios para las mismas. Por eso el guiar y aconsejar al alumno es importante para que cada uno pueda llegar a ser un individuo útil a la sociedad.

ADELA TRAVARILLA

EL GRUPO Y SUS INSTRUMENTOS: LOS MÉTODOS AUDIOVISUALES

Diversos tipos de instrumentos. — La mayor parte de las actividades en grupo implica el empleo de instrumentos, existiendo métodos especiales para servirse de ellos. En realidad, los términos "actividad", "herramienta o instrumento" (podrían reemplazarse estos dos últimos por los de "medio" y "ayuda") y "método", que anotamos en este artículo por su orden lógico de sucesión, se combinan el uno con el otro en la práctica y, a menudo, se los emplea indistintamente. Por ejemplo, un "instrumento" o "auxiliar", como la película cinematográfica, puede resultar una "actividad" en lo que respecta al grupo; el grupo se dedica a las películas. Algunos de estos instrumentos pueden convertirse en los fines fundamentales de una actividad del grupo cuando sus objetivos se relacionan con las tareas en los ratos de ocio o con el progreso y el desarrollo profesional de sus miembros, o cuando éstos procuran elevar su nivel cultural o fomentar su educación cívica.

Los "instrumentos" que se encuentran al alcance de grupos de todas clases, cubren una escala muy amplia. A los locales o instalaciones, sin tener en cuenta cuán pequeños sean, podría llamárselos, en el más amplio sentido de la palabra, "instrumentos esenciales" o más bien, equipos. Empero, se trata de equipos que establecen las condiciones previas a la actividad, más que instrumentos auxiliares propiamente dichos. Por otra parte, los libros deben incluirse en la última categoría. El libro, como parte de una biblioteca, puede leerse en el local o prestarse para ser leído en el hogar y este "tráfico" u operación, puede traducirse en una actividad de grupo importante. Asimismo, podría emplearse un libro en lecturas en público o en reuniones de grupo, o en relación con representaciones dramáticas de aficionados. También podría ser el tema de un debate general. Aquí, la "herramienta", no es simplemente el "libro", sino la totalidad de las actividades que pueden emprenderse gracias a él y, en especial, a su contenido y las que giran en torno al mismo.

Conferencias, charlas y círculos de estudios no son "objetos" sino "métodos", que se valen de la palabra hablada

como único material, aunque podrían describirse, en el más amplio significado, como "herramientas" al servicio de la vida en grupo. Las conferencias, como "métodos", se encuentran en la misma categoría que el método de clubes de lectura, de lecturas públicas de novelas u obras teatrales o funciones de cine-clubes, aunque pueden disponer también de otras herramientas y acentuar el efecto de la palabra hablada, por medio de otros sonidos o de materiales visuales, como ser gráficos, tiras de películas, discos fonográficos, cintas grabadoras, etc. Los diversos métodos y herramientas pueden servir de ayuda mutua, según el interés que el grupo dedique a unos u otras. De este modo, las conferencias servirían de complemento a las películas, o los libros a los discos fonográficos. El debate público, tomado en su sentido más amplio es, en sí mismo, una "herramienta" que complementa a los demás. Al mismo tiempo, es autónomo en el sentido de que es capaz, independientemente, de fomentar la vida del grupo y el progreso de los miembros. Aprender a discutir, no sólo significa adquirir un conocimiento práctico de "métodos de discusión", que es otro empleo más de la palabra "método", sino también, educar la mente y tornarla más capaz de dominar los problemas de la vida.

La máquina al servicio del grupo. Auxiliares Audiovisuales. — En esta acción mutua de instrumentos y de métodos, donde no siempre se es sirviente ni siquiera amo, todos, en el análisis final, son servidores del grupo y de los individuos que forman parte de éste. Aquí puede hacerse cómodamente una distinción común, colocando los instrumentos y los métodos que se basan en el empleo de aparatos mecánicos, en categorías separadas. Al contrario de las actividades más tradicionales que abarcan desde conferencias hasta lecturas y deportes, los métodos de cine, radio y televisión, se caracterizan principalmente por el hecho de que, para aplicarlos, es necesaria la utilización de aparatos mecánicos. Para ver películas se necesitan un proyector y, a menudo, una cámara filadora, así como para ver televisión o hacer funcionar un tele radio club, se requiere un aparato receptor. Por otra parte, el disco fonográfico o la cinta grabadora, se usan como auxiliares de actividades más tradicionales como la música, para ejecutarla o escu-

charla, o las representaciones dramáticas; pero al mismo tiempo, transforman sus condiciones y amplían, casi indefinidamente, sus posibilidades. Por ejemplo, un grupo, en vez de practicar música de cámara, podría escuchar discos, seguir las grabaciones y los métodos de montaje y, de este modo indirecto, en teoría por lo menos, volver a practicar música de cámara.

El instrumento auxiliar del grupo no es sólo el aparato o máquina sino la actividad, la cual puede desarrollarse y girar en torno al mismo. La atracción particular de los nuevos instrumentos que el progreso técnico coloca al alcance de los grupos, reside, de este modo, en su misma novedad y es causa de que los sueños más antiguos del hombre se tornen realidad. La película cinematográfica es capaz de trasladarnos, en verdad, al mundo de los sueños y de transmitirnos la sustancia real de la fantasía, mientras que la televisión elimina la doble barrera del espacio y del tiempo y otorga al espectador el don de la omnipresencia. A pesar de la poderosa atracción que el libro continúa ejerciendo en los lectores habituales, sus encantos, algo desvanecidos, se ven a menudo eclipsados por el poder más avasallador, ruidoso e imponente de la cinematografía o de la televisión. El empleo de los aparatos mecánicos, confiere a los nuevos auxiliares un poder de fascinación, hasta cierta agresividad, que los coloca en una categoría especial. Con la adopción de estas nuevas "herramientas", un grupo que había dependido hasta ese momento, exclusivamente, de los libros, de las palabras del conferencista o de la actividad deportiva directa de sus miembros, verá producirse una transformación en la naturaleza misma de sus relaciones internas, mientras que sus objetivos y las necesidades con que sus actividades estarán destinadas a enfrentarse, quedarán afectadas, pues el grupo deberá encarar el problema de adaptarse a los nuevos auxiliares.

Los métodos audiovisuales contra el grupo. — La experiencia demuestra que con el nuevo tipo de herramientas, el poder que éstas ejercen se ve aumentado por el de la máquina, que lo hace perceptible. La máquina, aunque sea de tipo familiar, jamás pierde su influencia mística sobre la mente humana y el hecho de crear y

fomentar mitos, puede afectar al grupo de diferentes maneras. Cuando el grupo se ha formado con anterioridad al empleo del nuevo método, éste puede darle nueva vitalidad o un golpe mortal. Es muy común que los grupos se constituyan expresamente, alrededor de un nuevo instrumento (cine-clubes, tele-clubes), en cuyo caso se corre el gran riesgo de que el instrumento ahogue eventualmente al grupo o, en otras palabras, al objetivo para el que se lo empleó en principio. El auxiliar, como la escoba de la bruja, escapa al control y suele causar inquietud al grupo y especialmente a su organizador. Éste ha sido el destino de muchos cine-clubes donde el aspecto técnico, el apremio obsesivo de querer conocer y emplear al cine como instrumento, ha sobrepasado su objetivo y su importancia social inicial. Los grupos en esta situación se apartan gradualmente por sí solos de la "cultura popular", la que, en su objetivo principal, persigue el desarrollo general de la personalidad y no la adquisición del conocimiento, en cualquier esfera particular. Los grupos monotécnicos, término que es, sin duda, más correcto que el de "monovalente", que se interesan sólo por un método: cine-clubes, tele-clubes o radio-clubes, están, en particular, expuestos, más que ninguno, a este peligro. Al ofrecérsele a los miembros la alternativa de elegir entre un sinnúmero de actividades, dicha elección corre el riesgo, de vez en cuando, de arribar a un punto muerto pero, en ese caso, hay menos peligro de verlos sucumbir a la inclinación por la técnica, que ha apartado a tantos cine-clubes de su objetivo cultural.

Siempre está presente el riesgo de que el grupo sea eliminado, aún en los lugares donde la "herramienta" no traiga consigo un programa ya preparado fuera del grupo, como en el caso de la radio, de la televisión y, en especial, de la cinematografía. La fotografía y la cinematografía de aficionados son actividades en las que se corre el peligro, a veces, de que el verdadero equipo se convierta en la causa principal del interés o, en este caso, en el entusiasmo del grupo, que se concentra por completo en el aspecto técnico de la actividad. La producción de fotografías de primera clase y la adquisición de un equipo mejor y más grande, objetivos que por sí solos son legítimos, pero que pueden convertirse en obsesión, se transformarían de aquí en adelante, en el único objetivo del

grupo. En este caso, los grupos monotécnicos deben efectuar su balance y ver que sus miembros no se aficionen, por entero, a una sola actividad.

Los grupos, en especial sus organizadores, deben observar con cuidado estos riesgos. Ellos tendrán que contrarrestar dichas tendencias con métodos adecuados, evitando entrar en conflicto con los miembros. Deberán cuidar constantemente de que los instrumentos y métodos sirvan a un propósito y que el conocimiento de un método en relación con una esfera particular de la actividad humana, no persiga otro propósito, en la educación para adultos, que el de contribuir al desarrollo de la personalidad de los miembros de la agrupación o el de aumentar su influencia en el medio en que desarrollan sus actividades. El conocimiento de la cinematografía no es un objetivo suficiente para un cine-club. El conocimiento por sí mismo no es cultura. Por otra parte, y hoy ello es más cierto que nunca, el conocimiento de los instrumentos que el hombre ha ideado para aumentar el control del universo y la forma de utilizarlos, constituye un aspecto primordial de la cultura. Si el hombre quiere aumentar su habilidad, los instrumentos no deben ser jamás otra cosa que instrumentos.

Medios de comunicación audiovisuales y discusión.

Los medios de comunicación audiovisuales son instrumentos que sirven a las agrupaciones de educación para adultos, mientras que la discusión es un instrumento que sirve a las actividades, cuyos auxiliares son el cine, la cinta grabadora y la televisión. De este modo, la discusión es tanto un instrumento de primera como de segunda clase. Cumple, en realidad, con dos objetivos principales: debe perfeccionarse el uso que la agrupación hace de un instrumento como la cinematografía; contribuye a acentuar y, si hace falta, corregir o completar, la impresión que un film ha dejado y da forma y agudeza a los pensamientos que ha sabido despertar, mientras que suministra, al mismo tiempo, instrucciones sobre la mejor manera de conducir un debate. En este caso, resume su función de ayudar a los miembros de la agrupación a aumentar su poder de expresarse por sí mismo y de prepararlos para la ejercitación más eficaz de toda una serie de tareas, en las que sea necesario pensar y hablar di-

rectamente sobre el tema que se trata. La discusión fomenta, no sólo el desarrollo intelectual, sino también moral y social, de los que toman parte en la misma. Al igual que la participación en cualquier otra actividad específica emprendida con éxito, mediante una acción concertada, imparte una lección de cooperación individual en un gran conjunto, en el que todos desempeñan un papel y en el que, los que guardan silencio y procuran hacer callar a sus compañeros son tan culpables como ellos, de no saber guardar las formas.

La función "Independiente" de la discusión (ponemos la palabra entre comillas para demostrar que no es un problema de independencia absoluta, de discutir por la discusión misma sino una función de primera clase que sirve al objetivo cultural más allá de las asociaciones de educación para adultos), se ve engrandecida en los lugares en que se usan los instrumentos. Los nuevos métodos audiovisuales ocupan, en relación con la discusión, la misma posición subordinada que la de la discusión respecto a ellos, al ponerse a su servicio. Es un ejemplo de intercambio de cortesías entre los instrumentos de diversa índole, pero todos dedicados a los mismos fines. La educación para adultos necesita de esta "acción recíproca" de los instrumentos. Las personas discutirán con más eficacia y será mayor su surtido de imágenes y de ideas. Es posible que los efectos estimulantes de las "milagrosas atracciones" producidas por la radio y la televisión no se sientan inmediatamente, puesto que las emociones despertadas en los espectadores podrían ser tan poderosas que no permitiesen la discusión, en cuyo caso el conductor cuidará de no forzarla, insistiendo en el tema, antes de que produzca frutos.

Las tres funciones culturales de los métodos audiovisuales.—Consideremos ahora de qué modo pueden los métodos audiovisuales fomentar las actividades a las que están destinados. Sus funciones culturales son tres. Tomemos la película cinematográfica, por ejemplo. ¿Cuál es el objeto de las actividades del grupo de cine-clubes? En primer lugar, estimular las actitudes y "reacciones" activas en el público cuya reacción corriente a las películas se caracteriza por la pasividad física y mental. El público de los cineclubes se somete, pero se espera que el de los cine-clubes reaccione no sólo por su salud

mental, sino también para influir en la enorme masa de aficionados, para los que el cinematógrafo constituye un aislamiento de la vida, creando en ellos nuevos centros de actividad, de crítica, de reflexiones, de rechazo o aceptación, en vez de la sumisión pasiva de los fanáticos. El público necesita familiarizarse con el cine para inmunizarse contra sus venenos; pero volviéndose sensible, en cambio, a sus esplendores.

La segunda función es la de dotar a las mentes de los miembros de una nueva percepción de la naturaleza del instrumento mismo. Evidentemente, es útil aprender todo acerca de las plataformas rodantes y de las tomas de *cravelling*. El iniciar al público en las lretas cinematográficas significa contribuir a desvanecer su ilusión, advertirle del sentido y del objeto de una película y destruir la aceptación sumisa de la fantasía y del mito agradable. Este último punto reviste particular importancia. El público que concurre a las lecturas generales, a los conciertos, a las filmaciones y que presencia televisión, no tiene la menor idea, muy a menudo, de cómo la producción que "consume" en el cine, en sus casas, o en su grupo ha sido creada y presentada al mismo. Estos consumidores novicios apenas vislumbran que se trata de una producción en el sentido artístico, de la labor de un autor cuyo propósito ha revelado éste en la misma. Con suma frecuencia, ni siquiera recuerdan el título de la película que han visto aunque logren recordar, en un apuro, el nombre de uno de los actores o actrices. No obstante desde el momento en que el espectador, lector u oyente común consigue captar la analogía con la obra de un artífice, podrá preguntarse a sí mismo cuál ha sido el propósito del autor y proseguir considerando cómo y con qué éxito, este la ha realizado. Para el miembro del grupo de adultos, son vitales los problemas de contenido y tratamiento, el estímulo de una actitud de crítica y la formación de un juicio estético, relacionado con objetivos y métodos y hasta puede descubrir nuevos campos inexplorados mediante un estudio más detallado de los instrumentos que emplea el grupo. Este método de acercamiento y de explicación de la labor cinematográfica, radial, literaria y de la televisión, puede contribuir en algún grado a abrir el muro de la mutua ignorancia que aun se-

ACTUALIDAD PEDAGÓGICA

125

para a los trabajadores manuales de los productores de obras intelectuales y artísticas.

No obstante, la contribución decisiva que efectuarán los instrumentos del grupo al impartir nuevos conocimientos, no tiene nada que ver con los mismos instrumentos ni con su forma de operar, sino con los nuevos conocimientos, tal como se impartirán mediante el contenido del material dado a conocer. Las películas, la radio y la televisión, están ampliando el campo de las experiencias del hombre contemporáneo, casi hasta el infinito, y el problema del educador es más bien el de llevar un cierto grado de orden a la caótica confusión de informaciones disponibles, para inventariarlas y clasificarlas, estudiar el modo de emplearlas y abrir el camino a lo que quede obscuro o desconocido en este campo.

Por consiguiente, las tres funciones de los auxiliares audiovisuales son: 1º estimular las actitudes activas, 2º transmitir nuevos conocimientos con respecto al propio instrumento y 3º impartir nuevos conocimientos por medio del contenido de los programas de cine, radio y televisión presentados.

Las dos primeras funciones se ejercen en el campo de la iniciación en el arte cinematográfico, radial o de la televisión. En el caso de la primera de las dos funciones, también se emplea el término "educación cinematográfica", que se encuentra en relación con el cine. En realidad, el problema de la iniciación en el arte de los medios de información ha sido estudiado exhaustivamente. La televisión es más reciente, mientras que, con la radio, el problema es menos apremiante y es por ese motivo que se le ha prestado, hasta aquí, en comparación, poca atención. Un examen de las relaciones entre estos medios y el gran público, escaparía al alcance de este artículo y todo lo que hay que decir aquí es que los cine-clubes, los tele-clubes, los radio-clubes y todos los organismos similares de asociaciones de educación para adultos tienen, por lo general, una importante tarea que desempeñar, que podría definirse como la de despojar a los medios en cuestión de su capa de misterio.

La tercera función: impartir conocimientos a través del contenido de los medios de educación, tiene lugar en el campo de los auxiliares de la educación. Es imposible

que este artículo trae, en detalle, el uso de los auxiliares audiovisuales como películas, tiras de películas, fotografías, carteles y otros como la radio, la televisión, la cinta grabadora y discos fonográficos. El campo muy vasto, ya ha sido explorado en otros trabajos. Sin embargo, hay una o dos observaciones generales que pueden hacerse con provecho. Los auxiliares audiovisuales pueden dividirse en auxiliares de motivo, que procuran modificar actitudes, y auxiliares de instrucción. Estos últimos se diseñan, en especial, para ese objeto particular (auxiliares didácticos), aunque no constituyen una regla invariable. Los auxiliares no didácticos, como las películas documentales y de largo metraje, pueden emplearse a efectos de impartir nuevos conocimientos. No hay problema humano que no sirva de tema a una película, ya sea de corto o de largo metraje. Estos son auxiliares de los que ningún educador debería desprenderse o dejarse privar de sus servicios. Por lo general, se recomendará a los maestros para adultos que se sirvan tanto de auxiliares no didácticos como de motivo. El adulto se aparta de todo lo que le recuerde los métodos escolares o que requiera esfuerzos, sin entregarse al placer, pues él ha dedicado suficiente esfuerzo a su labor cotidiana, con frecuencia agotadora. La llamada película comercial, que relata una historia, puede demostrar que es un medio de instrucción que ejerce un efecto que resultará de lo más asombroso y duradero, una vez que haya sido registrado emocionalmente. Una película que narre la vida de un minero con sus tragedias, penas y alegrías, tendrá más éxito al dar un cuadro de lo que significa el trabajo en una mina de carbón, que una documental bien filmada, la que no obstante, podría emplearse una vez que la ficción haya abierto una brecha en el muro de la indiferencia del espectador. No debería olvidarse que el público ve la clase anterior de película semana tras semana, mientras que, con ciertas excepciones, se mantiene apartado de la última clase. Como es natural, ello no significa que el film documental deba proscribirse de las asociaciones de educación para adultos, en especial aquellas que ya hayan realizado algún progreso. El único punto es el de reforzar la importancia de las contribuciones que llegan a través del instrumento que ejerce el mayor poder sobre el público: la película comercial, cuya contribución el

educador no tiene el derecho de ignorar. Empero, los auxiliares didácticos no deben descuidarse, en especial los destinados a estudiar temas especializados como, por ejemplo, los científicos.

Los auxiliares audiovisuales que ofrecen un programa confeccionado fuera del grupo.—Existe una diferencia práctica importante entre la película, la cinta grabadora y el disco fonográfico por una parte, y los programas de radio y televisión por la otra, que determina el beneficio que puede obtener el educador con esos instrumentos. Los primeros, una vez producidos, pueden emplearse en cualquier parte y a cualquier hora. Son verdaderos auxiliares colocados al servicio de actividades, cuyo contenido, progreso, lugar y tiempo solo influyen en forma muy indirecta. Por otra parte, los programas de radio y de televisión ejercen una influencia más directa sobre las actividades educativas que se valen de ellos. Debe disponerse la actividad en torno al programa cuya fecha esté fijada y que, por regla, no se repita. La película sirve como auxiliar al organizador que ha seleccionado una actividad correspondiente a sus aptitudes y conocimientos personales y que ahora busca películas adecuadas como medio de ilustración; en cambio, con la radio y la televisión debe basar su programa en los de las radioemisoras, que rara vez están destinados a satisfacer exigencias educativas, ni siquiera puramente culturales. El debe conseguir una documentación adicional para hacer uso de las radioemisoras, mientras que la película está adscrita al material que ya posee. Con los programas del tipo existente, el empleo de la radio y la televisión resulta tentador en vista de la amplia gama de temas, que ofrecen la perspectiva de observar la vida entre bastidores y ver cómo se hace la historia; pero el organizador encara espinosos problemas que en la actualidad espera resolver con el empleo experimental de manuales especiales de documentación. Todavía hay otra dificultad más para enfrentar y es el hecho de que los auxiliares audiovisuales no siempre son tan buenos y eficaces como deberían ser. No podemos explicar aquí los problemas que acarrea su producción, pero debe insistirse, al menos, en que una coordinación entre los equipos de producción y los especialistas en educación para adultos, muy deseable para los primeros, aunque no lo comprendan, puede producir

bueno o mal efecto, en cualquier caso, en la mente de su público. Sin estar formalmente reconocidos como tales, son educadores en el grado más elevado.

La coordinación es, quizá, más difícil de lograrse respecto a las películas. En primer lugar, hay problemas de réditos financieros que obligan al productor a pensar en términos que nada tienen que ver con la educación para adultos. Por desgracia, la mayor parte de las organizaciones de educación para adultos no están en condiciones de respaldar el costo de la producción de películas que necesitan, lo que origina el problema que todos deben estudiar: el de organizar el mercado no comercial. Además, la producción cinematográfica se encuentra menos concentrada que los programas de radio o de televisión.

La radio y la televisión presentan mejores perspectivas en lo que concierne a la cooperación entre los equipos de productores y los educadores y no hay duda que desempeñan un papel importante en la educación para adultos. En su estudio sobre la televisión y la educación rural para adultos, publicado por la Unesco en 1955, Joffre Dumazedier nos presenta un cuadro típico de las mismas, al describir un experimento concreto de la colaboración entre los productores de televisión y los educadores, que abarca una serie de 13 transmisiones desde las radioemisoras a los tele-clubes rurales de Francia, sobre problemas agrícolas.

Respecto a la radio, hay una última cuestión. Ciertos especialistas creen que el efecto del advenimiento de la televisión puede llevar a la radio a concentrar públicos cada vez más especializados. Sin duda, tal desarrollo beneficiaría a la educación para adultos.

Una solución: las grabaciones. — Las dificultades inherentes a los programas generales, preparados de antemano sin relacionarse con los programas de los grupos particulares que deseen emplearlos, pueden ser subsanadas por medio del empleo de dos métodos o instrumentos: las cintas grabadoras de las transmisiones radiales y los cineoscopios de las transmisiones de televisión. Por lo general, la aplicación del primer método consiste, aparte de consideraciones legales, en el control completo de los problemas de derechos de propiedad, etc. En los lugares donde las grabaciones se destinan al uso interno, estas dificultades no deben ser insuperables, puesto que el equi-

po de grabaciones se torna cada vez más disponible y fácil de manejar y el mismo grupo puede realizar el trabajo de grabar. Sin embargo, el establecimiento de diotecas o de "bibliotecas sonoras" comerciales o públicas para adultos, fomentarian, sin duda, la amplia difusión de programas o de montajes útiles para los grupos. Respecto a los cineoscopios cuya producción es cara y sola pueden fabricarse en los estudios, es necesaria una transcripción del "sonido magnético" al "sonido óptico" si las películas de las transmisiones van a emplearse como películas comunes de proyección en 16 mm., cuyo equipo poseer, habitualmente las asociaciones de educación para adultos. No obstante, queda el hecho de que los vastos recursos de un programa confeccionado para muchas horas a la semana, pueda revolucionar por completo las posibilidades de las películas al servicio de la educación para adultos. Un estudio de la Unesco sobre el empleo potencial de cineoscopios en los circuitos de cine educativo para adultos, revela claramente el gran beneficio que pueden obtener nuestras asociaciones con un desarrollo de esta clase. La ventaja evidente de las cintas grabadoras y de los cineoscopios, es que facilitan la preparación y la discusión resulta más eficientemente preparada y se adaptan con más facilidad al programa de la asociación. Su empleo transformaría a la radio y la televisión en algo que, en la actualidad, no son, en su legítimo significado: verdaderos instrumentos al servicio de las asociaciones de educación para adultos. Con seguridad, deberían pagar un precio por tales programas, con la pérdida de una de sus atracciones principales: el sentido de "orientación" y de "animación".

En el caso de las cintas grabadoras, hay otro aspecto de su uso que es de beneficio inmediato para el objeto de la discusión: permiten al grupo escucharse a sí mismo una vez desaparecidos el calor y el apasionamiento del debate. El grupo y sus miembros pueden efectuar críticas colectivas e individuales sobre los diversos aportes; estudiar su significado o la falta del mismo y valorar la tendencia general de la discusión y sus diversas etapas y digresiones. El organizador se beneficiaría con ella tanto como los miembros. Las cintas grabadoras resumirán muy útiles para verificar los resultados. Al permitir una comparación entre una discusión y otra, suministrarán un

criterio para medir el progreso que hayan alcanzado el grupo y sus miembros. En particular, hay instrumentos esenciales para un estudio serio de la formación de un vocabulario que proporcionan un índice de primer grado de realizaciones. Los miembros con un vocabulario limitado, consistente sólo en términos concretos, pueden, por medio de las actividades y la discusión en grupo, aumentar su caudal, añadiendo nuevas palabras, en especial de una clase más técnica y abstracta.

Podría describirse a las cintas grabadoras, como la memoria colectiva del grupo, su historia registrada, gracias a la cual puede obtenerse una mejor idea del avance efectuado. Es un "control" que cada grupo debería tratar de obtener.

La adquisición de instrumentos. — No quedaría fuera de lugar, quizá, tratar algunos puntos relativos a la adquisición de instrumentos. Siempre es bueno que el esfuerzo realizado para recolectar fondos para la adquisición de instrumentos, provenga del mismo grupo o, por lo menos, que éste efectúe importantes aportes en ese sentido. La experiencia demuestra que un esfuerzo colectivo de esa naturaleza tiene su propio valor educativo desde el punto de vista social (contiene el germen de una asociación de cooperativas) y que la gente aprecia más lo que ha contribuido a pagar de su propio peculio y gusta de valorar su dinero. La adquisición colectiva da al grupo mayor coherencia y proporciona una base más sólida para las actividades a que ha sido destinado el equipo, como instrumento o auxiliar.

Una vez tratado este punto, es evidente que habrá muchos casos en que no sea necesario que el grupo realice un esfuerzo de esta clase, sin mencionar los esfuerzos ya efectuados. No obstante, debería demandarse una contribución en forma de dinero contante o de tareas. Algunos centros de Educación para Adultos mantenidos por la Unión de Lucha contra el Analfabetismo en el Sur de Italia, fueron construidos por el trabajo voluntario que aportó la gente de las localidades, mientras el sindicato proveía fondos para las compras de materiales y para pagar los honorarios del arquitecto. Los pobladores consideran a los centros como de su propiedad y los utilizan con regularidad. Este ejemplo es digno de que se lo medite detenidamente.

No obstante, tenemos el caso de que las asociaciones de educación para adultos cumplen una importante función social en nombre de toda la comunidad y es muy justo que las autoridades tomen nota de esto y ayuden en su ayuda. Dondequiera que un grupo se adapte a determinadas condiciones, tendrá evidentemente que definirse en términos específicos pero flexibles. Resultará útil el propio control de los resultados y tendrá derecho a una ayuda determinada, así como tiene el deber de ayudarse a sí mismo por medio del esfuerzo combinado de sus miembros. De este modo, es digna de elogio la fórmula "esfuerzo de los miembros del grupo, además de la ayuda de las autoridades". Siempre causa asombro que una autoridad gubernamental, provincial o municipal, no advierta el valor del trabajo de las asociaciones de educación para adultos y demuestre mala voluntad en ayudarias a obtener el equipo que necesitan, así como causa sorpresa que el grupo confíe sólo en las subvenciones para comenzar las actividades.

Por último, sería mejor que los grupos no dependieran del favor de las autoridades para asistencia en dinero o en equipos sino que sean capaces, como lo son en muchos países, de participar, por medio de sus representantes y en colaboración con los departamentos oficiales del ramo de la enseñanza, en la confección y ejecución del programa de ayuda que les beneficiará. Esta clase de colaboración es de mucho valor desde el punto de vista de la educación social, y proporciona experiencia para liberarse de mayores responsabilidades.

En los países donde la práctica consiste en confeccionar un plan general para la elevación del nivel cultural de la población, los mismos grupos que contribuyen a esa elevación deben participar en la preparación del plan, así como dentro de los mismos se efectuarán discusiones democráticas sobre todos los temas relacionados con la adquisición de equipos o con pedidos de ayuda o subvenciones, haciendo que cada miembro tome parte en las decisiones así como él también, más tarde, compartirá el empleo del equipo.

En los lugares en que las autoridades, en especial las que representan a toda la comunidad, se interesen en equipar a las asociaciones de educación para adultos con equipos audiovisuales, un resultado útil será el de pro-

mover la vulgarización de ese material. Por ejemplo, las diferencias de las velocidades de revolución de la cinta grabadora han deparado a los que la utilizaban, sorpresas desagradables, al tiempo que no todos los aparatos de televisión se adaptaban a la recepción de las imágenes por todo el grupo. Las autoridades pueden prestar una gran ayuda indirecta a los grupos, haciendo publicar una lista aprobada de equipos y exigiendo a los fabricantes que se ajusten a un presupuesto determinado, como condición para anunciar sus productos y estimulando la fabricación de modelos especiales que sean más potentes, fieles y adaptables al empleo del grupo. Por su parte, los grupos tienen toda la razón al preferir dichos modelos probados y perfeccionados, al equipo que puede parecer, a veces, más elegante y económico, pero que puede ocasionarles una gran desilusión.

Fuentes de abastecimientos de auxiliares audiovisuales. — Hasta aquí, se ha hecho referencia, principalmente, a la adquisición de proyectores, de equipos de radio y T. V., de cintas grabadoras, etc. No obstante, los grupos que emplean auxiliares audiovisuales encaran el problema de obtener suministros de películas, discos y hasta de cinecopios, etc.; en resumen, todo el material sin el cual el equipo valdría menos que la chatarra. Muchos países poseen cinematotecas, donde los grupos pueden obtener películas comerciales y documentales y existen agencias privadas que tienen listas de películas, tiras de películas y discos disponibles. Se ha realizado ya la mayor parte del trabajo sobre coordinación, información y documentación en muchos campos, con miras a facilitar a los grupos un acceso más fácil a estas fuentes, pero queda aún mucho por perfeccionar. Además, deben presentarse las películas, las tiras de películas y los discos en forma adecuada si se los quiere emplear con mayor ventajosa. Con mucha frecuencia, los organizadores del grupo no se encuentran muy bien instruidos en el tema, lo que significa que debe suministrárseles material, documentación e instrucción adicionales, destinados específicamente a su uso y adaptados a las exigencias de las asociaciones de educación para adultos. Este material de labor, en forma de películas o de melodías grabadas, o pliegos de documentación, etc., con un sistema de encabezamientos que

abarque todos los artículos, es importante para que el educador lleve a cabo su tarea de presentar y comentar los trabajos dados a conocer a través de los instrumentos.

UNESCO

Adult education groups and audiovisual techniques. Publicación No. 25.

Traducción de Emilio J. Hiler.

DELINCUENCIA INFANTIL

Se entiende por conducta desde el punto de vista psicológico, el conjunto de modos con que el organismo responde a los estímulos. Gessel y Amatruda, en sus investigaciones, lo han comprobado y han podido establecer una escala de maduración, mediante la cual se pueden realizar exploraciones que establecen si el ser humano ha nacido o no con el suficiente "bagaje de moldes reaccionales" que le permitan responder a los requerimientos de la vida civilizada.

Las tendencias instintivas individuales que se van revelando en la formación de la personalidad, chocan con las modalidades de la sociedad, el ambiente familiar, hábitos, costumbres y tradiciones. De los conflictos resultantes surgen nuevas tendencias, desvíos de orden físico, intelectual y moral, que dificultan el normal y sano desenvolvimiento de la vida de ciertos niños, volviéndolos indeseables para la comunidad y al mismo tiempo infelices y rebeldes. Inadaptados, son el resultado de una conducta no ajustada. Una consecuencia de esta conducta es la delincuencia infantil, originada, de un lado, por las fallas que pesan sobre su organización biopsicológica, y del otro, por el medio ambiente que lo rodea.

Actualizando las investigaciones realizadas en este sentido, se llega a comprobar que la infancia y el comienzo de la pubertad (más en el varón que en la mujer) se caracterizan por un estado permanente de indisciplina: peleas, afrentas, burlas crueles, provocaciones, lenguaje altisonante, destrucción de objetos, etc., sólo aplacables con el juego al aire libre o el ejercicio manual en talleres.

Estas crisis traen un despertar de conductas aláticas o un estado en que las actividades obedecen a impulsos o sentimientos egoístas que, favorecidos por un ambiente propicio (grupo escolar, falta de vigilancia familiar, carencia de comprensión, etc.), lo llevan inevitablemente al hecho delictuoso.

Difícilmente el niño comete atentados a la individualidad ajena y a la propiedad sin contar con la complicidad de otros niños. El pequeño delincuente obra generalmente incitado por los compañeros que estimulan y aplauden sus aventuras. Los grupos o pandillas (*gangs*), según Thrasher, representan el esfuerzo espontáneo de los menores para crear una sociedad propia, donde no hay ninguna que satisfaga sus necesidades o intereses.

En el niño existen tendencias deseables e indeseables; en el crecimiento evolutivo dos esferas accionan de tal modo que siendo distintas confunden sus límites: la esfera familiar y la esfera social. En la primera, el niño recibe las impresiones de las que más tarde emergen conceptos. Su evolución lo impulsa a la nutrición y a todo aquello que favorezca sus necesidades personales. Las reacciones favorables o desfavorables provocadas por las respuestas a tales necesidades originan hábitos. De ahí la importancia de una buena esfera familiar. Si carece de ella, si las normas disciplinarias se han resentido no llegando a una normal estabilización de conceptos, el niño sufrirá confusionismo que provocará una amargura psíquica.

En cuanto al sentimiento de sociabilidad, se reduce, en sus comienzos, a un estrecho egocentrismo. El juego pone al niño en contacto con el mundo físico, con el mundo familiar y con el mundo social, representado este último por los grupos de juego. Estos reclaman al niño otros procedimientos, nuevas normas y hacen que observe una conducta en la familia y otra en el grupo infantil al que pertenece. Así, el niño va penetrando en la esfera socializante y modela poco a poco su comportamiento social. Adquiere noción de derecho, justicia, lealtad; los conflictos son resueltos, la supremacía de unos se acentúa, así como los otros transigen y se acomodan. La fuerza física, la inteligencia, incluso la agresividad, pueden resaltar en los grupos. Admirados o temidos, sus poseedores son convertidos en jefes. Impulsados por ejemplos que admiran en cines, periódicos o novelas, se agrupan en cuadrillas

para la ejecución de simples picardías o actos delictuosos. Son verdaderas sociedades organizadas para el mal y cuando la esfera social es favorable a sus inclinaciones se desarrollan con facilidad, originando serios problemas a la sociedad y a los poderes públicos. Las diversiones comercializadas, el vagabundeo, los conflictos con otros grupos, el juego, el tabaco, el "pequeño robo", ocupan la atención y el tiempo de los menores, carentes de vigilancia y conducción familiar.

Las naturales tendencias de los niños y los adolescentes, así como el gusto por las aventuras, pueden ser aprovechadas y encauzadas convenientemente en la esfera social y familiar. La escuela, los clubes, los ejercicios físicos, los deportes y otros agentes, con sus normas, códigos de honor, etc., son elementos necesarios y efectivos.

MARÍA LUISA MADRUGO.

LA PROFESIÓN DOCENTE

La profesión docente es distinta de las otras profesiones por una ética y una espiritualidad bien caracterizada (de la traducción italiana del *Lexicon de Pedagogik*).

Después de una larga evolución, completada a través de siglos y civilización, la actividad conexas al "docere" se ha convertido hoy en la principal y permanente preocupación de un gran número, siempre creciente, de personas: los maestros. La escuela, que antes constituía un privilegio para limitadas personas, se ha vuelto, o está volviéndose, en los países civilizados, un bien para todos; más, una obligación para todo ciudadano hasta, por lo menos, una cierta edad, que, en algunos estados, ya ha sido fijada en los 19 años. Ella se ha consolidado como una institución social necesaria que puede ser fomentada por iniciativa de ciudadanos-padres, de entes locales o estatales con estructuras, programas, contenidos, finalidades y controles bien definidos y establecidos por leyes. El "docere" que en los antiguos tiempos formaba una actividad de enseñanza libre desarrollada co-

mo expansión cultural de la persona, se ha convertido en la actualidad en una actividad preordenada, programada, coordinada, remunerada como un trabajo que ocupa desde hace muchos años la parte prominente de la vida, de las fuerzas y del tiempo de los docentes. Con moderna palabra podemos aseverar que "el instruir" se ha convertido en una profesión. Ella es la más elevada de las profesiones, que contiene en sí la más noble de las misiones, mas socialmente hablando, la misma ya ha asumido todas las características de las demás profesiones, es decir, de las actividades que son desarrolladas por una persona como ocupación principal, dentro de un cuadro bien definido y reconocido para rendir un beneficio al prójimo y a la sociedad consiguiendo lo necesario para el sustento de su propia vida y de sus familiares.

"El instruir" puede entonces, más bien, ser considerado, estudiado y actuado también bajo su nuevo perfil de profesión humana.

La profesión docente representa la actividad que un hombre, culto y especializado en una particular disciplina o grupo de disciplinas, diestro en el arte de enseñar y moralmente digno de guiar a los jóvenes, despliega para favorecer el estudio de un determinado grado del saber, según un programa establecido, en una o más clases de una escuela organizada en vista de una formación humana y de la adquisición de una capacidad profesional para desempeñarse en una comunidad históricamente definida. La profesión docente que, en su esencia primaria y germinal, consiste en la realización de un vínculo educativo, en su concreta y actual expresión se define en los términos más arriba ilustrados, consecuentemente al elevado grado de organización social de la instrucción escolar de los ciudadanos.

Existe un aspecto "ético" de la profesión docente. Esta, en efecto, es una actividad humana que, como toda actividad, para ser moralmente buena debe ser prácticamente ejercitada con recta conciencia y de manera de corresponder con la ley natural y con las leyes positivas que la regulan. La ley natural de la profesión docente se recae de su mismo carácter de relación educativa, de la dinámica por medio de la cual debe desenvolverse, de la finalidad a la cual debe propender. La ley positiva es la emanada de la autoridad que ha fundado la es-

pecial escuela en la cual el docente presta su servicio escolar. Las normas generales que el docente debe respetar para dar inspiración y perfección moral a las peculiaridades actividades por medio de las cuales ejercita su profesión, pueden ser esquemáticamente expresadas como sigue:

Poseer una profunda y orgánica cultura, general y específica, relativa a la disciplina que se enseña;

Alimentar el espíritu de probidad intelectual, de prolongada investigación científica y de absoluto respeto a la verdad en su propia conducta personal, en la actividad cultural, y en la enseñanza escolar;

Renovar y actualizar esa cultura con una sucesiva preparación en vista de los cursos y de las lecciones;

Dar todo el tiempo necesario y con perfecta puntualidad al estudio, a las lecciones escolares, a las correcciones de los deberes y a las demás actividades relacionadas con la enseñanza;

Estudiar, detenidamente, la índole y la génesis histórico-psicológica de la disciplina que enseña, y su función formativa en orden a los discípulos para disponer ordenadamente el desarrollo de los programas, las sucesiones de las clases y de los ejercicios, de manera que correspondan a la mencionada génesis y para conseguir ordenadamente los prescriptos fines formativos;

Estudiar las psicología general que se refiere a las fases evolutivas de los alumnos y, en particular, la de cada alumno que concurre al grado en el cual enseña;

Estudiar los caracteres y finalidades particulares de la institución escolar donde imparte su propia enseñanza;

Reconocer el valor humano y la personalidad de sus alumnos y amarlos con espíritu de paternidad, con rectitud de intentos y con generosa donación de sí mismo.

GERSCALDO NOSENDO.

"La Escuela y la Comunidad", año XV, N.º 42.

Buenos Aires, diciembre de 1954.

Traducción de Delfo Gómez.

LA INTEGRACIÓN SOCIAL DEL ADOLESCENTE

Ha dicho el psicólogo y pedagogo norteamericano Granville Stanley Hall que todo joven, en su evolución y desarrollo individual, repite necesariamente los estadios

anteriores de la cultura. En su *behavior* o comportamiento muestra a veces rasgos de vida de la borda o del nómada, y a veces huellas de la época heroica o caballerescas, adhesión a una persona, ideas de señorío y culto del amor. No podríamos precisar hasta qué punto pueda ser adecuada esta interpretación del adolescente, pero lo cierto es que presenta con absoluta evidencia la complejidad de matices en que se manifiesta la conducta juvenil.

Si observamos los rasgos predominantes del adolescente, hallamos un estilo de vida sujeto totalmente a la fantasía estética; el sentimiento de júbilo que emana de la vital posesión del propio cuerpo, traducido en la práctica del deporte y en el amor a la naturaleza; y un intenso erotismo que se expresa en la amistad y en la comunidad de almas. No hay en cambio ni organización ni ley, y un afán apenas de vida de relación parece brotar de la libre e informe convivencia propia. Por ello, en cuanto el adolescente comienza a integrarse en formas más o menos fijas, deja de ser entonces enteramente juvenil. La falta de madurez y la carencia del fin son las notas predominantes; y así, el joven es siempre un revolucionario, aunque en el fondo no sepa contra qué o contra quién se revuelve propiamente.

El proceso de integración del joven en el ambiente social al que pertenece no se cumple sin una serie de conflictos que, aunque fenómenos de perturbación psíquica, son no obstante imprescindibles para que adquiera al fin conciencia de que debe ser un ente social y no el ser individual y solitario que había sido hasta entonces. Es comprensible que sea así, como veremos. La estructura humana es psíquica y social, y como ente de espíritu, el hombre es modificado y al propio tiempo modifica su mundo circundante. El hombre elabora un mundo, el de la cultura; y por esa capacidad se distingue del resto de los seres vivientes. Una de esas elaboraciones es la comunidad, pues el hombre es eminentemente un ser social. Mas para poder elaborar esa estructura social, el ser humano debe poseer en primer término *conciencia del vínculo*, mediante la cual se siente miembro de ac-

ciones reciprocas y asimismo él, como persona, es no obstante representante del todo. Esta conciencia del vínculo social se desenvuelve entre dos dimensiones: por un lado entre los extremos amor y odio, y por otro entre la libertad y la servidumbre. Todo vínculo social se puede ubicar entre estos cuatro límites. Es muy fácil de notar por lo tanto el antagonismo que existe entre las estructuras sociales ya formadas que constituyen la cultura, y la estructura simple, ingenua e indiferenciada del alma del adolescente. La impropia tarea que se presenta al joven es justamente hacer desaparecer ese antagonismo para poder integrarse en la cultura y colaborar con ella. Por ejemplo, encontramos múltiples aspectos culturales en el "mare magnum" de una ciudad moderna, y en ellos debe penetrar el adolescente con su capacidad de comprensión y con una participación activa o pasiva. Pero se encuentra con una cosa ya hecha, con un estadio completo y supraindividual; el adolescente no ha participado en su elaboración y así es como pasará tiempo, antes que pueda colaborar con el todo cultural y contribuir a representarlo. Por lo demás, la sociedad está regulada no solamente por el Derecho sino por toda clase de usos y costumbres del trato social. El joven sentirá en un principio repugnancia a ser reglado desde fuera y querrá soltura y libertad; mas tardará muy poco en descubrir que sin regla social alguna no sabría qué hacer de sí propio.

No obstante, lo que mejor explica estas luchas y conflictos sociales del adolescente es un íntimo impulso a *querer valer*. Por ese impulso el adolescente trata de imponerse a los demás. Por ese impulso también trata de producir impresión, de ser observado. Y de este modo adquieren sentido las contradicciones en su aspecto exterior: ya sea el joven ataviado con exagerada elegancia o ya con cuidado y romántico desaliño. Otras manifestaciones de ese querer valer sin contralor son la fanfarronada, el fumar y el beber, e incluso el prematuro despertar sexual. Pero si miramos en profundidad, veremos que en ese querer valer hay otra cosa: el adolescente ya no quiere ser más un niño ni que lo traten como niño. Cuántas situaciones risueñas, cuántos bochornos padece el adolescente en esta crisis; porque esos anhelos de alto vuelo, esas aspiraciones vitales están en flagrante despropor-

(1) Para ver mejor esto véase mi *Introducción de la edad juvenil*, cap. VII, *Revista de Educación*, Madrid.

ción con lo que él es; un ser carente de voluntad firme todavía, de sentimientos confusos e incapaz de asumir una responsabilidad adulta. Esto explica además que el adolescente sea presa fácil para ciertos movimientos sociales que en realidad ocultan una finalidad política de sometimiento y de poderío, pues una hábil propaganda tendiente a fomentar esas desproporciones, aprovechando la ingenuidad e inocencia del adolescente, puede transformarlo en utensilio dócil e incondicional de propósitos inconfesados.

Unido al querer valer que impulsa al adolescente a realizar actos a veces totalmente reñidos con la lógica, se descubre también un delicadísimo sentimiento del honor. Este estado de refinada afectividad es el que explica la exacerbada susceptibilidad del adolescente y asimismo algo de muy profunda acción, en tanto llega a convertirse con el tiempo en el más importante autorregulador moral de la personalidad. Este sentimiento del honor, si por una parte hace al adolescente susceptible y fácilmente irritable, por otra es un continuo impulso hacia arriba y la mejor defensa contra el envilecimiento. Es menester sumo tacto para evitar la expresión inconsulta que pudiera poner en peligro la estructura interna del adolescente y producir efectos perturbadores a largo plazo. En cambio, puede ennoblecerse este sentimiento combinándolo con la ambición sana y fecunda.

Si, finalmente, al querer valer y al sentimiento del honor agregamos un complejo de impulsos belícos que puede exteriorizarse ya por el afán de contradecir, ya por un sentimiento de rebeldía o, en grado extremo, por el ansia de destrucción, tendremos un panorama bastante completo de las dificultades frente a cualquier intento de vigilar y conducir al adolescente en este crítico período de su vida. Pero adelantemos esta única advertencia: todas esas negaciones y emancipaciones del adolescente son necesarias, y no debe verse en ellas malevolencia u obstinación.

Pese a lo expuesto, debe señalarse, a la luz de este análisis, el anhelo del adolescente de penetrar con todo su ser en la vida común, de seguir el oscuro impulso de integrarse en el medio social y de sentirse sostenido y apoyado. Este hecho debe ser destacado, por cuanto debido

a ese impulso el adolescente busca los clubes, las sociedades y las organizaciones de toda índole: civiles, deportivas, políticas, las logias juveniles, las bandas de muchachos. Hay en el adolescente una aspiración de unión total y personal, una urgente necesidad de ser comprendido como totalidad. No siempre ese anhelo se satisface en dichas asociaciones con la plenitud exigida, y entonces lo encuentra en una sola persona, seleccionada con entera libertad. Si la relación que se establece es recíproca, estamos entonces ante uno de los sentimientos más puros y desinteresados de que puede adornarse la persona: la amistad. Bien hicieron los antiguos en rendir a la amistad un culto tan intenso que llegó a veces a revestirse de carácter religioso, pues consideraron que esta expresión de aprecio mutuo y de afecto era uno de los más firmes fundamentos de la sociedad. Ellos representaron a la amistad como una doncella vestida de blanco que sostenía en sus manos una rama de álamo esbelta por otra de hiedra, simbolismo por el que quisieron reflejar la immaculada pureza y el hondo arraigo que puede alcanzar tan delicado sentimiento.

Aristóteles definía la amistad como una sola alma en distintos cuerpos, y aseguraba que los buenos legisladores habían cuidado más de ella que de la justicia, puesto que el último extremo que rige las relaciones entre los humanos reside en este sentimiento amistoso. Por otro lado, Montaigne describe esta fundamental relación humana diciendo que "la amistad más se disfruta a medida que más se desea; no se alimenta ni crece sino a medida que se disfruta, como cosa espiritual que es; y el suma adquiere mayor finura en ella practicándola".

La amistad sería, pues, un estado superior que solamente podría darse, según afirma Cicerón, en la madurez de la edad y del espíritu. Su basamento podría estar en lo que Max Scheler llama simpatía intencional. No debe confundirse esta simpatía intencional con contagio sentimental, que es por ejemplo estar alegre en contacto con gente alegre; ni con el sentimiento de unidad completa, que si bien es la identificación absoluta de un yo

psíquico con otro yo —como la relación de madre e hijo o de hipnotizador e hipnotizado— consiste en realidad en un aniquilamiento del propio yo en la unidad vital en la que se encuentra sumergido².

La amistad, al implicar esa simpatía intencional, es por consiguiente una relación metafísica entre espíritus esencialmente diferenciados, un acto en el que el sentimiento ajeno se ofrece al propio en una verdadera penetración que es, manteniendo la heterogeneidad, una espiritual compenetración. Hay, pues, un trascender mutuo que no obstante deja en pie la oposición de las personalidades. En la amistad, por lo tanto, cada uno sigue siendo el propio y no hay absorción del uno en el otro. Por supuesto que resulta muy difícil alcanzar este profundo estado espiritual y gozar de él. Cuenta la leyenda que Eudomidas, un corintio pobre de fortuna, tenía dos amigos, Carixeno y Areteo, ambos hombres ricos. Eudomidas tenía redactado su testamento de esta forma: "Lego a Areteo el cuidado de alimentar a mi madre y de sostenerla en la vejez; a Carixeno le encomiendo el casamiento de mi hija, y además que la dote lo mejor que pueda. En caso de que uno de los dos venga a morir, encomiendo su parte al que sobreviva". Fallecido Eudomidas, al poco tiempo le sigue Carixeno; y Areteo, en cumplimiento de los deseos de su amigo, no sólo mantuvo largamente a la madre sino que de su fortuna dio una mitad a la propia hija y la otra mitad a la hija de Eudomidas y las casó el mismo día. Quien conozca la verdadera amistad comprenderá a través de esta anécdota cuán lejos está este sentimiento de la candidez y cuánto tiene de sublime. Asimismo podrá aquilatar lo que afirmaba el viejo Menandro cuando llamaba dichoso al que había podido hallar la sombra siquiera de un amigo.

Para el adolescente que anhela integrarse en el medio social, es de importancia vital el cultivo de la amistad e incluso por este sentimiento el alma juvenil llega a satisfacer sus ansias de belleza y poesía. La amistad desarrolla en el joven la comprensión, le enseña a respetar al prójimo y, de este modo, el joven inicia el movimiento de someterse a la realidad de la vida y a construir su

propia vida en armonía con la de los demás. El adolescente abandona paulatinamente ese estilo de vivir que consiste en un continuo fluctuar indeciso y adquiere integridad y gravedad, cualidades básicas de la hombría de bien. Por lo demás, regula la fantasía, impidiendo sus excesos y aprovechando sus virtudes dentro de la actividad creadora del espíritu, puesto que la sujeta al controlador de la razón antes que al capricho emocional.

Todos los deseos del adolescente tienden a ser comprendidos y a ubicarse como ente social. Así, Goethe nos dice que a cada edad de la vida corresponde un *ethos* particular: a la juventud, la lucha por un ideal lejano; al adulto, la triunfante conciliación del ideal con la realidad; al viejo, el reposo resignado en la forma realizada *sub specie aeternitatis*. Si no se pierden de vista estos anhelos juveniles, resultará relativamente fácil al educador alcanzar la total adhesión del adolescente y a partir de allí, tratar de elevarlo a la madurez, elaborar el boceto plástico de su forma futura. Nos parece significativo aquí reproducir una estrofa que recoge Spranger³ y que ha sido escrita por una adolescente de quince años: "Si quieres vivir sobre la tierra / has de hacerte hombre. / Ser hombre significa ser luchador; / no debes frente a la espada asustarte. / Si la mano la blande con denuedo, / la victoria te está destinada".

Como se ve, en esta estrofa se siente palpitante la primera vivencia de las formas autónomas, dimanantes del propio ser. Así bulle dentro de sí, así vive y siente el alma juvenil.

JAIME GRINBERG

3. E. Spranger, *ib. cit.*, pág. 148.

LECTURAS

LA LIGERÍA DE URGANDA¹

¹En el lugar adonde el día de antes vieron todo rojo, hallaron aquella casa rica, que de fuera estuvieron mirando, que era mucho por ver, porque solamente la haz de las paredes de fuera estaba compuesta de tantas so-

2. G. CURTIUS, *Las tendencias actuales de la filosofía alemana*. Pág. 120. 1 edic. Ed. Losada. Buenos Aires.

tilenas, esculpidas en un mármol albo y duro, que en cera blanda parecía muy dificultoso se poder hacer; el tejado de un muy rico chapitel, de altura innumerable y cubierto de losas del tamaño de arulejos de muchas y diversos colores, tan finas en sí, que no podía verlas con la vista para determinar lo que cada uno era, y los ojos no podían sufrir la gran claridad dellas, mas miradas de lejos se sufría mejor; las unas daban lustre a las otras con que se ayudaban, y todas juntamente daban lustre a manera de un ternasco, esto a lo más que dellas se podía muy bien ver y determinar; de lo más alto del chapitel salía un muy riquísimo mástil de plata muy grande, en que estaba una veleta cuadrada hecha de una materia incorruptible; de la una parte tenía el cielo estrellado con todas las planetas en ruedo y Mercurio en medio; vestido de la misma manera que los antiguos le pintan; de la otra el gran Hércules despedazando el hidra, caso², que según opinión de los gentiles se comió el fuego. En cada una de las esquinas de la casa estaba plantado un árbol, y todos de un mismo tamaño y gruesa, de tal altura que venía igual al chapitel, en las ramas de los cuales no se podía conocer el nombre ni propiedad, que a su parecer era cosa que nunca en su vida había visto en lugares convenientes; encajadas en las paredes había unas muy singulares vedrieras que daban claridad a la casa, tan bien ocupadas de historias antiguas que era cosa de maravillar a los que las miraban.

"Páreseme, dijo Platir, después de bien mirado todo, que como adonde Urganda³ tanto se esmeró en las cosas de fuera, que no será menos para ver de dentro; por eso probemos la ferocidad de los jayanes, y si nos dieren lugar veremos lo que allí hay, y yo, señor Palmerín, recibiré la merced si en este caso me diédes la primera prueba, pues aquí y en cualquier parte habemos de estar a lo que mandáredes". "¿Quién queréis vos, respondió Palmerín, que os impida la voluntad en cosa tanto a vuestro placer? Haced lo que quisiéredes, franquéanos la entrada, que si vos no lo hacéis perderemos la esperanza". El esforzado Platir, por no se ver alabar de personas delante del cual todas las obras ajenas eran pequeñas, no quiso oír el fin de la plática, antes cubriéndose del escudo, la espada en la mano, se llegó a los jayanes, que con las mazas en alto le recibieron. La imagen que es-

taba sobre la puerta, en presencia de todos abrió un cofrecillo pequeño que tenía en la huida de mucha presión, y sacando de dentro una llave de oro pequeña la dejó caer, la cual el sabio Daliarite tomó y abrió con ella la puerta. A este tiempo Palmerín y Platir y el príncipe Beroldo se llegaron sin ningún entorpecimiento, y todos cuatro compañeros entraron juntamente dentro, adonde luego convinieron que la victoria de aquella casa de razón no convenía sino a quien la hubiera, teniendo por ello en mucho mayor estima el saber de Urganda, que en aquella casa estaba su librería; y allí era su estudio. Por cierto, puesto que hasta allí las otras cosas muchas que habían visto los trujessen maravillados, las de aquella casa les pareció mucho más para ver y más para estimar; que allende de los libros ser muchos y en ellos se encerrase las ciencias que se pueden decir, y estuviesen puestos sobre letriles de oro obrados por maravilla, los mismos letriles asentados en almejas y aves del mismo metal vivas al parecer y muertas en el sosiego, y las guarniciones de los libros fuesen obradas del mismo oro con piedras por las tablas, y las manecuelas de piedras de mucho precio, todo esto parecía poco para quien más estima las cosas conforme a su deseo del que codicia tesoros de otra calidad, que alrededor de la casa, a lo alto de las paredes, adonde la librería no llegaba, estaban imágenes de bulto, sacadas al natural de las que allí representaban, que eran las mujeres más señaladas en hermosura y parecer que hasta en aquel tiempo hubiera en el mundo, vestidas de ropas y colores tan frescos como si fueran puestas de aquel día, cada una del traje que en su tiempo se preciaba, tan vivas al parecer que engañaban la vista para no pensar otra cosa".

de PALMERÍN DE INGLATERRA.

NOTAS

1. *Palmerín de Inglaterra*. (Primera edición 1548). Corresponde decir de hacer que el Cera es el acortado de la Torre de don Quijote tomado al *Palmerín de Oliva*, cuya primera edición puede ser la de Salamanca 1514, tal vez el *Palmerín de Inglaterra*, que es el primer libro de la serie de los Palmerines y apareció en 1549, "se conserva, dice el Cera, como a cosa falsa y se llama para ello otra cosa como lo que tallo. Abbiéndose en las despensas de Dario, que le dió para guardar en ella los otros".

del poeta Homero". Sea o no tributo al siglo de Cervantes, los Palmeros y los otros obras de caballería dadas de vez en cuando, encierran, como afirma Menéndez y Pelayo "una escuela política inextinguible, que inspiró al delirante espíritu de Miguel de Cervantes, como perfume el vitalismo al hecho mismo que lo hizo".

3. *Canción*: habida fama, tal como la gusta Virgilio, *Enéida*, VIII, 184-187, recitada como y luego; el decir que "según opinión de los gentiles se comenzó el fuego", sería falso, como lo es, pero fueron muchos los indios que recibieron del mito de Cayo, donde Tito Livio I, 3, hasta los contemporáneos de Dugan; en algunos que se encuentran, aunque es difícil, la afirmación de que "comenzó fuego", para expedir.

4. *Epopeya*: llamada la Desembarca, porque muchas veces se transformaba y se era conocida; muy amiga de Amadís de Gaula, gran maga, conocida con el alias Alquilo, y que aparece como protectora de toda la descendencia de los Amadises; también don Quijote la considera amiga, en su lengua: "Señorita a mi lado —dijo— y Boscón, el fuere posible, a la tableta Uguada, que cura y cura de mi ferida". Por en virtud mágica Uguada podía hacer obras prodigiosas.

5. *Literaria*: parecería inmensurable la biblioteca o biblioteca particular en su magnitud, pero los magos necesitaban también su estudio con libros; así en el *Conde Lucanor* el nigromante don Iñigo tenía una apartada cámara donde estaban "los libros y el estudio".

EL BIBLIÓFILO

No se trataba de cualquier cuadro de la escuela flamenca, un David Téniers, un Breughel de Infierno, ennegrecido hasta no poder ver el diablo.

Era un manuscrito roído en los bordes por las ratas, de una escritura embrollada y con una tinta azul y rojo.

"Supongo que el autor, dijo el bibliófilo, debe haber vivido hacia el fin del reinado de Luis XII, ese rey de paternal y generosa memoria.

"Sí, continuó, con un aire grave y meditativo; sí, debe haber sido clérigo en la casa de los señores de Châteaufieux".

En ese momento hojeó un enorme folio titulado *El Nobiliario de Francia*, en el que no encontró mencionados nada más que los señores de Châteaufieux.

"No importa, dijo, un poco confuso. Châteaufieux y Châteaufieux no son más que un mismo castillo. Por lo tanto ya es tiempo de cambiar de nombre al Pont-Neuf". (Puente Nuevo).

¡Oh! ¡Cuántas veces lo he escuchado y visto, a Searbó, cuando, a media noche, la luna brilla en el cielo como un escudo de plata sobre una bandera azul sembrada de abejas de oro!

¡Cuántas veces he escuchado zumbir su risa en la sombra de mi alcoba y rechinar su uña sobre la seda de las cortinas de mi lecho!

¡Cuántas veces lo he visto descender del techo, piruetear en un pie y rodar por el cuarto como el humo desprendido de la ruca de una bruja!

¿Lo creía, entonces, desvanecido? ¡El enano se agrandaba entre la luna y yo como el campanario de una catedral gótica, con un cascabel de oro balanceándose en su gorro puntiagudo!

Pero bien pronto su cuerpo se azulaba, diáfano como la cera de una vela, su rostro palidecía como la cera de un pabilo, y, de súbito, se extinguía.

ALOYSCIS BISTRAND.

Guopord de la Natt.

Traducción de Leonidas de Vedia.

EL NOMBRE DE LA ISLA SERRANA

La isla Serrana, que está en el viaje de Cartagena a la Habana, se llamó así por un español, llamado Pedro Serrano, cuyo navío se perdió cerca de ella, y él sólo escapó nadando, que era grandísimo nadador, y llegó a aquella isla, que es despoblada, inhabitable, sin agua ni leña, donde vivió siete años con industria y buena maña que tuvo para tener leña y agua y sacar fuego... de cuyo nombre llamaron la Serrana aquella isla, y Serranilla a otra que está cerca de ella, por diferenciar la una de la otra.

Pedro Serrano salió a nado a aquella isla desierta, que antes de él no tenía nombre; la cual, como él decía, te-

nia dos leguas en contorno; casi lo mismo dice la carta de marear, porque pinta tres islas muy pequeñas, con muchos bajíos a la redonda, y la misma figura se da a la que llaman Serranilla, que son cinco isletas pequeñas, con muchos más bajíos que la Serrana; y en todo aquel paraíso los hay, por lo cual huyen los navios de ellos por no caer en peligro.

A Pedro Serrano le cupo en suerte perderse en ellos, y llegar nadando a la isla donde se halló desconsoladísimo, porque no halló en ella agua ni leña, ni aún yerba para poder pacer, ni otra cosa alguna con que entretejer la vida mientras pasase algún navio que de allí lo sacase, para que no pereciese de hambre y de sed, que le parecía muerte más cruel que haber muerto ahogado, porque es más breve. Así pasó la primera noche llorando su desventura tan afligido como se puede imaginar que estaría un hombre puesto en tal extremo.

INCA Garcilaso de la Vega.

Historia de Indias

L. Cartagena de Indias.

PAISAJE DE LA PAMPA

Como es notorio, las pampas están desprovistas de bosques, no existiendo en ellas más árboles que los que ha plantado la mano del hombre, incluso el solitario y aislado ombú; pero éstos, comparativamente a la vasta extensión del territorio, son en tan exigua cantidad que aún no ejercen influencia alguna sobre su climatología.

En el día, todos sabemos que las comarcas que carecen de bosques están expuestas a grandes secas y terribles vendavales, como en las pampas sucede muy a menudo.

Pasan largos meses sin llover, los arroyos y ríos de poca importancia que cruzan la vasta llanura cesan de ser los caminos naturales del líquido vivificador que con tanta ansia es entonces buscado por hombres y animales, convirtiéndose en puntos de desaliento y aun de desesperación para el infortunado pastor, que, para llegar

LECTURAS

con sus rebaños al punto en que cree encontrar algunos auxilios de la naturaleza, no se encuentra más que con algunos pantanos de agua salobre, como la mar, y algunas matas de plantas salinas, solitarias como la muerte.

Las campañas no presentan ya su color verde característico y monótono, producido por la lozana yerba que las cubre; sólo muestran el aspecto de un vasto océano en el que se hubiera sustituido el agua por una inmensa capa de polvo finísimo, y las olas por esos continuos torbellinos de polvo que se suceden unos tras otros y que parece quisieran tocar el cielo.

El miraje se muestra en todo su magnífico esplendor presentando a la vista falsos lagos y ficticios ríos, que, más trata el viajero inexperto de acercarse a ellos, otro tanto tratan de alejarse, como si se complacieran en burlar más y más las esperanzas del que desesperado de haber corrido largas horas tras una fantástica ilusión se echa en brazos del azar.

El coronamiento de estas escenas, es levantarse casi diariamente recios vendavales que levantan consigo innumerables nubes de polvo, a los que en el país se da el nombre de polvaredas. Los hay que remueven una tan grande cantidad de polvo que es muy frecuente quedar en pleno día como si se estuviera en las tinieblas de la noche, comparables tan sólo a las nubes de arena que el simoun levanta en el desierto de Sahara, que muchas veces sepultan caravanas enteras.

Sus efectos no son menos terribles pues asfixian rebaños enteros, extenuados ya de hambre y de sed, sepultándolos bajo capas de polvo de hasta tres y cuatro metros de espesor, convierten terrenos bajos y pantanosos en lomas elevadas, arrasan los pozos de balde, ciegan completamente por larguísimo trecho los cauces de los riachuelos y cañadas, y derriban las chozas de los pastores de las pampas llamadas ranchos.

Estas polvaredas dejan caer en la superficie del agua y en las lagunas una gran cantidad de polvo que se mezcla con ella, y es luego depositado en el fondo, levantándolo de este modo continuamente.

Debido en gran parte a la continuación de este fenómeno, y demás causas geológicas a que he hecho alusión, se puede considerar como un hecho inevitable que den-

tro de algunos miles de años, una gran parte de los lagos y lagunas actuales de la Pampa habrán completamente desaparecido, no quedando en su lugar más que las diferentes capas sedimentarias superpuestas, conservando probablemente una multitud de restos de los seres orgánicos que viven en su seno y en sus alrededores en tierra firme, para que queden como un libro cerrado por la naturaleza para que en las edades futuras los sabios y amantes al estudio puedan abrirlo, y leer en él las diferentes transformaciones que aún sufrirán estas comarcas con sus seres organizados correspondientes, y más felices que nosotros puedan entonces resolver los problemas que no pueden ceder a los esfuerzos de la ciencia actual.

FLORENTINO AMEGHINO.

La antigüedad del hombre en el Plata.

1. *Ombú*: Según Bagaría, *Diccionario de argentinos*: "originario de Misiones, Corrientes y Brasil, se cultiva en la zona del Litoral". Era característico de las regiones ribereñas de la pampa. Después de mucho sufrir / tan peligrosa inquietud / Alcanzamos con salud / A divagar una noche / Y el fin plasmos la tierra / En donde crece el Ombú. (José Hernández, "La vuelta de Martín Fierro", Canto X, v. 1527-1532).

2. *Sesé* María de Villarín, en las notas a sus *Nuevas coplas de Martín Fierro*, al referirse al verso: "cuando llega una gran sesé", escribe: "La Pampa guarda dramática memoria de seséas prolongadas". Cita a Alejandro Guillelmo, que en su obra *Buenos Aires y el interior*, se refiere en 1896, a "una gran sesé, la calamidad más grande que acontezca en aquellas regiones, en este año"; a Darwin, *Diario de un naturalista*: "El sesé había estado tan seco, y había tan enorme cantidad de polvo que en aquel país tan plano, todos los puntos de referencia habían desaparecido..."; a Hudson, que en *El Ombú* menciona el año 1868 como el año de la gran *seséada*.

3. *Misje*, por *espajismo*, es *espajismo*, *misje*, usado a menudo en esa época; también se decía, como argentino, *brillazón*: las brillantes remotas, varios objetos que ruedan, sobre fantásticos ríos, dice Obligado en *Santa Fe*.

4. *Pozo de balde*, en general, según la *región* de la República, pero en el cruce de que puede el balde sin que se saca el agua; en el "Vercano de un pozo", escribe también Obligado, en *Santa Fe*. Puede confundirse *pozo de balde* con *ajije*: antes de que en su desaparición, sería conveniente sustituirlo en la Pampa y en el interior; forma parte del rancho o de la casa; confundióse con *ajije*, *papo*, *ciatena*, *edungue*, etc.

LENGUAJE Y ESTILO

NUEVAS NORMAS DE PROSODIA Y ORTOGRAFÍA

Declaradas de aplicación preceptiva desde el 10 de enero de 1959.

1º Cuando el Diccionario autorice dos formas de acentuación de una palabra se incluirán ambas en un mismo artículo, separadas por la conjunción *o*: *quiromancia* o *quiromancia*. (Actualmente la segunda forma aparece entre corchetes).

2º La forma colocada en primer lugar se considera la más corriente en el uso actual, pero ha de entenderse que la segunda es tan autorizada y correcta como la primera.

3º Respecto de las formas dobles incluidas por primera vez en la edición XVIII del Diccionario (1956), el orden da preferencia adoptado se invertirá en los casos siguientes: *pentagrama*/pentagrama; *reuma*/reuma.

4º Se autoriza la simplificación de los grupos iniciales de consonantes en las palabras que empiezan con *ps*, *mn*, *gn*: *sicología*, *nemotecnia*, *nomó*. Las formas tradicionales, *psicología*, *mnemotecnica*, *gnomo* se conservan en el Diccionario y en ellas se da la definición correspondiente.

5º Se autoriza el empleo de las formas contractas *remplazo*, *remplazar*, *rembolso*, *rembolzar*, que se remiten en el Diccionario a las formas con doble e.

6º Cuando un vocablo simple entre a formar parte de un compuesto como primer complemento del mismo, se escribirá sin el acento ortográfico que como simple le habría correspondido: *decimoseptimo*, *asimismo*, *rioplatense*, *piamadre*.

7º Se exceptúan de esta regla los adverbios en *mente*, porque en ellos se dan realmente dos acentos prosódicos, uno en el adjetivo y otro en el nombre *mente*. La pronunciación de estos adverbios con un solo acento, es decir, como voces llanas, ha de tenerse por incorrecta. Se pronunciará, pues, y se escribirá el adverbio marcando en el adjetivo el acento que debiera llevar como simple: *ágilmente*, *cortésmente*, *licitamente*.

9. Los compuestos de verbo con enclítico más complemento (tipo *sabefotodo*) se escribirán sin el acento que solía ponerse en el verbo.

10. En los compuestos de dos o más adjetivos unidos con guión, cada elemento conservará su acentuación prosódica y la ortográfica si le correspondiere: *hispano-belga*, *anglo-soviético*, *cántabro-astur*, *histórico-crítico-bibliográfico*.

11. Los infinitivos en *vir* seguirán escribiéndose sin tilde como hasta hoy.

12. Sin derogar la regla que atribuye al verbo *inmiscuir* la conjugación regular, se autorizarán las formas con *y* (*inmiscuyo*) por analogía con todos los verbos terminados en *vir*.

13. Se establecerán como normas generales de acentuación las siguientes:

- a) El encuentro de vocal fuerte tónica con débil átona, o de débil átona con fuerte tónica, forma siempre diptongo, y la acentuación gráfica de éste, cuando sea necesaria, se hará con arreglo a lo dispuesto en el número 539 de la *Gramática*;
- b) El encuentro de fuerte átona con débil tónica, o de débil tónica con fuerte átona, no forma diptongo y la vocal débil llevará acento ortográfico sea cualquiera la sílaba en que se halle.

14. La combinación *ui* se considerará, para la práctica de la escritura, como diptongo en todos los casos. Sólo llevará acento ortográfico cuando lo pida el apartado e del número 539 de la *Gramática*; y el acento se marcará, como allí se indica, en la segunda de las débiles, es decir, en la *i*: *casuístico*, *benjui*; pero *casuista*, voz llana, se escribirá sin tilde.

15. Los vocablos agudos terminados en *ay*, *ey*, *oy*, *uy*, se escribirán sin tilde: *taray*, *virrey*, *convoy*, *magüey*, *Uruguay*.

16. Los monosílabos *jue*, *jui*, *dio*, *vio*, se escribirán sin tilde.

17. Los pronombres *éste*, *ése*, *aquél*, con sus femeninos y plurales, llevarán normalmente tilde, pero será lícito prescindir de ella cuando no exista riesgo de ambigüedad.

18. La partícula *aun* llevará tilde (*aú*n) y se pronunciará como bisílabo cuando pueda sustituirse por *toda* o *todo* sin alterar el sentido de la frase: *aún está enfermo*; *está enfermo aún*. En los demás casos, es decir, con el significado de *hasta*, *también*, *inclusivo* (*o siquiera*, con negación), se escribirá sin tilde: *aun los sordos han de oírme*; *ni hizo nada por él ni aun lo intentó*.

19. La palabra *solo*, en función adverbial, podrá llevar acento ortográfico si con ello se ha de evitar una ambigüedad.

20. Se suprimirá la tilde en *Feijoa*, *Campo* y demás paroxítonos terminados en *oa*.

21. Los nombres propios extranjeros se escribirán, en general, sin ponerles ningún acento que no tengan en el idioma a que pertenecen; pero podrán acentuarse a la española cuando lo permitan su pronunciación y grafía originales. Si se trata de nombres geográficos ya incorporados a nuestra lengua o adaptados a su fonética, tales nombres no se han de considerar extranjeros y habrán de acentuarse gráficamente de conformidad con las reglas generales.

22. El uso de la diéresis sólo será preceptivo para indicar que ha de pronunciarse la *u* en las combinaciones *gue*, *gui*; *pingüe*, *pingüino*. Queda a salvo el uso discrecional de este signo cuando, por licencia poética o con otro propósito, interese indicar una pronunciación determinada.

23. Cuando los gentilicios de dos pueblos o territorios formen un compuesto aplicable a una tercera entidad geográfica o política en la que se han fundido los caracteres de ambos pueblos o territorios, dicho compuesto se escribirá sin separación de sus elementos: *hispano-americano*, *checo-soviético*. En los demás casos, es decir, cuando no hay fusión, sino oposición o contraste entre los elementos componentes, se unirán éstos con guión: *franco-prusiano*, *germano-soviético*.

24. Los compuestos de nueva formación en que entren dos adjetivos, el primero de los cuales conserva invariable la terminación masculina singular, mientras el segundo concuerda en género y número con el nombre correspondiente, se escribirán uniendo con guión dichos adjetivos: *tratado teórico-práctico*, *lección teórico-práctica*, *corpos técnico-administrativos*.

24. Las reglas que establece la *Gramática* (núm. 553, párrafos 1º a 8º)¹² referentes a la división de palabras, se modificarán de este modo:

A continuación del párrafo 1º se insertará la cláusula siguiente: "Esto no obstante, cuando un compuesto sea claramente analizable como formado de palabras que por sí solas tienen uso en la lengua, o de una de estas palabras y un prefijo, será potestativo dividir el compuesto separando sus componentes, aunque no coincida la división con el silabeo del compuesto". Así, podrá dividirse *no-sotros* o *nos-otros*, *de-samparo* o *des-amparo*.

En lugar de los párrafos 4º y 5º, que se suprimen, se intercalará uno nuevo: "Cuando al dividir una palabra por sus sílabas haya de quedar en principio de línea una *h* precedida de consonante, se dejará ésta al fin del renglón anterior y se comenzará el siguiente con la *h*: *aharaca*, *in-humación*, *clor-hidrato*, *des-hidratar*".

Los párrafos 6º y 7º continuarán en vigor.

El párrafo 8º se sustituirá por las reglas para el uso del guión contenidas en estas *Normas* (22 y 23).

25. Se declara que la *h* muda colocada entre dos vocales no impide que éstas formen diptongo: *de-sahú-cio*, *sahú-me-rio*. En consecuencia, cuando alguna de dichas vocales, por virtud de la regla general, haya de ir acentuada se pondrá el acento ortográfico como si no existiese la *h*: *vahído*, *búho*, *rehúso*.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Boletín, tomo XXXVIII, Cuaderno CLV,
septiembre-diciembre de 1958.

NOTAS

1. *Gramática*, 553, s): Si hay diptongo en la sílaba de dicciones agudas, *llamas* o *estréfulas* que, según lo prescrito, se debe acentuar, el signo ortográfico irá sobre la vocal fuerte, o sobre la segunda si las dos son débiles: *hacagápl*, *maricápl*, *avericápl*, *parabápl*, *vericápl*, *disipápl*; *Rupápl*, *Seláncápl*, *Naxatápl*, *benjápl*, *Jaragápl*, *Gudjápl*, *Hufirápl*, *Litápl*, *pijápl*, *Cáncápl*.

2. *Gramática*, 552. Cada vocal de por sí, ya simple, como *guardín*, *poner*, ya "compuesta como *desagradado*, *esperar*, se ha de escribir acentuada o sin entera separación del que lo preceda o siga.

En la escritura hay necesidad muchas veces de dividir una palabra y entonces se ha de observar lo siguiente:

1º Cuando al fin del renglón no cupiere un vocalito entera, se escribirá sólo una parte, la cual siempre ha de formar sílaba cabal. Así, las palabras *concordancia*, *protesta*, *subsiguente*, *curriculum*, *podría* dividirse a fin de renglón por donde se deban los guiones que van interponiendo en dichas voces, mas no de otra suerte.

2º Como cualquier dígito o triptongo no forma más que una sílaba, no deben dividirse las letras que lo componen. Así, se escribirá *gracioso*, *tiempo*, *antifonía*, *metáfora*.

3º Cuando la primera o la última sílaba de una palabra fuere una vocal, se evitará poner esta letra sola en fin o en principio de línea.

4º Las voces compuestas de la partícula *des* y otra voz se han de dividir sin decomponer dicha partícula; como en *desaparar*, *descompuso*. (Suprimido por las *Normas Nuevas*).

5º *Nosotros*, *vosotros*, *ellos* se dividen también separando de los dos últimas sílabas las primeras, *nos*, *vos*, y *es*. (Suprimido por las *Normas Nuevas*).

6º En las dicciones compuestas de preposición castellana o latina, cuando después de ella viene una *y* o otra consonante además, como en *constante*, *insipiente*, *charar*, *peripetia*, se han de dividir las sílabas agregando la *y* a la preposición y sustituyendo, por consiguiente, *constante*, *insipiente*, *charar*, *peripetia*.

7º La *ch* y la *ll*, letras simples en su pronunciación y dobles en su escritura, no se decomponen jamás. Así, *coche* y *colla* se dividirán como aquí se ve. La *erre* (*er*) se halla en el mismo caso, y por ello debe caer la costumbre de separar los dos signos de que consta, y habría de ponerse de esta manera: *co-rrer*, *po-rrer*.

8º Como también el guión para distinguir los elementos componentes en algunas composiciones, como *cuando-llegando*, *allegando-ya*, etc. (Sustituido por las *normas* 22ª y 23ª).

LAS FLORES Y EL REINO DE SATURNO

La primera enumeración de las flores se encuentra en el Himno Homérico a Démeter, en lo que podríamos llamar el prado de Perséfone; Ovidio, al narrar el mismo asunto del rapto infernal, las toca de paso; este prado o bosque ovidiano está pintado, en otro sentido, en la descripción del Paraíso terrenal del Purgatorio de Dante. Pero es en la descripción de la Edad de oro, en esta edad, las presenta nacidas sin semilla (*sine semine*). Podrían mirarse como sobrevivientes del siglo de oro, del paraíso terrenal, de la creación primera.

Victor Hugo, en el poema de *La leyenda de los siglos: Le sacre de la femme*, hace aparecer la aurora en los tiempos primeros del mundo (*"c" était aux premiers*

temps du globe"): Des avalanches d'or s'écroulaient dans l'azur ("aludes de oro se precipitaban en lo azul"). La creación, a su vez creadora, naturaleza demiúrgica, modelaba los ares. Se sentía vivir ya:

Tous les arbres futurs, pins, érables, yeuses.
Chaque fleur, échangeant son souffle et sa pensée
Avec le ciel serein d'où tombe la rosée.
Recevait une perle et donnait un parfum...

("Todos los árboles futuros, pinos, arces, encinas...

Cada flor, cambiando su hálito y su pensamiento con el cielo sereno de donde cae el rocío, recibía una perla y daba un perfume...").

La descripción suntuosa del poema de Hugo es el punto de partida de la poesía de Mallarmé, *Les fleurs*:

Des avalanches d'or du vieil azur, au jour
Premier et de la neige éternelle des astres
Jadis tu détachas les grands calices pour
La terre jeune encore et vierge de désastres.

("De los aludes de oro del viejo azul, en el día primero, y de la nieve eterna de los astros, antaño desprendiste los grandes cálices para la tierra joven todavía y virgen de desastres").

A. Thibaudet en *La poésie de Stéphane Mallarmé* señala ya la semejanza de este alejandrino de Mallarmé con el conocido alejandrino de Hugo. A mi ver no es casual el paso de la imagen de uno a otro poeta; tiene la intención visible de advertir que va a tratar el mismo tema, con innovaciones. El deslumbrante nacimiento de las cosas animadas, en la luz primera, que Hugo contempla como si viviese en ese instante, se alejaban Mallarmé: *du vieil azur; jadis tu détachas*. Mira desde nuestro tiempo la tierra antigua: *La terre jeune encore...*

La visión de Hugo es edénica. Dante en el canto XVIII del Purgatorio trae esta visión del Paraíso terrestre, la verdadera edad de oro, dice, que fingieron los poetas, el prado con flores que allí brotaron sin semilla (*sanza seme*); aunque no les dé nombre, advierte el color (*virgulti i gialli*). Además, en el mismo canto del Purgatorio (115-117), las plantas pueden brotar en la tierra sin semilla aparente (*sanza seme*). En Mallarmé, ante

las flores despierta dolorosamente el recuerdo del bienaventurado siglo de oro, del reino de Saturno. Se asoma a esta edad con las *Metamorfosis* de Ovidio: *Aurea prima saeta est aetas*: "La primera en aparecer fue la edad de oro". Mallarmé sabe que la imponente descripción de Hugo, deslumbrado por la *Fiat lux* del Génesis, está inspirada en el libro primero de las *Metamorfosis*. De allí que comparta con Hugo —que no olvida el *Et facta est lux*— la vertiginosa imagen: *Des avalanches d'or...*

En Ovidio, el nacimiento de la luz abarca el escenario universal de los espacios: "El fuego vivaz e impondrable de la bóveda celeste se encendió en la cima del edificio del mundo". "Los astros comenzaron a encenderse en todo el cielo".

Mallarmé lee a Ovidio en la célebre edición de Panchoucke, que trae el texto latino y la traducción. Allí ve (t. 1, París, 1835, pág. 11): "la terre, vierge encore, et naguère séparée de l'éther..." Esa "terre, vierge encore" (*recens tellus*), inspira el verso de *Les fleurs*:

La terre jeune encore et vierge de désastres.

Aprovecha los dos textos, el latino y el francés: "*vierge encore*" se transforma en "*jeune encore*" por influencia de *recens tellus*. La palabra "vierge" le sirve de fundamento para el segundo hemistiquio. El sustantivo "désastres" no está escrito como afirmación personal de una realidad histórica. El poeta contempla con Ovidio el siglo de oro feliz en que todas las bellas cosas fueron creadas. Pero, ¡el primer desastre vino! "Saturno fue precipitado en el tenebroso Tártaro". Y se multiplicaron, con las edades sucesivas, los innumerables males. Mallarmé estudia entre los clásicos franceses a Montesquieu (J. Scherer, *Mallarmé*, p. 230). Montesquieu trae en el *Espíritu de las leyes* un epígrafe de las *Metamorfosis* (II, 553): *Prolem sine matre creatam* (Émile Ripert, *Ovide*, p. 247), que pudo despertar en Mallarmé joven el misterio intelectual de la creación poética; la creación así concebida con Ovidio —y también con el Génesis— aparece en *Les fleurs*, fiel a las *Metamorfosis*. Ovidio alude continuamente a estas criaturas de los dioses; el hijo del dios Lemnos, por ejemplo, *sine matre creatam* (*Met.* II, 756).

La edad de oro fue amada por los poetas y los humanistas. En *Les fleurs*, como se sabe que la hemos perdido: *et ce divin laurier des âmes exilées* ("Y este divino laurel de las almas desterradas").

Mallarmé la ve sobrevivir y continuarse en los "grandes cálices". Las flores brotaron, sin necesidad de simiente, en esta edad (*natus sine semine* flores, dice Ovidio):

*Jadis tu détachas les grands calices pour
La terre jeune encore et vierge de désastres.*

Es necesario también considerar, en estas misteriosas "flores" que traen hasta nosotros su origen, intactas, que la palabra "desastre", colocada en plural, con cierto cartesianismo de la "discontinuidad del tiempo", tiene en su plural "desastres", su raíz en el gnosticismo que ve la historia de lo creado en una periódica continuidad de "desastres"; puede también aquí haber una interpretación alquímica, la de Tierra virgen, *Die jungfern Erde*, que motiva un dístico de Silesius (I, 147). La "Tierra virgen", dice H. Plard en el comentario de su traducción de Silesius, es la quintaesencia de los tres metales que componen la tierra grosera y que ella contiene en estado puro: nace de ella el "Hijo de los sabios", *L'Enfant des Sages*, es decir la piedra filosofal; esta Tierra virgen es, pues, la naturaleza vuelta a sus elementos constitutivos originales según Lepinte, en *Goethe et L'Occultisme*, quien habla de esta fe en la *Tierra virgen* como "nostalgia de la pureza primitiva". Por eso en el *Don du Poème*, "l'enfant", la criatura, salvada de la ruina, lo que se engendra y sobrevive a la ruina, toca sabiamente la creación salvada del desastre. La poesía daba ejemplos simbólicos, como el de la noche de la ruina de Troya y el rescatado hijo de Eneas; el ave Fénix que se ha quemado, para renacer en lo anterior, lo destruido continúa en la criatura que sobrevive, quizá, en alusión alquímica, la piedra filosofal. También las flores, estas hijas de la luz, de los aludes de oro del azul, en el día primero, de la niebla eterna de los astros, conservan la virtud de su origen; con ellas y por ellas perdura la época de Saturno, el siglo de oro, la mágica inmanencia de la poesía.

ARTURO MARABINI

SENTIR Y OIR

El verbo *sentir*, en una de sus acepciones, significa "oir o percibir con el sentido del oído". Así lo define la Real Academia Española, que en su *Diccionario de Autoridades* lo considera equivalente a las expresiones latinas *audire*, *auditu percipere*. El mismo significado tenía el verbo *sentire*, tal como lo usan, por ejemplo, Virgilio y Lucrecio: "At mater sonitum thalamo sub fluminis altisensit"; "Sintió la madre el sonido desde el fondo del profundo río" (Virgilio, *Georgicon*, IV, 333-334). "Et omnia semper/ cernere, odorari licet, et sentire sonare"; "y es posible siempre conocer (todas las cosas), percibir el olor y sentir el sonido" (Lucrecio, *De rerum natura*, IV, 228-229).

El español *sentir* por "oir" se encuentra en escritores de todos los tiempos, como lo prueban los pasajes siguientes: "¿Cómo sentirá el armonía aquel que consigo está tan disorde?" (*La Celestina*, aucto primero, ed. Clásicos Castellanos, I, 39). "Sin duda deve de ser así, porque buen rato ha que Eufemia mi querida hermana, con sus criadas siento hablar" (Lope de Rueda, *Comedia llamada Eufemia, en Teatro*, ed. Clásicos Castellanos, 35). "Leonardo: ¡Ah! ¿señor Melchior Ortiz? Melchior: Agora soy contento. ¿Qué manda vuestra merced? Leonardo: ¡Oh, mal os haga Dios, que tantos términos avemos de tener para que salgáis! Melchior: Que no lo hago en mi ánima, sino porque siento esta mala vieja que soy honrado en la boca de vuestra merced; que para mi contento con un "¿oyes?" me sobra tanto como lar mar" (Idem, 37). "A esta sazón hablan ya las doncellas la puerta abierto y entraban por ella; e como lo sintió (el rey Perión), temióse de traición por lo que soñara" (*Amadís de Gaula*, lib. I, cap. I). "Aquí la alma navega / por un mar de dulzura, y finalmente / en él así se anega, / que ningún accidente / extraño o peregrino oye o siente (Fray Luis de León, *A Francisco Salinas*). "La asturiana... entró en el aposento...; pero apenas llegó a la puerta, cuando don Quijote la sintió" (Cervantes).

1. "Oyó la madre entre palabras desde el fondo del profundo río" (Trad. de Eugenio de Ochoa).

Quijote, parte primera, cap. XVI); "y ellos llegaron con tanto silencio, que del no fueron sentidos" (Idem, XXVIII); "En fin, una noche sintió Anselmo pasos en el aposento de Leonela" (Idem, XXXV); "Don Quijote levantóse del lecho y abrió un poco la ventana que daba sobre un hermoso jardín, y al abrirla, sintió y oyó que andaba y hablaba gente en el jardín" (Idem, parte segunda, cap. XLIV); "sin duda la Duquesa y cuantos hay en esa casa duermen, al no es el señor de su corazón y el despertador de tu alma; porque ahora sentí que abría la ventana de la reja de su estancia" (Idem); "Y en esto, sintió tocar una harpa suavísimamente, oyendo lo cual quedó don Quijote pasmado" (Idem); "Hecho esto y llegadas las once horas de la noche, halló don Quijote una viñuela en su aposento; templóla, abrió la reja, y sintió que andaba gente en el jardín" (Idem, XLVI); "Ya se aparejaua Erastro para seguir adelante en su canto, quando sintieron, por un espeso monteizillo que a sus espaldas estaua, vn no pequeño estruendo y ruydo" (Cervantes, *La Galatea*, ed. de R. Schevill y A. Bonilla, I, 18); "[Elcico] sintió que de vnas apretadas carcas, que poco desuadas dél estauan, la enristecida voz salía" (Idem, 15); "Mas... sentí que hazía donde yo estaua venia vno con apressurados passos" (Idem, 28); "a este punto del cuento de sus amores llegaua Theolinda, quando las pastoras sintieron grandissimo estruendo de voces de pastores y ladridos de perros" (Idem, 66); "No hauiá bien acabado de cantar Theolinda el soneto que haueys oydo, quando las tres pastoras sintieron a su mano derecha, por la ladera de vn fresco valle, el son de una campeña" (Idem, 93); "A este tiempo, los dos vizarras pastores... hazia el áldea se encaminauan... pero, ya que les faltaua poco del camino, a la mano derecha del sintieron el son de un rabel que acordaba y suauemente sonaua" (Idem, 102); "algunas vezes que por aqui he pasado, he sentido tocar vna harpa y entonar vna voz tan suaua, que me ha puesto en grandissimo desseo de escucharla" (Idem, 113); "Pero sierras y muros se sienten / Retumbar con horrible fragor" (Vicente López y Planes, *Himno Nacional Argentino*); "Las aves de la noche se juntaron, / Y sus alas crujió sobre él sintió" (José de Espronceda, *El estudiante de Salamanca*); "Y algaraz y gritería, / Crujió de afilados huesos, / Rechinamiento de

dientes / Y retremblar los cimientos, / Y en pavoroso estallido / Las losas del pavimento / Separando sus juntas / Irse poco a poco abriendo, / Siente Montemar, y el ruido / Más cerca crece... (Idem); "Sintió, removidas las tumbas, / Crujió a sus pies con fragor" (Idem); "Sintieronse en el aire nuevos ruidos / que, nuevas le traían auras suaves, / como en nuevo vergel las nuevas aves, / par se sienten al hacer sus nidos / ... En su torpe embriaguez los sintió Roma" (José Zorrilla, *Roma y Cristo*); "La historia / de dama que aguarda su amante doncel, / y cree del que boga sentir en el viento / la voz que se ahoga lejana, con lento / murmullo vibrando del lago al lindel" (Idem, *Recuerdo del tiempo viejo*); "Siento el rumor confuso, el hierro suena" (Andrés Bello, *La agricultura de la zona tórrida*); "Oigo los ecos de tus romanzas, / Siento en mi seno vibrar tu voz, / Con que halagabas mis esperanzas / Cantando al piano trovas de amor" (Carlos Guido y Spano, *Luisa*); "Y aquel himno inefable que no alcanza / Voz ninguna en la tierra a traducir, / Le sentiré cantar con mi esperanza, / Y hasta en la fría tumba lo he de oír" (Idem, *A mi madre*); "siento el rumor y el incesante coro / De un pueblo egrejo que el progreso guía" (Rafael Obligado, *La Pampa*); "Como en torno parece que se siente / Un sollozo doliente / Que se estrella perenne en el oído" (Idem, *Prima vera*); "Al sentirme llegar alzó la frente" (Idem); "¿La ves? ¿la sientes? de la mar vecina / ¿No llega a ti su celestial plegaria?" (Idem, *Adiós*); "El trueno del torrente, / Del huracán el rápido estallido, / La tempestad enérgica y ardiente, / Esconden en su entraña / El mágico sonido / Que el alma busca, y en el aire siente, / Para arrullar de América el oído" (Idem, *América*); "He lanzado mi grito, Cisnes, entre vosotros, / Que habéis sido los fieles en la desilusión, / Mientras siento una fuga de americanos potros / y el estertor postrero de un caduco león" (Rubén Darío, *Los Cisnes*); "Oh, como gustaría sal de mar, miel de aurora, / al sentir como en un caracol en mi cráneo / el divino y eterno rumor mediterráneo" (Idem, *Epístola a la señora de Leopoldo Lugones*); "Y como senti que reían, recordé mis días de popularidad en el pueblo" (Ricardo Güiraldes, *Don Segundo Sombra*; Buenos Aires, *El Ateneo*, 1927; 46); "De pronto sentí en el malizal que iba orillando mi huella, un ruido de tronquillos quebrados" (Idem, 67); "Dichoso aquel que vive en mansión heredada,

/oye cantar los tordos que escuchó cuando niño; /y llegar los inviernos entre lluvia y nevada /y *siente* el mismo acento de familiar carifio" (Arturo Marasso, *Dicha*). "En la noche del 20 de diciembre *sintióse* gran bulla de perros, que ladraban hacia el corral donde se encerraban los chivos" (Hugo Wast, *Sangre en el Umbral*, 22). "¿Ha *sentido*, mamita? Se han callado los perros, pero uno se está quejando. Y se oye ruido de gente en el patio" (Idem, 40). "¿Qué me atañe, lejos, el alma esparcir, / Eco de armonías que jamás *sentió*?" (Carlos Obligado, *El corral*, etcétera.

Si *sentir* se aplica a la percepción de sonos, rumores, armonías, etc., no hay motivo para que no designe la audición de la música. Frases como *siento música* o *he sentido la música* son generales y corrientes. Se las emplea en el lenguaje común, en el culto y en el literario. No ha cometido ninguna incorrección don Vicente Blasco Ibáñez al escribir: "Y [Mina] había salido de su ensueño conmovida para siempre... viéndole a él como un hombre distinto a todos los demás del buque, *sintiendo*... una *música* lejana en los oídos cada vez que Fernando se aproximaba para hablarla" (*Los argonautas*, 5º millar, 421).

Con este significado de *sentir* se relaciona la acepción de "oído" que en México se da vulgarmente a la palabra *sentido*², acepción con que la ha empleado también Salvador Rueda en la composición titulada *Zumbidos del caracol*: "son otras veces clamores de tierra los que *oye el sentido*". La frase *aguzar el sentido* es sinónima, como lo indica la Academia Española, de *aguzar las orejas* "prestar mucha atención, poner gran cuidado". Por último, merece mencionarse el adjetivo arcaico *sentible* que se ha usado antiguamente en lugar de *audible*: "Estas palabras e otras más *sentibles* decía Yseo en altas voces, como persona fuera de su sentido, de manera que todos los que estauan presentes lo oyen" (*Libro del esforçado cavallero don Tristán de Leonis*, cap. LXXXII, ed. Bibliófilos Madrileños, 366). "El *sentible* arrullar; el triste canto / Del envidiado buho, con el llanto / De toda la infernal

negra cuadrilla, / Salgan con la doliente ánima fuera, / Mezclados en un son, de tal manera, / Que se confunden los sentidos todos" (Cervantes, *Quijote*, parte primera, cap. XIV).

LUIS ALFONSO

LA LEY DE LOS NÚMEROS EN LA DIVINA COMEDIA

Toda la estructura de la *Comedia* está sometida a la ley de los números, lo que no asombrará a los lectores del cap. xxx de la *Vida nueva*. Dante se complacía en los cálculos sutiles y descubría allí misteriosas concordancias.

El número perfecto es el 10, que es obtenido por la unidad y por el 3, símbolo de la Trinidad: $10 = 3 \times 3 + 1$.

Cada uno de los 3 reinos está dividido en 10 regiones, que son, para el infierno, el vestibulo y los 9 círculos: $1 + 9$; para el purgatorio, la isla, la región abrupta que se llama ordinariamente el antepurgatorio, las 7 cornisas y el paraíso terrestre: $1 + 1 + 7 + 1$; para el paraíso, los 9 cielos y el Empíreo: $9 + 1$. En total 36 regiones: 3×10 .

La *Comedia* está dividida en 3 partes, a cada una de las cuales el poeta ha dado el nombre, intraducible, de *Cantica*, y que comprenden cada una 33 cantos, salvo el *Infierno*, que tiene 34, porque el canto I es una introducción general: $1 + 33 \times 3 = 100 = 10 \times 10$.

Beatriz aparece en el canto XXX, 3×10 , del *Purgatorio*, y el verso en donde ella pronuncia su nombre se encuentra exactamente colocado en el medio del canto. Es el verso 73, y el canto se compone de 145 versos: $72 + 1 + 72 = 145$. Pero este canto XXX del *Purgatorio* está precedida en la *Comedia* por 63 cantos, los 34 cantos del *Infierno* y los 29 primeros del *Purgatorio*, y está seguido de 36 cantos, los 3 últimos del *Purgatorio* y los 33 del *Paraíso*. 63 y 36 son números simétricos, donde el 3 domina.

Se puede continuar largamente este ejercicio y descubrir múltiples combinaciones en las que Dante

2. V. Augusto Malaré, *Diccionario de Americanismos*, 2ª ed., 1907.

muy probablemente ha pensado, y lo mismo múltiples combinaciones en las cuales muy probablemente Dante no ha pensado. No es más que un ejercicio de ingeniosidad y paciencia...

De este misterio de los números, al cual está subordinada toda la arquitectura de la *Comedia*, han salido más o menos directamente todas las interpretaciones que se podrían llamar apocalípticas, joaquimistas, heterodoxas, de la obra de Dante, donde el poeta se convierte en un herético, un revolucionario, un mago, un hechicero, un mantenedor de la cábala... y del cual nosotros no sabremos probablemente nunca si ellas no encierran o en qué medida encierran una parte de verdad.

"Dios, dice el *Eccelesiastes*, ha entregado el mundo a las discusiones de los hijos de los hombres".

Alejandro D'Ancona pensaba que Dante no había procedido de otra manera "después de haber creado su mundo poético". Y agregaba con un amable escepticismo: "He aquí por qué continuamos diciendo de ella cada una nuestra opinión y rompiendo lanzas el uno contra el otro: al menos es un ejercicio intelectual inocente y agradable".

Palabras de un sabio que conviene tener siempre presentes en el espíritu cuando se inflama alguna teoría nueva sobre la *Divina Comedia*, lo que permanecerá posible hasta la consumación de los siglos, de tal manera es inagotable la riqueza misteriosa del "poema sagrado"...

ALEXANDRE MASSERON.
Introducción a La Divina Comedia
Éditions Albin Michel.

ASPECTOS IMAGINATIVOS EN LA LITERATURA ESPAÑOLA

(Introducción de un ejemplo de don Juan Manuel)

Hay toda una tradición de jardines y recintos iniciáticos en la Literatura Española. Advertimos en todos ellos un *itinerario espacial*, que paralelo a un itinerario espiritual, se va orientando hacia el centro secreto, un *sancta sanctorum*. La simetría de estos centros, su situación en el espacio con relación al mundo circundante y a los propios objetos que aparecen en su área,

supone la conquista de un orden espiritual; son un *mandala* o *témenos*, un centro de individuación. El centro es ocupado por una fuente de aguas vivas o un árbol de flores o frutos *perennales* capaces de otorgar la inmortalidad. Está tras ellos el mito del árbol cósmico, y el de los alimentos de inmortalidad —ahoma, amrita, ambrosia— como también los de la fuente de Juvencia y la piedra filosofal. Hay por lo general un cambio de categoría de tiempo al ingresar a ellos; o mejor el tiempo manifiesta su esencia ficticia —time timeless—; paralelamente el *orden espacial* se evidencia como fundamental para el visionario.

Examinemos, por ejemplo, algunas de estas ideas en la arquitectura del Enxemplo XI del Infante D. Juan Manuel. En este famoso apólogo se narra cómo Don Illán, el maestro nigromante, le plantea a su posible discípulo una situación: dado que los que practican este arte nigromántica pueden llegar a gran estado ¿sería su discípulo agradecido cuando él lo necesitase? Esta pregunta es ya una primera prueba de iniciación. En estas disquisiciones pasan desde la hora de comer hasta la cena. Ahora bien, este arte sólo puede enseñarse: "en lugar mucho apartado". El nigromante anuncia a su discípulo el lugar donde se ha de cumplir su iniciación; pero (episodio fundamental) antes llama a una criada y le dice que tenga listas más *perdices* para cenar esa noche. Estas palabras vulgares veremos luego qué dimensiones toman en el curso del relato.

El lugar al que D. Illán conduce a su futuro discípulo es un antro o recinto de iniciación: "E entraron entramos por una escalera de piedra muy bien labrada et fueron descendiendo por ella muy gran piega en guisa que pareçia que estaban tan baxos que pasaba el río de Tajo por cima delllos. E desque fueron en cabo de la escalera, fallaron una posada muy buena et una cámara mucho apuesta que y avia o estaban los libros et el estudio en que avian de leer". El ingreso a esta cámara, de la que se indican las circunstancias espaciales, cambia totalmente el curso de los acontecimientos; a partir de su ingreso a ella empiezan a entrar mensajeros y el tiempo se trastruce, sufre una total mutación.

Entran mensajeros al cabo "de tres o quatro dias" y luego "al cabo de siete u ocho dias". Cuando se entera

por estos mensajeros el Deán de Santiago de que su tío el arzobispo ha muerto se produce otro prodigio más; el autor lo dice brevemente, pero justamente por ello adquiere más misterio: "fuéronse para Santiago". Se trata de un viaje subitáneo. Sería interesante compararlo con los viajes del doctor Fausto por los aires. (Ver Ellade: *Simbolismo de Ascensión*). En el Fausto, el demonio le proporciona un hipogrifo como cabalgadura y así ve, a vuelo de pájaro, los países de Europa y Oriente. En el ejemplo está explicado así: "Don Illán dijo que lo feria. E fuéronse para Santiago". (Ver la *Légende du Docteur Faust*, Ed. Piazza, Págs. 64 y 130).

Al comprobar que su discípulo no le agradecería la enseñanza de las artes mágicas don Illán —que ha hecho Papa al Deán de Santiago y se ve acusado por éste de encantador y hereje, a punto de ser echado en calabozo sin siquiera haberle dado de comer— vuelve a pronunciar aquellas palabras aparentemente insignificantes; el autor dice: "E entonces Don Illán dixo al Papa que pues al non tenía de comer, que se avría de tornar a las perdices que mandara asar aquella noche, e llamó a la muger et dioxl' que *assase las perdices*". *Asar las perdices* es aquí un *mot de passe*, una palabra mágica que al principio del relato ha desencadenado el encantamiento y al fin lo ha hecho cesar.

Don Arturo Marasso que también ha estudiado la tradición céltica en la literatura española, no considera el "asar las perdices" como un *mot de passe* sino como un testimonio —curiosamente repetido en la tradición popular hermética, puesta en boca de Sancho— de la duración; una unidad de medida temporal, un signo de referencia entre el tiempo que consideramos "real", el que tarda una comida en estar a punto, y su correspondencia mayor o menor en el mundo mágico.

Ante la conjetura de "asar las perdices" como *mot de passe*, discutible, agrego la notable confrontación con el Cap. XXII de la 2ª parte del Quijote que parece provenir por su similitud o de la lectura del ejemplo o de un fondo común de tradición céltica, tan difíciles son las atribuciones en la obra de D. J. Manuel, crisol de muy distintas proveniencias y personalidad extraña en una época de encrucijada.

Dice Arturo Marasso en su *Cervantes*: "En el mundo sobrenatural el tiempo no es igual al nuestro. En una *Cantiga* de Alfonso el Sabio un monje pasa trescientos años oyendo una avecula; este difundido tema pertenece también a la tradición céltica como puede verse en el libro *Dioses y héroes de los Celtas*, de M. L. Sjoestedt. Lo opuesto, que en el mundo sobrenatural transcurra un tiempo larguísimo mientras en el natural haya corrido apenas una hora, le acontece a Nera de retorno del Sid, caverna de las hadas, Paraíso o infierno de la aristocracia guerrera céltica. Al retornar Nera, después de estar tres días en el Sid, encuentra a sus compañeros que *todavía no habían terminado de cocer la comida en el fuego que antes de su partida habían encendido*. Aquí también está el sentido, a mi ver, del cuento de don Illán, del Conde Lucanor, que después de tan larga aventura de la cueva misteriosa de su estudio se torna a las perdices que había mandado asar para aquella noche. Don Quijote, como Nera, estuvo tres días en la caverna de los héroes caballerescos: en el mundo nuestro, donde quedaron sus compañeros, apenas había corrido un breve espacio de tiempo. "¿Cuanto ha que bajé?", preguntó don Quijote. "Poco más de una hora", respondió Sancho. Como la leyenda del tiempo sobrenatural andaba en los cuentos populares, Sancho la conoce, por eso dice a don Quijote: "¿quiza lo que a nosotros nos parece una hora debe de parecer allá tres días con sus noches".

HECTOR F. CHURRUTIN

LIBROS Y REVISTAS

PAUL GRIEGER, *Compendio de caracterología*. Editorial Kapelusz, Buenos Aires, 1958.

Integrando su colección "Biblioteca de Cultura Pedagógica", la Editorial Kapelusz ha publicado recientemente dos tomos más (números 49 y 50).

A pesar de estar signados por dos autores distintos, ambos volúmenes forman, en cierta medida, un com-

pleto tratado de Caracterología, ya que al par que uno explica los métodos de diagnóstico y procedimientos del análisis caracterológico, el otro se encarga de destacarlos con ejemplos reales.

Compendio de Caracterología, de Paul Gréger y *Análisis Caracterológico de los alumnos de un curso, realizado por su maestro*, de Roger Gallat, son los nuevos títulos a los que hacemos mención.

El *Compendio de Caracterología*, de Gréger "tiene la virtud —como dice el prologuista, Prof. Aníbal Villaverde—, de poner al alcance del maestro, en forma conjunta, una síntesis muy clara sobre los fundamentos de la caracterología de Le Senne y una exposición detallada acerca de los métodos y procedimientos que deben utilizarse para llegar al retrato caracterológico de los niños y adolescentes".

Consta la obra de tres partes y un anexo.

En la Primera Parte el autor realiza una metódica y clara síntesis de las nociones fundamentales de la caracterología teórica, desde las nociones empíricas utilizadas por Teofrasto, Saint-Simon, La Bruyère, etc., hasta los resultados de las últimas investigaciones, sin olvidarse de los primeros ensayos de sistematización adjudicados a Hipócrates y Galeno.

Se atiende luego a analizar la estructura del carácter, a propósito de cuyo término recalca que significa, según su criterio (concordante con los de Ribot, Foerster y Le Senne): "la estructura congénita que el individuo posee por herencia y cuya solidez constituirá el esqueleto de su vida mental".

Este concepto de invariabilidad del carácter individual podría parecernos desalentador a nosotros, educadores, que hemos tenido siempre en cuenta aquello de "la maleabilidad del carácter infantil", si Gréger no se apresurara a explicarnos la confusión en que generalmente se incurre al hablar de carácter y personalidad.

En efecto, el primero no es sino el núcleo de la segunda.

Para representar gráficamente este concepto, podríamos recurrir a una figura semejante al corte transversal del tronco de un árbol. La médula representaría el grupo de las *propiedades fundamentales* que constituyen las propiedades mendelianas, es decir las adquiridas por

herencia y que constituyen el carácter innato. Son tres: *emotividad, actividad y resonancia de las representaciones*. Siempre de acuerdo con Le Senne, la calidad y cantidad de cada una de ellas es invariable para cada sujeto. "Este núcleo constitucional insensible a las circunstancias es la esencia misma de la persona", afirma Gréger.

Rodeando a esta hipotética médula de nuestro gráfico, se superponen, influenciándola e influenciándose mutuamente, una serie infinita y variable de *propiedades suplementarias* que son las que matizan y especifican a cada individuo dentro de una familia tipológica. Entre ellas, las más importantes, según el autor de este compendio, serían: *la amplitud de campo de la conciencia, la inteligencia analítica, el ego y alocentrismo y, finalmente el predominio de ciertas tendencias* (sexuales, espirituales, etcétera).

En último término, la corteza simbolizaría el medio que rodea al sujeto (familiar, social, educativo) y que interviene directamente en su formación individual.

Expresa Gréger a este propósito: "En particular, conviene subrayar la importancia del medio infantil y del medio escolar en la formación de la personalidad".

Tanto las propiedades fundamentales como las suplementarias son metódica y prolijaamente analizadas de acuerdo al sistema Heymans-Le Senne, en su valoración, correlaciones y efectos sobre la vida psicológica, a fin de conducir a una clasificación de los caracteres.

Antes de abocarse a la tipología ternaria de Heymans-Le Senne, Gréger, expone esquemáticamente las clasificaciones somático-psíquicas cuaternarias establecidas primitivamente desde Galeno a Fouillée; luego, las más modernas de Viola, basada en la relación tronco-miembros; de Kretschmer, en el funcionamiento de las glándulas endocrinas y las clasificaciones psicológicas de Ribot, Malapert, Paulhan y Jung.

La tipología según el sistema de Heymans-Le Senne, comprende ocho tipos básicos, que se analizan de acuerdo a la composición del núcleo central formado por las propiedades fundamentales. Al respecto, dice Gréger: "Este sistema constituye hoy el esfuerzo más completo en el terreno de la tipología psicológica por su utilidad en la práctica pedagógica".

Sus ocho tipos básicos son: el apasionado, el colérico, el flemático, el sanguíneo, el sentimental, el nervioso, el apático y el amorfo.

A cada uno de ellos Griéger los analiza según sus rasgos generales más evidentes, sus necesidades fundamentales, sus intereses, sus aptitudes, sus riesgos caracteriales, sus resultantes caracterológicas y sus principales sub-tipos.

La Segunda Parte de la obra está dedicada a la enumeración y explicación de los métodos y procedimientos del diagnóstico caracterológico.

Refiriéndose al método dice el autor: "como todo método experimental comprende tres tiempos: reunión y comparación de los hechos; separación de lo circunstancial de lo fundamental; verificación".

Entre las fuentes de información de la Caracterología, Griéger reconoce como principales, los *movimientos de expresión* y las *obras*, es decir todo lo que el sujeto produce. Entre estas últimas, da primerísima importancia al estudio de los dibujos espontáneos y a la escritura. "Considerada como un aspecto esencial de nuestra actividad psicomotriz, la escritura constituye para el caracterólogo un documento precioso: se trata de un gesto, de un signo que, como los otros signos 'psicomotores', manifiesta, irrefragablemente, las variaciones de la vida mental. El gesto gráfico tiene, en efecto, su rapidez, su amplitud, su continuidad, su ritmo, su apoyo, su dirección dominante, su precisión ¿Cómo dudar de que sea revelador de la personalidad? Lo esencial es interpretarlo correctamente". Señala, además, otros "tests" proyectivos que pueden servir también para la exploración caracterológica: los de Rorschach, Murray, Szondi, Jung y Arthus.

En cuanto al diagnóstico, Griéger se atiene, fundamentalmente, a los resultados obtenidos por los exámenes morfológicos y grafológicos.

La tercera y última parte comprende una serie de indicaciones tendientes a explicar la técnica caracterológica en su fase final, es decir en su aplicación práctica.

Esta aplicación práctica consta de dos momentos: *higiene* y *terapéutica* de los diferentes tipos.

En el primero, se señalan los peligros que pueden amenazar desde adentro a los diferentes caracteres y en el segundo, las formas más adecuadas de educarlos.

Las precedentes indicaciones conducen a aportar algunas soluciones al difícil problema de la orientación escolar, de tanta importancia para "ayudar eficazmente al sujeto a encontrar su camino en tanto que éste le pertenece, en tanto que conviene a su naturaleza profunda", para citar otra vez, palabras de Griéger.

Las páginas finales de la obra que comentamos —el Anexo—, incluyen un Cuestionario del Test Caracterológico, una Ficha Caracterológica y una extensa bibliografía con obras de Psicología, Caracterología, Pedagogía y ciencias afines, que serán de gran utilidad a quienes se internen por los caminos de esta interesante disciplina.

LAURA B. COTTA DE VARELA.

MARIA DEL CARMEN ROVIRA. Eclecticos portugueses del siglo XVIII y algunas de sus influencias en América. El Colegio de México, 1958.

Hay movimientos filosóficos que, aunque extinguidos por el tiempo y el olvido de sus promotores, conservan un valor histórico y una persistencia disimulada en los acontecimientos que contribuyeron a formar y a orientar, y quizá por el germen vivaz que transmitieron a la estructuración de la conciencia de generaciones sucesivas. El eclecticismo, doctrina especialmente del siglo XVIII, conserva ese interés histórico de renovación, de polémica, de combate por conciliar las escuelas contradictorias. Para estudiarlo es necesario abarcarlo en una región determinada. La francesa, la hispánica por ejemplo. Sería necesario también un vocabulario de las palabras que adquirieron mayor intensidad en su prédica. Quizás en la totalidad de la tradición americana, especialmente pedagógica, este eclecticismo, que adquirió ya desde hace un siglo un sentido peyorativo, ofrezca una impensada rehabilitación de sus servicios. ¿Hasta dónde continuamos todavía en América en este magisterio eclético?

La autora estudia con erudición y lucidez a los ecléticos portugueses del siglo XVIII y algunas de sus influencias en México, Cuba y el Ecuador. Su trabajo metódico y claro abarca la totalidad del eclecticismo europeo como punto de definición y de partida. La "relación que guardan nuestros pensadores con los temas propios del siglo XVIII europeo", es un ensayo de psicología histórica sumamente instructivo, de necesaria lectura; lo es la obra íntegra: la importante bibliografía que la acompaña también servirá de útil consulta para abarcar el tema en sus dramáticos aspectos. Esta obra ilustra el pensamiento americano de los comienzos de la emancipación y muestra muchos de sus elementos activos en la renovación por la enseñanza científica sustentada por los ecléticos.

"En cuanto a la relación que guardan los ecléticos portugueses con los españoles podemos señalar, dice la autora, que los primeros se mostraron más modernos en general y concretamente en el campo de la física. Los españoles conservaron una posición mucho más escolástica y tradicional que los portugueses. El eclecticismo español del XVIII fue mucho menos moderno que el eclecticismo portugués. Verney critica a algunos de los ecléticos e innovadores españoles; por ejemplo, recordemos que critica a Tosca en el terreno de la física y metafísica y que del P. Feljoo dice que sólo desengañaba a los ignorantes; "los doctos están ya desengañados por los mismos libros que él leyó: y en los Paradoxos es tan superficial que sólo sirve para los que nunca estudiaron". Exageradas o no las opiniones de Verney, lo que sí podemos advertir es que él y en general Almeida y Monteiro señalaron un nuevo camino a seguir en la física y que dio por resultado un pensamiento mucho más moderno y más científico que el de los ecléticos españoles. La característica y según nuestro parecer el mérito de los pensadores ecléticos portugueses estudiados, fue abandonar en física el cartesianismo, para aceptar las teorías de Newton y declararse sus partidarios. Es en este punto en el que se separan esencialmente de los ecléticos españoles, quienes seguían a Descartes o bien a Gasendo. Avendaño, Zapata, Tosca y Berni, podían, si recordamos las fechas (Newton publicó en 1687 su *Philosophiæ naturalis principia mathematica*; Avendaño, Za-

pata, Tosca y Berni publicaron sus principales obras en 1716, 1721, 1736, respectivamente), conocer las teorías newtonianas".

La autora desarrolla la materia de su investigación con justa objetividad, con estilo claro y ágil, y una familiaridad inteligente con la historia, con la filosofía, con la evolución de la ciencia moderna y de sus impugnadores y partidarios. Basta señalar en la cita anterior la pugna de los cartesianos con Newton, que aún no ha terminado del todo.

LA REDACCIÓN.

DICK E. IBARRA GRASSO. *Lenguas indígenas americanas*. Nova. Buenos Aires, 1958.

La existencia de la escritura en el mundo incaico es problemática. Hubo, sin embargo, una escritura andina que permaneció desconocida, salvo para unos pocos que no le dieron importancia. El autor de este estudio fue a Bolivia en 1940, ya con algunos datos sobre la existencia, a orillas del lago Titicaca, de una escritura jeroglífica y no le fue difícil identificarla por ser aún usada por miles de individuos. Consiguió textos escritos en papel, cuero, arcilla y piedra; la traducción de los signos no ofreció dificultad, pues los mismos que le vendieron los textos le leyeron los escritos.

El profesor Ibarra Grasso, director-fundador del Museo Arqueológico de Cochabamba (Bolivia) dice: "No existen, al menos en lo encontrado hasta ahora, textos escritos en época antigua, pero la escritura en sí es indudablemente sobreviviente de tiempos remotos, incluso muy anteriores, probablemente, al Imperio Incaico. Su uso actual se reduce casi exclusivamente a escribir oraciones católicas y su conocimiento no constituye secreto ni privilegio de clase; con frecuencia las mujeres, más que los hombres, son las que las conocen".

"Los signos son naturalistas a la vez que muy esquematizados; la representación es jeroglífica, con las tres clases de signos ya mencionados (ideográficos, simbólicos, fonéticos); en ninguna ocasión se dibuja una parte

por un todo. Esta escritura se traza en zig-zag o sea en estilo bustrófedon y se comienza por abajo de la página, del lado derecho. En algunas zonas donde nuestro modo de escribir ha ejercido influencia, los textos comienzan como los nuestros, por arriba, a la izquierda, aunque frecuentemente conservan el bustrófedon. Existe un signo ortográfico final, al cual ya nos hemos referido, consistente en dos rayitas verticales que, a veces, por influencia del cristianismo, se han transformados en dos cruces.

"En cuanto al origen de esta escritura, es evidente su relación con las otras escrituras primitivas a que nos hemos ya referido; las de los pieles rojas, las primitivas de México y la de los cunas. Tiene que tratarse de un derivado directo de una forma de escribir primitiva que llegó a América con los aportes austroasiáticos y que se expandió por la región andina en época antigua. Extrañamente parece no haber sido asimilada por la civilización incaica como elemento de su cultura..."

En el artículo: "Como aprendieron los indios a rezar", que apareció en la revista "Mundo Hispánico" (marzo de 1954) escribe Francisco Esteve Barba al referirse al origen de las doctrinas en jeroglíficos, su razón de ser y utilidad que tuvieron en la evangelización de la Nueva España: "Una de ellas, —la de la Biblioteca Nacional de Madrid—, lleva la firma de Fray Pedro de Gante. Los signos no son de esos que son creación y patrimonio de todo un pueblo o de toda una cultura, que los han ido elaborando con el tiempo; es decir, como los egipcios, o los caldeos, o como los signos alfabéticos que nosotros manejamos. Por el contrario, están hechos para un reducido número de personas; acaso no tuvieran expansión más allá de los muros de San Francisco; tal vez sólo fueran conocidos por los catecúmenos de Fray Pedro porque probablemente cada evangelizador tenía los suyos. Son arbitrarios y convencionales, pero no dejan de ser curiosos".

Hace a continuación una descripción detallada y trazada cada signo del texto del Padrenuestro y otras oraciones y mandamientos, con la reproducción de los grabados.

Comparando las consideraciones expuestas por los señores Ibarra Grasso y Esteve Barba, es fácil deducir que:

1. Es evidente la semejanza entre los textos jeroglíficos ofrecidos por uno y otro.

2. Todos los textos son transcripciones de oraciones y mandamientos católicos.

3. No es improbable que la escritura jeroglífica boliviana descubierta por Ibarra Grasso se deba a la creación personal del grupo misionero que catequizó esa región, si nos atenemos a lo que dice el articulista de "Mundo Hispánico" sobre Fray Pedro de Gante.

4. Esto explicaría que dicha escritura esté circunscrita a una pequeña región y que sólo un limitado grupo de indígenas la conozca.

5. Un argumento más a favor de esta presunción es el hecho de que no se haya descubierto aún ninguna inscripción que la utilice, aparte de los rezos y mandamientos ya citados.

6. Por otra parte, el nombre de "quelca", con el significado de "papel", es más que significativo sobre el origen post-colombino de esos jeroglíficos.

7. Considerando los ideogramas de uno y otro documento (los expuestos por Ibarra Grasso y los de la Biblioteca Nacional de Madrid) se notan varias semejanzas:

- a) El ordenamiento cuidadosamente horizontal;
- b) La similitud de ideogramas para designar algunas ideas, como *madre* (una mujer con vientre abultado); *pecado* (una figura esquematizada con un peso sobre la cabeza);
- c) El signo *amén* hace las veces de punto final. En ambos casos consiste en una doble línea vertical, algo complicada en el Catecismo de Gante.

Agregaré que, considerado desde el punto de vista grafopsicológico, este tipo de escritura no concuerda, de manera alguna, con la idiosincrasia americana primitiva, de gran fuerza expresiva, detallista imaginación y profundo sentido estético. Por el contrario, los rasgos de esos jeroglíficos están reducidos a un mínimo de líneas, carecen de calor vital y están faltos de gusto.

JOSE ANTONIO SOARES DE SOUZA, Um diplomata do Imperio (Barão da Ponte Ribeiro), Sao Paulo, Biblioteca Pedagógica Brasileira, 1952.

Conocedor profundo de los repositorios documentales de su patria, ya oficiales —el Archivo Histórico de Itamarati—, ya particulares —el de su ilustre antepasado, el Vizconde de Uruguay—, entre otros, así como de la respectiva producción bibliográfica rioplatente, el doctor Soares de Souza ofrece siempre novedosos y eruditos aportes al esclarecimiento de aspectos sustanciales del pretérito americano.

Duarte da Ponte Ribeiro fue, en verdad, el prototipo del diplomático del Imperio que, como tal, consagróse por entero a defender con celo y eficacia los derechos e intereses de su tierra adoptiva, a lo largo de honrosa carrera. Nacido en Portugal, el 2 de marzo de 1795, arriba a las cálidas playas cariocas siendo niño e integrando con sus padres el núcleo que abandona la península tras la invasión napoleónica. Hijo de un cirujano, practica a su vez la medicina por quince años, hasta ser nombrado cónsul del Brasil en España en 1826. Deja entonces el bisturi por la pluma, la que ha de manejar con pareja habilidad y desenvoltura. En adelante, memorias, oficios, informaciones, dictámenes y cartas del doctor Duarte formarán volúmenes y ocuparán frondosos anaqueles en los archivos de la Secretaría de Estado de Negocios Extranjeros.

Conservador por temperamento y de arraigadas ideas monárquicas, el flamante diplomático tendrá en lo venidero reiteradas ocasiones de probar adhesión al régimen al que sirve. Desde 1829 a 1844, cumple delicados encargos en Chile, Uruguay, Perú, Bolivia y Méjico. Su correspondencia oficial lo revela sagaz cronista de lances políticos y guerreros observados en esas revueltas repúblicas y no menos juicioso auscultador de problemas sociológicos generales. Estuvo de paso entre nosotros en 1829, luego del sacrificio de Dorrego y en 1836, cuando arrecia la lucha entre unitarios y federales. El 23 de octubre del último año sale de Buenos Aires rumbo a Chuquisaca. Viaja en diligencia hasta Tucumán, aga-

sojado por los gobiernos de las provincias del tránsito. Tócale en seguida hacer trescientas leguas a caballo hasta el altiplano. ¡Lástima grande que falte en su archivo el relato, de tan riesgoso cuan pintoresco periplo! Desde 1842 a 1844 se desempeña como Ministro Residente en Buenos Aires. En la ciudad porteña conquista afectuosas amistades —la del doctor Felipe Arana y la de don Pedro de Angelis— y mantiene relaciones oficiales dentro de un marco feliz, mientras no se desencadena el bloqueo anglo-francés. Rosas le llamaba con sorna "Ministro Sangrador", a propósito de su título de médico y él, a su turno, le califica en notas confidenciales de "Tirano Fanfarrão". De regreso en Río de Janeiro, en 1844, se convierte en consultor obligado en asuntos americanos, llegando a autoridad máxima en cuestiones de límites. Coleccionista de mapas, documentos y libros antiguos, reside muchos años en Europa, donde ahonda todavía más los estudios predilectos. Octogenario ya, muere el 1º de setiembre de 1878, olvidado por una generación ajena a las inquietudes que impulsaron su fecunda existencia.

En un volumen de más de cuatrocientas páginas, ilustrado por severa iconografía y copiosas referencias bibliográficas y documentales críticas, José Antonio Soares de Souza nos entrega una magistral semblanza de uno de los más acuciosos cuan fieles testigos de tres momentos capitales de la historia argentina, así como un completo panorama de un turbulento medio siglo en la política de América.

BEATRIZ BOSCH

JOSE ANTONIO SOARES DE SOUZA, Um caricaturista brasileiro no rio da Prata. Rio de Janeiro, 1955.

Es conocida la violenta reacción de Rosas contra el general Urquiza una vez anunciado por éste el movimiento revolucionario que organizaría al país. A las leyes condenatorias, a los epítetos denigrantes, sumóse la diatriba periodística y el ridículo de la caricatura. El gobernador de Entre Ríos, con rasgos fantasmagóricos,

aparecía entregado al Emperador del Brasil. Con ese motivo el ministro del Brasil en Montevideo, Honório Hermete Carneiro Leão, encarga a un compatriota una serie de dibujos satíricos sobre el dictador, la que se distribuye profusamente en las calles de la ciudad rosista. La réplica surtió efecto y el éxito coronó la iniciativa del diplomático fluminense.

Diligentes pesquisas ha llevado a cabo el doctor Soárez de Souza con el objeto de identificar al autor. En la tarea le auxiliaron Francisco Márquez dos Santos, especialista en historia del arte brasileño y quien escribe estas líneas. Se trataba de Rafael Méndez de Carvalho, natural de la ciudad de Laguna, en el Estado de Santa Catalina y residente en la corte de Rio de Janeiro desde 1840, donde completa los estudios plásticos. Allí expone cuadros y colabora en *La Linterna Mágica*, periódico de crítica aparecido en 1844. En él se inicia como caricaturista. Viaja a Europa en 1845; de regreso se traslada al Pista. Visita Buenos Aires y permanece un tiempo en la provincia de Entre Ríos. Retrata a Urquiza y a sus allegados. En 1851 es huésped de Rodrigo de Souza da Silva Pontes, en cuya casa de Montevideo le conoce aquel diplomático.

Las caricaturas de marraes, en número de cuatro, muestran al "Grande Americano" en figura de burro; a Urquiza y Rosas, teniendo al fondo al bufón Eusebio; a éste cabalgando a su amo y a ambos en fuga. Fueron litografiadas en la imprenta de *La Semana*, el periódico escrito por José Marmol en la nueva Troya. Pocos datos se poseen de la producción ulterior de Méndez de Carvalho, salvo unos dibujos sobre la guerra contra el Paraguay, ejecutados en 1866.

Soárez de Souza analiza detenida y agudamente las distintas piezas y destaca la gracia y originalidad de las mismas. Advierte sobre ellas la influencia avasalladora del francés Daumier, modelo preferido.

El erudito trabajo que comentamos aparece en tirada aparte del volumen 227, de la *Revista do Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro*. Comprende ochenta y cuatro páginas de texto y se integra con sesenta y siete láminas: copias facsimilares de algunos de los docu-

mentos utilizados, a la par de la obra conocida de Méndez de Carvalho, alternando con trabajos de Daumier, como puntos de comparación.

BEATRIZ BOSCH.

R. D. MARTIENSSEN, *La idea del espacio en la arquitectura griega*. Ed. Nueva Visión, Bs. As., 1958.

Se conjugan en este trabajo un profundo interés por la Hélade, una penetración aguda del espíritu griego y el conocimiento de los lugares históricos de Creta, Italia y Grecia. "Para decirlo con pocas palabras, esta tesis es una investigación de los factores espaciales evidenciados en la construcción y emplazamiento de los edificios griegos, como así también en la planificación y organización de las ciudades griegas".

Dentro del marco de aquello que llamamos arquitectura, la técnica de la definición espacial está condicionada por dos tipos de exigencias. Una de orden y sistema que involucra una organización reconocible y mensurable. La segunda es el uso de un vocabulario estructural que dé expresión práctica a los conceptos espaciales. Es decir que para la existencia de una organización arquitectónica se hace imprescindible un fin determinado y previo: luego, la materialización de la idea dependiendo de la técnica y del dominio del material.

Comienza Martienssen su estudio con una consideración de los elementos constitutivos del sistema de mampostería. En primer término, una organización formal exige un plano horizontal o nivel de referencia; la terraza o pavimento. Su contraparte es el muro. Se puede postular un sistema arquitectónico, simplemente con estos dos elementos. Otros constitutivos básicos, sobre todo en la arquitectura griega, son las columnas y los dinteles.

El planeamiento urbano consiste en una combinación de unidades individuales de vivienda en un cierto orden y disposición proyectada. La simple yuxtaposición al acaso no conforma la idea de ciudad. La gran conquista que representa la "organización del entorno", se inició

en Egipto, ya que la disposición de la arquitectura egipcia es todo lo contrario de la improvisación. La tarea de Grecia es la de vivificar las reglas generales de la construcción utilizadas en Egipto.

La civilización micénica ofrece un puente de unión entre Egipto y Grecia. Las ruinas de Cnosos, Festos y Mallia, y sobre todo las de la ciudad de Gournia, en la bahía de Sitia, están indicando el marcado paralelismo con otras ciudades continentales de épocas más avanzadas. En la Micenas prehelénica las influencias decisivas que dan el tono a la edificación son las actividades defensivas y religiosas. Los tiempos históricos se adaptaron a tres exigencias, atendiendo al factor militar, al económico y al estético. Se hallan reflejadas la inquietud práctica y remunerativa al igual que la teórico-filosófica.

Los griegos concibieron su ciudad como unidad indivisible, fundamentalmente como un cuerpo político. "En todos los aspectos de la actividad griega se alienta una búsqueda constante del significado de la vida y del mundo visible, junto con un tenaz afán de auto expresión: y si la ciudad griega encierra tanto interés para las culturas posteriores, ello se debe a que materializa la historia y el carácter de su pueblo". El sentido antropomórfico que caracteriza al genio helénico, también confiere a la ciudad esa "personalidad que excede su representación física y material". Más que un mero hábitat conveniente a una cantidad de población, la ciudad era un todo afín con el físico y las ideas de sus habitantes.

Al siglo VI a. C. y al gobierno de los tiranos se debe el impulso más serio de planificación, pero es el siglo siguiente el que realiza un planeamiento formal. Hipodamo de Mileto, figura legendaria, representa el urbanista y diseñador máximo de Grecia. La era helenística (330-130 a. C.) recoge los largos años de experiencia; se construye con un plan coordinado y armónico en una escala cívica.

Detengámonos en el sistema dórico empleado ya en el siglo VII a. C. en el templo de Hera en Olimpia. Algunos de sus miembros constitutivos son: la estoa, la calle con columnatas, el ágora, el bulterio y el eclesiasterio, el gimnasio, el teatro y la palestra. Examina Martiens-

LIBROS Y REVISTAS

sen la ciudad de Priene por ser ella de las más regulares y típicas del estilo helenístico.

Nada más cercano al vivir cotidiano del pueblo que la construcción de la casa. Mientras los templos y el Ágora son ejemplos de la aspiración colectiva y de la inquietud religiosa y cívica comunitaria, "la casa es una unidad dentro de la estructura, pero su organización refleja el complejo más vasto que la incluye. La ciudad era la medida del espíritu griego; la casa era el testimonio palpable de las aspiraciones del individuo, de su modo de vida y de las dimensiones de su existencia física".

La creencia de que la casa griega era burda y sin ningún atractivo estético debe ser superada, ya que de haber sido así, quedaría desarmonizado el complejo orgánico de la ciudad. No pudieron descuidar tanto sus hogares individuales aquellos que pusieron tanto afán y armonía en los monumentos públicos. Es difícil hoy advertir la belleza de las casas ya que éstas, construidas con elementos más vulnerables a la acción del tiempo, han desaparecido casi totalmente. Martienssen, después de reseñar las habitaciones y materiales de las viviendas, estudia las casas helenísticas de Delos y en particular la Casa de la Colina.

En cuanto al templo dórico carece de complejidad interna, su punto de referencia es la apariencia o efecto exterior ya que nunca fue un lugar de reunión, sino una morada a los efectos del ritual. El megarón del palacio de Tirinto es el ejemplo típico del templo griego. En el siglo V, se observa la disposición exástila corrientemente, el número de columnas laterales varía. Podría tomarse como norma el templo de Zeus (Olimpia), de seis columnas por trece laterales. Cuando parecía que este sistema fuera difícilmente olvidado en Grecia y en las colonias, con el Partenón de Atenas se adopta la decisión de emplear un tratamiento octástilo.

En cuanto a la policromía, presenta hoy gran dificultad para ser estudiada ya que la literatura nos habla poco de ella y por otra parte, las inexactitudes del tiempo malograron el color. Los miembros sobresalientes de la construcción y los perfilados: molduras, cornisas, triglifos, capiteles, iban generalmente pintados. Los colores preferidos en el templo dórico fueron el azul y el rojo; también se empleó el negro, verde, amarillo, marrón y dorado.

En el Partenón de Atenas, un largo aprendizaje técnico se halla al servicio de un ideal de sublimidad y abstracción que lo vuelven universal. Estos monumentales edificios dan la pauta de la gran inquietud del pueblo griego por la religión dentro de la vida pública. El sacrificio y el ritual eran la función especial del temeno griego, que contaba con seis tipos de elementos: propileos, altar, templo, estoa, tesoro y escultura. El autor hace un análisis descriptivo y analítico de seis santuarios que complementa con planos esquemáticos de su construcción. Se halla confrontada la experiencia visual dentro del temeno, teniendo en cuenta la relación creada entre el espectador y el templo.

En el último capítulo ensaya el autor una teoría de los volúmenes relacionados. Cuando se organiza un volumen cerrado con fines prácticos, existe una relación entre este volumen y el espacio general que lo abarca. Analizando la disposición del volumen en Grecia, anota dos factores primordiales: la articulación de los elementos constitutivos por una parte y el alcance de la combinación formal de éstos por otra. Cada muro, cada escalinata, cada edificio parecía guardar relación orgánica con el todo. Si reemplazamos estos elementos por los términos abstractos plano, volumen y superficie diremos que estos componentes no sólo son de forma regular, sino que como elementos constitutivos de un sistema euclidiano complejo, conservan una identidad sin deformaciones y desempeñan un papel complementario, armónico y situacional dentro del marco general. El desarrollo incontrolado de nuestras ciudades es la característica de las poblaciones que siguieron a la decadencia de Grecia y Roma.

El genio helénico, está presidido por la coherencia y armonía orgánica. Martiensen termina recordando las profundas palabras de Amadée Ozenfant al volver a visitar Delfos: "Todo impera en Grecia, literalmente, todas las cosas. Desde los más pequeños hasta los más grandes, todos los elementos son únicos y distintos y parecen enorgullecerse de sí mismos, al saberse necesarios para el todo".

ESTEFANIA HAGAIZA

COMENTARIOS Y EXTRACTOS DE REVISTAS

Les Nouvelles Littéraires, Paris, 2 de octubre de 1959. Fred Berence, historiador de las grandes figuras del Renacimiento italiano, publicará próximamente el primer volumen de una obra inspirada por la Grandeza espiritual del siglo XIX francés. La página titulada "En el siglo XIX Paris ha tomado la sucesión de Atenas y de Florencia", que Berence publica en este número de Les Nouvelles y de la cual traducimos un fragmento, da el tono del importante ensayo que prepara:

"La obra de arte tiene necesidad, para vivir, desarrollarse, expandirse, de un clima de libertad política y de tolerancia espiritual. Es, por lo menos, lo que caracteriza a tres grandes siglos del Occidente: el de Pericles, el de los Médicis y el siglo XIX francés.

La causa profunda del florecimiento de Atenas, de Florencia y de Paris en el siglo XIX, se explica por la primacía de la conciencia, predicada por Sócrates y Descartes; primacía que, sola, permite al individuo adquirir el sentido del devenir. Así, en cada una de estas tres épocas, vemos surgir filósofos que quieren hacer cesar, como lo expresa Platón, el divorcio entre los hombres y los dioses, es decir que se esfuerzan por unir el mundo sensible al mundo inteligible. Sócrates, Platón y Aristóteles, en Grecia; Marsilio Ficino, Bembo y el cardenal de Cusa en el Renacimiento; Saint-Martin, Maine de Biran y Ballanche, en los comienzos del siglo XIX; todos se esfuerzan por salvar la significación universal del conocimiento, la idea del yo eterno frente a los problemas del destino.

La élite del siglo XIX, tanto como la élite del Quattrocento florentino, no ignora que construye para el porvenir. Sin embargo, falta a sus artistas la comprensión calurosa del pueblo florentino, su educación artística, su crítica acerba e inteligente, reconocida por los mismos artistas. Todo lo que se hará de grande en pintura, en poesía, y a menudo en literatura, lo será en contra de la corriente. Géricauli, Corot, la escuela de Barbizon, Cézanne, Van Gogh, Gauguin, Redon, Stendhal, Nerval,

Baudelaire, Villiers de l'Isle-Adam, Mallarmé, los más grandes nombres del siglo, trabajarán en la soledad, o, cosa más grave, en el aislamiento, y peor aún, en el desprecio a veces. Otros, como Ballanche, Nodier, Musset mismo, aunque conocidos, reconocidos y académicos, permanecerán en una penumbra que se espesó alrededor de los dos primeros y, lentamente, se aclaró alrededor del último.

Y sin embargo, en el siglo XIX, París parece bien, con el consentimiento unánime, retomar la pesada sucesión de Atenas y de Florencia.

Filosofía, pintura, poesía, literatura, al acordar al alma su pleno desarrollo, liberarán las fuerzas oscuras del instinto, comprometerán al artista en la vía real que le permitirá unir en su obra lo sensible y lo inteligible, confundirlos en un acto de amor. Entonces comienza el descubrimiento de posibilidades innumerables. Las fronteras del conocimiento se desplazan, nuevos jalones son plantados en tierras desconocidas, olvidadas también, fértiles en riquezas inexploradas.

Plana, servicio informativo aéreo de la O. E. I., Nº 58. Madrid, 15 de enero de 1959. Con motivo de la Exposición Iberoamericana de Arte Infantil, publica la traducción de una conferencia pronunciada en inglés por Gert Weber —especialista del Programa de Educación Artística de la Unesco— el 9 de enero de 1959, acerca de "El papel de la educación artística en la sociedad moderna". Transcribimos el siguiente fragmento:

"El arte infantil, don precioso de la humanidad, se ha transformado de una manera sorprendente: de ser una rutinaria actividad escolar ha pasado a ser un factor fundamental en la educación de la juventud. El niño al crear, lo mismo en pintura, dibujo, escultura, baile, representación teatral o canto, intenta expresar sus sentimientos, emociones y pensamientos de una forma comprensible.

El niño, cuando crea, se da a conocer a sí mismo. — Por lo tanto, estas manifestaciones artísticas infantiles no se deben considerar únicamente como gracio-

sos productos de las lecciones de arte en los "jardines de infantes" (Kindergarten) o en la escuela, sino más bien como manifestaciones estéticas de particular interés para los profesores, padres, artistas o público en general. Porque sobre todo son documentos del desarrollo de la individualidad, manifestaciones de la fuerza creadora, que hay que descubrir y alentar.

El niño no dibuja o pinta de forma enigmática. Cuando crea se da a conocer a sí mismo con una franqueza impresionante. Estas comunicaciones en color, forma, gesto o baile —estas manifestaciones espontáneas— indican la necesidad del niño de verse a sí mismo y expresarse tal como es, así como su deseo de expresar e imaginar libremente, con el fin de constituirse en un ser activo. El hecho de que las obras artísticas de un niño revelen más claramente que ningún "test" psicológico las fases del desarrollo de su personalidad, nos demuestra la importancia que se debe dar a la enseñanza de las artes. Son múltiples las posibilidades educativas que de ello se derivan y una gran responsabilidad la que pesa sobre los maestros, padres y educadores. El lugar que el arte debe ocupar en el cuadro de la educación tiene en la actualidad un nuevo significado.

Cualquier visitante imparcial que acuda a esta Exposición comprobará que las pinturas infantiles tienen un conmovedor atractivo: nos fascinan, impresionándonos por las formas, colores y calidades pictóricas. Nosotros, los adultos, al contemplar los dibujos infantiles, nos sentimos como introducidos en un círculo mágico, un paraíso perdido, al que únicamente vuelven quizá algunos pocos privilegiados artistas. Es esta libertad creadora, esta maravillosa habilidad de expresar emociones y sensaciones, la que debe ser cuidadosamente fomentada dentro de un sistema educativo compensado.

Además, partiendo de la base de que en sus espontáneas creaciones artísticas, el niño muestra no solo sus relaciones con respecto al mundo exterior, sino que, al igual que en un sísmógrafo, refleja en ellas sus penas, tristezas y preocupaciones, vemos claramente las posibilidades terapéuticas de la educación artística individual, que redundarán, al fin, en beneficio del niño.

IDEAS CONTEMPORANEAS

LA FORMA

Es la forma la que crea las partículas y no las partículas las que crean la forma.

El analista está evidentemente favorecido: en efecto, es mucho más simple diseccionar un objeto que descubrir lo que lo ha formado. No importa qué galopín sea capaz de desmontar el mecanismo de un péndulo, pero para volver a poner las piezas en su lugar, es necesaria mucha habilidad. Por esta razón, desde Demócrito y Newton hasta los físicos atomistas de hoy, el análisis ha dado siempre resultados más felices que la síntesis. La síntesis, a decir verdad, ha dado nacimiento sobre todo a numerosas hipótesis. Whitehead considera los átomos como organismos en miniatura. Karl Heim estima que una "tendencia a la integralidad" debe ocupar un lugar primordial en nuestra filosofía. Whyte supone la existencia, en la naturaleza, de una cualidad creadora de formas. Otros disciernen allí los designios de un Espíritu universal. E. J. Henderson cree que la organización es una categoría mayor de la naturaleza, igualmente que la materia y la energía. Es dificultoso someter tales ideas a un estudio científico. Ellas son difíciles de interpretar, de verificar y de medir.

Podemos, sin embargo, preguntarnos si todas las formas constituyen la prueba de una organización intencional, de la persecución de un fin, o bien si debemos distinguir entre las formas orgánicas y las formas inorgánicas. Un gran número de filósofos se inclinan a admitir la idea de una transición gradual entre las formas simples e inertes del átomo y de los cristales y aquellas, más complejas, de los seres vivientes. Un átomo de hidrógeno, con su electrón único que gira alrededor del núcleo, constituye en claro sentido un sistema organizado. En los átomos que comportan un número mayor de electrones, la órbita de cada uno tiene una relación definida con la de los otros y la organización es por este hecho más compleja. Whitehead no veía distinción marcada entre esos sistemas simples y otros

mucho más complejos; se inclinaba a ver en la física la ciencia de los organismos infinitesimales y en la biología la de los más importantes.

Las moléculas son complejos específicos de átomos, de los cuales algunos pueden reunirse en un orden regular y componer cristales que poseen las formas más específicas y más constantes de la naturaleza, de un número y una variedad casi ilimitadas. Un cristal se forma por la adición selectiva, en su superficie, de una especie particular de moléculas provenientes de su medio. Es asimismo capaz de restablecer una porción rota de su masa. Nada de asombroso en que se haya comparado a veces los cristales con los organismos vivientes y reconocido en unos y otros la misma "tendencia formadora". Algunos virus pueden existir durante largos períodos en forma "cristalina".

Si esta tendencia orgánica a la creación de una forma es esencialmente semejante a la de los organismos vivos, el fundamento de un carácter intencional y de un espíritu existe quizá en los escalones más bajos del mundo inanimado. Todos los objetos pueden así tener en ellos algo de psíquico, como lo sostiene la teoría del pansiquismo.

Hay todavía buenas razones para creer que la tendencia formadora observada en los cuerpos vivos es muy diferente de la que existe en los cuerpos inanimados como los cristales. En principio, el sistema de los cristales es estático. Sus moléculas están en reposo. Si algún cambio se produce en ellos, resulta de la adición de nuevas moléculas en la superficie del cristal. Por el contrario, un organismo vivo sufre perpetuos cambios. La materia penetra en él y sale sin cesar y los procesos más diversos prosiguen en sus células. Al contrario del rígido cristal, el protoplasma es de carácter fluido. A pesar de esto el organismo conserva su forma específica, menos constante, es cierto, que la de un cristal donde todas las facetas y los ángulos están determinados con una exactitud matemática, pero tan constante, sin embargo, que entre millones de seres vivos, cada uno puede ser identificado por su forma exterior y su estructura interna particulares. Un organismo posee una especie de forma fluida, como una caída de agua que se derrama sin cesar pero que no deja de conservar

en ella un dibujo bien definido. La forma del cristal resulta de la manera en que sus moléculas están estrechamente ajustadas una con otra como los trozos de un juego de paciencia; la de un organismo resulta de las fuerzas que controlan la acción recíproca y las relaciones de las moléculas.

La segunda diferencia entre el cristal y el organismo es que los cristales, como en general las formas inanimadas, son fijos e inmutables, mientras que los cuerpos vivientes son cambiantes y creadores. Hace dos mil millones de años, un cristal de cloruro de sodio era, estamos convencidos, de idéntica forma y estructura que el de hoy. Mientras tanto, el mundo viviente ha llegado al estado perfeccionado que es actualmente el suyo. La evolución es un rasgo de la vida, no de lo inanimado. Cuerpos nuevos aparecen en la vida. La variación es la regla constante de la naturaleza viviente y determina el curso ascendente del cambio evolutivo, tan rico en promesas para el porvenir.

EDMUND W. SINNOTT.

La biología de Peppit.

Gallimard, 1957.

Traducción de Harold Basso.

LA METAFÍSICA

El pensamiento metafísico es la conciencia reflexiva de la relación del ser y del espíritu. No se puede discernir lo que ella tiene de original, considerando aisladamente uno de los términos que aproxima. Conduce en el mismo camino a la revelación del ser y del espíritu. No nos hace considerar una verdad, que podríamos establecer independientemente de la toma de conciencia de nosotros mismos. Para hablar propleamente el objeto que la metafísica contempla no aparecería sin esta profundización reflexiva. Sin duda se propone alcanzar un saber pero se puede decir que sin el esfuerzo del recogimiento espiritual, no tendríamos la idea de tal saber. La intención del pensamiento metafísico es superar siempre la apariencia. Renunciaria a su misión

manteniéndose en una afirmación exterior. Quiere llegar a una visión de las cosas por la cual dejan de ser fenómenos, adquieren una verdadera interioridad. El itinerario reflexivo en lugar de apartarnos nos conduce a ella. Reconociendo una interioridad del espíritu podemos manifestar en la objetividad lo que le corresponde. Lo propio del ser es que no se impone simplemente a nosotros; es reconocido más bien en el consentimiento que le damos. Adquiere su carácter de consistencia e interioridad en esta afirmación de valor. Al formar estos pensamientos el espíritu toma posesión de sí. Es que la subjetividad no puede ser asída como una verdad totalmente hecha; es ella misma originaria, reconocida como constitución. Encuentra su principio en el ser hacia el cual tiende. Así la metafísica es verdaderamente, según el ideal de las doctrinas clásicas, la busca de los fundamentos. Es necesario entenderla en este doble proceso por el cual las verdades primitivas están tomadas en su reciprocidad. Nos da acceso a un mundo nuevo asegurando, más allá de la apariencia, una conquista de nosotros mismos y del valor de ser. Se puede llamar metafísica espiritual a esta conformidad de dos revelaciones, la una exterior, la otra interior, las del ser y del espíritu.

AIMÉ FOREST.
(Montpellier).

LOS SEMINARIOS DE INVESTIGACIÓN FILOSÓFICA

En cualquier esfera del mundo cultural el progreso se realiza mediante la conversión de los resultados logrados en medios para adelantos nuevos.

Sin duda, por eso se precisa poseer lo conquistado, es decir, conocer y dominar los resultados del trabajo de los predecesores. Y esto que, en la extensión inmensa de las conquistas de la cultura moderna, sería imposible a un individuo aislado, se vuelve posible por medio de la organización colectiva, que ordena sistemáticamente los resultados y los hace de esta manera accesibles y utilizables para cada uno.

En el dominio de la investigación, esta organización se realiza especialmente por medio de las bibliografías sistemáticas, que permiten a cada estudioso orientarse en el mar magnán de las publicaciones internacionales, para encontrar lo que tiene que conocer y usar para su indagación particular.

Un seminario de investigación debe, desde el comienzo, poner a sus discípulos en contacto con estos medios de orientación y efectuar de toda búsqueda; pero debe, al mismo tiempo, amonestarlos acerca de la necesidad del método en el desarrollo de sus actividades. Los primeros pasos deben ser prudentes y modestos, limitando su campo de trabajo y sus temas, por reconocer que el trabajo debe cumplirse más en profundidad que en extensión, y que los grandes objetos deben reservarse a la madurez intelectual y cultural. En otras palabras es necesario un trastocamiento de la tendencia natural de los inexpertos (como son siempre los jóvenes, individuos o pueblos), que en su osadía juvenil, quieren abarcar los grandes horizontes, dar solución a los grandes problemas, efectuar la creación de un sistema nuevo original.

Esta tendencia espontánea lleva consigo el peligro de concebir como nuevas, cosas que existían ya desde hace mucho tiempo y de manera aún más perfeccionada. La investigación científica, por lo tanto, exige disciplina y método de parte de sus adeptos, modestia pero perseverancia constante, limitación de los fines pero profundización concienzuda. La limitación del fin se requiere por la misma exigencia del reconocimiento previo de las investigaciones antecedentes, que puede realizarse mejor para temas de no excesiva amplitud.

Los subsidios orientadores e indicadores para el mencionado reconocimiento previo del terreno en los estudios filosóficos son especialmente de cuatro clases: a) guías y repertorios bibliográficos; b) diccionarios filosóficos; c) historias de la filosofía que contengan bibliografías sistemáticas; d) revistas filosóficas con reseñas bibliográficas. Pero las indicaciones ofrecidas por estas cuatro clases de obras no tendrían ninguna utilidad, si no hubiera posibilidad de encontrar los libros, folletos, artículos indicados por ellas, y capacidad para utilizarlos.

Todo lo cual implica por un lado la existencia de bibliotecas especializadas, adecuadas a las necesidades del

estudio y la investigación; y por el otro la capacidad del aspirante a investigador, de consultar, leer, usar los escritos que le indican las bibliografías. Esto equivale a decir que no se puede efectuar una investigación seria sin tener un conocimiento de idiomas que permita utilizar la bibliografía internacional. En algunos casos y dentro de ciertos límites, la ayuda de traducciones y traductores podrá cooperar a hacer superables dificultades particulares; pero quien no conozca los idiomas extranjeros de mayor importancia no tendrá tampoco la posibilidad de consultar una bibliografía internacional para ver que es lo que interesa a su tema; ni podrá indicar al investigador cuya ayuda pida, qué partes de cada libro o escrito extranjero le sirvan; ni sabrá averiguar si la traducción hecha por otro corresponde al texto en los puntos difíciles y delicados, donde la alteración de alguna palabra puede significar incompreensión o alteración del pensamiento.

En conclusión, la investigación seria, en filosofía como en cualquier otra disciplina, no se improvisa. Exige condiciones previas que no pueden consistir únicamente en la vocación filosófica; y que por lo tanto deben crearse cuando no existan ya, y desarrollarse de manera adecuada, con voluntad firme y constante. Quien se dedica a la investigación tiene que poder repetir con Dante: *Vaghiannmi il lungo studio e il grande amore*.

Si un largo estudio y gran amor, en efecto, la investigación científica no puede efectuarse en filosofía o en cualquier otra rama de la cultura. Ella exige trabajo y sudor; pero su camino, así como la ascensión a una montaña áspera y empinada que compensa continuamente el esfuerzo con la belleza y grandiosidad del panorama, está acompañado y coronado por hondas satisfacciones espirituales.

Y son éstas, justamente, las que hacen la vida digna de ser vivida.

RODOLFO MONDOLFO

LA ESTÉTICA NATURAL

Es de notar que, si no existe poesía natural, puesto que ni las cosas ni los hombres se expresan naturalmente

te en verso; si no hay músicas naturales, sino en algunos casos aislados y parciales (voz "musical", canto de los pájaros) en cambio, la *estética* natural existe en el espacio, independientemente y antes que el arte; a tal punto que el arte pudo ser concebido a veces como imitación de la naturaleza, cuando en realidad la *estética* en la naturaleza y lo bello en el arte proceden de una fuente común, que es la visión infantil del mundo.

Lo que asombra desde el primer momento, en la región de los hechos estéticos naturales, es la constancia de ciertas impresiones estéticas, con la que contrastan los innumerables fracasos de los artistas. Así, puede decirse que no hay nubes "estéticas", que toda llama que danza en la noche es "estética", que todas las auroras son conmovedoras, que toda masa, todo objeto que se perfila en la lejanía poseen una cualidad "estética". Todo sucede como si la naturaleza fuera un pintor infalible, por poco que utilice ciertos medios de expresión, como aquellos de los que acabamos de dar una idea. Esta infalibilidad es difícilmente explicable en las perspectivas clásicas. Porque, si se establece en principio que la *estética* es imitación de la naturaleza, se llegará a no comprender por qué esta imitación, si es exacta, lleva en ciertos casos a una seguridad de éxito y en otros a la posibilidad de un fracaso. Y, si el arte y la belleza no tienen nada que ver con la naturaleza, ¿cómo comprender que provincias enteras de ella sean, como acabamos de verlo, uniformemente "estéticas"? ¿Se dirá que la naturaleza aquí imita al arte? Pero ¿qué arte? La nube o la aurora son la antipoda (digamos), del cubismo analítico, o de la pintura de género. Sería necesario pues sostener que la *estética* natural imita al arte en tanto que éste solamente imita ciertos aspectos de la naturaleza; damos vuelta en círculo. Todo se aclara en cambio si relacionamos la belleza natural, en el orden de las formas y los colores, a las diversas modalidades de la visión infantil. Hemos visto que el espacio y los objetos son, en las primeras fases de ella, "atmosféricos", vaporosos, sin contornos netos, sin localización definida. Bien pocas realidades adultas presentan caracteres que los emparenten de cerca o de lejos a esas primeras "visiones" del niño. Pero todas las veces que se puede manifestar razonablemente tal parentesco, esto *conmueve*, ofrece re-

sonancias estéticas. Así las nubes precisamente, sombras cambiantes, irisadas, que no tienen ni sentido, ni contornos estables, ni estructura definida. Así un surtidor de agua, igualmente flexible, vaporoso, desprovisto de significación. Y si se recuerda la ceguera para los colores que caracteriza los primeros días de la visión en el niño, reducida por consecuencia a percepciones de manchas luminosas sobre un fondo oscuro, manchas fuliginosas sin consistencia ni determinación local, se comprenderá al mismo tiempo el valor estético que se da a los juegos de sombras y de luz, a la belleza fulgurante del relámpago en la noche, al centelleo innumerable de las olas al claro de luna, en fin a los efectos de las llamas, misteriosas, impalpables, insabibles, por mejor decir aéreas, como lo son sin duda las realidades espaciales en el claroscuro de los primeros días de nuestra existencia.

Por razones análogas, todas las veces que realidades naturales pierden su densidad, sus contornos, su estabilidad, su localización, para hacerse imprecisas e irresales, por eso mismo adquieren una calidad *estética*. Así se explica la belleza tocante de un interior en la penumbra; de una colina bajo la bruma; de un árbol, de un puente que se reflejan en un río. Agreguemos que una luz en la noche, bastante viva como para crear contrastes violentos entre la claridad y la sombra —tal es el incendio, una fogata en el campo, una retirada con antorchas, un reflector, etc.—, hace igualmente surgir un efecto estético, transfigurando los objetos y las facciones más ordinarias, agregando todavía poesía y misterio a las obras de un arte perfecto. Todas esas transformaciones son estéticas, porque hacen aparecer realidades "adultas" en una de las ópticas iniciales de la visión infantil.

JEAN-PAUL WEBER.

La psychologie de l'art.

Presses Universitaires de France, 1938.

Traducción de Haydée Blotto.

CRÓNICA

LA EDUCACIÓN DE LOS NIÑOS ENTRE LOS PUEBLOS
CAÑEZOS DE TIERRA DEL FUEGO

En el archipiélago fueguino, constantemente azotado por violentas tempestades de lluvia, viento y nieve, se desarrolló la existencia de dos pueblos primitivos: los Yamana y los Alacaluf, que pese a hablar distintas lenguas, pertenecen a un mismo tipo de cultura.

Es difícil para nosotros, acostumbrados a las comodidades y regalías de nuestro siglo XX, comprender cómo pudieron vivir en ese agreste escenario estos casi legendarios habitantes de la Tierra del Fuego. Con el cuerpo semi cubierto con un manto tosco de piel de foca, nutria, o algún otro animal de la región, recorrían en su constante deambular de pescadores nómadas, las islas más australes de nuestro continente. Sus embarcaciones eran frágiles canoas de corteza en las que viajaban familias enteras, con todos sus enseres domésticos, en busca de los lugares propicios para la pesca, la recolección de moluscos, la caza de focas o aves marinas. Pero si puede parecerse asombroso que estos indígenas hayan podido sobrevivir hasta nuestros días, pues aún hay algunos pocos representantes, más fabuloso nos resultará el enterarnos de la riqueza espiritual de estas culturas primitivas. Su aspecto físico, la pobreza de sus utensilios, sus viviendas —toscos cobertizos de ramas y pieles— inducen generalmente a imaginarlos como hombres feroces, carentes de todo sentimiento, y, sin embargo, nos equivocamos. Todo un mundo maravilloso de tradiciones, leyendas y mitos, va surgiendo ante nuestros ojos al estudiarlos.

Vamos a ocuparnos de uno de los aspectos de su vida espiritual: la educación de los niños. A través de este ligero esbozo, podremos ver cómo no está confiada al azar sino regida por ideales y normas pedagógicas con conceptos morales muy semejantes, algunas veces, a los nuestros, aunque es necesario aclarar que no nos referimos a los actuales representantes porque han sido absorbidos por la cultura europea y sólo conservan parcialmente algunas tradiciones.

Ante de entrar de lleno en nuestro tema, considero conveniente hacer una somera descripción de la familia fueguina y fijar la posición que en ella ocupa el niño. Sin el panorama general no pueden valorarse los detalles, sobre todo cuando, como en este caso, hay un contraste tan grande entre los bienes materiales y los espirituales.

La familia fueguina no vive en comunidad sino en muy raras ocasiones. Constituye un grupo aislado que se autoabastece y cuya organización está basada en los lazos afectivos que unen a padres e hijos. El fin del matrimonio es lograr la subsistencia de la tribu con una numerosa prole, que nunca es tan grande como se desearía porque la mortalidad infantil es muy elevada. Nada es más agradable a los esposos que el cuidado de sus niños y se abocan a esa tarea con dedicación y ternura.

El Ser Supremo, que es objeto de sus creencias religiosas, impone a los padres el deber de formar a sus hijos con seriedad y conciencia, y por cierto que ellos ponen lo mejor de sí mismos en la realización de su labor educativa. Tres son los principios fundamentales que la rigen: a) adaptación al medio ambiente; b) capacitación para el matrimonio y c) capacitación para la vida en comunidad. Al analizar los dos grandes ciclos en que puede dividirse el periodo "escolar" veremos cómo se logran estos fines.

Al periodo que abarca desde el nacimiento hasta la pubertad lo llamaremos *Ciclo familiar*, mientras que a las enseñanzas que recibe el adolescente en lo que es una verdadera escuela colectiva, las denominaremos *Ciclo extra familiar de las Ceremonias de iniciación*.

El ciclo familiar — El cuidado del recién nacido constituye la mayor felicidad para los padres, pero, pese al afecto que les profesan, piensan que deben someterse desde pequeños a la dureza de la vida que llevarán más tarde. La costumbre de darles un baño de mar al segundo día, es una demostración cabal del temprano proceso de aclimatación. Esto no quiere decir que se los trate con un rigorismo excesivo que pueda dañarlos, no, todo lo contrario, los cuidan y los protegen con los medios a su alcance. Las madres llevan siempre consigo a

sus infantes, y al al realizar alguna tarea no pueden tenerlos a su lado, no los pierden de vista por mucho tiempo.

A medida que crecen, teniendo siempre en cuenta su edad y su capacidad, tal como sucede entre nosotros, ambos progenitores les van impartiendo conocimientos prácticos que les serán indispensables cuando sean mayores. Es muy común que los niños colaboren en algunas tareas, como el acarreo de leña, y la caza de algunas avesillas. Pero no lo hacen como un trabajo sino como un divertido entretenimiento.

Un rasgo interesante de esta pedagogía primitiva es que los niños son separados de las niñas tanto en los juegos como en las enseñanzas y en este sentido los padres los vigilan estrechamente, sobre todo cuando ocasionalmente se reúnen varias familias. Esto tiene, naturalmente, sus razones; una es evidentemente de orden moral y otra material, porque el trabajo en la comunidad familiar está dividido en tareas masculinas y femeninas. Mientras los hombres se dedican a la caza y la pesca, las mujeres recogen moluscos y raíces y son las encargadas de la navegación y de la manufactura de los pocos utensilios que utilizan. Los hijos varones aprenden con el padre el manejo de las armas y las niñas son adiestradas por la madre en las labores propias de su sexo.

Pero lo más interesante es la formación espiritual de los niños. Toda una larga serie de valores morales les son inculcados desde la infancia. El respeto a los padres, a los ancianos, a las tradiciones; reglas de cortesía, de solidaridad humana, y también mesura y diligencia en el cumplimiento de sus obligaciones, son las enseñanzas diarias que imparten los padres a sus hijos. Como se ve no son muy diferentes de lo que nosotros enseñamos a los nuestros. Tratan de que se conviertan en "hombres buenos y útiles para la tribu".

Otro rasgo peculiar es que hacen todo lo posible por desarrollar su sentido de independencia, indispensable para el tipo de vida que deberán llevar. Sin él sería imposible habitar nuestras tierras del Sur, donde la naturaleza poco tiene para ofrecerles y donde están obligados a vivir solos y a lograr solos todo lo necesario para su subsistencia.

La infancia fueguina alterna el aprendizaje con juegos y pasatiempos. Son felices porque están rodeados de afecto. Los grandes no sólo son severos vigías de su conducta; muchas veces participan en sus juegos y se entretienen con las ocurrencias de sus pequeños.

El Ciclo extra familiar de las ceremonias de iniciación.

Cuando el niño llega a la pubertad y tiene cierta madurez, más o menos entre los 13 y los 18 años, las enseñanzas paternas van siendo insuficientes. Las familias que tienen hijos en esas condiciones se ponen de acuerdo para reunirse en un determinado lugar, donde se realizarán las ceremonias de iniciación. Durante algún tiempo la actividad principal de esta gente se concentrará alrededor de ese fin. Ya reunidos, se procederá a construir una cabaña especial que será un verdadero "edificio escolar", y se buscará una persona, buena conocedora de las tradiciones de la tribu, para actuar como "Director" de las Ceremonias. ¡Y hasta habrá un "Inspector" que fiscalizará el cumplimiento del plan escolar!

Tanto los jóvenes como las jóvenes serán sometidos a esa enseñanza, pero persistirá la misma división que existía en el primer ciclo, es decir, que serán separados en grupos femeninos y masculinos. La orientación general será también la misma; es en realidad un afianzamiento de la educación familiar, metodizada, y con algunas características especiales.

Mientras se realizan todos estos preparativos, los jóvenes que van a ser iniciados, no pueden sustraerse al temor y son presa de gran nerviosismo. Tienen sus razones para ello, pues estas ceremonias están rodeadas de un halo de misterio. A los más pequeños les está vedado el acceso a la casa ceremonial. Intuyen, además, que en ellas serán sometidos a una serie de reglas de una rigidez extraordinaria. Aquí encontramos una demostración más del grado de responsabilidad paterna. Aunque advierten el estado de ánimo de sus hijos y los compadecen, jamás tratan de evitarles el cumplimiento de esta etapa que consideran indispensable para su formación y desenvolvimiento en el futuro.

El desarrollo de la voluntad y el autodomínio, son dos de los fines que se persiguen. Piensan que sólo de ese modo puede lograrse el perfeccionamiento espiritual. El

educando debe someterse a una vida dura y olvidar hasta sus más urgentes necesidades. Deben dormir en posiciones incómodas, no pueden hablar, no pueden quejarse. Cada iniciado se encuentra constantemente vigilado por dos padrinos de ceremonia. Se los perfecciona, también, en el trabajo. Pero lo más importante es, nuevamente, la orientación espiritual. Se trata de afianzar en ellos los conceptos morales ya inculcados por los padres, se les hacen conocer las tradiciones y las creencias religiosas de la tribu.

Es un ciclo en el que se contemplan todos los aspectos: materiales, espirituales y religiosos, que los convertirán en hombres aptos para la vida. Las enseñanzas teóricas son complementadas con prácticas. Así, por ejemplo, los muchachos realizan cacerías y las niñas se ejercitan en la técnica de la cestería o en la preparación de pieles.

La duración de las ceremonias depende del tiempo que se tarde en adiestrar a los jóvenes. Únicamente cuando se considera que han aprendido todo lo que se les enseñó, se dan por finalizadas.

Para tener una idea más precisa transcribiré algunas máximas impartidas en las Ceremonias de Iniciación descritas por Martín Gusinde en su libro *Hombres primitivos en la Tierra del Fuego*:

"Ahora estás en las ceremonias de iniciación a la libertad como un aspirante; aquí tienes que quedarte hasta que todo esté terminado... Aquí se te dice: Se aplicó en tus trabajos. Ejecuta rápida y gustosamente tus deberes. Levántate temprano todas las mañanas, pues entonces estará siempre dispuesto para todas las necesidades... Muéstrate respetuoso con las personas mayores. Ayuda a los huérfanos. Lleva algo de comer a aquellos enfermos que no se puedan levantar... Si te encuentran en el camino a un hombre ciego acércate a él y preguntale ¿Dónde vas? El te lo dirá... No lo dejes seguir caminando (sin haberle preguntado) si estaba equivocado; No te burles de él... Cógelo amablemente de la mano y lívalo a su cabaña. Los demás te alabarán. Al hablar de ti y dirán: Aquél que está allí es bueno. Si algo le falta a un viejo dale lo que tengas a mano... Puede ser que vayas de visita a una cabaña y un hombre se encuentre enfermo en la cama. Seguramente necesitará al-

guna cosa y por ello te dirá enseguida: Yo quisiera aquello que está colgando en la pared. Levántate inmediatamente y alcánzale al viejo lo que desea... Si te encuentras a una joven con la que te quieres casar, comportate intachablemente con ella. Desde que la conozcas sé siempre respetuoso con los padres de tu novia... Cuando te cases ayuda a tu mujer en todo. Tráele leña y agua. Auxíliale en sus trabajos, pues eres hombre y tienes más fuerza... Si tu mujer te viene con chismes, no le des importancia. Aconseja a tu mujer: Mantente alejada de disputas y no insultes nunca... No busques sólo tu conveniencia sino piensa también en la de los demás. Cuando te has provisto abundantemente no digas: Los demás no me importan y no necesito preocuparme de ellos. Si has tenido suerte en la caza deja que otros participen en ella... Si vas de visita con tu familia a una cabaña y te ofrecen un lugar quédate en él. Ahora bien, ayuda a los demás en sus trabajos y ponte a trabajar donde haya algo que hacer. La gente de este tipo son bien vistas en todas partes y son recibidas con muy buena voluntad por todos. No está bien que tú te sientes tranquilamente y hagas trabajar a los demás para ti... Cuando seas mayor piensa todas las mañanas en los consejos que te dimos en las ceremonias de iniciación a la pubertad; guárdalos siempre en tu memoria y no los dejes nunca de practicar. Si dejas de practicar hoy una buena costumbre, abandonarás dentro de pocos días una segunda y una tercera, y rápidamente olvidarás todo. Si te mantienes fiel a todo lo que te enseñamos, podrás vivir una vida agradable... Cuando alguno te dirija palabras fuertes y te insulte, no te lances enseguida a la riña o a la pelea; al contrario, retírate y no digas nada a nadie. Después habla a solas con aquél que te insultó, cuando los dos estéis tranquilos... Ayuda a los pequeños que andan desorientados aunque no sean de tu familia. Llévalos junto a su madre o a su cabaña... Tú también desearías que ayudaran así a tus hijos si lo necesitaran... Acoge a los hijos de los demás, pues los niños no han molestado a nadie. Si tienes que tratar a los hijos de tu enemigo, sigue entre ellos, pues estos no están reñidos contigo y no te han causado ningún daño... Nosotros los yámana aprehemos muchísimo cuando alguien acoge amablemente a nuestros niños... Las cosas importantes debes comunicarlas

pero no las habladurías sin sentido... Si por odio o por impulso violento y sin pensarlo has dado muerte a un hombre, no huyas ni te escondas, sino preséntate valientemente a los parientes de tu víctima... No debes hurtar nada a nadie, y mucho menos a los enfermos e impedidos. Si te falta algo pídeselo a tu vecino, pero no tienes derecho a quitar nada... Ningún Yámana puede soportar a un ladrón... Piensa que los demás también tienen un corazón con sentimientos humanos y sienten igualmente el dolor... Una vez más te recomiendo ¡No olvides nunca estos consejos! ¡Todas las mañanas cuando te levantes acuérdate de ellos y acomoda tu conducta del día a los mismos!".

Sólo después que han superado las ceremonias de iniciación se considera que los jóvenes son aptos para el matrimonio y para participar en las actividades propias de los hombres formales. La posibilidad de poder contraer matrimonio es muy importante en las sociedades primitivas no sólo por razones económicas, sino que, en general, se tiene un pobre concepto de los celibes y hasta, en algunos casos, se tejen leyendas a su alrededor.

Frente a los jóvenes "egresados" se abre un amplio panorama. Con las prerrogativas de los adultos surgen también tremendas responsabilidades. Tendrán que resolver mil y un problemas que se les presentarán como padres de familia y como miembros activos de la comunidad. La despreocupada infancia, edad tan feliz entre los fueguinos como entre nosotros, habrá quedado definitivamente atrás.

El propósito fundamental de este trabajo ha sido tratar de demostrar, a través de uno de sus aspectos, la intensa vida espiritual que atesoran los pueblos más primitivos de nuestro país. Hemos tratado de hacer conocer que estas tribus practican una verdadera diadética práctica en la educación de los niños, para capacitarlos, como dijimos en un principio, para que puedan vivir en una región, que si bien abunda en magníficos panoramas, poco puede brindar espontáneamente al hombre que la habita. Creemos, sinceramente, que la difusión del estudio de estas tribus, que constituyen un grupo social perfectamente organizado, dentro de su primitivismo, es tan interesante como el de otros pueblos más adelantados como los del noroeste argentino, porque existe una errónea

tradición acerca de su ferocidad basada en los relatos de los cronistas y por el notable desequilibrio entre su forma de vivir y la vastedad de su mundo espiritual. Por todo lo expuesto deseamos que estos simpáticos hombres de la Tierra del Fuego sean sacados del total olvido al que están relegados.

MARTHA BOBBUAT DE BUN.

FORMAS DEL TRANSCURRIR

El transcurrir muestra dos formas: es acto y es historia. En el hombre (considerado en su aspecto de *Iactor antropocósmico*) es historia y en el Cosmos es acto, que en este caso no es precisamente historia. La existencia del Cosmos es historia, no en relación con el tiempo sino en relación con el realizarse. La existencia del hombre es historia, no en relación con el realizarse sino en relación con el realizar. El hombre en cuanto ente histórico no se realiza, realiza.

Como acto, el transcurrir es pasado y futuro simultáneos, entre los cuales —como sabe todo el que hace del tiempo tema de sus lucubraciones— no hay lugar para el presente. Para que el presente adquiriera realidad sería necesario que el tiempo se detuviera siquiera un instante infinitamente breve. Esa detención, que destruiría una continuidad, habría que medirla por el tiempo, con lo que queda dicho que la continuidad no se destruiría. De ello se sigue que, desde el punto de vista estrictamente filosófico, la idea del presente en la esfera de lo cósmico es una ilusión. Si el presente tuviera existencia comprobable, señalaría el fin del pasado; pero como eso no ocurre, porque el pasado se inyecta sin interrupción posible en el futuro, se infiere que el transcurrir es un infinito en procura permanente de un término.

Como historia, el transcurrir es una constante identificación con el pasado. Lo que se considera presente no es más que pasado que persiste. Este "pasado que persiste" es el que se nombra cuando se dice, por ejemplo: "Tenemos que defender las conquistas del presen-

le (la actualidad) para no volver a sufrir las humillaciones del pasado". Las expresiones "presente" y "pasado" de esta frase tienen igual sentido aunque diferente valor: la primera es el pasado inmediato, en que por su aparente persistencia aún se está viviendo; la segunda es el pasado cercano, en que se vivió en otras circunstancias, o remoto, en que vivieron otros hombres. La actualidad es una manera de designar un aspecto del presente, que para distinguirlo del cósmico, que es inconcretable, llamare histórico, porque es en la historia donde tiene valor y empleo. Por "historia" quiero en este caso significar únicamente el proceso del vivir social humano. Lo actual deja de ser actual en el instante mismo en que se lo concibe; sin embargo, se le sigue considerando existente por el repetirse de la concepción, que finge una continuidad. En la historia no hay futuro, porque lo que ha de ocurrir no es todavía historia, aunque ya sea una realidad intelectual. La no historicidad del futuro tienta a la siempre alerta imaginación del hombre, que, haciendo predicciones sobre la base deleznable de inferencias sugeridas por los sucesos pretéritos, nunca suficientemente conocidos, pretende anticipar la historia.

En virtud del dinamismo del transcurrir, efecto de su relación con el Cosmos, el estar de las cosas en el campo de lo comprensible entraña una situación singular y paradójica: es un estar y un no estar simultáneos de difícil entendimiento. El pasado es lo que ha dejado de existir; el presente no existe; el futuro es lo que no ha existido todavía. Las cosas, por consiguiente, no están con respecto al transcurrir en parte alguna; sin embargo, están, puesto que las aprehensiones nos revelan su presencia, pero, ¿dónde? Habrá que admitir que están en el pasado, cuya realidad la memoria nos descubre. Sólo el pasado es auténticamente real. De ahí la importancia y el valor de la historia.

Paréceme oportuno, aunque sea digresivo, decir por qué el hombre pone tanto empeño en asegurar la persistencia de lo "auténticamente real", que es el objeto de la historia (o, para ser exacto, de la historiografía). El ser humano, como no le es posible prolongar su existir en su realidad viviente, quiere conseguirlo en el recuerdo. Aunque esté (exista) en el pasado, su ima-

nente ansia de perduración, que es su ser, se manifiesta en un proyectarse, que es su vivir, hacia el futuro. Ser recordado es hacer patente ese proyectarse. Según lo que acaba de leerse, el hombre está en el pasado, pero vive en la irrealidad del futuro. Su vivir se desenvuelve con miras a lo que ha de ser. Dirige y rige su estar en el mundo, labra su destino, hasta donde ello le es factible, por lo que anhela ser, en un impetuoso lanzarse hacia el futuro, convirtiéndose por tal motivo, base incommovible de su existencia (sin ese lanzarse se aniquila) en un hijo de su porvenir, un genuino producto de lo que aún no ha sido.

PEDRO SONDEREGUER.

LA FILOSOFÍA INGLESA Y EL CÍRCULO DE VIENA

El empirismo, manifestado en forma parcial desde muy antiguo en la historia del pensamiento, cobra una vitalidad y hegemonía única en el movimiento filosófico denominado Círculo de Viena. Condiciones históricas propias y la confluencia de varias tradiciones originan en Viena una escuela unificada por premisas comunes, que abarca un período que se extiende desde el año 1930, en que aparece su órgano de difusión: "Anales de Filosofía", rebautizado como "Erkenntnis", hasta 1936, en que prácticamente deja de existir como núcleo compacto.

Pertenecen a esta escuela un grupo de filósofos y científicos, que comenzaron reuniéndose en un café vienes, los jueves por la noche, para discutir problemas de ciencia y de filosofía. Con amplio conocimiento de las ramas más diversas del pensamiento y asistidos, como dice Phillips Frank por una gran "amplitud mental", extendían sus charlas sobre variados temas que giraban en torno a uno central: ¿Cómo disipar la ambigüedad y oscuridad de la filosofía y cuál es la posibilidad de su acercamiento y fusión con la ciencia? No les unía un credo ni una política común, tampoco un mismo terreno de actividades específicas, ya que concurrían el matemático Hans Hahn, el profesor Moritz Schlick, que en 1922 llegó a Viena para ocupar una cátedra de filosofía

y no faltaba entre los del grupo quien tuviera especial predilección por la Economía Política y la Sociología como Otto Neurath. Un libro de Abel Rey, aparecido en 1907, fue discutido y analizado largamente. Las reuniones que comenzaron como charlas, más placenteras que serias, se regularizaron. Es en 1929 que sus miembros se registran como un grupo filosófico, organizando un congreso en Praga. Siguió a éste otros congresos realizados en Copenhague, París y Cambridge, en los cuales se tomó contacto con posiciones similares en Polonia, Inglaterra, Holanda y Escandinavia.

Otto Neurath sintetiza las características que dan unidad a los pensadores del Círculo de Viena. En primer término, una concepción empirista general exenta de metafísica, por otra parte una intervención metódica de la lógica y una matematización de todas las ciencias.

Hacia este empirismo antimetafísico, se llega por avances parciales que culminan en una relación íntima de lógica y empirismo. Estas tendencias, alejadas unas veces, casi siempre opuestas, convergen por primera vez en el cientificismo del Círculo de Viena.

En cuanto al empirismo radical y a la actitud antimetafísica tienen un entroncamiento directo con la línea inglesa tradicional de pensamiento. Afín con lo práctico, el pensamiento británico está inclinado fuertemente hacia las orientaciones empíricas. En efecto, desde sus orígenes lejanos, los filósofos ingleses medievales buscaron la relación de la filosofía con las ciencias empíricas. Si Inglaterra perdió por ello en concepciones especulativas propiamente dichas, es decir en planteos metafísicos, es debido a que el espíritu de sus hombres está menos llamado a concebir sistemas totales de pensamiento. Esta pérdida en grandiosidad es una ganancia en sobriedad y rigor. Antes que construir atractivos castillos metafísicos los británicos someten a un análisis concienzudo los pilares previos a cualquier especulación. Es por eso, que la mayoría de las veces han invalidado nociones con su análisis; su espíritu es crítico y crítico insobornable antes que creador. Mientras los alemanes y franceses se mueven en un plano abstracto de esencias, nociones innatas y sustancias, los ingleses prefieren actuar sólo con lo que es verificable en la experiencia, asimilando su actitud a la científica. Esta inquietud

es, si bien menos profunda, más segura y sólida. La modestia de la pregunta resta peligrosidad y falacia a las respuestas. La actitud inglesa está bien sintetizada en la fórmula baconiana "Non alas, sed plumbum".

Guillermo de Occam (1270-1347), sienta las premisas sobre las que ha de moverse el pensamiento inglés de allí en adelante. Podría considerarse el último gran escolástico; con él se separan definitivamente el campo de la razón y de la fe. Todo aquello que se sitúa más allá de la experiencia sensible pertenece a la fe. Su doctrina de los universales es un ataque hacia los cimientos mismos de la escolástica. La posición nominalista que él iniciara es punto de partida para numerosas corrientes filosóficas, que aun hoy siguen los principios occamistas. Toda la línea inglesa ha tomado táctica o explícitamente la posición nominalista frente al problema de los universales.

Otros de sus postulados, no menos importante, consiste en dar a la experiencia toda primacía en cuanto fuente de conocimientos. El ser humano es una realidad que sólo conoce lo que puede experimentar. En cuanto a incorporar otros entes como existentes, no se ha de hacer, a menos que medie una necesidad manifiesta. Esta medida de precaución es conocida históricamente como la navaja de Occam, porque barre con las nociones clásicas de sustancia, inmortalidad del alma, esencias, etc., por no considerarlas estrictamente indispensables para avanzar en el conocimiento del mundo externo. Esta actitud es clásica ya en filosofía. El grupo de pensadores conocido con el nombre de Círculo de Viena se mueve dentro de esta línea de tradición británica.

Fundamentalmente experimental y científica, en espera sólo de resultados probables, con ausencia de planteos metafísicos y de nociones innatas o apriorísticas en el entendimiento, alejada de las demostraciones deductivas, una característica más puede añadirse como nota típica de los pensadores británicos: la falta de sistemas totales de pensamiento. No hay ningún sistema trabado que exponga una concepción total del mundo desde Hobbes hasta Herbert Spencer. Será, indudablemente, porque ha sido preferida la actitud modesta de las pre-

guntas parciales y no los grandes cuerpos de doctrina que expliquen todo lo existente. Una vez más, el espíritu inglés prefiere la seguridad del llano a la aventura e inverificabilidad de las cimas metafísicas. Este empirismo radical es la misma actitud espiritual que mueve a Moritz Schlick, Friedrich Waissmann, Rudolf Carnap, Otto Neurath y Hans Hahn entre otros.

Viena había permanecido indiferente al gran auge de la metafísica que poseyera a Alemania, por lo cual el empirismo enraizó sin dificultades. Por otra parte, marchaba acorde con el avance del tecnicismo y de la vida moderna.

La propensión a la matemática y a la lógica, no son notas que caractericen a la filosofía inglesa, mientras ellas distinguen del británico el empirismo del Círculo de Viena. Kant, Leibnitz, Wolff, Spinoza y Descartes, en el comienzo de la filosofía moderna nos habían de una seria preocupación por la deducción matemática. Mientras esto sucede en el pensamiento continental, la filosofía de Bacon, Locke y Hume, tiene una despreocupación casi total del pensamiento puro deductivo. Por ello, en cuanto al empirismo y la antimetafísica son los ingleses los precursores del Círculo de Viena, pero es Leibnitz, con su rigorismo lógico y su tendencia a matematizar, el preconizador de los ideales, en otro aspecto, de la escuela. Sobre todo por su intento de agrupar el total de las ciencias en un marco lógico general a la par de unificar el lenguaje científico.

Los miembros del Círculo de Viena aplican el criterio de verificación, cuya formulación general sería la siguiente. Sólo se puede hablar de verdad o falsedad, en aquel tipo de juicios en que sea posible la verificación, entendiendo por verificación la prueba mediante observaciones empíricas. Utenagámonos en un juicio estético. A éste no podría aplicarse la verificación. Tampoco a un enunciado metafísico, ni a ningún juicio de valor. Por lo tanto, estos juicios no son verdaderos ni falsos. Cuando se emite un juicio acerca de la belleza o la bondad se trata sólo de un parecer subjetivo en el cual están presentes las influencias del medio cultural e histórico. Podemos, sin embargo, hacer una observación empírica acerca de cuáles son los gustos más frecuentes en tal o

cual sociedad, o si los franceses o los alemanes tienen una atracción hacia la metafísica más o menos acentuada, pero, este campo raya en el estudio que realiza la sociología o la psicología social. Al negar verdad o falsedad a los juicios de valor, los representantes del Círculo de Viena, niegan a la Ética y a la Estética como ciencias, estimando sólo como legítima su parte descriptiva, verificable, pero que escapa realmente a su verdadero dominio.

La muerte de Moritz Schlick, en 1936, baleado en las gradas de la Universidad por un alumno cuya tesis de ética acababa de rechazar, fue la primera pérdida notable que sufrió el Círculo de Viena. El disgregamiento de los integrantes fue favorecido por causas políticas, ya que sus miembros resultaron particularmente sospechosos al gobierno austriaco. Waissmann en Oxford, Carnap, Gödel y Feigl en Estados Unidos y Kraft, reasumiendo la cátedra de filosofía en Viena, acusan vestigios de su reunión en un grupo común. Sin embargo, el Círculo de Viena a pesar de los esfuerzos por mantener su unidad, alentados sobre todo por Otto Neurath, no ha conseguido mantenerse como movimiento unificado.

La filosofía contemporánea ha volcado, por el contrario, su más selecta fecundidad en un retorno a la metafísica. La filosofía de la vida, el existencialismo y la fenomenología han quitado la preeminencia al neopositivismo. Entre los años 1930 y 1938 éstas y otras manifestaciones neopositivistas parecían fijar la tónica, para lo sucesivo, de la filosofía contemporánea. Hoy, sólo conserva posiciones sólidas en Inglaterra y Estados Unidos. A pesar de que algunas de sus ideas viven aún, sólo atestiguan un retorno al pensamiento del siglo pasado y no precisamente las notas características de la filosofía actual.

ESTEFANIA RAGAZZO.

LAS FICCIONES LITERARIAS

Toda obra literaria, para realizarse tomando forma concreta, para extrovertirse, necesita apelar a ciertos recursos propios, justificables si se considera su sentido

esencialmente artístico. Se diría que cuando un autor trabaja en una obra determinada, al transformarla de abstracción mental en concreción formal tropezara con algo que no puede ser limitado en el papel sino al precio de ciertas mentiras convencionales. Es que la creación literaria debe partir de una técnica para llegar a ser un arte.

Así como en derecho encontramos las denominadas "ficciones jurídicas", existen en literatura lo que podríamos llamar "ficciones literarias". Esto puede sonar a paradoja, pero no por ello es menos cierto, ya que no todo lo que es ficción es literatura ni todo lo literario es ficción. La literatura está llamada a trabajar con una realidad que no es una fotocopia de la realidad objetiva; la pretensión de que lo fuese determinó, precisamente, los excesos y desaciertos de Zola y de la escuela naturalista.

Las "ficciones literarias" existen tanto por convención tácita como por necesidad objetiva. Pero ocurre que el carácter tácito de la convención resulta tan obvio, tan implícito, que hace que estas ficciones pasen desapercibidas ante nuestros sentidos demasiado acostumbrados a ellas. En *Notas de un Novelista*, Mallea analiza algunos aspectos (aunque pocos y muy someramente) de esa cuestión tan vasta e interesante que constituye la exageración en la literatura y cita al respecto un feliz apotegma de Chesterton: "La exageración es la definición misma del arte". Lo cierto es que en literatura se exagera siempre: se lo hace en la descripción del ambiente, en la adopción de la forma, en lo que se coloca en el fondo... Somerset Maugham, siempre sagaz y de buen gusto a pesar de su diletantismo, en *Carnet de un Escritor* se equivoca gravemente al juzgar a *La Celestina*, de Fernando de Rojas. En realidad en ese juicio sus errores son varios, todos muy lamentables; pero el que se relaciona con el tema que nos ocupa es aquél por el cual se queja de que los personajes de la tragicomedia se expresen "con un constante empleo de cuerdas reflexiones que son la maldición de la literatura española y en cuyo abuso cayó incluso Cervantes". Esto plantea un problema complejo cuya dilucidación requiere ante todo el establecimiento de una distinción necesaria. Si el autor de que se trata es un genio o un ingenio, como

lo son, respectivamente, Cervantes y Rojas, indefectiblemente dará en sus personajes la medida acertada de su genio o su ingenio, o de la especial calidad de su talento; y lo hará con todas las exageraciones propias y permisibles en el arte literario. Es perfectamente admisible y aun preciso que una obra maestra de la literatura se encuentre estructurada sobre un múltiple andamiaje de artificios, que no por el hecho de serlos conspirarán contra la autenticidad de la obra. Distinto es el caso de los autores inhábiles o incompetentes; éstos no logran convencer, pero no porque exageren sino porque carecen de la capacidad de hacerlo convincentemente.

Se dirá tal vez que la exageración de que venimos hablando se opone a la armonía y quizá sea verdad. Pero el arte, al igual que la naturaleza ¿no es acaso una desarmonía convenientemente equilibrada? El escritor no es ni tiene por qué ser geométricamente armónico; esa propensión corresponde al filósofo, al sabio, especialmente según la concepción oriental del término. Pero el genio, así como el santo, el héroe y otros arquetipos, presenta necesariamente un hiperdesarrollo en determinado sentido, lo cual sin duda implica desarmonía. Quien lea una novela de Dostoiéwsky o de Balzac, de Dickens o de Gorki, podrá creer que los personajes son allí de una psicología mucho más definida, más diferenciada, más "exagerada", en fin, que en los personajes de la vida real con quienes él tropieza y convive todos los días. Quizá suponga también que el ambiente descrito es más denso y abigarrado que el que a él "realmente" le rodea. Quizá esas impresiones provendrían, en parte, de que el lector no sea personalmente un observador lo bastante perspicaz, sensible y atento como para descubrir todos los matices de los seres y de las cosas. Pero también, indudablemente, de que el escritor exageró los tonos de su ambiente, los rasgos de sus criaturas.

Es interesante efectuar una comparación entre el diálogo de la novela antigua y la moderna. Cuando en *Don Quixote* o en *Gargantúa y Pantagruel* un personaje tiene la palabra, hace uso y abuso de ella. Habla largamente y su interlocutor lo escucha con una paciencia y una atención sostenida que no se dan jamás en la realidad. Luego éste es a su vez quien habla y el otro lo oye sin nunca interrumpirlo, de modo que a veces páginas en-

terías corresponden al discurso de un solo personaje. ¿Y qué es esto sino una "ficción literaria"? Y todo el mundo debe estar de acuerdo en que no merece el valor de la obra, ya que muy pocos son los que niegan a *Don Quijote de la Mancha* el mérito de ser la mejor novela que jamás se haya escrito. Lo dicho vale asimismo para las grandes epopeyas; el Mahabharata y el Ramayana, la Iliada y la Odisea, configuran exageraciones en aspectos más fundamentales que el formal o el estilístico. En cambio, si consideramos la novela moderna, notamos que el diálogo se hace breve, entrecortado, ágil, es decir, fiel reflejo de la conversación cotidiana. La novela gana en poder de síntesis, en humanidad, en popularidad, pareciendo apuntar así al encuentro de su verdadero destino. Diríase que a través de los siglos se hubiese operado una metamorfosis o por lo menos un desarrollo convergente hacia una mayor humanización del arte. No nos referimos a una humanización social, pues en este aspecto la transformación es harto evidente; hablamos de la adopción de formas, modalidades y temas cada vez más compenetrados de la esencia del hombre.

Otra "ficción literaria" es la de hacer hablar a los personajes con una invariable seguridad y fluidez, nada común, por cierto, en la vida real. Los individuos que intervienen en una narración generalmente no buscan los términos apropiados sino que los encuentran de inmediato; no vacilan, cuando hablan, empeñados en la persecución de las ideas, sino que discurren sin hesitar, tan de corrido como si leyesen; poseen todos una insólita facilidad de palabra. Obsérvese que en este sentido el teatro es todo lo contrario, por ser en él más apremiante la necesidad de verismo.

Posiblemente sea necesario establecer una diferenciación entre ese complejo de causas y factores que venimos llamando "ficciones literarias" y otras modalidades que a primera vista podrán parecerseles, pero que no son sino falsificaciones o deformaciones de ellas. Las primeras están constituidas por todas esas posibilidades y recursos que, ajenos a la realidad objetiva, no le son hostiles, sino tan sólo diferentes. Ya habíamos dicho que conviene y es hasta necesario que existan, puesto que caracterizan a lo literario. Las segundas son propias de escritores inhábiles, panlaguados o deshonestos y lejos de

ser convenientes son ilícitas y nocivas. Si un escritor toma a un gaucho, a un orillero o simplemente a un porteño cualquiera y al hacerle hablar le hace incurrir, pongamos por caso, en un escrupuloso tuteo, irremisiblemente lo desnaturaliza. No son de ese tipo las actitudes que hemos afirmado como legítimas; eso no es "ficción literaria" sino pura y sencillamente tontería, cuando no algo peor. La "ficción literaria" debe aceptarse porque no cabe obrar de otra manera, dada la multiplicidad de razones serias de índole artística que así lo determinan; ese fenómeno de adulteración a que acabamos de referirnos en cambio, puede explicarse por el hecho de que algunos escritores, en virtud de un falso prurito de distinción o de pureza, profesan un olímpico desdén por todo lo que es popular y realista, sin advertir que ese camino los lleva a ignorar lo verdadero y lo bello.

FRANCISCO J. HERRERA

EL ANÁLISIS DEL LENGUAJE EN ROYAUMONT

El último coloquio efectuado en la abadía de Royaumont del 8 al 13 de abril, estuvo consagrado a la filosofía analítica y a la Escuela de Oxford. En esa ocasión, una importante delegación oxoniana había venido a presentar el análisis del lenguaje a algunos americanos y a los "continentales". No se dará aquí un resumen de las comunicaciones ni de las principales intervenciones: un volumen especial de los *Cahiers de Royaumont* dará el detalle de unos y otros. Deseamos que allí se encuentren las comunicaciones e intervenciones en su lengua, puesto que cada uno en el coloquio debió hablar su lengua propia. Se tendrá especialmente en cuenta las impresiones de sesión para caracterizar la atmósfera de la reunión. Para quien conociese mal la filosofía inglesa contemporánea, hubo allí dos sorpresas. La primera fue comprobar que la Escuela de Oxford comporta muchos cismáticos, más, quizá, que miembros sumisos. No es de ninguna manera asombroso: no vinieron a Royaumont sino los que tienen una personalidad afirmada; entre ellos, ningún

verdadero discípulo, el malo, el que repite sin comprender bastante. El más disidente era sin duda el profesor W. V. Quine, de Harvard, cuya primera y sólida formación de matemático aparecía detrás de sus reflexiones de analista, y él no está, por lo demás, sino emparentado con la filosofía del análisis, y está, todavía y siempre, en marcha hacia la verdad. En el número de los ingleses había espíritus muy decididos y, ciertamente, de ninguna manera míticos. Después otros como indiferentes a la suerte de su tesis, componiéndola ellos mismos como una obra de arte que se dignaban mostrar a ojos mal deshabitados, en fin, otros ya preocupados por problemas diferentes, y que parecían considerar el análisis del lenguaje como una suerte de pecado de juventud. Entre los "continentales", belgas, franceses, húngaros, italianos, neerlandeses, polacos y suizos, había dos grupos, unos ya advertidos de la nueva filosofía, y otros que casi no lo estaban. Estos experimentaron la segunda sorpresa: la filosofía no es más que una semántica; las palabras deben proscribirse —unas como enteramente desprovistas de sentido— en su número está "espíritu", otras como muy vagas o polivalentes, entre otras, "experiencia, intención, idea, significación". Es necesario, por otra parte, repartir las diferentes palabras de un lenguaje según su función propia; se descubriría así que muchas de ellas provocan falsos problemas, tenidos por filosóficos, y que resultan de hecho engaños de orden semántico. Una objeción prejudicial se plantea por ella misma: como el lenguaje no despierta en un mismo momento el mismo sentido o la misma "proposición" en dos individuos diferentes, aun en un mismo hombre en dos instantes diferentes, con mayor razón la evolución del lenguaje hace aparecer numerosas y grandes variaciones de sentido para la mayoría de las palabras, no se puede esperar fijar definitivamente el sentido de una lengua. Si, pues, para filosofar se debía usar de un lenguaje perfectamente definido y fijado, la constitución de la filosofía sería remitida a las calendarias griegas. Esta vista no parece, por otra parte, desagradar a los partidarios más extremos del análisis del lenguaje. La filosofía, por lo menos, sería llevada a la semántica; no habría allí problemas ontológicos. Luego, se plantea una segunda cuestión, que va más al fondo; pretender que

todos los problemas son falsos problemas, ¿no es una actitud filosófica caracterizada? Pues, experimentar dudas sobre el valor de sus posiciones iniciales, es una actitud legítima que provoca la investigación; pero condenar la metafísica en razón del error reconocido de tesis tradicionales, es mantener una metafísica adversa, que no se desea confesar, sin duda por razones bien determinadas, a menos que no se la disfraze a sí mismo. Es verosímil que la filosofía de los analistas del lenguaje es un empirismo, para alguno de ellos, un positivismo, y que ella tiene siempre una reacción contra las filosofías pretenciosas y confusas elaboradas por los que piensan haber encontrado una idea fecunda, pero que no llegan a ponerla en claro. Esta última razón hace apreciar el análisis del lenguaje, pues el verdadero filósofo debe hablar simple y claro; pero no se puede, por tanto, considerarla como la última palabra de la filosofía. Afirmar que es necesario agotar, sistemáticamente, todos los problemas semánticos antes de comenzar a filosofar, es bien dogmatizar, y nada es más contrario al espíritu filosófico que un dogmatismo terco. A lo sumo, el beneficio que se espera de las investigaciones semánticas, los filósofos lo obtenían de sus ensayos filosóficos, aun y sobre todo de sus ensayos desafortunados; ellos eran conducidos a revisar su lenguaje y su pensamiento, a lo menos llevaban a sus contemporáneos y a sus sucesores a revisar sus ensayos; esta antigua práctica permitía una ganancia de tiempo sobre la nueva; estas tentativas contrariadas permitían descubrir vías que los iniciadores no sospechaban siempre; revelaban también los puntos muertos y descubrían la naturaleza de los obstáculos encontrados. No hay filosofía sin aventura y sin esperanza; no es que se ignoren los fracasos. Lo que se admite para la ciencia, es necesario aceptarlo para la filosofía, pues los problemas filosóficos son mucho más abstrusos. El campo semántico, no es más que un aspecto del campo real; no es más que una especie de métrica de lo real, y hay quizá muchas métricas de lo real, como hay diversas métricas geométricas. Se supone esto, al menos, al considerar las palabras utilizadas por los analistas del lenguaje; he aquí, por ejemplo, *pattern*, de significación tan tupidita que no puede traducirse en francés por una palabra

única, *situation*, que evoca el "en situación" de ciertos contemporáneos y, por tanto, debería ser distinguido de ellos, o aun "proposition" que difiere de enunciado y del *continental "proposition"*.

ANDRÉ LOUIS LEROY.
Revue Philosophique, N.º 2.
 Avril-Juin, 1938.

SANTONES

Nada más enterecedor que los ingenuos anacronismos de esos nacimientos con que la devoción popular rememora el misterio de Navidad. Los nacimientos italianos rodean al Infante de Belén con los personajes típicos de cada localidad y uno de los más célebres, el de la Iglesia de San Cosme y San Damián, en Roma, despliega en un vasto escenario, todo un pueblo dedicado a sus faenas diarias. Los "pesebres" de Francia son más sobrios, pero casi todos, y especialmente los provenzales, se adornan con unas estatuitas propias: los célebres *santones*. Representan personajes típicos de la provincia y, junto al Recién Nacido, dan prueba de la adoración regional, incorporándose a la de los pastores y los reyes magos. Estos últimos son los únicos que conservan una vestidura más o menos tradicional; todos los restantes personajes se "localizan" y hasta el escenario cambia pues nada queda del ambiente de Belén; todo ocurre en una masía provenzal.

Algunos de estos "santones", los de mayor tamaño, se visten como los santos de imaginaria española. Las cretonas provenzales de menudo dibujo, las cofias y los chalecos regionales los engalanan con sus primeros renovados, año tras año, por la plancha y el almidón. Pero los otros, los "santones" de menor talla, diminutos a veces, están hechos íntegramente de arcilla. Toda una industria, con categoría de arte menor, ha surgido por ellos y, como desde los últimos años del reinado de Luis XVI, es la Provenza la que produce los "santones" más interesantes, el arte de la creación de estas estatuitas se ha vuelto un arte muy provenzal. En Marsella, una feria navideña no tiene más comercio que éste pero, por lo mismo que la venta es aquí tan fácil y popular,

los artículos son de calidad inferior. Desechándolos, recorro la ciudad en busca de un trabajo más acabado y, guiada por circunstancias providenciales, voy a dar a la casa de un verdadero artista, de un creador de "santones". Cordialmente, emocionado ante el interés de una extranjera por un arte tan local, abre la puerta de su taller a mi curiosidad y me explica, con mucha paciencia, cómo ejerce su arte y cómo llegó a él. J. Asperly declara ser "maestro artesano, estaluario, decorador". Desde hace veinte años se dedica a dos especialidades: copia de motivos antiguos y "santones". Marsellés de origen, estudió en su ciudad natal en la Escuela de Bellas Artes recibiendo, entre otras enseñanzas, la del escultor Carlí. ¿Cómo podría un escultor marsellés no interesarse por los "santones"? Con todo, esta parte de su trabajo lo entusiasma menos y muestra primero la reproducción de motivos antiguos. Pero yo dejo, a riesgo de decepcionarlo, la contemplación de una hermosa coqueza de Praxiteles ejecutada según modelo del Louvre, para volver a la de las figurillas que, encantadoras en su delicadeza y su gracia, se alinean en los cuidados anaqueles. Juzgo que tienen un alcance que su creador no sospecha. Cierto es que se las fabrica en serie pero llevan todas, sin embargo, la firma del artista, ya que el acabado y el colorido de cada una es trabajo individual. Ese trabajo exige talento de miniaturista puesto que sólo una extremada paciencia y una fina originalidad son capaces de renovar, con menudas alteraciones, un tema repetido tantas veces. Y estas personitas de arcilla, perpetúan y difunden la belleza meridional, sonriente y amena.

Sólo la base, que no se pinta, revela el material: arcilla roja o gris procedente de yacimientos de la región: Marsella, Aubagne, Aix. La preferida es la arcilla roja. Reducida a polvo, tamizada, se la humedece y se la trabaja pacientemente. Para que conserve y mejore su maleabilidad se la guarda en vasos porosos envueltos en lienzo húmedo y en sótanos cuya frescura la defiende del aire. De porciones de esta arcilla, los dedos ágiles de un artista harán primero una simple bola a la que transformarán luego en un muñeco. Sólo un conocimiento profundo del folklore provenzal permitirá variar los detalles del traje, de los útiles de trabajo, y hasta

de la actitud de estos personajes sin caer en errores ridículos.

Después de seca conocerá la estatuita la cocción del horno. Aspery insiste: "Debe estar bien seca; la menor humedad la haría estallar". Esta primera figura dará el molde de las demás que se obtendrán, como dijimos, en serie, pero que serán luego coloreadas una por una. En general se trabajan a la aguada. Absorbida en esta tarea, una joven trabaja en silencio, en un ángulo del taller. "La Señorita no tiene aún mucha práctica, pero tiene mucho empeño", dice el artista. "Entonces lo tiene todo —apunto yo— y adquirirá muy pronto la práctica necesaria". Unos grandes ojos claros, muy expresivos, descuidan la estatuita y me miran sonrientes. Después del breve parentesis, la cabeza rubia se inclina de nuevo y los pinceles siguen dando colores a la menuda pieza de arcilla.

Me distingo largo rato contemplando la variada colección. Son todos tipos populares: he aquí el "arrobado", levantando los brazos al cielo, estático ante el milagroso acontecimiento. La "hilandera" va a ver al Niño sin abandonar su huso. Aquí viene el molinero guiando a su mano cargado con sus sacos de harina. Un ciego se apoya en su hijo. "Misé Madelou" es una lechera joven y fresca que ha calzado, como Perrette, zapatos de tacón bajo... Una pareja: él alumbra el camino con una linterna mientras sostiene un gran paraguas rojo... Una viejecilla se acerca, encorvada por los años y por el peso de un haz de leña... Es largo este desfile. Las expresiones varían pero son, casi todas amables, gozosas, como corresponden a quienes van a ver al Niño...

Algunas obras dramáticas, especie de misterios, tradición también local, han contribuido a hacer conocer y a variar estos tipos, entre ellas, la más conocida: *La Pastoral* de A. Maurel creada en 1844 por un obrero en espejos. Compró, en una librería de La Canebière, la última edición de la obra y, gracias a ella, prolongó la emoción de estos personajes que tienen una vida muy propia y que tanto me encantaron en la tienda de Aspery.

MARIA TERESA MAIORANA.

Nota: En el número anterior de esta Revista, el artículo "Arquitectura edilicia hispanoamericana" debe llevar como autor el nombre de José G. Navarro, y no el de Héctor Groselin, que fue quien nos lo envió.

Rafael Alberto Arrieta	La alcoba mortuoria de Joaquín V. González	403
Héctor Groselin	Recuerdos de viaje por sierras de San Luis	407
Maurice Pradines	Ciencia y poder	427
Pascual Sgroso	Generalidades sobre sedimentación marina	437
Theophil Spoerri	El deber histórico de la Universidad	445
Manuel B. Trias	Aproximaciones estéticas	461
Alberto Vuletin	Chaco, un apasionante problema topográfico	475
Juan Schobinger	Expansión de los araucanos en territorio argentino	484
Ed. Morot-Cir	Ensayo sobre la alteridad	491
Dalmiro Corti	La transmutación biológica	496
André Richardson	La transición literaria	499
Ireneo Sanesi	La comedia del arte y la reforma goldoniana	502
Francis Bar	El periplo del sol nocturno	507
Alberto H. Lammirato	Enseñanza de las disciplinas científicas en el Brasil	513
Jean Thomas	Televisión y educación popular	515
Alberto Blas Brambilla	Temas de delincuencia juvenil	517
Lida H. Blanco de Silvestre	La lectura-escritura en el primer grado inferior y superior, y los correspondientes textos	523
Héctor M. Angeli	Educación artística y cultura popular	530
Ricardo Levene	La conciencia colectiva	536
Leopoldo Lugones	La selva misionera	537
Benito J. Feijó	Operaciones mágicas	538
Stephan Zweig	Hugo von Hoffmannsthal	539
Enrique de Mesa	La laguna de los pájaros	540
Eugenio D'Ors	Sueño, vida, arte	542
Maurice Chapelain	El poema en prosa	544
Arturo Marasso	Interpretaciones cervantinas	546
Benjamin Farrington	La poesía didáctica	549
Amado Alonso	Las enseñanzas con andar	550
Jorge Guasch Leguizamón	La enseñanza del vocabulario (II)	561
Avelino Herrero Mayor	Fallas en la terminología forense y parlamentaria	564
La Redacción	Pablo Tosto, "La composición áurea en las artes plásticas"	570
Héctor Clocchini	G. Bachelard, "El aire y los sueños"	571
La Redacción	L. Rougier, "La religión astral de los pitagóricos"	579
Héctor M. Rivera	A. Gramsci, "El materialismo histórico y la filosofía de B. Croce"	580
La Redacción	C. Dingemans, "Del átomo a la eternidad"	583
Elvira B. Zingoni	E. Wagemann, "El número detective"	584
La Redacción	Comentarios y extractos de revistas	587
Louis Bordet	Los estados supremos	590
León Brunschvicg	Lo concreto y lo abstracto	592
H. V. Vallois	El estudio de las culturas en vías de desaparición	593
André Cachon	Los rayos cósmicos y el carbono 14	595
Miguel Solá	Hinchario de arte	596
Jorge V. Olbrich	Observaciones sobre algunos accidentes geográficos argentinos	592
René L. Rousseau	En el jardín de las Hespérides	602
J. E. Varey	Los tífidos	603
Gustavo García Saraví	Apuntes para una introducción al estudio del conquistador y el indio americano	603

LA TECNICA NO ES SUFICIENTE

Creo que a la larga, una civilización no sobreviviría sin cultura. Si separáis una civilización de sus fuentes de cultura, ella continuará marchando durante veinte o treinta años y hasta continuará progresando técnicamente por medio de descubrimientos para mejorar la suerte de los individuos. Pero yo me pregunto si, al cabo de cuarenta o cincuenta años, ésta no sería como una planta a la que se habría arrancado la raíz o que no se habría regado: su fuente no estaría ya en ella, y su fuente es el individuo.

La técnica es colectiva, la cultura es individual y el problema de una civilización técnica como la nuestra, es mantener el individuo; si no y a la larga, esta civilización misma peligrará.

ANDRÉ SIEGFRIED.

(1875-1959)

Technique et culture dans la civilisation du XXe siècle.